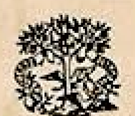
JUAN CORTÉS DE TOLOSA

LAZARILLO DE MANZANARES

CON OTRAS CINCO NOVELAS

TOMO PRIMERO

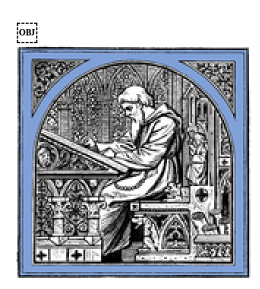
PRÓLOGO, EDICIÓN Y NOTAS
DE
GIUSEPPE E. SANSONE



SELECCIONES BIBLIÓFILAS
SEGUNDA SERIE
BARCELONA MCMLX

El Lazarillo de Manzanares con otras cinco novelas

Juan Cortés de Tolosa



1

Índice (no listados originalmente)

(1620)

Índice

En que el ermitaño cuenta quién es y qué causas le trajeron a aquel estado

Capítulo X

En que por divertir al ermitaño le cuenta algunas cosas graciosas. Cómo llegaron a la ermita y por su muerte se ausentó della

Capítulo XI

Cómo se fue a Sevilla para pasar a las Indias, para lo cual asentó con un oidor de Méjico. Cuenta lo que en su casa le sucedió

Capítulo XII

En que cuenta cómo asentó con un canónigo y le hizo ayo de sus sobrinos,

por cuyas travesuras se quiso despedir. cuenta algunas dellas

Capítulo XIII

Cómo se enamoró y cómo de esta causa nació despedirle su amo

Capítulo XIV

Cómo el canónigo le despidió de su casa, cómo determinó irse tras las mujeres. Cuenta los infortunios que le sucedieron y cómo olvido los amores

Capítulo XV

Cómo puso escuela de muchachos. Cuenta lo que entre un médico y un valiente pasó

Capítulo XVI

Cómo le quisieron casar. Pinta la novia y cómo se fue por ello huyendo de Sevilla

Capítulo XVII

Cómo se fue a Madrid huyendo de aquellos bellacos en cuyo camino halló quien le hizo volver. Cómo hizo casar al casamentero con la novia que a él le traía, con otras cosas

Capítulo XVIII

En que cuenta un sueño y cómo pasó a las Indias

Aprobación del Padre Fray Alonso Ramón

He visto este libro intitulado Lazarillo de Manzanares y aunque es libro de entretenimiento no tiene cosa que ofenda las buenas costumbres, antes debajo de los cuentos y novelas que en él se refieren enseña a desengañarse de los engaños deste mundo, y ansí me parece se le puede dar licencia que pide para imprimirle. En este convento de Nuestra Señora de la Merced de Madrid, a 27 de abril de 1619.

FRAY ALONSO RAMÓN

Aprobación del Licenciado Don Juan de Gómara y Mejía

He hecho ver este libro intitulado Lazarillo de Manzanares y en él no se halla cosa contra nuestra santa fe católica y buenas costumbres, antes muchas cosas morales y agudas para el común desengaño, y ansí se le puede dar la licencia que pide. En Madrid, a 13 de mayo de 1619.

EL LICENCIADO DON JUAN DE GÓMARA Y MEJÍA

Aprobación del Maestro Vicente Espinel

Por comisión y mandamiento de Vuestra Alteza he visto un libro intitulado Lazarillo de Manzanares compuesto por Juan Cortés de Tolosa y en él no hallo cosa contra la fe y buenas costumbres, antes debajo de los cuentos y novelas descubre muchas para el desengaño del mundo y aviso para los que tienen poca experiencia dél; y siendo Vuestra Majestad servido, le puede hacer la merced que pide. En Madrid, a 9 de mayo de 1619.

EL MAESTRO VICENTE ESPINEL

Suma del privilegio

Este libro intitulado Lazarillo de Manzanares tiene privilegio del Rey nuestro señor para que, por tiempo de seis años, ninguna otra persona lo pueda imprimir ni vender, so las penas en el privilegio contenidas. Fecha en Lisboa, a catorce días del mes de julio de 1619 años. Despachado por Diego González de Villarroel, escribano de Cámara.

Tasa

Yo, Diego González de Villarroel, escribano de Cámara de Su Majestad, de los que en su Consejo residen, doy fee que habiéndose visto por los señores dél un libro intitulado Lazarillo de Manzanares compuesto por Juan Cortés de Tolosa, que con licencia de los dichos señores fue impreso, tasaron cada pliego del susodicho libro a 4 maravedís, y a este precio mandaron se vendiese, y no a más, y que esta tasa se ponga al principio de cada libro de los que se imprimiere, y para que dello conste, de mandamiento de los dichos señores del dicho Consejo y de pedimiento de la parte del susodicho, doy esta fee. En Madrid, a 5 días del mes de diciembre de 1619.

DIEGO GONZÁLEZ DE VILLARROEL

A Don Juan Ibáñez de Segovia, caballero del Orden de Calatrava y tesorero general de su Majestad

Para salir a luz este trabajo ha necesitado de la protección de vuesa merced, en quien, como a todos es notorio, concurren loables partes; por cuya causa, cuando no haya acertado en él, lo habré hecho en la dirección, particularmente

mostrándome agradecido a los beneficios que de vuesa merced recibí con circunstancia tan noble como no serle pedidos, y en alguna manera quedan pagados, y él también lo queda más que su sujeto merece, pues elegí para honralle a quien para mayores cosas eligió su Majestad. Servidor de vuesa merced que sus manos besa.

JUAN CORTÉS DE TOLOSA

Al lector

Cristiano lector o lo qu'eres, ¿quién me mete a mí en enfadarte con un Prólogo que me tenga más costa que el mismo libro, disculpándome en unas cosas y dándote a entender otras, que si tú las quieres condenar no importa gaste yo todo el papel de Génova en defenderlas? ¡No me pasa por el pensamiento! Si te parece bien, págale y llévale, y si no, de balde te puedes ir sin él. Vale.

Capítulo I

En que cuenta dónde nació; cómo Felipe Calzado y Inés del Tamaño, su mujer, le prohijaron de la piedra, con algunas de sus costumbres

Ansí que sabrá vuesa merced que dicen haber nacido yo en Madrid, Corte del Rey don Felipe nuestro señor, Tercero de este nombre, villa digna del título no sólo Real, sino Imperial, la más insigne del mundo, tanto por el respecto dicho, cuanto porque en ella nunca es de noche. En esta, pues, Noruega de claridad, me parece que Felipe Calzado y Inés del Tamaño, padres de aquellas mujeres que aunque compran el manto entero no se sirven más que del medio, tuvieron devoción de criar un niño de los expósitos o de la piedra. Y como el día que en Madrid sale la procesión de las

amas se fuesen los dos a la calle Mayor, donde mi suerte quiso que yo les agradase más que los otros -tanto por ser varón y haberme soltado del andador, cuanto porque era blanco y les agradó los buenos trozos de mis brazos y piernas, prometedores de no mala persona en los tiempos futuros-, me llevaron consigo a la casa de los dos mayores ladrones que en España ha habido. A cuya mi ya putativa madre servía de guión en todas las más de sus acciones una punta de hechicera -como vuesa merced adelante verá-, no obstante que los dos tenían sus devociones, que es muy de la frutera haber asalariado el ciego para que la rece, y aun derramar lágrimas oyendo el paso de los azotes, y dar con el dedo para que el peso supla lo que en él no ha puesto.

En ésta, pues, fui creciendo alegre y vinoso, porque aquellas hijas, a cuya mayor parte por su edad cae mejor madres, me hicieron un cimiento en el estómago de sopas de vino; fuera de que aquellos rufos, o como los dicen, me ahogaron en él. Y digo bien, porque si el que algunas veces llevaba en el estomaguillo pudiera salir fuera, ocupara más que la misma personilla.

Diéronse tan buena negociación mis putativos padres, que antes de once años me llevaron al estudio, donde no permanecí, tanto por lo que vuesa merced sabrá, cuanto porque si veía hurtar a mi padre, ser hechicera mi madre, el mal trato de sus hijas, ¿cómo había de aprovechar en cosa virtuosa?

En ser bueno entre buenos no se hace poco, llevándose consigo cualquiera su natural, que el que mejor le tuviere por lo menos le vendrá de sus primeros padres, y hará harto en tenérselas tiesas a la mala inclinación: ¡Mire qué será

teniéndole malo!

Y desde esta edad haré a vuesa merced partícipe de mi vida y milagros, altos y bajos, próspero y adverso dello. Que si vuesa merced no lo tiene por enojo, es como se sigue.

Sí que no se le hará cuesta arriba decirle yo que el señor mi padre tenía por costumbre no tenerlas buenas. Hacía a aquellas desventuradas mujeres tantas molestias, y tanto las hurtaba sus dineros, que después de haberle preso muchas veces por ello, viendo que no se enmendaba, le dio por su dinero un verdugo zurdo docientos azotes derechos Digo por su dinero porque después pagan la caridad, y si no hay con qué, dejan o ropilla o calzón o herreruelo en prenda. El nuevo modo con que mi padre salió a recebirlos no lo he de pasar en silencio; y así digo, señor, que mi madre se levantó una mañana, no martes, que también dan azotes en viernes, muy melancólica y me mandó fuese a saber qué se hacía de mi padre, porque entre su corazón y unas habas andaban no sé qué sospechas. En cuya ejecución me detuve algo más que debiera por ser andador del seminario, de que no se me seguía poco interés.

Halléle en un aposentillo, que debía ser calabozo, muy desfigurado, tanto que parecía estar en los umbrares de la muerte, y entre algunos que le consolaban diciéndole: «¡Buen ánimo, buen ánimo, que para los hombres se hicieron los trabajos!», y como por tener los ojos en el suelo y estar divertido no me hubiese visto, alzándolos, dijo que me llegasen a él, y poniendo las manos y clavándolos en el cielo me bendijo.

Yo que tal vi, creyendo que le querían ahorcar, partí de carrera para mi casa, donde llegué tan presto como aquel

que llevaba malas nuevas. Y diciéndole a mi madre, ayudado de acciones que significasen bien lo que la lengua decía mal, la di a entender cómo querían ahorcar a su marido. Ella cayó luego en lo que era, porque el delicto no amenazaba horca, sino afrenta o azotes por haber reincidido muchas veces.

Ansí fue, porque yendo los dos camino de la cárcel nos le traían ya azotándole por la causa dicha, el cual repetía el pregón diciendo: «Esta es la justicia que manda hacer el Rey nuestro señor a estos hombres por ladrones.» Mi madre se cubrió el rostro y entró en una casa, y yo con ella, aunque no pude dejar de volver a la puerta a informarme si venía más que él, pues le oí decir «a estos hombres». Y es el caso como diré: cuando yo fui a la cárcel ya mi padre estaba borracho, porque como torreznos y vino sea general consuelo en semejantes trabajos, llegaba uno con un mollete y un torrezno dentro y un jarro, y le decía: «¡Ea hermano, ánimo, que más pasó Cristo!» Y otro tras él, y luego otro. Tantos «más pasó Cristo» le dieron que le libraron de lo que había de pasar; y como el que está borracho uno considera en la persona y otro en la sombra, ansí él repetía el pregón volviendo la cabeza a la que al lado llevaba y decía: «Esta es la justicia...», etc.

Capítulo II

Cómo cuando su padre salió de la cárcel se halló sin hacienda por habérsele quemado la casa, cómo adquirió más y cómo él se fue a Alcalá

Pues no paró aquí la desventura, porque en el tiempo que estuvimos fuera se nos quemó la casa. Y pasó desta manera:

nosotros habitábamos dos aposentos obscuros, por cuya causa teníamos de contino luz en ellos, en uno de los cuales habíamos recogido nuestro ajuar y cantidad de lino para echar telas o vendello hilado. Y como un perro de casa viniese ya a los alcances al gato, que traía un pedazo de carnero, y tanto por huir dél cuanto por comerle seguro se entrase por la gatera que la puerta de nuestro tesoro tenía y se subiese sobre una alacena de la cual estaba colgado el candil, le derribó sobre un tercio de lino, de manera que se quemó el aposento.

Y aquí entra cuán llana verdad sea que lo bien ganado se pierda, y lo mal ello y su dueño. Porque, como echasen la puerta en el suelo, subieron muchos gatos que acabaron lo que el de casa empezó.

He aquí perdido lo uno, pues lo otro ya lo estaba, si le azotaron como dije. Quién duda sino que habrá vuesa merced dicho: « ¡Ah, pobre hombre sin hacienda y sin honra!»

Pues crea que no le fue de ninguna importancia, ansí la quema como la vergüenza, porque ¿qué deshonra le puede venir a quien fue padre de quien he dicho? Luego entonces no fue la pérdida della, que antes lo estaba, y si ésta no fue perdida, ¿por qué razón no les habían de sobrar dineros a quien les faltaba honra, siendo verdad ser ella grillos del que la profesa? O si no, vea lo que pasa.

Salido que fue de la cárcel, como no hallase hacienda, hizo que mi madre vendiese menudo, y no hubo día que no entrasen en casa treinta o cuarenta reales de ganancia. Y él compró unos cuantos pollinos, con los cuales ganó muy largo de comer y de cenar.

La compasión no se les debe a ellos, sino a unos pobres honrados con respectos de caballeros. A estos sí, que viven muriendo, compañeros siempre en la pena de Tántalo y Sísifo.

Heme aquí vuesa merced, hijo del azotado y sin honra para con muchos, y el día breve para dar satisfación a tantos, y mucho peor en lengua de muchachos. Dios nos defienda, porque en su mano está quitar el juicio a quien ellos quisieren Y ansí dijo bien aquel loco en responder, preguntándole en qué tanto tiempo lo sería un hombre, que: «Según le diesen la priesa ellos.» Gente cruel, porque saben la infamia y no admiten la disculpa.

Ya yo estaba enfadado de tanto «daca los azotes, toma los azotes», y mi padre de que con tantas veras defendiese no ser su hijo, porque decía: «Muy bueno es serlo para comer y vestir, y no lo ser para ayudarme a llevar el infortunio.»

Si él me lo dijera en estos tiempos, respondiérale yo que si por confesarle por tal se eximiera de la infamia, que entonces de buena voluntad lo hiciera, pues nos estaba bien a los dos, mas que no caer della y quedar yo con la propia, que era acrisolada necedad.

Tanto, pues, dieron en agotarme la paciencia, y a tal tiempo me dijo uno «daca los azotes», que se los envié con un mensajero que desde que le despedí hasta que se llegó al oído a darle el recaudo, no parece hubo medio entre mí y él. Abríle la cabeza y todos dijeron: «Muerto le ha.» Y como los demás huyesen tuve lugar de entrarme en la Victoria, de donde, por ser tan muchacho, uno de aquellos religiosos me descolgó por una de las tapias de los corrales en casa de un su amigo, el cual me tuvo en ella hasta que habló a mis

padres y les dijo el peligro que corría mi persona si la justicia daba conmigo, porque el muchacho estaba herido de muerte, que me diese con qué me ausentase hasta ver lo que Dios hacía dél.

Replicó que de buena voluntad lo hiciera si por defenderle a él hubiera sido, más que siendo por lo contrario, que no le llamaba ninguna obligación. A lo cual el hombre le respondió lo que yo dije le respondiera ahora.

Al fin vinieron los dos a la casa donde estaba y me hicieron un vestido de paño verdoso y me dieron diez ducados, y con muchas lágrimas nacidas de amor me sacaron hasta la puerta de Alcalá, donde muchas veces me abrazaron llorando tiernamente y mi madre me besó infinidad dellas mostrando mayor sentimiento, porque las mujeres de ordinario son más compasivas. Y como mi padre volviese la cabeza, me dio un Agnusdéi de oro y un rosario con muchas medallas, encargándome me fuese a Alcalá, donde, pues había guiado por el camino de las letras, estudiase, que ella me acudiría con todo lo que pudiese, y sería, no madre putativa, sino natural.

Yo la agradecí mucho el ofrecimiento y le acepté, y besándolos la mano a cada uno me dejaron y yo empecé a caminar hasta que los perdí de vista, donde me senté a aguardar el carro o coche que me llevase, y aquí tuvieron principio mis peregrinaciones.

Capítulo III
Cómo se fue a Alcalá y se acomodó con un pastelero

Considere vuesa merced qué sentiría un muchacho solo y que dejaba su tan amada patria, cuando menos la Corte.

Tanto lloré, tanto me afligí y tan desconsolado estuve, que a no llegar el carro llegara mi fin. ¡Oh pecador de mí, era quien quiera lo que yo perdía! Mis padres habían de ser muy ricos, porque los dos eran mayores ladrones que antes y ella muy gran hechicera, y esto la valía muchos ducados, y según lo que me querían toda la hacienda había de venir a parar en mí. Subíme en él y al otro día busqué por aquellas calles algún estudiante a quien servir para estudiar. Sucedióme mejor, porque como llegase a una pastelería, cerca de la cual pregunté a uno si había menester un criado, me encaró la pastelera y yo a ella, y llamándome me dijo si tenía quién me conociese.

-¿Para qué?
-Para recibirte yo. Dije que sí.

-Y ¿fiarte ha?

-También me fiará.

-¿Dónde vive?

-En Madrid.

-¡Y hallarás comodidad en breve teniendo el fiador tan cerca! ¡Miren que al cabo de la calle era su casa!

Yo la respondí: «Señora, claro es que quien busca comodidad en Alcalá que no anda avisado en decir que tiene el fiador en Madrid», mas que había respondido conforme a su pregunta, porque oírme buscar por dónde fuese estudiante y quererme hacer pastelero, era de las donosas cosas que en mi vida oiría.

Entonces volvió a mí toda la cara, que antes no tuvo más que la media, porque el breve coloquio pasó entre los dos

metida la media pala en el horno y ella de un lado, y me dijo:

-Que no tan sólo te quiero hacer pastelero, antes ayudar para que seas tan gran estudiante como de tu natural fío. ¿Sabes leer?

-Sé leer, escribir y contar, y algo de los principios de la latinidad.

-Entra pues; almorzarás.

Hícelo, y subiendo arriba bajó un par de huevos. Aderezóme con ellos un pastel, hízome traer vino, preguntándome si quería otra alguna cosa; tanto la cuadró lo que de la fianza le dije y el hallarme hábil para lo que ella había menester.

Ya vino el marido y se le dijo cómo me había recibido con condición que me diese estudio, y que el demás tiempo gastaría en cobrar cosas que se les debía, en escribirles lo que fuese menester en casa y hacer la cuenta de muchas cosas que por falta de solicitador y de quien supiese contar estaban perdidas, y que no había de entrar ni salir en el oficio.

Ansí fue; diéronme el hueco de debajo de un escalera, un cofre con mi llave y la del aposentillo. Luego escribí a mis padres la buena fortuna que me había corrido y ellos me respondieron muy contentos, en particular mi madre, prometiéndome cumplir lo prometido.

Yo empecé mi obra acudiendo a lo concertado. Teníalos locos de contento porque les leía en un libro, y todas las coplas nuevas que salían. Regalábanme, queríanme y dábanme muchas cosas, y después de bien ganada la

voluntad me dijo si la quería escribir un papel para un su primo, familiar de cierto colegio. Dije que sí, y en el discurso dél conocí que era primo carnal. Y es el caso que mi ama quería bien al familiar y mi amo a una hermana suya. Llevésele y fui en él muy encomendado, y tanto que, leído, me llevó a su aposento donde me hizo mil regalos, dándome confites y dineros y ofreciéndome encomendarme al preceptor de la gramática para que tuviese particular cuidado conmigo. Y a todo esto no cesaba yo de mirarle, y era ocasionado para ello, porque no he visto yo hombre más alto ni más cerrado de barba, más negra ni tan apretada; tanto, que parecía de las escobillas con que nos limpiamos la cabeza. Era tan negro como mis culpas, y como los dientes fuesen muy blancos y los labios colorados y lo demás tan negro, parecía, riéndose, Ganasa. Era carirredondo todo lo que vuesa merced mandare, y las narices tan romas que parecía tenerlas derramadas por la cara. Tenía una gran vara de medir de espalda y otra de pecho y dos de cintura. ¡Dejaba de comer por mirarle!

Ya me respondió al papel y me fui a casa, donde tampoco me hartaba de mirar a mi ama, porque, como sea verdad que tras lo hermoso se suelan despeñar las voluntades, me admiró mucho que una mujer de sus partes se pagase de las del familiar.

Era blanca, ni muy flaca ni muy gruesa. Tenía lindas figuras y hermosísimas manos; lindos ojos, gran donaire. Y finalmente, era muy dama, y toda ella rebuena.

Que solenizó el papel pensará vuesa merced, holgándose con él. Antes se mostró enfadada, propia paga del diablo.

Valióme dos reales dél y uno della, los cuales guardé con

los demás que había llegado y con los diez escudos que mi madre me dio. Porque los amigos favorecen tal vez y el dinero de ordinario. De ellos se dice ser otro yo, mas, si se entendiere del dinero, no se habrá puesto en mal lugar, porque si yo haré por mí lo que pudiere, ¿quién mejor que él hará otro tanto?

Capítulo IV

En que cuenta lo que en casa del pastelero le sucedió y cómo la venida de la madre de su ama le echó del lugar

Estuvieron las cosas en este estado cerca de tres meses, acudiendo así a lo que mi amo me mandaba, como a lo que ella quería -digo en materia de sus amores-, temeroso con bastante razón, porque si nadie puede servir a dos amos ¿cómo podrá a cuatro?, al cabo de los cuáles me vinieron en un día dos nuevas trabajosas: la una fue que a mi madre había preso la Inquisición y la otra que la madre de mi ama venía de con otra hija que seis leguas de allí estaba.

Cuál fuese el sentimiento de la prisión de mi madre podrá vuesa merced considerar, pues por ella me faltaban dineros y regalos y lo peor, dejar de ganarlos, que para en adelante me importaba mucho. ¡Y qué sería decirme venía la suegra, mujer más temida que las bajadas del Turco! Ya llegó mi señora la mayor y todos nos armamos de paciencia. Mudó luego la casa al contrario de como al presente estaba, y de tal manera dio en perseguirme y yo en callar, que dos estremos no se han de ver tan presto. Vi casi derribado el monte de mi paciencia, porque muchas destas mujeres suelen ser suegras para sus yernos, mas ésta éralo para

todos, y con todo, salí con la mía callando y anduve muy cuerdo.

Si a costa de lo que he dicho tenía en pie comodidad que importaba mucho interés; ¿por qué razón no había de poner de mi parte todo lo posible para no perderla, particularmente no habiendo menester pedir nada a nadie para ello? Que de su cosecha puede cada uno consigo, y es de muy grandes necios decir: «No puedo más.» Digo otra vez que salí tan buen maestro de paciencia que pudiera casarme, porque ninguna mujer había de ser tan recia que me obligase a gastar toda la que adquirí.

Con esto pues, y con tragarme muy buenos dichos, tuve amigos, comodidad y dineros, que preciaba más no perderle que decirle, pues caudal para él ya me le tuve, y no sabía si para adquirir otro o volver el perdido tendría habilidad, fuera de que para esto el tiempo es enemigo, porque, ansí como para ir entrando más en la voluntad del amigo es él el medio, ansí para que con el perdido se deslicen otros es él el medio y el principio, luego callar, que no está nada escrito.

Dél allá dijo un filósofo que el día que no traía ganado algún amigo de la plaza venía muy descontento. Si esto es ansí, ¿no es mejor callar un buen dicho que perderle? Y es desventurada cosa que a cualquier parte que vaya un hombre halle enemigos y todos se huelguen con sus infortunios y de nadie esté seguro, y gaste su hacienda en agentes que le defiendan en las conversaciones y sean ellos los primeros que digan mal dél.

Digo, pues, señor, que tanto nos pudrió a todos la vieja, más valiente por su condición que el Gran Capitán por sus puños, que, luciéndosele más, o pagando su hija por todos,

la dio un tabardillo, ayudando a ello un viernes de una estación a las cruces, diré mejor, de estación a poner a su marido una cruz.

¡Sal acá familiar!, que en ser diablo en cara y costumbres más pareces familiar de redoma o sortija. ¿No es ansí esto, afligido y fingido amante? ¿No es también verdad que del colmado sentimiento apostaban a correr por esa cara de plato mocos y lágrimas de tinta? Y si vuesa merced dijere: «Si no quería, ¿cómo lloraba?», respondo que ya digo fingido lo que al principio sería verdadero, que esto es muy común en los más de los amantes.

Aquí fue cuando mi amo el pastelero gozó espléndidamente de la hermana del familiar, que fue como gozarle a él en hábito de mujer. ¡No vi yo en todo cosa tan parecida en mi vida! Hube de aquí también algunos dineros, y los que se me pagaron la vez que me quedaba en la tienda. Y para todo se hurtaba en ella, porque si de un pastel se sabe la ganancia señalada no se sabe de qué es el tal pastel, y yo lo sabía, como el que ayudó a alguna empresa, y pasa ansí.

Vuesa merced habrá de saber que había en casa un muchachuelo que tenía cuidado de correr el lugar para que supiese si moría en él alguna cabalgadura, y sabido, informarse dónde quedaba, porque luego íbamos él y yo a darla mate, para que de la carne se hiciesen pasteles. Y como nos diesen parte de un difunto que casi un cuarto de legua de allí quedaba, nos fuimos mano a mano después de comer los dos, cada uno con un cuchillo y una espuerta. Yo no porque tuviese obligación a ello, antes por esa misma causa, por valer más, que ése es el trato de los criados: dar gusto en todo a sus dueños.

Hallamos que cuatro o cinco perrazos le estaban descarnando, por lo cual, de miedo no nos atrevimos a llegar. Mas ellos con más que distinto, nos concedieron llegásemos y desampararon el cuerpo, por cuya vacación con lindo aire le quitamos lo que dentro de pocos días había de ser dineros. Mas volvieron presto por haber ido a beber a un arroyo que cerca estaba, y como olían a carne otros muchos con ellos. Quisimos huir y escusónoslo la cortesía con que se llegaron sólo a entretenerse con la poca carne que debajo la barba hay, como los tan satisfechos. Los demás devanaban las tripas, cosa que a nosotros no nos era de importancia, de manera que entre ellos y después estotros, entre nos y el romance de don Álvaro de Luna dejamos el rocín en calzas y jubón; con que nos volvimos a casa a boca de noche, muertos de hambre, cansados y con calor por ser primavera.

Díjoseme a mí, como privado, que merendase lo que me diese gusto y a mi compañero que tomase un pastel: convite bien enfadoso por ser ordinario y porque el que los come no los vee hacer como nosotros. Yo digo que los que pisan la uva y los que los hacen corren parejas, porque si aquellos escupen y hacen allí cosas de más consideración, a estotros no les rasca nadie, cómales donde les comiere, fuera de que su merced del señor oficial mayor tenía algunos veninos preñados y otros paridos, por cuya razón despachaba en el cuarto bajo, que era el entresuelo.

No le apeteció el muchacho, y abriendo una alacena dentro de la cual había carnero o cecina fiambre halló una jarra tapada con un papel: «¿Qué tesoro es éste?», dijo, y destapándola puso el dedo dentro y halló que era dulce. Consideròlo miel rosada o otra cosa deste género y era una

ayuda para mi ama. Mojó un poco de pan y súpole bien, mojó otra vez y súpole rebién. Tomó un plato y entrándose donde no le viesen se la comió a sopas, y como lo dulce le provocase a beber, bebió agua de la cueva fresca y se fue a acostar, porque en días de semejantes trabajos tenía licencia para ello. Durmióse luego, y de tal manera sin ir a escuelas cursó, que se pudo graduar de licenciado.

Cuando yo me recogí a mi aposentillo, que cerca del suyo estaba, le oí decir: «¡Jesús, qué sudado estoy!» Entré dentro y preguntéle si estaba indispuesto. Díjome que había sudado mucho, mas a mí me pareció que el sudor había pasado por mal puerto, y como le tentase el rostro y le sintiese frío le dije: «Mira no te hayas orinado.» Él respondió: «¿Por detrás me había de orinar?» Entonces confirmé lo coligido y le dije ansí: «Hermano, pues ese sudor límpiatele tú», y entréme en mi cuarto, y él como tan cansado se volvió a dormir.

¡Aquí fue ello!, porque como a la mañana voltease la madre toda la casa y diese en el aposentillo del muchacho y viese desconcierto tal, nos atormentó a todos y desolló a él a azotes, buscando tormentos nuevos para mejor satisfacerse.

A otro día cenó nuestro amo el pastelero unas albondiguillas de la presa que la noche antes tuvimos, porque la mala vieja hizo eso para no degenerar de suegra. ¡Vea vuesa merced cuál era, que para él fueron de la que he dicho y para la demás gente, ya que no de carnero, de vaca! Lo que con ella pasábamos, si a muchos será fácil de creer, a mí será difícil de decir, porque, si la respondíamos recio cuando nos llamaba, decía éramos desvergonzados y hundía la casa; si quedo, que hacíamos burla della. Éstas son de las condiciones que dan higas a la prudencia de los que con

ellas tratan, como los males viejos a las medicinas que se les aplican.

Esta tal vieja y acudir al servicio de cuatro amos me tenían bien disgustado, porque esperaba mal fin dellos, o de mí por ellos, ya que yo me fuese a la mano con la vieja. Deseaba salirme de su casa y cumplióme el tiempo este deseo, trayéndome nuevas de que a mi madre la habían penitenciado por el Santo Oficio.

Capítulo V

Cómo se fue a Guadalajara y asentó con un sacristán. Cuenta lo que en su casa pasaba

Puse, pues, mis cosas en orden y, cosiendo en el jubón los dineros que tenía, me fui a Guadalajara, porque tuve siempre deseo de verla. Parecióme tan bien que traté de quedarme allí, y, buscando comodidad, la vine a hallar con un sacristán tuerto. Éste se contentó presto de mí, porque le dije que tenía natural cómodo para aprender con facilidad cualquier cosa. Llevóme a casa, y apenas hube visto a la mujer, cuando dije:

-Vuestro marido tuerto es, mas si vos pisáis derecho, que lo pague yo. Ojos que, si despide la lengua, ellos convidan, negros y dormidos, ¡ello dirá!

Pues vea vuesa merced si dijeron presto.

Luego que me llevó a casa me dijo en lo que había de entender, ansí en ella como en la iglesia. Recibióme bien mi ama y preguntándome cómo me llamaba la respondimos a una mi amo y yo que Lazarillo. Ella se rió y, partiendo de la sala para la alcoba, andando como a primera intención de

bailar, me dijo:

-Marido tuerto y Lázaro por criado, ¡muy trabajoso negocio fuera a no estar tan seguro el partido de su dueño!

Él dijo:

-¡Ea habladora, siempre has de mostrar la buena voluntad que tienes a no perder ocasión! -y entrándose a donde iba me dijo-: ¡Buena mujer me ha dado Dios!

Y dijo bien, que Él muy buena se la dio, pero ella muy mala se había hecho. Al fin, señor, que yo entendí aquel día en las cosas domésticas y el siguiente en las de la iglesia. Puse recaudo para decir misa, almorcé media docena de veces y a las diez subimos al coro para oficiar la misa mayor.

Empezaron el introitu mi amo y otros dos clérigos, y yo me apercibí para entonar el órgano, como antes se me había ordenado. Tocó mi amo de suerte que pudiera desazonar a un viudo, ¡véase si era el tañido como quiera, porque el que disgusta quien he dicho, excelentemente sabe el cómo! Acabó con la tecla y fue al facistol, y yo tras él, donde no pude sufrir dejar de cantar, y satisfaciéndome en mi deseo gateé por un quirie arriba. ¡Considérese cuál cantaban ellos, pues no conocieron cómo cantaba yo!, pues fuera de no saber de canto más que tirarle, parecía cuando cantaba tener la boca llena de ochavos. Pero entonaba muy bien el órgano, y no más. Al alzar, cantó mi amo a ello acostumbrado como puntual sacristán, porque se podía tomar a ello con el más estirado del oficio, no en hacerlo mejor, sino en porfiar más.

Acabado esto di vuelta a casa una hora antes que mi amo, donde hallé a la huéspeda la cara hinchada y con muchos cardenales y el brazo en una banda. Miréla

alazarilladamente, y como la lengua me dijese que había rodado las escaleras y yo desde que la vi me entendiese mejor con los ojos, les dije:

-«Ojos, decídmelo vos.»
-«Mojicones han sido, me parece -respondieron ellos.»

Partí a hacer sabidor a mi amo de la caída de mi señora la sacristana, y ya no estaba en la iglesia, porque como era costumbre, se venía por la plaza de donde traía alguna fruta o lo que al tiempo era anejo. De manera que cuando volví le hallé en ella, y metiéndole en un abujero sobre que era tan desgraciada y tan sin ventura, que había de ser ama y criada, pues por haber subido a la cocina, que estaba en alto, cayó a la bajada en uno de tantos hoyos como tenía y rodó desde el primero hasta el postrero escalón.

-¡Que no pueda yo con este hombre -repetía muchas veces-, me mude desta casa donde siquiera tenga una vecina con quien conversar y a quien volver los ojos, o si no, hombre del diablo, ved si he tenido quien me vaya a llamar el barbero para sangrarme!

Él estaba temblando y tan cortado que tenía más hundido el ojo con vista que el que estaba sin ella. Fue a llamarle y, asomándose a la ventana, le dijo que trajese el que tenía la tienda al cabo de su misma calle. Él fue a ello, mas no quiso venir, y volviendo a decirlo a casa dio en que no se había de sangrar con otro. Y desde aquí le aplazo a vuesa merced para un cuento, a mi parecer agudo, y pasa de la manera que diré.

La sacristana, mi señora, tenía perdida toda la mala querencia al barbero, el cual, como la sintiese enferma de la

voluntad, hallándola sola la derramó los celos por el rostro y cuerpo en cantidad de mojicones, aprovechándose después de la pretina, con que la desconcertó un brazo y acardenaló todo el cuerpo, jurando una y otra vez de no volver para siempre a su amistad, y que dello daba por testigo al tiempo, de que ella estaba harto más sentida que de los golpes recebidos. Y ésta era la causa porque quería que fuese él y no otro el que la sangrase.

Volvió pues el marido a persuadirle fuese a sangrar a su mujer, y salió con ello, cuya paga fue quedarse a comer con mis amos. Y para este convite nos fuimos los dos a la plaza, de donde se trajo un ave, un conejo y más fruta, con lo cual todo yo me vine adelante para que con brevedad se aderezase. Púsose la mesa, comimos todos y fue regalado de los dos. Comióse las pechugas, casi los lomos del conejo y muy poquita fruta, pero menudeaba en lo del bienaventurado que partió la capa con el pobre a más y mejor, de manera que conforme a lo que mis amos bebían, parecía que echaba él el contrapunto, porque ansí como los que le cantan por uno, que dicen los del canto llano, forman siete o ocho puntos estotros, ansí nuestro barbero: por una que bebían ellos, bebía él cuatro. Acabóse la comida tan tarde que yo hube de ir a tañer a vísperas, y tras mí mi amo a cantarlas, o por decir como ello era, a llorarlas.

Lo que yo comía en todas las ocasiones era cosa increíble, porque a estas horas ya había muchachos aguardándome; y porque les dejase probar la mano en las campanas me daban lo que podían haber de sus casas. La campanilla, cuando salía el Santísimo Sacramento, estaba puesta muy cara. Pues, ¿qué me pasaba con las viejas? El pan bendito me pagaban a oro, y al mismo precio que las abriese la iglesia

temprano. De manera que, ansí como el otro fue Lazarillo de no comer, fui yo Lazarillo que pude morir de ahíto.

¿Qué le tengo que decir a vuesa merced? No pasaron ocho días que mi ama no me mandase que fuese a visitar al barbero, satisfecha del caudal que en mí halló y usando de la prudencia común en mujeres; trájele a cuestas desde entonces hasta que un día sucedió lo que diré, con lo cual di de mano a la casa del sacristán, porque era grande la desdicha que me seguía en esta materia, siempre negociador de ajenas holguras.

Pasa pues desta manera: mi barbero estuvo algunos días sin ver a mi ama por la necesidad de llegarse a un lugarcillo no lejos de Guadalajara, y como volviese con algunos regalos y se los llevase casi a la hora que mi amo volvía a casa, por poco diera con ellos, por venir ya a comer, a no verle yo antes y avisarlos. Entróse detrás de la cama con harto miedo, tanto por saber vivía ya con algunas sospechas, cuanto porque no era el más animoso del mundo.

Subió mi amo, sentóse en una silla junto a la mesa poniendo en ella un pañuelo con agraz en cuyos brazos mi ama puso las manos brindándole para que jugase con ella, y como él lo hiciese le dijo:

-Mas que te tengo de hacer tuerto de esotro ojo.

Cogió bonitamente un grano grueso y, sin que lo viese, se le reventó en él, de manera que, como le tapó luego con la mano, quedó a escuras. Y yo cogí mi pusilánime barbero y di con él en la sala para que se bajase por las escaleras abajo, que podía muy bien, a no ser tan cobarde que, puesto en ella, se volviese detrás de la cama, de que mi ama y yo

quedamos como difuntos, y más cuando me preguntó:

-Lázaro, ¿quién estaba ahí ahora contigo?

Y aquí entra mi papel.

-Nadie, señor -respondí yo-, sino que cuando hay pasión en un ojo, una cosa parecen dos, o si no, dése vuesa merced un pequeño golpe en él y conocerá esta verdad abriéndole después.

Íbalo a poner por ejecución y, para que tuviese más efecto, se llegó mi ama y dijo:

-Mira bobo, no te has de dar recio, sino desta manera -y diole ella que pudiera dejarle a buenas noches, y él se sintió tanto que lo mostró bien con un gran grito.

Entonces cogí mi retraído y le encaminé por las escaleras abajo.

Y él dijo que tenía yo mil razones, porque jurara que había salido por la sala un hombre. Yo le respondí:

-Es lo que le he dicho a vuesa merced, y ansí nadie se ha de arrojar a hacer juicios temerarios porque aunque tengan apariencia de verdad puede ser engañarse; o sino, dígame vuesa merced, le ruego, ¿el que se echa de pechos sobre una tinaja de agua, es el propio que en ella se figura?

-Sí es -respondió él.

-Pues vea cómo se engaña, porque el que estaba arriba se halló boca abajo, y el de abajo boca arriba; luego, no era el propio.

-Digo, hijo Lazarillo, que cada día voy descubriendo en ti

que debes serlo de buenos padres, porque veo que sabes leer, escribir y contar, algo de latín y, sobre todo, que tienes muy buenos respectos.

-Vuesa merced me honra y pone de su casa lo que dice, que en mí no hay nada dello -respondí.

Y cierto que tuvo razón en lo que dijo por saber yo esas cosillas, de manera que cuando no hay otros testigos, éstos son casi fidedignos, porque ¿qué padre deja de enseñar sus hijos a leer y escribir? Por lo menos acuérdome ahora que el tiempo que fui agente de aquel miserable colegio de que mi padre fue rector, no hubo mujer en ellas que no fuese parienta de las mejores casas de España, cuyos padres eran el día de entonces grandes señores, sino que una voluntad, y un engaño después, las trajo..., etc.

Mas probáronlo mal, porque queriéndome regalar con unas valonas no hubo entre todas ellas quien supiera hacer las vainicas.

Capítulo VI

Cómo dio vuelta a Madrid. Cuenta lo que en una casa donde asentó le pasaba

Mi intento, como antes de ahora he dicho, nunca fue vivir de asiento en éste o en otro lugar alguno de los de España, antes dar conmigo en las Indias, donde hombres bajos vienen de ordinario ricos, aunque vayan sin oficio, porque, llevando consigo el poderse aplicar a mercaderes de cosas bajas, nunca se vienen sin dineros; y la razón de detenerme en algunos lugares era llevar caudal a Sevilla para ensayarme en ella. Y como la patria sea a todos amable -tanto que, sabiendo el desterrado que si quebranta el

destierro le han de azotar por ello, se pone, a trueco de verse en ella, en contingencia de que lo que le amenaza le suceda-, me volví a Madrid a donde serví seis meses sin que mis contrarios supiesen estaba en él, que como es tan grande y hay tanta diversidad de gente, los que viven al barrio de Santo Domingo están con los del de la puerta de Toledo como los que habitan los dos Caramancheles, Alto y Bajo.

Hallé muy buena comodidad con un estranjero casado, cuyo oficio ya he dicho, pues era más valiente por su paciencia que el Cid por sus puños. Su mujer era una muy buena moza, de las que se tapan de puntería y dan una estocada en una bolsa que la pasan de parte a parte. Bizarra, y tan larga de talle que yo creí siempre que orinaba por encima del cartón. Y su madre era una muy mala vieja. Aquí comí más que en todas las casas juntas que estuve, porque lo enviaban muchos y porque lo callaba mi amo, de suerte que por él y por ello se debió de decir: «Quien calló venció y vido lo que quiso.»

¡Libre Dios de la procesión de lechuzas las bolsas de todo fiel cristiano el día que mi señora y otras cuatro amigas salían determinadas a chuparlas en chapines bajos, y la mayor de la mano con la madre de otra de las amigas! ¡Allí era ello! En las mangas llevaban ensanchas, y las viejas unas fratiqueras que se andaban alrededor como tornos, y yo y Mariquilla, criada de casa, íbamos a longe, como discípulos, encubiertos con unas cestas en los brazos porque si acaso sus respetos diesen con ellas, no las sacasen por nosotros.

No había entre todas quien no tuviese su gracia o su habilidad. Mi señora la mayor sanaba mancos, pues al que

lo fuese de natividad le hacía meter la mano en la bolsa. Su hija y las demás amigas excedían a los jugadores de manos, trampa para ellos, porque si el más hábil saca por la boca cincuenta o cien varas de cinta, ellas por unas bocas como unos piñones sacaban un jubón, una ropa y una basquiña, que lo mismo era pedirlo y todo a un tiempo.

Tenían mis amos un niño de siete o ocho años, tan hijo de padres que podía disputar unas ferias o un aguinaldo con el mayor estudiante, y le concluía siempre. Éste conocía ya el que era fácil de faldriquera, y en viniendo, aunque su padre estuviese arriba, le decía no estaba en casa por sacarle algo, que toda la gente della estaba fundada en engaño, y ansí cuando algún oficial de aquella obra contaba algún lastimoso suceso, se lloraba a cinco voces y se sentía a ninguna; y si mi amo se hallaba presente llevaba el canto llano. De manera se vivía con el interés que, si pidiendo a alguno de los sobredichos oficiales cosa para su vestir o comer ofrecía música o otros entretenimientos, era reputado por obrero de la torre de Babilonia, y a toda priesa volaba de casa; porque para este género de mirones, el marido, que era símbolo de la mansedumbre, era significado por un león, y subía desde la puerta de la calle metiendo mano y miraba hasta el desván. Si era avisado buscaba dineros por saber que por su falta le descartaban, y en teniéndolos volvía, y antes que entrase les daba el aire de que le acompañaban, y no es esto milagro, que los perros querían hacer pedazos al que no daba. Salían a recebirle todos en procesión, y mi sosegado señor a la postre echándole los brazos al cuello y metiéndole los ojos en la bolsa, que ellos no estaban mal con la persona, sino con el defeto della; si no era cuerdo temía, y por uno o el otro camino salían con su intento.

Luego se sabía en casa que había melero en ella y acudían los mosquitos, que éramos los criados, que los moscones presentes estaban. Empezaba la oración mi señora la mayor, orador insigne, y decía:

-¡Válgasele Dios!, ¿qué se ha hecho que nos ha tenido con grandísimo cuidado? Y ansí yo vea a ésta con remedio, que he dicho a mi yerno que le busque y nos le traiga acá, porque en casa no hay quien no le quiera como si fuera hijo della.

-¡Juro a Dios -decía el yerno- que me habíais tenido con notable pesadumbre!, porque ni os he hallado en casa ni el amigo con quien solíades andar me lo ha sabido decir.

Luego se llegaba Mariquilla al oído y le decía que su señora Da Francisca, hermana de mi ama, le había mandado fuese a buscarle, porque ya sabía cuán su apasionada era, y ella lo había hecho muchas veces, y la habían respondido que ya no vivía allí.

Y por esta orden iban diciendo los demás, con lo cual le quitaban el dinero, pidiéndole que con el bocado en la boca volviese a la tarde, y mucho antes ya estaban fuera; y cuando a la mañana las hallaba le contaban las desgracias que desde que salió en aquella casa habían sucedido, y que no estaban aún para verse a sí mismas. Y él cogía las escaleras muy satisfecho de que todo era mentira, porque el avisado sabe que las mujeres sin maestro saben llorar, mentir y bailar.

Teníamos un escudero con obligación de acompañar las fiestas, y todos los días la tuvo, por no pasar ninguno que para ellas no lo fuese. Éste era hombre que no se le caían de

las manos los Concetos de Ledesma ni los antojos, o de las narices o de las orejas; y tan insigne que si acaso entraba alguno sin que él lo supiese, se iba por las calles y por el olfato entraba en su casa, y aunque fuese hombre de cuatro anas de caída se le comía de sopas en vino. Fue zapatero en un tiempo y según decían mis amas estaba perdido por ser demasiado bueno, y para volver en sí ganaba descosiendo lo que mal cosiendo perdió.

Era en esta casa el logro de peor condición que todos los que se usan, porque el que más suelto vive en eso gana con cien ducados otros ciento, mas aquí con un faldellín se ganaban doce, y si todas las veces no sucedía para que esto se hiciese -porque si es verdad que Ovidio no dio arte a los ricos, como él mismo dijo, y se le dio a los pobres, y no hay necesitado que no tome lo que le dan-, y a fuerza de habilidades, buen talle y cara con algunas promesas -cosas que aun a las más interesables tal vez ciegan- llevan éstos lo que otros con muchos dineros.

Eran estas damas como los que venden y juegan barquillos, que aunque pierdan una cesta, con una mano que acierten quedan aún mejor que ellos, si quedan con ganancia cuando los otros desquitos.

Sucedió pues que mi amo murió de no orinar, ¡y lo que hay en ello es que él se orinaba, sino que el orinal estaba quebrado! No derramé ni una lágrima, porque pocos días antes, entrando de fuera, la estaban probando un vestido a su mujer y allí el que se le había dado, que era el que tenía a cuestas toda la casa, muy pariente de mi señor por parte de su mujer, y le dijo:

-¿Qué le parece a vuesa merced, señor Fulano? No se case si

no le dan cincuenta mil ducados, porque este vestido me cuesta dos mil reales.

O si no, vea vuesa merced si fueran justamente derramadas por hombre tan infame.

Las cosas todas que en el mortuorio hubo no contaré por no ser enfadoso, mas no le privaré de las esenciales. Digo, señor, que se hallaron a la cabecera de mi amo las amigas de mi ama y cantidad de yernos de mi señora la mayor. Éstas tenían las caras en ayunas y las bocas secas de rezar, porque en muerte de marido de amiga es una de las condiciones de la amistad que no se la han de lavar. Llevóse Dios al callado varón un lunes a las diez de la noche. Despojaron las amigas a la viuda de una basquiña y faldellín de seda que tenía puesto, trájose un manto de anascote y unas tocas para el día siguiente; y para cenar la presente noche a dos o tres empanadas por barba, porque ninguno de los que presentes se hallaron se tuviera por buen moro si no enviara como si el compañero no hubiera enviado.

Lo que aquellas mujeres a un tiempo lloraron, comieron y bebieron se creerá en decirlo dellas. Hízose hora de recogerse y porque no se quedasen solas sin algún hombre, se quedaron de buena conformidad todos. Dónde o con quién yo no lo sé, porque un pariente de una de aquellas damas, llamadora de la cofradía, Marica y yo, nos comimos ciertas resultas que sobraron, y luego nos dormimos, mas sé que ninguno salió fuera.

A la mañana fue el entierro y la representación del papel de la viuda y la ayuda a todo de las buenas compañeras. Pasó aquel día y el siguiente vino una dellas con una manga llena de ciruelas de Génova y bizcochos, porque tuvo nuevas que

mi señora estaba con desmayos, y fueran más verdaderas, que estaba ahíta. Ésta puso cada desmayo a ciruela, y en viéndola que se quería trasponer ponía ella la mano en la manga y sacando una della y diciéndola: «¡Ea, ea, boba! ¿Hemos de tener en qué entender?», la entraba una dentro. Ella mostraba sentirlo, mas nunca escupió la ciruela y siempre el hueso.

Ésta cuidó entonces de dos cosas: la una de cebar el pichón y la otra de que se tuviese cuenta si venía el dueño, de quien no diré quedó en quieta posesión, pues siempre lo estuvo, para lo cual preguntaba a Mariquilla si había subido arriba; y era el caso que la tal iba a la azotea en vida del señor a atalayar, si venía, para avisarle a él si entraba o no, y a ella si estaba con otro para que le ascondiese. Respondía entonces la viuda:

-Ahí ha estado, que poco ha se fue. ¡Déle al diablo, que no estoy para tomar más penas, y ese hombre me pudre! ¡Ah -repetía en aconsejándola que no hiciese tantos estremos- que no sabía nadie cuán bueno era mi marido!

Y decía muy bien, que aunque todos entendían que era bueno, ninguno llenaba todo lo que se le debía dar.

Pasaron días, fuese hoy aliviando un poquito la viuda y mañana otro poquito, tanto que vino a parar en saya grande de gorgorán de Toledo, y debajo los faldellines de cuando casada. Pasaban en aquella casa cosas que ni son dignas de escribirse ni de que se sepan, mas diréle a vuesa merced una que a mi parecer es donosa.

Averiguó nuestro dueño cierto peso falso un día que non debiera, y viniendo a casa determinado de echarla toda por

la ventana abajo, entró sin hablar palabra y calado el sombrero. Ella, que estaba no con poco temor, le dijo, viendo lo mucho que callaba, si traía alguna indisposición, y él, no responder. Ya reventó y la dijo aún no lo que merecía, y que le diese su ropa blanca, que no había de entrar más en su casa. Ella dijo que estaba presta de lo hacer con tal que viniese allí primero la amiga que la cebó con ciruelas de Génova. Él que ni se había de detener ni había de venir. Ella que se desengañase, que no lo hacía por no perderle, sino porque ya que se fuese quedase con la opinión que con él injustamente había perdido.

Al fin fue por la amiga un criado del ofendido reñidor, la cual, así ella como la criada Marica y yo, sabíamos lo que se había de decir. Llegó la amiga sin alcanzar la respiración y diciendo: «¿Qué hay por acá que me sale el corazón del cuerpo?», contósele lo que pasaba y levantándose la recién venida y sentándose en la silla que al lado del mesurado estaba, le dijo:

-Amigo, no será cristiano si no me cree. Esta pobrecita tenía algunas cosillas de oro que ya no ha menester porque su hábito no las permite y porque no se quiere volver a casar, y fue a la platería a deshacerse dellas porque dice, si quiere que se lo diga, que querría aliviarle de muchas cosas, que la llega al alma verle gastar en ellas.

-Deje eso, amiga -dijo mi ama-, y vaya a lo que hace al caso, que yo no estimo la hacienda en comparación de lo que quiero la honra.

-De allí fuimos en casa de un letrado, grande amigo del que pudre, a pedirle que viniese a ver unos papeles, y junto con eso a darla parecer en el pleito que la han puesto, y a eso

estuvo aquí ayer y había estado a esotro, y si no me quiere creer, sal acá, Inés, di aquí lo que ayer hicimos como si te confesases para dar el alma a Dios.

Decía lo propio, luego llamaba a Mariquilla y decía como la que se lo habían preguntado algunas veces porque no errase. Tras ésta venía yo, y también: «Como si te confesases Lazarillo.» Yo ponía las manos jurando que unos frailes descalzos no hicieran lo que mi señora y su madre de la que estaba presente hicieron; y yo sólo me confesaba bien, porque era verdad que los que he dicho no hicieran lo que ellas hicieron. Era cosa muy para provocar a risa oírla repetir a menudo en el discurso del cuento: «¡Ah, este mi corazón tan leal!»

Luego que yo acabé de firmar se levantó mi ama y llegándose a él le dijo:

-Sepa que soy honrada, señor Fulano. Sepa que soy honrada y váyase agora con Dios y bendito sea el que me ha sacado de tan gran tormento. ¿Ello no se había de acabar? Pues mientras más presto mejor para los dos.

Dicho esto se entró en un aposento y el criado cargó con la ropa. Al bajar le dijo nuestra amiga:

-Déjemela acá, llevaréla a mi casa, porque en la suya no digan que ha estado en la de alguna sucia, pues la envía sin lavar, quede para eso en buen hora.

Cogió la ropa ella y a él del brazo, que estaba ya como unas martas, y diciéndole:

-Venga acá, ¿por qué ha de ser tan terrible que todo lo ha de atribuir a mal convirtiendo la triaca en veneno? Estáse

estotra desvelando en cómo le dará gusto y él en cómo se le quitará. Mire que no se han de apretar tanto las mujeres de bien, entre allí y desenójela.

Hízolo él como un buen Juan y enojóse ella entonces, y todo vino a parar en condenarle en costas por haber mostrado satisfacerse de la recebida información, y era muy más que razonable bellaco.

Ara, ¿no se reirá vuesa merced de que un hombre se persuada a que las amigas y gente de casa han de condenar a quien deben amistad, particularmente siendo todos cómplices en el delito? La amiga digo, que nosotros los criados no teníamos culpa, pues habíamos de hacer lo que se nos mandaba.

Por aquella vez y aún por otras pasó por lo que se le decía, que ya estaba tan sujeto que le vendían ella y las demás amigas. Pero enfadado tanto desto cuanto de gastar tan largo, se concertaron él y los demás pagotes de las otras, y llevándolas a una huerta sola y apartada de que ellos tenían la llave, ansí a ellas como a sus madres y a la gente menuda de casa, nos desnudaron a todos en carnes, y atándolas de dos en dos, muñeca con muñeca y pie con pie, nos dieron azotes de tres en tres. Yo casi me escapé dellos porque dije:

-Señores, suplico a vuesas mercedes me oigan. Nosotros los criados ¿qué culpa tenemos si somos mandados y debe un buen sirviente en fee de lealtad procurar que, con razón o sin ella, vivan los suyos cuanto mejor, pues es menos hacer lo que se le mandare? Estas señoras padezcan lo que pecaron, que yo, es Dios buen testigo, que soy virgen y según veo a vuesas mercedes de enojados espero ser mártir. Y vosotras, madres, que aunque en carnes, no estáis como

las vuestras os parieron, porque entonces era con un solo pecado en que vosotras no consentistes y ahora estáis con muchos en que de voluntad habéis venido, ¿no cae aquí bien, os prometo, la trova que dice?:

Digádesme, aleves condes, ¿qué fallastes en mis fijas?

Lo cual dije cantado. Consolóme mucho verlos reír, porque me pareció que me libraría de la nube de azotes que me amenazaba. Fue ansí, porque diciendo uno dellos:

-Pésame que a éste hayamos dado ningún azote, porque además de tener razón en lo que alega le quiero para mi criado -lo cual no acepté, y no era de las peores comodidades del mundo por ser hombre ocupado en papeles de la contaduría, cuyo menester es antídoto para la necesidad, porque ansí como los enfermos cobran salud con el agua de aquella planta en que Dios habló con Moisén, más por necesitar della que por este milagro, ansí viene a ser esa ocupación agua de zarza contra la mala ventura.

Desatáronnos a mí y a la dicha Marica, que conmigo lo estaba, la cual, ansí ella como las demás criadas grandes y pequeñas, tenían mejores caras que sus amas, porque siempre en semejantes pupilajes es común esto, de donde salen para quedarse dentro, y importa más una dellas en una casa que un despensero, porque él va a buscar lo que muchas veces no halla, mas ellas en tiempo de falta de pan, carne o otro mantenimiento tienen media docena de primos bodegoneros, cocineros, despenseros y otro género de gente que se lo traen a casa.

No me pasó por el pensamiento estar con quien me ofrecía la suya, ni con ellas, ni en Madrid, y en mirándolas dije:

-Este pago merece quien sirve a... -y volviendo a ellas, dije-: La boca tengo llena de pees.

-¡Échalas -me aconsejó uno-, que te ahogarás!

Yo lo hice, y como la tengo tan grande hubo pees para todas y para las que de ellas fueren y serán.

Azotáronlas cruelísimamente, y es tal la ira de la mujer que, con verse en aquel estado, ninguna blandeó, antes les dijeron tantas bellaquerías que, cuando yo no las hubiera conocido, viniera por oírlas en quién eran. Merendaron muy bien ellos y miráronlo ellas hechas un infierno de cólera, y acabada la fiesta les tomaron los vestidos y joyas y las dejaron de aquella manera, y se fueron ellos a sus posadas; y yo desde allí camino de Cigüenza, de donde salí a otro día de como llegué, por hallar la comodidad que vuesa merced verá.

Capítulo VII

Cómo se acomodó con un santero. Cuenta su vida y costumbres

Parece ser que cierto santero o ermitaño que habitaba una ermita doce leguas de allí, vino a un negocio que ya tenía concluido y se volvía de mala gana sin un mozo que le aliviase de muchas cosas a que no podía acudir, y que le importaban dineros si a quien encomendárselas hallase. Viome junto al Carmen y echáme cuatro ojos y yo a él dos, porque no tenía entonces más antojos que de salir de con aquellas mujeres de quien venía huyendo. Llegóse a mí y díjome:

-Paréceme que nos hemos mirado los dos tiernamente y que

no nos hallaríamos mal si nos conviniésemos en habitar una misma posada.

-Ansí es -respondí yo-, a no impedirlo no tener voluntad de ser ermitaño.

Él me asió del brazo y riéndose me dijo:

-Este hábito, hijo, aunque no es de seglar, puedo cada y cuando que quisiere dejarle, porque yo tengo a mi cargo una ermita de que no sólo soy señor, más aún de todos los lugares circunvecinos a ella; y tanto es verdad que el tiempo que estoy ausente de mi reinillo -si conforme a como en él me va he de hablar-, está la gente que he dicho desconsolada, ansí que te podías venir conmigo donde puesto otro hábito como éste que yo traigo, si te hallares bien te quedaras, y sino, yo te prometo desde ahora para entonces ayudarte en cualquier cosa que intentares, como si lo hicieses.

Vine en lo que me pedía y salióme tan bien que hoy lo echo menos. Comprróme sayal para hacerle y, acabado, nos fuimos en nombre de Dios a dar principio a la mejor vida que después acá tuve; y aquí tuvo fin el diminutivo de mi nombre.

Partimos, y por el camino me dijo en lo que había de entender y las horas que había de ocupar en ello y las que había de descansar, porque como él me dijo entonces:

-¿De qué momento son las prosperidades si no hay tiempo para gozarlas, si ya no es que los favorecidos de la fortuna en las mismas ocupaciones le gozan? Como que me llama mi amo cuando he de comer, pues gozo en esa inquietud el favor de que sea a tal hora, porque soy yo el electo para

privar y no otro, que no duermo, que es el día un soplo para mí, porque todo lo he de ocupar en mi dueño, pues gozo en eso lo que valgo, si por ello me han menester muchos.

Ansí que, dejando la moral aparte, digo que mi buena suerte me encaminó a este hombre o a esta piedra imán, que con tan dulce beneplácito de los atraídos se llevaba a una regalos, dineros y voluntades. Y pasa de la manera que diré: él tenía devociones para las casadas que deseaban hijos, oraciones para diversas cosas, remedios para mil enfermedades y algunas veces hacía algo por acabarse el humor o porque la que no paría hizo menos remedios para parir y se le atribuía a él el efecto, fuera de que todo lo que daba era santo y bueno; concertaba los mal casados y era casamentero.

Mi ocupación cotidiana era ir a los lugares con un pollinejo a recoger huevos, pan, carne, pescado, hornazos de aceite y todo lo que podía traer; no difícil de ser creído si he dicho que eran suyas las voluntades. Y como fuese ansí que nos sobrase tanto, regalábamos a otras personas pobres de otros lugares, con lo cual traíamos de los ricos más que lo que dábamos, y esto se vendía.

Lo que los dos comimos es vergüenza referillo, porque como mi buen compañero supiese de cocina, teníamos los más días sopa, y muchos dellos dorada, y un pedazo de buen tocino, perdices o ganso relleno -que también era hijo de casa y lo hacía él por excelencia-, y tal vez algún guisadillo con ello; y la olla con la fruta según el tiempo, de que comía poco. A la noche poníamos al fuego un asador tan corto de talle que apenas había por dónde le tomar para darle vueltas, o un gran pedazo de carnero de que solía hacer un gigote. Y

con todo esto prometo a vuesa merced que era buen hombre, cosa que a mí me causaba no poca admiración, porque un cuerpo tan bien comido y mejor bebido, como luego diré, suele ser travieso.

Ara pues, cenábamos los dos solos y bebíamos como si estuviéramos acompañados. De lo caro era lo de las cenas, porque decía que a tales horas había de ser lo mejor, pues faltaba el sol en ellas; y a mediodía otro, sino tan bueno poco menos. Los segundos postres eran decir luego cosas que hicieran reír a un hombre que no tiene dineros. Mire vuesa merced qué graciosas eran, es verdad cierto que el día de hoy estoy sentido de las noches que me dormí, pues por el sueño dejé de gozar lo que he dicho.

Acuérdome que una noche que me piqué de reír y estuve en vela, dio en que había de salir a recibir a una su hermana que yo nunca supe que la tuviese, para lo cual abrió la puerta, y como diese la luna cerca della dijo que venía el río crecido, y se descalzó para pasalle encomendándose a Santiago; y no le había dos leguas de allí, mas tal creciente llevaba él consigo que le hizo parecer río lo que era luna, y tan caudaloso que le forzó a desnudar y echarse a nado. Yo salí tras él y también me descalcé y desnudara a no mudar de intento, porque era verano y dentro de breve tiempo lo había de hacer. Entramos en casa y cuando pensé que estaba en declinación la enfermedad vi que aún no había llegado al aumento; y dice que su hermana es una gran señora y que la ha de poner la casa como a tal, y el primer oficio que había de señalar en ella había de tener nombre de inconvenientes, que éste fuese a la mano o advirtiese que no se diesen a uno las cosas que pertenecían a otro, y para ello diese causas, porque era terrible cosa premiar quizá a alguno inmérito sin

saber quién era este tal.

Era tanta mi risa que no le pude preguntar nada, porque mirar un hombre con una barba muy larga, largo también el cabello, con antojos y en carnes, ¿a quién no provocará a la que he dicho? Yo me privé por mi mano de aquel buen rato porque echándole agua fría en el rostro y cuerpo volvió en su acuerdo, y si entonces se detuvo más que otras veces fue porque no despojó el estómago como solía, con lo cual se libraba del daño, que aquella noche no. Otras veces quedaba devoto, estábase mi elevado como el que dormita, que está tan despierto como dormido, y entonces decía sentencias; y como fuese aquel día uno de las tales noches, me dijo:

-Lázaro, estoy discurriendo entre mí en cuán grande es la providencia de Dios y cuán grande la malicia de los hombres. Al paso que se acuerda de nosotros cría para su servicio tanta diversidad de cosas, y porque los pobres no pueden comprar perdices, críales vaca, porque un pedazo de la pierna della tiene tan buen sabor como una perdiz. Pues llega el rico glotón a quien sobran los regalos que al pobre faltan y dice: «Regalo es un pedazo de vaca de la pierna, pues enviemos por ella.» Va el criado y porque es para él, dánselo, y quedan las faldas y costillas para el pobre.

-No me parece mal el discurso -dije.

-Ansí Lázaro, pues, mira hijo que estés muy bien con los borricos, no los trates mal.

-¿Y por qué, señor? -respondí yo.

-Porque si faltaran en el mundo tú y yo y otros pobres habíamos de hacer lo que ellos hacen, o si no, mira si habiéndolos, por ser más suave que su andar, llevan dos

pobres en una silla a un rico.

-Mucha razón tenéis -decía entonces viendo cuán bien probaba su intención.

Luego que esto había pasado quedaba tan vivo en todas sus acciones que se podía dar mucho interés por su compañía, porque de ella, como he dicho, se medraba saber y comer, y cómo se había de ganar para en adelante. Y yo medré eso y esotro y latín, que muy bien me enseñó. Y porque conozca vuesa merced cuán buen gusto tenía, le quiero presentar un plato regalado de una premática que una noche hizo, y yo, como tan aficionado a su ingenio, escribí y guardé, ofreciéndole otro para en adelante, volviendo después dellos a seguir lo empezado.

PREMÁTICA

Que ninguna persona de cualquier estado o condición sea tenida por cuerda si dijere hará con cólera cualquier disparate, y que sin ella es como un cordero.

Que cualquier persona de alta o baja calidad pueda, mientras no hallare enmienda en ellos, reñir los descuidos domésticos, sin ser tenido por de mala condición, mas que si corregidos, los repitiere algunas veces, que sea desde luego condenado ya que no es bien entendido, a que curse por una semana el lado de un hablador, y que beba toda ella caliente.

Que sea tenida por necia toda persona que pudiendo consolar al necesitado con obras, le consolare con palabras.

Que el que llegare a dar consejo a otro, mientras no se le pidiere, le haya de dar primero cierta cantidad de dinero,

conforme a la calidad de la persona a quien se da; y donde no pueda, querellar dél.

Que ninguna persona no se atreva a decir: «No se ha de llorar lo que no tiene remedio», pues para ello son las lágrimas.

Que ningún hombre se atreva a salir de casa con ojos azules.

Que el que los tuviere, y junto con ellos fuere blanco y rubio, anduviere menudito y hablare con afecto, no pueda traer daga ni espada, sino muchas cadenitas, un cabestrillo y banda, y que pueda decir: «Tengo jaqueca» y «Enconado el vientre».

Iten, que si sintiere cuchilladas en la calle se pueda abrazar de su mujer y decir: «Amiga, aquellos están borrachos.»

Iten más, que pueda decir: «Voy a hacer aguas», y las haga como las mujeres se ponen para ello, y responder enojado: «¡Por vida de mi madre, que le tire un canto!»; y es nuestra voluntad que puedan ser devotos de monjas.

Iten, mandamos que si el susodicho de los ojos celestes fuere moreno, que se meta a diablo.

Que no sea tenido por galán el que no tuviere buenos pies y piernas.

Que, atento que hay muchos hombres que olvidados del oficio y opinión de sus antepasados, viven soberbios, haya otros que de cuando en cuando se lo acuerden.

Que, el que tuviere espesura de barba y cantare falsetes, se vaya a la cárcel y se meta en la capilla.

Que ninguna persona de alta o baja calidad sea osada decir

que ha hecho más en haber pedido que otro en haberle dado.

Que los letrados mozos hagan algunas cositas de sus manos de que coman.

Que los rocines de los caballeros de primeras tonsuras no puedan tener más de tres varas de largo y dos y media de alto.

Que no haya bobos.

Que todo comisionario sea chiquito, carirredondo, alto de cintura, tenga los ojos pequeños y los pies anchos.

Que ninguna persona se atreva a ponerse montera y ropa mientras no fuere gangoso o maestro de escuela.

Que el salmo de Benedictus, que se acostumbra decir al echar en la sepultura al difunto, si fuere hembra, le diga el viudo con gran devoción puestas las manos, como el que ha recibido tan gran beneficio.

Que nadie diga que no se ha de reñir por mujeres ni por comer.

Que los graciosos puedan emborracharse sin que se les tenga a mal, pues también es del oficio, y se hacen por ese camino calientes, siendo ellos fríos.

Que todo músico de cítara no pueda comer más que fideos y almendradas, y que se vista de oropel.

Que todo casamentero que quisiere disponer de su persona se entienda haya de ser con comadre, porque frisa lo uno con lo otro.

Que haya diputados que recojan los escribanos y los lleven

al sermón.

Iten, que no puedan jurar más de ansí: «¡Dios me saque de pecado!».

Tocante a las mujeres, mandamos que no sea tenida por dama, aunque se quiebre por la cintura, la que bebiere vino, salvo hipocrás, y cocido, porque entonces es golosina y no costumbre.

Iten, que traigan en lugar de chapines, pantuflos o zapatos de cuatro suelas, que no puedan traer cartón, ni decirse don, ni largo el talle, ni jugar con barros, ni estar opiladas, ni tener horadadas las orejas, ni traer puños grandes; y mandamos que en la ocasión que se ofreciere digan: «No quitando lo presente.»

Que, atento que estamos informados que a las discretas graduadas por los sermones de antes que amanezca, no se les guardan sus preeminencias, mandamos se les guarden, so graves penas.

Iten, que presidan en las conversaciones, guardándose la antigüedad las unas a las otras.

Iten más, que traduzcan y hagan libros; a las cuales concedemos, por el continuo estudio, beban un poquito de vino aguado.

Que si las susodichas se cartearen con sultán Solimán no puedan entrar en licencia de dotoras, porque eso se ha de quedar para cuitadoras.

Que se permitan las terceras, pues evitan de mayores daños.

Que toda dueña haya de usar debajo del monjil calza entera

y traer botas.

Que ninguna mujer pueda decir parió de trece años y que se le cayeron los dientes del primer parto.

Que si el marido riñere por el mal gobierno de casa no pueda responder la mujer: «Soy honrada», pues en ello se encierra lo uno y lo otro, y no se casó para lo contrario.

Que solas las que pasaren de cuarenta años puedan jurar: «Por el siglo de mis padres» y decir: «Tomo y vengo y, ¿qué hago?»

Iten, que empiecen la carta diciendo: «La de vuesa merced recebí.»

Que toda mujer con estremo roma bese con trompeta, por el defeto de sus narices.

Iten más, que si fuere con esto boquihundida, haya de dar un real y un cuartillo a quien la mirare.

Que ninguna mujer viva hasta más de treinta años, y si fuere casada solos veinte, aunque se haya casado seis días antes del cumplimiento dellos.

Que la mujer que probare no haber abierto su boca para dar tan gran pesadumbre como es pedir, ni su criada por ella, viva, si no fuere casada, los treinta años y veinte días más, y si lo fuere, los veinte años y veinticuatro días sobre ellos.

Que toda mujer limitada de carne sea tenida por vaso penado.

Que las busconas se contenten con lo que se les diere, pues vienen ellas a rogar.

Que las monjas estafen cuanto pudieren.

¿Quién duda sino que habrá vuesa merced reparado en qué quiere decir que no haya bobos? Pues hágole saber que no ganará las albricias, porque trasladándola, yo hice lo propio, y preguntándoselo al dueño me dio esta respuesta:

-Has de saber, hijo Lázaro, que no valiendo cuanto traen a cuestas muchos hombres años ha seis reales, ni los que al presente traen los vale, nos cuentan grandes cosas de importancia, todo lo cual quieren sea ansí, con la débil capa de un don, y a este paso otros en otras materias, los cuales son, bobos o nos tienen por bobos.

Y parecióme había respondido bien. 69

Capítulo VIII

Cómo fueron los dos a ver un auto a Toledo, cómo salió su madre en él, por cuya causa se partieron para Madrid, y lo que en él les sucedió

Estando las cosas en el estado que a vuesa merced he dicho, sucedió que hubiese un auto en Toledo, y como nos hallásemos en todas las holguras que en los lugares que hasta diez o doce leguas de distancia hubiese, fuimos a él. Llegó el día del auto y puestos en la calle mirándolo con gran atención, y yo en particular como cosa que deseaba y no había visto en mi vida, oigo una voz que parecía salir debajo de tierra y que me dice: «¡Hijo mío!». Alcé los ojos y conocí a mi putativa madre que la llevaban en él para azotarla después de leídas las sentencias, como es costumbre, por haber reincidido en la hechicería y otras cosas. Luego que me vio dijo a los familiares que a sus lados iban que me dejasen llegar a ella; abrazóme, y

sacando de los pechos un papel me dijo que rezase aquella oración cada día, porque ella se había librado por ello de muchos males y peligros, pues no esperaba verme ya más en su vida.

Yo la respondí:

-Por cierto, madre, a vos se os ha lucido bien poco, ¿no os decía yo que las habas no eran buenas más que para hacer dellas cazuelas?

Abrazóme segunda vez, y como me doliese haberle llamado madre, la dije volviese por mi honra, pues sabía que no lo era.

Ella entonces dijo cómo me había criado de la piedra y por eso me llamaba hijo, con lo cual y muchas lágrimas nos apartaron, y caminó adelante, quedando yo consolado de lo que me había sucedido con la declaración hecha, y mi compañero con gran gusto, porque en la perdida color conocí su sentimiento, el cual me quería tanto que aunque vio a lo concebido el desengaño me dijo que habíamos de ir a Madrid donde se haría información de la verdad para en adelante, que no dañaría llevármela conmigo donde quiera que fuese, particularmente habiéndome llamado hijo la que iba penitenciada por el Santo Oficio, y habiéndolo oído tanta gente que era fácil a alguno dellos destruirme en algún tiempo.

Fuimos, pues, a Madrid donde nos sucedió lo que a vuesa merced contaré, no dificultoso de ser creído, porque como hay tanta diversidad de gente, no es milagro que mucha parte della sea de depravadas costumbres, y pasa desta manera.

Aposentámonos en una casa de posadas, donde la huéspeda hizo de suerte que no nos saliese de balde y pagámosla tan bien como esto, porque era de las que el diablo empeñó. A medio andar en los años, flaquilla, afeitada, unos ojuelos dormidos y despierta ella en todas sus acciones; y tenía, para decirlo de una vez, arrendado el mesón; y antes había sido ventera, y al presente lo era en el trato. Tenía demás desto una niña de hasta diez y seis años, en todo única heredera de su madre, no fea ni desaliñada; y como mi compañero trajese debajo del saco de sayal una cadena que llamábamos la Luz, que pesaba docientos escudos, y la huéspeda se entrase a departir con él las más noches y se la viese, estudió cómo quitársela.

Salió con ello la bendita mesonera, que nos trató como a moros, circuncidándonos la carne que la dábamos que nos cociese y guisase, y fue este el cómo:

Ella estaba amigada con un alguacil, por cuya causa tenía fáciles las salidas a cantidad de maldades, y concertaron entre los dos que una noche se quedase la hija con él a solas y que hiciese lo que, como la que lo era de su madre, sabría, y que entrase después el alguacil y un escribano, como fue. El cual los halló a escuras y sentados sobre una cama. Traza de la mozuela, porque como él lo estuviese sin saber que entraba, se sentó en ella. No fue menester más para que él hubiese sido, en lo que se puede entender, el malhechor. Recibiéronla a ella su declaración y dijo que desde que aquel hombre entró en su casa la había solicitado y perseguido, y que ella siempre huyó dél, y que aquella noche, yéndose a acostar, la llamó para que le trajese un poco de agua, y que llevándosela cerró la puerta y la forzó, y que ella no pudo dar gritos por haberla tapado la boca; lo

cual decía con tantas lágrimas como si fuera verdad, y no había hecho la madre más que salir del aposento y entrar el alguacil, en cuyo tiempo se acostó para salir mejor con su intento. Con este dicho asió un corchete de mi compañero para llevarle a la cárcel, el cual no se defendió ni dijo nada contra ello, porque como tan entendido sabía que ellos sentían lo contrario y que aunque mucho hablase no había de servir de nada.

Llevábanme mi buen amigo, a quien por hacerme bien sucedió lo presente, y a mí el alma, mas lo uno y lo otro volvió: la cadena a él -a su aposento- y a mi cuerpo lo que he dicho. El cómo fue ellos lo saben, y vuesa merced lo sabrá después, como los que otras veces lo debieron de hacer, que a mí no me permitieron que estuviese presente. De manera que nos hizo de daño por entonces la venida a Madrid docientos escudos de oro de la cadena y docientos reales para el alguacil y el escribano, con ocho reales más para el corchete.

La prudencia con que él llevó este infortunio y la pesadumbre mía corrían parejas, y tanto que di en que la cadena había de volver a su tronco, para lo cual hice tres cosas: la una, que no nos fuésemos tan presto ni mudásemos posada, y la otra, hacerme muy familiar con hija y madre, y hacerme hiciesen otra de alquimia, como el que tan bien sabría informar el tamaño della porque algunas veces se la dejaba su señora madre.

Hízose ansí y un día de fiesta que la niña, arcaduz por donde vino la joya, se vistió el terno rico, fue ella el principal adorno; y como en el portal la viese me llegué a ella y la dije:

-¡Oh, qué linda estás! ¿Qué parecería yo con esta cadena sobre este hábito?

-¡Póntela!, veamos -dijo ella.

Echámela al cuello y yo empecé a pavonearme y a hacer como los caballos briosos a salir de casa, con cuya carrera me entré en la caballeriza, donde en un instante que volví a salir traía ya en la manga la fina y al cuello la falsa, porque no era razón que habiéndosela sacado ellos a mi compañero teniéndola él en su poder, no la sacase del suyo teniéndola yo en el mío.

-Daca mi cadena, hermano, que harto te has holgado con ella -me dijo.

Y yo me la quité y echándosela al cuello la dije que no tan sólo aquella la quisiera volver, mas junto con ella otra de diamantes. ¡Tal salud la venga como yo dije verdad!

Luego fui al aposento y dije a mi hermano que aquella noche no habíamos de dormir en Madrid; hizo lo que yo quise y por el camino me fue contando el caso y cómo apenas se hubo salido del aposento la madre y entrado la hija, cuando, sin tener el lugar de tomarla la mano -aunque tuviera intento dello-, les echó la justicia a cuestas.

-¿Y cómo os sacaron la cadena?

-Bajó llevándome a la cárcel el vecino que vivía sobre nuestro aposento y habló con ellos aparte y díjoles que qué parecería en la calle un pleito como aquél, particularmente en un hombre de mi hábito. «Y aun eso hace mayor el delicto» decía la madre. «Calle, señora» respondió a esto el honrado concertador, «que es mujer y no tiene prudencia.

¡Vive Dios que no venga nadie a posar a su casa! ¿Qué quiere ahora?» Y todo esto lo oía yo muy bien, aunque estaba aparte, porque ellos me pusieron para ese efecto donde me fuese fácil. Llegóse el algibista vecino que concertaba lo que yo no desconcerté ni por el pensamiento me pasó, y díjome cuánto me importaba no parecer en la cárcel por hábito y reputación, y porque los jueces tomarían muy mal el negocio y podría ser, además de costarme muchos ducados, que me desterrasen por ocho o diez años, si ya no era que me hacían casar con ella; que su parecer era que la diese algo para ayuda a su dote, y que a él no le movía más que serme aficionado y quererme librar del mal que me amenazaba. Decía verdad en todo lo demás, si mentira en que era mi amigo, porque la cama estaba tan bien mullida que sin mucha gana se podía dormir en ella, y cualquier juez me condenara aunque no tuviera mucha voluntad a ello. Por cuya causa, después de dadas gracias por la recebida merced, le pregunté qué sería bueno darla, sin decille no tenía parte en el pecado que me imputaban, porque lo sabían ellos mejor que yo, y era gastar tiempo en balde, que eran mesonera y hija, vecino concertador, alguacil y escribano unos muy grandes ladrones. Díjome que una cadenilla que me había visto al cuello le parecía estar bien; yo me la quité sin replicar y se la di, y a Dios mil gracias en verme libre de sus manos. Ansí, hijo Lázaro, que de aquí podrás conocer los engaños del mundo y abrir el ojo para en adelante.

Yo le dije:

-Pues, ¿es posible que a un hombre tan sabio le sucediese tal y que no hallásedes modo con que desvanecer su traza?

-No, hijo -me respondió él-, porque a las esechanzas no se estiende la prudencia ni la hay tan grande como atajar males en que por fuerza se pierde en que se sepan, porque cuando fuera delante del juez, ¿qué pudiera decir que deshiciera lo escrito, ni qué dijera tan bueno como no decirlo allí? Que es lo más cierto no acertar y cortarse el que más alcanza, que aquellos señores engendran miedo háyase cometido o no el delito.

Acuérdome que visitándose en la cárcel de corte una moza de servicio porque habían faltado de en casa de su amo unos platillos de plata, dijeron: «Ésta lo ha hecho, mirad cómo se ha puesto colorada.»

Respondió ella: «No por esto entienda vuesa señoría que soy la agresora del delito, que delante vuesas señorías, no la color, mas aún los dientes se deben mudar.» Dijo bien, y siente mal el que dice que no come la cárcel, pues come ella la honra y los menores ministros la hacienda.

-Por cierto, señor, que cuando vos entráredes en ella que importaba poco, que viendo vuestro buen talle y persona, no se había de presumir que haríades cosa tan sin acuerdo y os echaran por la puerta afuera.

-Hijo Lázaro, en cuanto a que en viéndome se presumiera lo contrario, digo que eso agravaría más mi delito, y no es considerable que un hombre de mis partes y edad no haría cosa que no debiese, que ya yo he conocido vivir en un cuerpo viejo vicios muy mozos que pretenden encubrir con la autoridad y años que tú dices, y no me echaran por la puerta afuera con información tan bastante para castigarme. Al fin, Lázaro, yo estoy muy contento y ellas muy pagadas.

Respondí:

-Y eso había de ser cuando vos hubiérades llevado algo, que entonces siquiera pagárades con oro fino cosa falsa, pues es cierto que en aquel puesto, como lo imagino, sería.

-Digo otra vez que estoy ganado con esta pérdida y alegre por la razón que tú estás disgustado, que carecer de culpa es muy gran consuelo.

-Ara, señor -le dije-, ¿conoceríades vuestra cadena?

-Como el que la ha criado tanto tiempo a sus pechos -dijo él.

-Pues ved si es ésta -y enseñésela. Tomóla y mirándola me dijo: -¿Qué es esto, Lázaro?
-Una cadena.

-Pues, ¿cómo la tienes tú habiéndosela yo dado a las otras? -No teniéndola ellas.
-¡Hasme concluido!

Entonces le hice sabidor de lo que a vuesa merced he contado. Estimó mucho el cuidado y diligencia, y díjome que nunca a él le engañaba el ojo, porque halló verdad lo que en el rostro me había leído. Yo me mostré obligado prometiendo serle fiel amigo por todo el tiempo de mi vida, y que para ayuda de costa del camino me contase quién eran sus padres, dónde nació y qué infortunios habían traído a hombre de sus partes al estado presente.

Él me respondió:

-Lázaro, yo te quiero como a hijo, y para que con efecto veas ansí en lo que me acabas de pedir como en lo que hasta aquí he hecho cuánta verdad sea, quiero darte gusto en ello,

aunque en el discurso las lágrimas verifiquen la verdad de lo que te cuento, que nunca en hombres fueron mentira ansí como en ningún tiempo verdad en mujeres.

Capítulo IX

En que el ermitaño cuenta quién es y qué causas le trajeron a aquel estado

-Yo, hijo Lázaro, nací en Barcelona, ciudad antigua y noble, ansí por sus muchos y soberbios edificios cuanto por los hijos, que tanto en letras y armas la han ilustrado. A ésta hermosea la bella playa de quien, aunque tan muchacho, tantas veces habrás oído hablar, en donde de ordinario se veen castillos de diversas colores, cuya marina es apacible sitio para las pocas tardes de invierno y agradable paseo para las de verano, donde cuando el sol se esconde, diversidad de coches muestran muchos por uno que por entonces se encubre. Allí, Lázaro, verás tantos Narcisos a caballo discretos y corteses con las damas, diestros y entendidos en las demás acciones. El gobierno que en esta insigne ciudad siempre haya habido se conocerá por la tranquilidad de que sus moradores han gozado, a que ha sido compañera una recta justicia, causa principal de la tranquilidad que he dicho.

De sus fiestas no hablaré con encarecimiento, pues ansí las humanas como divinas se han exaltado con decir que se celebraron en Barcelona, a donde en particular los días de Nuestra Señora, Corpus Christi y Jueves Santo devotamente se arden de noche las calles, de día los templos, y con tanto exceso que para que pueda entrar la gente sacan los blandones fuera. De sus fiestas te diré o no te diré nada, ¿nunca oíste decir las carnestolendas de Barcelona? Mas

porque sepas dellas algo digo que desde Navidad empiezan. Allí los caballeros muestran que son tan hábiles para las burlas cuanto determinados para las veras. Salen los que te he dicho, y la demás gente ordinaria que dello gusta, de máscaras con diversidad de invenciones: cual saca tres o cuatro carros que parecen los del sol, con diferentes músicas y graciosas apariencias; cual a caballo vestido de moro con costosas y nunca vistas invenciones, tirano de las voluntades que le miran; cual vestido de viejo, reprimiendo los bríos de mozo, acompaña cuatro o seis damas y a cada una dellas cuarenta corazones. Éstas van más de ordinario en coche y sin más invención que una máscara margenada del mismo rostro, pero muy bizarras. Otras veces van a pie y entonces se goza mejor de su mucho entendimiento, porque llegándose a ellas se les puede decir lo que cada uno gustare, como sea honesto, a que ellas responden con agudeza.

A la noche hay sarao en diversas partes: los señores en la casa de uno dellos, los que no lo son en otra de otro, y desta manera por los demás días de las semanas, porque allí, Lázaro, cada uno es estimado por lo que es, y en diciéndose don es señor, y en esto no hay que poner duda.

Puestos pues en la sala, viene una copia de menestriles y otros instrumentos, y todos juntos empiezan el sarao, danzando después dos o cuatro solos, galán y dama. Allí verás la primavera reducida a pequeño sitio, o para decirlo como ello es, creo que cuando la gozamos vistosa ha sacado de allí la muestra, o que es aquella sala su recámara. Las invenciones de los tocados, la cantidad de diamantes y otras joyas, con ser tanto y tan rico, no llega a la excelencia del arte con que está puesto. Danzan ellos con gravedad y buen

aire, y ellas con tal gracia y bizarría que parece que el arte y natural pusieron allí el non plus ultra.

Acábase el sarao y empiezan los cuidados de los amantes hasta que el importuno día les traiga con su vacante el alivio de sus penalidades. Allí es procurador en su causa propia el que honestamente y para buen fin pretende; cuál desesperado maldice su poca suerte; y destas dos causas nace un torneo para el día siguiente. Allí verás diversidad de galas: cuál se viste de verde, cuál de negro, cuál de leonado y cuál de pajizo, conforme al estado en que su pretensión está.

Con la valentía que aquellos caballeros se muestran te lo daré a entender en decirte que son españoles y enamorados. No parecen burlas, Lázaro, y muchas veces suele venir a veras, porque la sangre española al son del parche se viste de ira, como otras naciones al de la vigüela de mujeriles acciones, sin haber para ello más razón que la valentía que nuestra España reparte a sus hijos. De allí o de otra noche resulta una justa real: hácenlo tan bien como los que a menudo se ejercitan en ello, y cada año dan cuatro o seis veces cuenta de lo que en él han estudiado y de la ventaja que al pasado hicieron. Hacen otras cincuenta invenciones con lo cual se hallan en el domingo de carnestolendas. Lo que en aquél y en los dos restantes días hay en la ciudad es imposible contártelo si no lo ves. Pónense en aquellas calles a trechos unos candilones, de manera que se arde toda ella, y por ellas va todo el lugar y seis mil máscaras, y en las más calles bailes diferentes.

Acábanse las carnestolendas con alguna invención gustosa. Empiézase la Cuaresma con la devoción que aquellos tres

días se han mostrado alegres y regocijados. Los templos sumptuosos que en este lugar hay, la cantidad de gente, la riqueza, no he de gastar tiempo en decirte, pues lo oirás a la fama, a quien se debe mayor crédito.

En ésta, pues, nací, si no de los más nobles, no de los más populares. Hubo en casa de mis padres alguna hacienda, cuyos nombres, pues a ti no te revelo, me podrás creer. No me está bien decir, sólo que no es su apellido el que al presente tengo, ni el propio, ni apelativo. En aquella ciudad, Lázaro, viví veinte años -quiera Dios que darte gusto en lo que me has pedido no me cueste alguna enfermedad a mí-, y desde los siete quise, entonces como niño y adelante como hombre, o para decirlo bien, siempre como hombre, a una señora de mi misma edad que conmigo igualmente, ansí en años como en afectos amorosos, iba creciendo. La igualdad de nuestras voluntades, la posibilidad de nuestras haciendas, la de nuestras calidades, eran causa que sus padres ni los míos no se disgustasen que a cualquier hora entrase en su posada, porque los unos y los otros venían en ellas y nos criaban para casarnos.

Su casa estaba más arriba de la mía y tan pegada que, abierta una puerta que en un tabique hicimos, eran las dos una. Por allí se comunicaban sus padres y los míos, o nos comunicábamos todos. Qué noches, Lázaro, me quedé vestido hablando con ella por la tronera de la llave, que aunque nunca se me vedó hablarla ni entrar en su casa por la razón que he dicho, es en tales pasiones más gustoso el rato que se hurta que el que se concede. ¡Oh, cuánto más amable era para mí la obscuridad de la noche que la claridad del día! Ella con su manto negro vestía de luz mi enamorado pecho, él con su desenvoltura ofendía mis favores ¡Mal

hayan, Lázaro, todos mis cuidados, si no estimé en más sus esperanzas que la mejor posesión del lugar!

Oh, qué necio andaría en hablarte más de la persona sin decirte las partes hermosas de que era dotada, que, cuando no las tuviera, bastaba para mí ser de mi gusto, fuera de que era hermosa por tener las figuras todas en proporción, y en esta conformidad lo restante del cuerpo. Y si la pasión no me ciega, no ha acertado naturaleza a hacer otros ojos como los suyos, costosos para mí si bellos para ella. Negros eran, y tan honestamente traviesos que el día de hoy me trae inquieto su viveza. El pelo se crió a esta devoción, y el rostro contrario a lo que he dicho. La frente era espaciosa y no sin acuerdo, que se había de encerrar mucha traición en ella. La nariz, tuvo el artífice por bien, que por ella no se perdiese lo ganado, porque suele de contino ser la que quita quilates a la hermosura. La boca pequeña, los labios gruesos y colorados, con dos claveles que, si se hubieran de marchitar cuando la fee faltó a su dueño, gozara poco de buena boca. Los dientes no eran perlas, que nunca llegaron las de más estimación a serlo de tanta que pudiesen competir con ellos, y para esta parte no sabré epítecto, que todo le viene bajo. En la barba tenía un hoyo o una sepultura de libertades. El rostro era aguileño, a quien de su cosecha, el pelo, enamorado dél, cada día adornaba con sortijas. Lavábase con agua y con unas manos largas, blancas y gordas, a quien ni el calor lisonjeaba ni el hielo ofendía.

A ésta serví trece años, sin los siete que como niños entonces nos gorjeábamos, como los que están ya cerca de hablar, y recíprocamente me amó los mismos. Catorce sirvió Jacob y llevó a Lía y a Rachel, si la una a su disgusto, la otra a todo su querer. Mas yo, a cabo de trece, llevé la

mayor ingratitud, el mayor engaño, la mayor traición que en pecho de mujer forjarse pudo.

¿Quién llegó a mis fortunas? ¿Quién pasó de mis agravios? ¿Eras tú la que me dijiste, asida de mis manos, que te viese más a menudo porque añadieses a la vida lo que sin mí todo era muerte y faltaba de tu presencia el día que más cuatro horas? ¿Eras tú la que para llamar al criado decías mi nombre? ¿Eras la que tu dormir era el desvelo, hablando conmigo todas las noches? ¿Eras la que tus fiestas eran estar donde me vieses? ¿Qué día te cansé? ¿Cuántas noches pasábamos en claro? ¿Soy yo el que vivo? ¡No, el que muero sí! ¡Oh, qué de días a solas hablando conmigo y contigo no me acusaba de haberte ofendido con el pensamiento! ¿Cuándo no seguí tus pisadas? ¿Cuándo no adoré tus umbrales? ¿Quién mejor que a ti puedo presentar por testigo desta verdad?

-Teneos, que si bien quiero me deis parte de sucesos tan lastimosos, no por eso quiero que sea tan a vuestra costa -le dije cuando vi que el hábito estaba ya corriendo agua de la que de sus ojos había recibido.

Él volvió en sí y me dijo:

-Prométote, Lázaro, que son heridas que siempre están vivas en mí y que el remedio será la muerte.

-No os puedo responder mientras no supiere qué es lo que lloráis, sólo digo que debe ser cosa de mucho momento la que a un hombre que tan bien sabe, tanto aflige.

-Digo pues, Lázaro, que gozando de esta tranquilidad conocí en ella algún tanto de tibieza, que si la vida no me acabó fue por decirme que sus padres se desgustaban que tan a

menudo entrase en su casa. Creílo yo ansí sin que otra cosa me pasase por el pensamiento, y era la verdad del caso que en una principal que enfrente de la nuestra estaba, se había aposentado cierto título, el cual trajo a ella un paje, ni más galán que yo ni más bien entendido, salvo que tañía una guitarrilla y decía a ella unos mal cantados tonos. Éste mudó al aposentillo que su amo le señaló su pobre ropa, y ella en él la voluntad que en mí tenía, a quien la criada que a mí trajo recaudos y papeles se los llevaba ya a él, y tan a salvo de la tercera como la que miraba desde la ventana cuando era hora.

Cantábala o encantábala de noche y lucíasele de día, y aunque yo lo oyese ni formaba dello celos ni aunque los concibiese lo podía impedir, por estar a una ventana baja de su casa. Íbame desfavoreciendo al paso que ponía al otro en las cumbres, y yo atribuyéndolo siempre a no gustar sus padres de la continuación de mis visitas, bien sea verdad que ya se me hacía cuesta arriba. Tan astuto fue el paje y tan bien se le avisó lo que había de hacer, que jamás fue a la iglesia donde ella iba ni a la ventana miró, que no es menester diligencias algunas cuando las fortunas se vienen entrando por las puertas adentro.

Sucedió pues, en este tiempo -y aquí es donde no me queda de hombre más que el tener figura dello-, que matasen en la calle a uno, y como hallase ocasión para gozar de lo que yo cuidaba, la había de impedir; juró ansí ella como la criada que fui yo el que le maté. Estuve por ello dos años en prisión y ocho también estuviera si al cabo dellos no me dijeran que se había casado con el paje. Yo que tal oí, considerando la hacienda por lo menos que tiene que perder el que ha perdido el gusto, me llegué con necia

determinación al carcelero, a quien amenazando con una daga, me hizo patente la puerta, y como fuese bien de noche y obscuro busqué un barril de pólvora y metiéndole en el portal, informado que estaba el novio en casa, volé no sólo a ellos y a ella,, mas aún parte de la mía, no por los dos años padecidos, sino porque no quedase en el mundo simiente de agresores de maldad tan atroz.

-Digo, señor, que no os entiendo, porque si sentís la ofensa, ya no está en el mundo quien la cometió y no os quedaron a deber nada, antes vos sois el deudor, pues os la pagó quien no os la había hecho. Si la queríades bien y eso lloráis, ¿para qué la matastes? Vengo a pensar que lloráis el día de hoy que falte del mundo; y decidme, os ruego, si es verdad que sus padres gustaban de haceros su yerno, ¿a cuándo aguardaban los vuestros a dárosla a vos por mujer, supuesto que desde los trece hay ya muchas casadas?

-Has preguntado agudamente -me dijo-, y dando respuesta digo que yo estudiaba la facultad de cánones y leyes, y que era gusto de los míos que no me casase hasta haber pasado y graduádome de licenciado, porque decían que en casándose no se estudiaba; y yo venía en ello de voluntad, porque cosa que tanto amaba no tuviese algún conque que me sisase parte del gusto.

-Dígoos pues -le dije-, de verdad, entrando en la consideración de la cosa, que cuando no matárades esa mujer, debíades quedar pagado en no haberos casado con ella, porque basilisco que tal ponzoña encerraba, ¿qué fuera de vos si la entrárades en casa? ¿Ser por ventura vos el muerto después de quedarlo la honra?

-Por cierto, Lázaro, tú hablas en este particular no como

mozo ni como viejo, sino como hombre que no ha tenido lugar de querer bien. ¿Razón hallas al amor?

-Pues señor, decidme, si eso sabíades, ¿por qué pusistes vuestra determinación por obra?

-¡Y eso es lo que lloro! Y tan de veras lo siento que pospongo a ello lo que debo a mis padres, que acabaron su vejez en la cárcel, como si ellos tuvieran culpa en el delito. Mas, ¿cuándo no fue común en el mundo perseguir al que empieza a caer y desamparar al que va faltando la hacienda?

Eran tantas las lágrimas que segunda vez derramaba, que le dije para divertirle:

-Ara vos no me habéis de pedir que os diga quién soy y quién fueron mis padres, porque ya lo sabéis. Quiero pagaros la merced recebida con dos cuentos con que pienso, por estar tan próximos, llegaremos al lugar.

Capítulo X

En que por divertir al ermitaño le cuenta algunas cosas graciosas. Cómo llegaron a la ermita y por su muerte se ausentó della

-Érase pues que se era, que en hora buena sea, etc., érase un padre, y este padre tenía un hijo, y este hijo era médico, y este médico era un asno...

-¡Ten, Lázaro, que lo quise decir y en ninguna parte cae tan bien como ahí!

-... a quien el padre diversas veces había dicho cuán poco era para el oficio, no por entender que su hijo no supiese, sino porque no era audaz, entremetido ni hablaba en latín

cuando con los enfermos había mujeres, ni las daba en las barbas con Galeno y Avicena. Aconsejábale como el que deseaba ver próspero a su hijo, diciéndole: «Cuando entrares a visitar algún enfermo baja los ojos al suelo y mira lo que hay en él, si hallares huesos de cerezas, di en tomándole el pulso: "¡oh, qué de cerezas ha comido vuesa merced!"; que, cuando no hayan sido muchas, entenderán por lo menos que se lo conociste en él; y a este paso todas las veces que hallares ocasión para poderlo decir, que, si empiezas a cobrar fama no tendrás dónde echar el dinero, y sólo consiste en que las mujeres digan que eres gran médico.»

Sucedió, pues, que queriendo burlarse la gente de casa dél, recogiesen en un orinal los orines de un pollino, y puesto en la misma cama al lado del doliente porque no se embotasen, entró él como tenía de costumbre mirando al suelo, en el cual vio unas pajas que poco antes se cayeron de una cestilla en que le habían traído de un lugar unas peras regaladas. Echólas él el ojo y, tomándole el pulso, pidió el orinal, el cual visto, dijo: « ¡oh, qué de albardas ha comido vuesa merced!». La gente que presente estaba, particularmente las mujeres, dijeron: «¿Burláos con él? ¿No hemos dicho siempre nosotras que no por hablar poco sabía menos? Él es muy gran estudiante», con lo cual se llevó las más de las visitas del lugar y ganó muchos ducados.

No ayudó poco para ello otro consejo que su padre le dio, que, errado, fue útil, lo que si se hiciera como le dijo no aprovechara. Y es que como le dijese: «Mira, hijo, di siempre tu parecer con elegante lenguaje y con buena oración.» Aprendióla de un ciego y, en acabando de tomar el pulso decía:

«Madre del Verbo humanado, del mundo remediadora, dadme favor cada hora contra el demonio malvado.»

Su padre no le dijo tal, sino que gastase buen lenguaje y elegante, y por no entenderlo ganó opinión de un santo hombre; tanto que decían que no era menester más que tomar él el pulso para que sanase el doliente, porque siempre ponía por intercesora a Nuestra Señora. Y éste es el un cuento.

-Gustado he dél, Lázaro, porque le has contado con gracia y agudeza, y aunque a la postre de los que me has ofrecido te los interpretaré, quiero, porque entonces no se me olvide, avisarte que no digas más «érase que se era», porque eso se ha de quedar para viejas y para ignorantes.

-Doctrina es que padres y todos los hijos la guardan mientras no tienen quien les industrie en otra, y recibo la vuestra como de quien tan buena la tiene. Sea pues, el otro: que yo serví en una casa honrada cuyo dueño no orinaba y su mujer sí...

¡Oh, qué mal he empezado el cuento! Pues aunque vos me habéis instruido en el modo que en contarlos he de guardar, digo que esta vez había de ser diciendo como la primera, porque según la verdad de la dolencia de mi dueño y la contraria salud de su mujer «érase que se era» sería como el que por ser cierta una cosa la afirma diciendo: «Yo estuve presente», y digo otra vez que me hallé allí, luego por la verdad que afirmo, licencia tengo de decir «érase que se era».

En ésta me acompañaba al servil trabajo una muchacha llamada Marica, mujer de humildes narices. Esta tal,

confesándose como los muchachos suelen, que hacen notorios todos los pecados de los vecinos, debió de decir las desenvolturas de su ama, y como el confesor viese que para sí pasaba de largo el sexto mandamiento la advirtió si tenía algo que decir cerca de la lujuria. Ella preguntó que qué era lujuria; cayó él en ello y volviendo a deshacer lo hecho dijo:

-Si hay algo cerca de la lejía.
-¿Qué lejía? -preguntó ella.
-Si cuando te lavas la cabeza la has probado alguna vez. -No, en mi conciencia -respondió.

Mas no se lo dijo a sorda, pues según me dijo sin ser menester una olla de ello y metió el dedo dentro dos o tres veces, y llevándole a la boca la supo a azúcar. Tuvo el demonio tan buen cuidado en poner en la lejía tal sabor, que la obligó a hacer un plato de sopas y comérselas, cosa que no se puede poner en parangón con el malo que una purga tiene.

-Digo, Lázaro, que siempre entendí de tu buen natural, que las figuras del rostro me pronosticaron lo que con las manos toco, y porque te prometí la moral de esos cuentos, sabrás que los dos primeros nos enseñan que cuando un hombre ha de ser próspero, las mismas diligencias en contrario le ayudan, y cuando no, las favorables no le son de momento. El segundo, cuán dañoso sea abrir a nadie los ojos en lo que le puede dañar, porque como sea nuestro natural tan inclinado a saber, a trueco de experimentar qué cosa sea esta nueva que yo no sé, harán algunos lo que acertado no sea; y por eso dijeron muchos, Lázaro, que era mejor la ignorancia que la resistencia, porque esto postrero no sé cómo lo haré, y en lo que no alcanzo no tengo que batallar conmigo.

Divirtiéronme tus cuentos, si es ansí que al afligido de veras algún entretenimiento por breve espacio le lisonjea, si sabe el cuidado ser tan acerbo que, si algo omite entre día, se lo vuelve a restituir de noche, pues durmiendo el cuerpo, vela la imaginativa, y éste es mayor tormento, porque con los grillos del sueño se toma entero lo que de día llevara sisado.

-Lastimáisme, os prometo -respondí yo, aconsejándole hiciese por vivir todo lo que en sí fuese, pues para estar muerto quedaba harto tiempo, y valía más una hora de vida que cuatro millares de ducados.

Con esto, señor, llegamos al aldea que tres cuartos de legua estaba de nuestra habitación, donde fuimos tan bien recibidos como los que éramos muy deseados. No se tuvo por poco afortunado el que alcanzó el sí de que seríamos sus huéspedes. Estuvimos allí aquél día y otro, y el siguiente casi todo el lugar nos llevó al acostumbrado nuestro, donde vivimos en buena conformidad cuatro años, al cabo de los cuales unas calenturas le llevaron a dar cuenta de sesenta y seis.

Los aprovechamientos que en él tuve, las ventajas que a todos los cómodos el mío hizo, no será razón encarecérselo segunda vez a vuesa merced, sólo diré que viví espantado que en vida que todo es trabajos, tuviese yo tantos gustos.

Dejóme la cadena que llamábamos Luz, y báculo le llamo yo, pues no hay cosa a que un hombre se pueda arrimar seguramente como a éste. Dejóme no sé cuántos documentos: que no fiase a nadie, uno; que no fuese a las Indias, otro; el tercero, que me acordase que no por haber comido aquel día, el que viene tras él dejaría de hacer lo propio. Que no fiase me dijo, por las tan conocidas ruinas

que dellos suelen nacer; que no fuese a las Indias -porque le dije yo que mi natural me inclinaba a ellas-, porque hay allá cantidad de perdidos a que es causa valer de balde la comida y no haber menester trabajar para ella, y por esta causa son más que en España, y el que quiere aplicarse en ella halla lo que otros van a buscar a ellas; y el tercero, de que me acordase de mañana, fue un sabio consejo, pues por no hacerlo muchos han venido a parar en servir pudiendo ser ellos servidos.

Bien me parece a mí que me dejaran en la ermita, tanto por lo mucho que me querían los que aquella prebenda -si su nombre le he de dar- señalaban, cuanto por ser cosas del difunto a quien todos amaban, mas como mi inclinación me llevase a las Indias, determiné seguirla.

Capítulo XI

Cómo se fue a Sevilla para pasar a las Indias, para lo cual asentó con un oidor de Méjico. Cuenta lo que en su casa le sucedió

Cosí pues, para poner este intento por obra, ciento y cincuenta escudos en el jubón. Hice un vestido de paño verdoso obscuro en cuya pretina metí la cadena y caminé a Sevilla para acomodar me con tiempo con quien me llevase a donde deseaba. Mas sucedióme mal, porque como cayese en casa de un oidor proveído para Méjico, cuyo enamorado hijo me llevaba a rondar su dama, sucedió que una noche tenebrosa, llena de confusión y amarga, encubriese de mi norte la luz, que era mi cadena, un sólo hombre o diablo, que ahora le sueño, y es el cómo desta manera:

Mi amo el mozo se ponía para ir a rondar la dama un coleto encima de la camisa y otro encima del jubón, un casco y una rodela con una espada dos palmos mayor de marca, y a mí me daba una guitarra para que hasta la posada de la dama se la llevase; y advierta vuesa merced que yo iba muy sin pesadumbre aunque no llevaba las defensas que él, porque tenía determinado ponerme detrás de una tapia si algo sucediese. Cantaba o cansaba sentado en el suelo enfrente de sus ventanas tan mal como hacía versos, que de todo se picaba, y yo cogía la rodela y haciendo almohada della me dormía junto a él.

Sucedió pues, que aquella noche me vino el sueño más pesado que otras, tanto que llegó este diablo que he dicho y le rompió la guitarra en la cabeza, y él se bajó al suelo y me quitó de la mía la rodela y no desperté ¿Sabido para qué?, para tener más que le llevasen. ¿Hay hombre tan bárbaro que sabiendo que había de huirse, cargase de cosas que se lo impidiesen? Ansí fue, mas alcanzándole, con pocas amenazas, les dio todo lo que llevaba vestido hasta quedar en camisa, que era lo que ellos querían.

A esto, ya yo había despertado, y como echase menos mi rodela creí que por burlarse de mí me la quitó, viéndome tan vencido de sueño, para que aquella noche la pasase en la calle, pues por no saber la posada habría de ser ansí, cuando veo venir un bulto negro, a mi parecer desnudo, y que se me acercaba. Erizáronseme los cabellos y tuve el mayor miedo que hombre en semejante paso puede tener, y mucho mayor cuando le vi tan cerca que casi me pudo tocar con las manos. Pues, ¿qué sería nombrándome? Fue que aposté correr, y él tras mí, llamándome y diciendo que era mi amo. Yo no lo creí, antes tuve por cierto que era algún ánima de

purgatorio venida por la parte de cierta limosna para misas que, cuando habité la ermita, se me dio y me quedé con ella sin hacerlas decir. Las necesidades dos, de huir la mía y de alcanzarme la de mi amo, eran iguales, porque si él esperaba remedio en mi alcance, yo le había considerado en que no me alcanzase. Los dos corríamos de buena manera y ninguno sabía las calles. ¡Ayude Dios al peor juego!

Viendo, pues, que tanto corrió tras mí y que nunca me alcanzaba hice un breve discurso que fue: «Si ésta fuera ánima en pena luego hubiera dado conmigo, porque como espíritu, aunque yo volase, me daría alcance. Pues no lo ha hecho, no lo es», y vuelta la cara a lo que era le dije:

-Quien quiera que seas, ¿qué me quieres? Él me respondió:

-No huyas de mí, Lázaro, que yo soy el desafortunado de tu amo.

Dejéle llegar cerca porque la voz me pareció suya y por estar con menor miedo conocí que era verdad. Quitéme la capa y echándosela a cuestas le pregunté qué trabajo había sido aquel. Él me respondió:

-Sabrás, Lázaro, que en el tiempo que tú dormías bajó una criada de mi dama y me dijo que subiese donde ella me llevase; yo lo hice ansí, y como hubiese determinado darme el fruto -si no de tan largos años, de tantos servicios-, me desnudé para ello, cuando a su padre se le antojó mirar la casa y empezar desde el aposento donde yo estaba. La criada, que le vio encaminar los pasos a él, adelantándose, me cogió por la mano habriéndome una ventana baja que cerca de la calle había, por la cual me dejé caer y casi su padre tras mí. Considera tú, Lázaro, en cuánto trabajo estará

aquella pobre doncella, si ya no es que esté sin ninguno por haberla muerto, que sé de lo que estima el honor que lo hará.

-De suerte, señor -le respondí yo-, que por eso se debió de decir: «Amor ciego, amor desnudo.» Ciego por haber entrado donde vuesa merced no fue poco afortunado en salir, desnudo porque viene en camisa. Dígame vuesa merced ahora, le suplico, dónde hemos de pasar esta noche, supuesto que no acertaremos a casa, que temo no nos suceda algún gran trabajo.

Cuando, al volver de una esquina, pusieron mano a las espadas a mi parecer unos treinta hombres, mas ellos no fueron sino cuatro ladrones, es a saber, los camareros de mi amo, los que poco antes, digo, le habían desnudado; y aquí es donde no fuimos iguales en miedo, porque él no tenía qué le quitasen y yo sí. Dijeron que les diésemos lo que llevábamos y entonces vieron a mi caro señor en pelota. Conociéronle y echándole mano dijeron:

-¿No es éste el que nos prestó los coletos? ¿Cómo bueno? -¡Y cómo si es! -respondió otro.

-Pues el hierro que allí se hizo soldaremos ahora. ¡Caminen por ahí adelante!

Él respondió:

-Adviertan vuesas mercedes que me tienen no por el que soy.

-Ansí lo creo yo -dijo uno dellos-, por lo menos le tenemos por el que es menester, y si por el que no es le juzgamos, ¿no me dirá cómo viene desnudo? ¿No conoce también

estos coletos?

-Yo -dijo él-, estaba en casa de cierta dama principal, y como su padre gustase de mirar la casa más aquella que otras noches, me fue forzoso, por venirme a los alcances, echarme por una ventana abajo.

-¿De manera que es enamorado? Y se conoció harto bien en la prisa con que se desnudó, que se abrasaba. Caminen ahora por lo que deben al oficio o por lo que le deberán, seguros de que no se les hará ningún daño.

Echáronnos delante y por el camino le dije:
-¿Ésta fue la caída de la ventana? ¡A fe que vamos buenos! -Luego, ¿crees lo que dicen?

Con esto no le hablé por entonces más palabra. Lleváronnos no sé dónde, salvo a que les ayudásemos en un hurto que iban a hacer a la misma casa donde mi amo tenía sus amores. Llegamos pues allá y luego el ya desenamorado señor la conoció. Dijéronme a mí que me desnudase. ¡Qué palabra fuese ésta para un pobre mozo que llevaba todos sus bienes consigo, podrá vuesa merced considerar! Allí hallé presentes todos los trabajos, allí eché la bendición a la cadena que en la pretina de los grigüescos llevaba cosida, allí lloré la muerte de mis ciento y cincuenta escudos que en el jubón llevaba, allí di al diablo a Sevilla y a mi amo y a quien a su casa me llevó, allí me acordé de que si yo hubiera cumplido el consejo del difunto ermitaño que no me sucediera el mal que al presente trabajaba, y allí, finalmente, me despojé del bien y apoderé del mal, como el que se veía pobre.

Dejé, pues, caer en el suelo mis vestidos y tomándolos uno

dellos los puso en el umbral de una puerta. No me consoló nada aquello, porque era cierto haberlos de mirar después, cuando no fuera más que por curiosidad. Quedé en camisa, y poniéndome un lienzo en la cabeza y otro a mi amo, nos dijeron lo siguiente:

-Vosotros habéis de entrar por esta puerta que os abriremos y después abriréis las demás con esta llave, que es cierto hace a todas, y puestos que estéis arriba en la sala, entrará uno y se quedará otro a la puerta della, y con lindo desenfado dará al compañero de uno en uno, dos o tres escritorios que al lado del estrado están, para que nos los vaya bajando, lo cual puede hacer seguramente, porque como el marido duerma en la sala y la mujer en la alcoba, él pensará que es ella y ella pensará que es él.

No nos atrevimos a replicar temiendo perder las vidas.

-Lo que de no hacer lo que os decimos ganaréis será que entrando nosotros os mataremos Si llamáredes a la gente de casa, primero que os oigan vuestra disculpa lo han ellos de hacer, de manera que es lo más sano ponerlo por obra, y dello llevaréis mayor parte que nosotros.

Abriéronnos la puerta, subimos la escalera y abriendo nosotros otra y dejando la llave dentro porque ellos no pudiesen entrar, nos sentamos en el suelo. Considere vuesa merced con qué miedo y con qué peligro. Allí le dije a mi amo:

-Señor, pues vuesa merced dice que ha estado acá otra vez, camine al aposento de la criada, que ella nos tendrá allí hasta que quiera amanecer, y pues tiene acá sus vestidos, darme ha uno de los dos coletos y, un par de medias, pues

trajo dos, y con los calzones de lienzo me acomodaré, que vuesa merced bueno quedará, pues tiene jubón, otro coleto, medias y calzones, herreruelo y sombrero. Si saliéremos a tiempo, que haya gente no importa, supuesto que no nos conocen, antes habremos de pedir nos lleven a casa.

-¡Ah, Lázaro! -respondió él-, por todos caminos estamos al umbral de la muerte, que yo no sé dónde la criada duerme, y si despiertan y nos hallan aquí, harán los dueños lo que abajo se nos notificó antes que nos disculpemos, de manera que es lo más seguro estarnos como nos estamos y al amanecer bajar al portal, que cuando nos hallen en él, viendo que no les falta nada creerán lo que les dijéremos.

-¡Bueno está eso! -le dije.

¿Qué había él de responder si en su vida subió a donde al presente estábamos, ni tales vestidos tenía allá, que se los dio a los ladrones que abajo quedaban? Consolóme algún tanto y la fortuna no quiso llevar adelante aprieto tan grande, pues envió por allí unos bellacos que tirando piedras a la ventana y dando todos juntos gritos, dijeron, nombrando al dueño della, que se quemaba la casa. Despertó él y toda la gente, porque dormía como rico, con el corazón en los dineros.

Luego que lo tal oímos, viendo que la gente de casa se alborotaba, nos bajamos al portal donde teníamos por cierto estar seguros de la gente della, porque diríamos que oído el ruido del fuego venimos a favorecerle, y se pudiera presumir ser ansí viéndonos en camisa; de la de fuera, porque creerían ser de casa y bajar en busca de agua. Salimos pues y no hallamos a nadie, ni a los ladrones, porque les dañó a ellos lo mismo que a nosotros aprovechó

y se fueron llevándonos los vestidos y mi hacienda que en ellos tenía.

Henos aquí en la calle que parecíamos volteadores, y yo tan contento como el que había escapado con la vida de borrascas tan grandes, y no se me acordaban los infortunios padecidos quedando con ella. Y deseosos de alguien que nos guiase, nos deparó Dios un aguador que, aunque huyó al principio de nosotros por imaginarnos locos, nos llevó a nuestra posada. Allí fuimos recibidos de mi ama como de la que había llorado su hijo por muerto, y viéndonos desnudos dijo que no andaba ella fuera de camino en llorarle, o sino que le viesen cuál venía. Preguntónos qué trabajos habíamos padecido, a que nosotros satisfacimos con decir que más de veinte ladrones nos salieron y robaron, y que fue milagro quedar con la vida. El padre lo sintió como hombre y lo disimuló como tal, pues le riñó y dijo muchas pesadumbres.

La soga vino, al fin, a quebrar por lo más delgado, que fue despedirme a mí y que buscase qué vestirme. Tampoco me dio esto pena porque me veía con la vida y en tierra de cristianos, fuera de que los ojos de mi señora me dijeron: «Yo te vestiré.» Diome con qué cubrir las carnes, y por el gusto de su marido me dijo que buscase, y que en el ínterin que hallaba podía venir a dormir y comer a su casa sin que él lo supiese.

Yo se lo agradecí mucho, y cargando el pensamiento en buscar alguna cosa que me soldase la pérdida pasada, hallé una famosa, hija del escuela de aquel buen viejo que me destetó de los pañales de la puericia, y fue pedir por Dios para ayuda a descasarme. Unos se reían, otros se burlaban

de mí o entendían que yo de ellos, y todos al fin me daban. Si alguno me preguntaba por qué o cómo me quería descasar, daba por respuesta que en Madrid me armó el lazo una vieja de tal suerte que, forzado, me hizo casar antes de salir de su casa, de que tenía testigos suficientes, y que por falta de hacienda con que pleitear pedía por Dios para ello. Con esto llegué el dinero que se me había quitado y algo más.

Capítulo XII

En que cuenta cómo asentó con un canónigo y le hizo ayo de sus sobrinos, por cuyas travesuras se quiso despedir. cuenta algunas dellas

No me pareció ir a las Indias por cumplir, ya que no en todo, en parte, lo que mi amo me ordenó, porque como él me dijo, el ingenioso en España las tiene. Y si en algún tiempo había de ir era en éste, porque en él me hallaba pobre, mas un canónigo que iba a Madrid me ofreció llevarme a él y ayudarme en mi fingido negocio, y si después gustaba me volvería a Sevilla, teniéndome no por su criado, sino por su compañero.

Acepté lo uno y lo otro, porque me pareció había hallado otra fortuna como la del ermitaño. En esta casa me debieron de dar hechizos, porque yo me sentía bueno, comía y bebía bien y dormía mejor, y no tenía gana de trabajar. Estaba en compañía de mi amo una señora viuda hermana suya y dos sobrinos, hijos suyos, traviesos más que cuantos muchachos yo vi en mi vida. Estos me encomendó su tío para que los llevase al estudio y repasase las liciones. Hacíanme perder el juicio, mas con tan buen ingenio y tan graciosamente que

muchas veces me entretenían. Su madre era muy buena mujer, y su hermano hombre que trataba de hacer la piedra filosofal, para lo cual le ayudaba un portugués, grandísimo bellaco, como adelante se verá. La ida a Madrid se quedó por entonces y yo empecé a alicionar los muchachos.

Sucedió pues, que como no dejasen en casa cosa que no hurtasen ni vendiesen, de cuyas travesuras venían luego a mí las quejas, determiné de azotarlos, para lo cual los entré en un aposento. Luego que ellos se vieron apretados para ello, y que no eran criaturas, asiéndome de los brazos y sacando unos cuchillos largos me amenazaron con ellos, y me dio el uno con el dedo tan cruel puñalada que creí me había muerto y que había sido con el cuchillo.

Caí en el suelo pidiendo confesión y ellos cogieron la puerta. ¿Sabido para qué?, para enviar un criadillo que con ellos iba al estudio por un cirujano que me tomase la sangre. Éste fue un pastel de a real y una azumbre de vino. Entraron danzando los matachines, el uno con el jarro y el otro con el pastel. Llegáronse a mí diciéndome:

-Levántese vuesa merced, que no tiene nada, que con el dedo le dio mi hermano, y no cuide de azotar a nadie, particularmente a andaluces, porque ¡voto allijo!, que no hay ningún estudiante de cuantos vuesa merced ve cada día que no vaya hecho un estuche. Vuesa merced podrá comer y holgarse sin meterse en otras dificultades.

Yo cogí el pastel y el vino y me animé lo mejor que pude, y subiendo al cuarto de mi amo le dije que me diese licencia para irme de su casa. Él se espantó mucho de tal novedad y yo no le dije la causa, sólo que me hallaba mal en Sevilla y que no era bueno para ayo. Entendióme él, porque conocía

sus sobrinos, y asiéndome del brazo me dijo que sólo quería que entendiese en curar de su hacienda y ser señor de toda la casa, con lo cual me quedé en ella.

¡Dios nos defienda de ser pedagogo! Tendría por mejor que el que tal menester ha de ejercitar se entrase fraile, porque si ha de hacer penitencia, hágala donde le aproveche. ¿Quién no vee uno destos pobres hombres con una ropa y un bonete en casa midiendo los pasos y hablando a pausas y un poquito por las narices, diciendo a los niños: «¡Diga Jesús cuando bebe! ¡No masque con los dos lados! ¡Cállese que habla mucho! ¡Póngase bien la capa! ¡Lleve a su hermano a la mano derecha, que es mayor que él!»? Y no tan malo esto, que sale la madre de los niños y dice al licenciado: «Por cierto, que parece que no tengo en casa quien dotrine estos muchachos; cada día saben menos, si ansí lo ha de hacer el licenciado no tengo para qué gastar en ayo.»

Y a la noche cuando el padre viene de fuera se entra por su aposento y en viéndole, el pobre pedante se pone en pie y descubre la cabeza, temblando lo que espera oír. Éste le dice: «Por cierto, licenciado, que en casa se le procura dar todo el gusto posible y ansí lo he mandado yo. No veo con ningún aumento estos muchachos, creo debe de ir en su mal natural. Prométole que no saben hacer una oración primera de activa, y mucho peor que eso, que no saben los artículos, o si no, pregúnteselos.»

«¿Cuántos son?» dice el sin ventura. Aciertan en que catorce y yerran en la orden con que los han de decir, porque muchachos, por la mañana toman de memoria y a la tarde olvidan.

« ¡Ah!, ¿no le digo yo, licenciado?», y sálese con esto

hablando entre dientes. Llegado al cuarto de su mujer la dice: «He estado en el aposento de vuestros hijos y es verdad cierto que saben cada día menos, este barbón que tenemos en casa...» et reliqua. ¡Cuál quedará el pobre hombre, discurra vuesa merced sobre ello!; de mi sé decir que si me dieran cada día un doblón, que no lo fuera, porque ¿de qué momento me era el oro si venía ponzoña con ello?

Digo, señor, que luego que dejé el tal oficio, que me iba tras ellos, porque más ingeniosos hurtos y burlas en su casa yo no he oído en mi vida, y juzgue vuesa merced en éste si me engaño:

Pues sucedió que a mi amo le encargaron de su iglesia, como a hombre más curioso, que hiciese hacer una imagen de bulto de la Anunciación con su ángel. Habló al escultor para ello encargando a los muchachos que lo solicitasen, y aquí fue donde ellos hallaron ocasión para dejar boqueando un talego, porque como una tarde se hubiese ido fuera toda la gente de casa y no quedase en ella más que el muchacho que me trajo el pastel, y mi amo hubiese ido con otros canónigos a una huerta de donde no había de volver hasta la noche, buscaron dos picarones a quien pagaron bien, diciéndoles que cada uno había de coger el suyo envuelto en una sábana como que eran figuras de bulto, y irse con quien los guiase.

Hízose ansí, y trayendo un recaudo un estudiantico, tan gran bellaco como ellos, los entraron en el aposento donde estaba el dinero, en el cual no podrán verse ellos de otra manera, porque dijo el niño que el señor canónigo se había pasado por en casa del escultor y que decía que pusiesen aquellas dos figuras en el aposento donde estaba el secreto, y que no

llegasen a ellas hasta que él viniese, porque eran de goznes y venían sin armar.

Era la hermana una santa mujer, y cumpliendo lo que se le ordenaba no los descubrió, ni tan fácilmente pudiera, porque venían cosidas las sábanas. Hincó las rodillas y puestas las manos dijo:

-Virgen María, benditísima Señora, pues soy tan afortunada que os he tenido en mi casa, acordaos de mí y de toda ella, y en particular de mis hijos. Hacédmelos humildes, mansos y amadores de la virtud, que temo de sus malos naturales que por su s pecados y por castigo de los míos no hagan alguna travesura en que me vea y me desee, y finalmente, tales cuales vuestro Hijo quiere que sean; y vos, ángel San Gabriel, interceded para ello.

Con esto se fue y cerró el aposento, y saliendo ellos dieron un porrazo al pestillo de un escritorio, con lo cual quitaron el hierro que pasa por medio dél, y otro al talego, como de quien le tenía deseado y esperaban verse con él de tarde en tarde.

La orden que el que trajo el recado de su tío había de tener era que dentro de una hora volviese diciendo que venía por ellas para armarlas, porque el día siguiente, que era de fiesta, se habían de llevar a la iglesia y no habría lugar si no se hacía aquella tarde, y que ansí lo mandaba el señor canónigo. Ella las dio, haciéndolas muchas reverencias. Salieron los mozos con ellas hasta el primer portal, donde dejaron las sábanas y, tomaron sus herreruelos.

A la noche dijo mi ama a su hermano que por qué razón había enviado tan presto por las hechuras, sin dejárselas

siquiera ver primero.

Él dijo luego:

-¡Bueno está!, yo apostaré que hay enredo nuevo de los niños.

Ella no pudo encubrir lo que una vez empezó a hacer notorio, de manera que lo hubo de contar, y si el tío no se rió mucho en público fue porque no se lo dijesen a ellos y fuesen peores de allí adelante, si es que podía ser; mas conmigo no se hartaba de reírlo y contarlo.

¿Quién le sisará a vuesa merced un casamiento que en aquellos tiempos contrajo un hombre, ayo que fue de mi dueño, que ya por sus muchos días no trataba más que de irse y venirse a la iglesia, comer y acostarse, llamado Maldonado, de edad de setenta años, el cual para irse a ella de una vez se desposó con María la Buena, mujer de pocos menos años que él, virgen, y según lo que con la gente de casa pasaba por entonces, mártir, tan negra y arrugada que si por esto parecía Sarra, por lo otro parecía sarracina?

Yo le dije muchas veces que me holgaba que en mis tiempos hubiese casado que no se quejase que llevaba cruz pesada, porque al cabo de tantos años carcoma había de haber entrado en ella; y decía bien, pues podíamos pedir por Dios para tripas a la novia, aunque según el talento de ambos mejor diríamos para juicio a los novios. También di, al parecer de muchos, inteligencia al casamiento en edad decrépita, porque luego que supe que fue cuando mozo distraído, dije:

-Cuerdo, pues no quiere que le coja la muerte sin haber hecho penitencia.

Capítulo XIII

Cómo se enamoró y cómo de esta causa nació despedirle su amo

Heme aquí, vuesa merced, que gozo tranquilidad de vida sin cuidar más que de comerme lo mejor que a las manos podía haber. Pues sepa ahora que el diablo del portugués cayó en desgracia de mi dueño por haber entendido que sólo servía tratar de los polvos filosofales, consumir su hacienda y quedarse él con parte della, aunque en el hábito no lo mostró, porque si supiera de la piedra que intentaban lo que de estudiar un jubón de ajedrez, a ser de color los remiendos que le echaba, diera muy presto con ella; pues ya cerca de las medias tenían tantos puntos que nos sucedía a los que las mirábamos lo que a un hombre ciego con su mujer, hermosa pero corcobada, que era tentarla el defeto y no verla el buen rostro, porque lo que veíamos estaba tan puntuoso como he dicho, y bueno lo que cubría el herreruelo.

Este tal hombre o diablo, más astuto que Ulises, me olió los dineros, y procurando entrar en mi voluntad para por allí soldar la pérdida que el salir de en casa de mi amo le trajo, dio conmigo en la de unas damas de buenos talles y caras, cuyas salas estaban tan bien aderezadas que yo creí servía en ella, y era el dueño.

Luego que entré se levantaron, y haciéndome más cortesía de la que una sotanilla y herreruelo de bayeta merecían, me sentaron dentro de la tarima en un taburete bajo, en medio de las dos puedo decir, porque si al principio no se me puso más que la una al lado luego vine a estar con la otra al otro. Sentóse él al de uno dellas y empezaron a combatir mis dineros, que a eso miraba ofrecerme posada, hacienda y

personas, y esto asiéndome las manos la que a mi lado izquierdo estaba, porque era la que mejores las tenía, por cuya razón la tocaba hacer aquel papel. Eran tan blancas que me deslumbraban, pues me sacaron mis dineros, y tan largas que alcanzaron desde su posada hasta la mía, donde estaba mi baúl.

Tenían las dos buenas caras, y la que no tan buenas manos, rebuena; de manera que no sabía a dónde volverme, y me lo conocieron ellas, y que habían negociado, porque como quiera que el interés había de quedar en casa, no importaba viniese más por la una que por la otra.

Dijéronme tantas cosas que yo no las sabré referir, mostrándose enamoradas y celosas la una de la otra, a cuya música, sirviendo mi fratiquera de tecla y de fuelles mis cascos, echaba el bellacón una voz por defuera, por defuera digo, siguiendo la metáfora, que por de dentro fue, pues metió en casa el dinero. Éste me decía que era yo hechicero para cuantos me trataban, y que era sin duda tener piedra imán conmigo, y ellas que había muchos días que estaban enamoradas de oídas, porque las habilidades, buen término y mejor persona que se les había pintado obligaba a ello. No tan sólo me pidieron, antes dándome de merendar me bailaron como rascándose un baile endemoniado cuyas mudanzas me atestaron en el alma, porque el garabato y el aire con que lo hacían era mejor que lo que hacían.

Yo me puse bueno para ellas, mas muy bellaco para mí. Enamoréme a fuer de discreto de manos blancas y ojos negros. Y que hice lo que digo lo conocí en que poniendo los ojos en el dinero que tenía que gastar, me pareció poco, como en realidad de verdad para aquella casa lo era. Y dije

entre mí: «¡Enamoradito estoy!, pues yo haré cómo no gastar mi dinero bobamente.» Y fue el cómo comprando una cadena que pesase el que yo tenía; fui un asno, porque determiné esto, mas no dejar de acudir allá.

Despedíme, bajaron conmigo hasta la puerta de la calle pidiéndome no las olvidase y haciéndome mil monerías. Prometílas volver y a mí me prometí cumplirlo. Compré luego la cadena como determiné, porque teniendo docientos y cincuenta ducados empleados en ella, me parecía a mí que estaban en sagrado, y que cincuenta que me quedaban eran muy suficientes para pleitear, según la voluntad que me mostraban; y a esto me persuadí a los postreros tercios de la conversación, viendo las veras con que me hablaba la de las manos blancas, la cual me dejó tan a puertas como vuesa merced veía.

¿Viendo las veras dije? ¡Fui un asno! Y no es milagro, pues los muy socarrones no se persuaden a que lo que se les dice es mentira, ni a que lo que gastan es más de por ser ellos hombres de bien y reconocidos; y si se descuidasen los pondrían de pies en la calle con un rótulo a las espaldas que dijese su nombre y a dónde vive, más por echar della a quien no tiene qué dar, que por hacerle buena obra.

Dije veras; las palabras dulces he de decir, pues éstas puede conocer cualquiera, no las veras, que ésas están guardadas para Aquel ante quien todas las cosas van a registrar. ¡Oh, gran maestro, mi amo y mi compañero que días ha fuiste alimento de gusanos! ¿Dónde estás?, o ¿dónde estuve yo pues tan presto olvidé tu dotrina? Mas como sea ansí que la plática es distante de la teórica, si ésta me pudo enseñar lo que había de hacer, por faltarme la otra, no cómo lo había de

hacer, si para salir bien desta había de haber probado en otra.

Compréla como he dicho, y una sotanilla de gorgorán para con el herreruelo de bayeta que era nuevo; y puesto con muy lindo cuello bajo con sus vueltas y la cadena encima del jubón, me fui allá, donde me lisonjearon y enseñaron lo que había de hacer con ellas si fuera querido, aunque me lo advirtieron para con otras. Y fue la doctrina que huyese de mujercillas, porque a una me acabarían vida y hacienda, y que pues tenía buen entendimiento me sería muy fácil conocer quién me quería a mí o a mis dineros; y a todo esto ayudaba mi amigo el portugués valientemente.

Pasé, como he dicho, que yo compré la cadena por no darla el dinero y fue ella lo primero que me quitaron, porque las ocasiones y el salir mal dellas obligan a lo que un hombre no piensa; y que la di más la resta de los cincuenta ducados, y que más la di la sotanilla, que lo mismo fue darla el dinero que me dieron por ella, y que más todo lo que pude adquirir por aquí o por allí, y que muchas cosas que en casa tomé con la salida de que los hijos lo hacían. Porque jugador o enamorado pobre no andan entre la cruz y el agua bendita, porque estas cosas huyen del diablo y él anda cargado de ellos, y es infalible que el que a una destas dos pasiones se sujetó, que se manchará si no saca pies.

Capítulo XIV

Cómo el canónigo le despidió de su casa, cómo determinó irse tras las mujeres. Cuenta los infortunios que le sucedieron y cómo olvido los amores

Mi amo me quería bien, entendióme el juego y en fee desto

no hizo más que despedirme, aun sin decirme el porqué. Anduve vagando algunos días, tan muerto de hambre como se puede entender de un hijo pródigo, que se fue de en casa de su padre la razón. Y como uno dellos me hallase necesitado más de un pedazo de pan que de su carne, me fui a su posada, a donde se me vedó la entrada, es a saber porque estaba dentro cierto pájaro con plumas; y como el dar críe soberbia y osadía, di un puntapié a la criada que me lo impidió y me entré dentro, adonde hallé un caballero muy galán y muy lleno de botones de oro, con un bravo cadenote.

Luego que dellas fui visto me dijeron: -Venga en hora buena, Lázaro.
Y a él:

-Es un criado que ha servido en casa más de cuatro años; tiene tan buen humor como vuesa merced verá.

Lo cual se me dijo ansí para prevenir lo que yo había de responder. Pocos días antes no tan sólo era yo el señor don Lázaro, sino que para decírmelo más a menudo de lo que era menester buscaban palabras que a ello forzasen, como los no buenos corteses las rodean para huir de un vuesa merced. ¡Qué sentiría un pobre hombre que pocos días antes había sido señor de trecientos escudos, y ésos y casi otros tantos la había dado, júzguelo vuesa merced!

Metíme el sombrero en la cabeza y sentándome dije:

-¡Juro a Dios que mi nombre es D. Lázaro y que yo no he servido a nadie en mi vida, y que en esta casa he gastado más de quinientos escudos!

-¿No le dije yo a vuesa merced que tenía lindo humor?

-Digo que es muy gran picardía lo que conmigo se ha usado, y que a no estar este caballero delante yo enseñara cómo se me había de tratar, y que estos ardides son de mujercillas de mal vivir.

-¿No gusta vuesa merced del pícaro? -repitieron segunda vez.

-Pues a fee que puede, porque fingir un enojo desta manera y con tanta propiedad no lo hace nadie en el mundo. A fee de caballero, que es bueno el pícaro -dijo él.

Yo me volvía loco, y tanto lo sentí que por entonces se me quitó la hambre.

-¡Ea, ea, desenójate, Lazarillo, que el señor don Francisco te dará para un sombrero!

-Sí, daré, de muy buena gana -dijo él, y sacando un doblón me le dio.

Yo le tomé confirmando con ello lo que antes habían dicho, mas como la necesidad sea tan gran monstruo, por redimir su vejación quise aquel breve rato acreditar su dicho.

Salíme con él sin despedirme y ellas quedaron combatiendo aquel torreón, que a mi parecer estaba ya casi ganado, y al medio de la calle hallé a mi portugués que había días le echaba menos, vestido como flamenco, y lo parecía. Yo me llegué a él desvalido y, yéndole a abrazar, se apartó hablándome en lengua diferente de la suya y de la mía; y aunque no entendí lo que me dijo, sus acciones me mostraron que se estrañaba de mí como de hombre a quien no conoció. Yo me retiré espantado y quedándomele mirando y él dio vuelta a la calle y no entró por entonces en

su casa hasta de allí a media hora, y yo lo aceché sin que me viese.

Lo que con el caballero se hizo fue pedirle los botones que llevaba para aderezar una ropa, porque había de ser una dellas madrina de un bateo. Él los ofreció, y la cadena si era necesario o de provecho, con lo cual todo se acogieron sin que dellas ni dél se supiese jamás, aunque según me dijeron, no habían salido del lugar.

Es el caso que aquel portugués era amigo de una dellas y un grandísimo bellaco que las traía por el mundo a ganar, como quien lleva títeres o otras invenciones, y él entendía en coger los dineros del que le daba crédito a saber de la piedra filosofal. ¡Ah, mi buen maestro, qué de veces me dijiste que uno entre los defectos grandes que el mundo tenía era escarmentar cada uno en su propia cabeza, pudiendo en la ajena! Que se ahogue un hombre en el vado no habiendo visto pasar a otro primero, vaya; mas que vea que pereció el que fue delante y que pase él, caso fuerte. Por ventura, ¿antes que me sucediese ignoraba yo algo dello? No. ¿No sabía mucho cerca de los engaños del mundo? ¿Pues cómo me dejé engañar?

No tengo que responder, pues peor que esto fue que a un mismo tiempo me vi sin dineros, muy roto y muy enamorado, de manera que si la verdad he de decir, no lloraba el engaño pasado, sino no tener qué darla. Y de aquí vengo a pensar que los que hicieron grandes estremos por haberles dicho mal el naipe, fue por la mayor parte por no haberles quedado dineros para volver a jugar ni saber de dónde haberlos; y los que lloran los disfavores de sus damas -el haberles dejado, dijo- son los que no tienen posibilidad

para conquistar otra o volver a la amistad de la misma; porque a un hombre que tiene nada le ofende, que como sea verdad ser la variación hija de la naturaleza, habiendo con qué, presto se consuelan.

De manera que me vi como he dicho. Yo querría preguntar cuál trabajaba mayor mal, el que era afligido con celos o yo, que lo era con ausencia. No sé si me responderá vuesa merced como yo lo siento; mi parecer es que los demos a los dos por buenos, porque si el uno tiene ausente lo que quiere bien, estotro averiguó los celos y allí finieron las amistades. De manera que en estos dos andaba el enemigo dentro y fuera: dentro para consumir pensando, fuera para no hallar remedio. Pues eso y esotro tenía yo, porque si estaba ausente me consumían celos, y tan enamorado que el verme roto no me desenamoró. Y no era necio y de aquí vengo a entender también que los celos no son más que envidia, y de ahí viene celosía, porque ella se pone para que no se vea lo que en casa hay.

Pues éstos me consumían viéndome sin posibilidad, y creo cierto que ellos raras veces habitan la posada del poderoso, sino la del que todo es deseos o del que tiene en su persona algunos defectos, que ese en cierta manera no tiene qué dar -hablando de los bienes de naturaleza, digo-. Cuán grande mal sean no sólo ellos, mas aún recelos, lo diré de esta manera, no hablando de celo, porque no es de esta cuadrilla, supuesto que este nombre no se estiende a más que a un respecto, debido a la persona o casa donde la virtud mora.

Hay cosas que aunque son insufribles tienen cierta limitada mejoría, como es un hombre mendigo, hombre -para decirlo más claro- que capa sobre que caer muerto no tiene. Éste,

quedando no sólo necesitado sino muy necesitado, ¿podrá tener mejoría? Sí señor, subiendo a pobre, que entonces quiere decir hombre que tiene, pero limitadísimamente y con gran aprieto.

Pues eso no alcanza el que padece de celos, porque si los averigua y se aparta muere, que no por acabar las amistades este conocimiento se dice que trajo consigo consuelo para el que quiere y constancia para no volver a ellas; si no las averiguó quedóse celoso, ¡diera en mayor despeñadero si hallara verdad su sospecha! Luego, grande mal, pues en cualquiera acontecimiento daña y no aprovecha. Si no tiene celos, sino recelos, ansí como el otro, de hombre sin ninguna cosa a que volver los ojos puede venir a tener algo. Estotro de receloso puede dar en celoso, pues fuera desto, ¿esotro por qué será peor? Y lo que antes dije de la necesidad, ansí de vestido como de comer, tuve.

Estando en este desasosiego arrimado a la portada de una casa veo pasar la criada que me vedó entrase en la de su ama. Abriéronseme los ojos que de melancólicos estaban como muertos y llamándola vino a mí diciéndome que por un solo Dios no tratase de hacerla ningún daño, porque ella no tenía culpa alguna. Yo la aseguré del miedo y pedí me diese lengua de adónde iban. Díjome que camino de Osuna.

-¿Y cómo lo sabes?

-Como la noche antes lo trataron no pensando que los oía yo; porque como servía por mi salario y no me habían de llevar, se guardaban no los oyese.

Creílo como si me lo dijera un evangelista, y si vuesa merced no lo ha por enojo, ¿qué hice?, tomé y fuime tras

ellos. -Ojo al discreto: «tomé» y «enojo» digo adrede, y si tuviese yo las capas de los que piensan que rompen el pelo en el aire y lo dicen y aun lo acompañan con «avezado», por «enseñado», pudiera tener herreruelos para de aquí a la fin del mundo si hasta él se alargase mi vida.

¿Quién habrá que no diga que merecí hallarlos? Como respondió un agudo a un hombre que había cuatro años que buscaba su mujer por las partes más principales del mundo porque se le había ido: «Por cierto, hermano, vos merecéis que os venga a las manos.» Dijo bien, porque hombre que se desvelaba por semejante mujer era justo que diese con ella para que se le fuese otra vez. Y era justicia, por el consiguiente, que yo hallase a quien en el estado presente me había puesto para que acabase con la persona, pues acabó con la hacienda.

Caminé cosa de cuatro leguas casi desnudo y pidiendo limosna, al cabo de las cuales me hallé un hombre que me ofreció su compañía, tan desvalijado como yo. Éste me preguntó dónde iba. Respondíle que a Osuna. Díjome que allí mismo iba él, y llegándose me dijo:

-Vos no debéis de llevar mil ducados. -Ni dos cuartos -respondí yo.

-Ansí pues vamos con bien, que no reñiremos sobre el partir de las tierras, porque a mí no me acompaña moneda de rey, y con todo no estoy el peor del mundo, porque tengo muy gentil gana de comer; y fuera más pobre si me faltara lo uno y lo otro, supuesto que la comida se puede buscar y la gana para comerla no. Buen ánimo -me dijo asiéndome la mano- que no nos ha de faltar, y desta daga nos ha de venir sin ofender a nadie con ella.

Y yo tan enamorado que iba llorando, tales cosas tenía entre manos. Dejo aparte la desnudez y hablo del amor y los celos, que lo uno es terrible como la muerte y lo otro penoso como el infierno.

Llegamos pues a Osuna, ocho leguas de Sevilla, y luego preguntamos por la casa donde se daba de comer. Dijéronnos dónde era, fuimos allá, salió el dueño, preguntámosle qué tenía que darnos, respondiónos que había perdices, capones, lindo carnero, mejor tocino y cosas de pescado frescas con el mejor vino que en treinta leguas alrededor se hallaba.

-Pues de todo nos sacad -dijo mi compañero, y de todo comimos espléndidamente.

Yo me espanté que a gente que mostraban tan poca sustancia tanto se les diese. Leyómelo en los ojos el que traía al lado y díjome que con pasajeros no se guardaba la regla de: «Roto y a pie viene, luego no trae», porque como los caminos sean peligrosos suelen ir desnudos y llevar muchos doblones.

Acabada que fue la comida se levantó y llegándose al hosterero le dijo:

-¿Cuánto cuesta aquí una puñalada?

Él respondió que no le podía satisfacer a ello por no saber lo que quería decir.

-Pues no es muy difícil -dijo él-, pregúntoos, señor, cuánto vale aquí una puñalada, que es cuánto paga aquí el que la da a otro.

-Ahora sí que preguntasteis de suerte que merecéis

respuesta. Digo que conforme es, porque si le mata della y él era hombre de consideración, con toda su hacienda; si no murió y le faltaba calidad le paga la cura y le da después algunos y tal vez muchos dineros; y si queda manco le da de comer el tiempo que vive. En fin, que hay puñalada de dos mil ducados y de mil y de trecientos y de ciento.

-No señor, no anda por ahí la que yo busco.

A todo esto vea vuesa merced cuál estaría yo, colgado de un hilo, aguardando con qué había de salir aquel hombre, porque aunque me dijo que no llevaba dineros no me persuadí a ello hasta que preguntó de las puñaladas, cuyas preguntas atribuí a que quería ganar tierra con ellas para ponerse enfrente de la puerta de la calle y mostrarle luego el buen aire con que corría. Para lo cual yo no me descuidaba en moviéndose él -porque desde allí hasta media legua del lugar no me alcanzara si no es una mala suerte, que ésta siempre llega antes aunque parta después-, cuando oyó decir al que nos dio de comer que era hombre de buena flema:

-También hay otras puñaladas baratas como es en una mano o brazo o en otra parte del cuerpo, cosa de tan poca consideración que en ocho días y menos curaron, y éstas cuestan cien reales.

-¡Ah! -dijo él-, ¡esa es la que yo he menester! Tomad señor esta daga y dádmela. Haréisos pagado de lo que hemos comido y volverme heis lo demás, porque otra no la hay.

Aquí es donde yo me vi determinado a huir, mas escusómelo un hombre que se puso a la puerta y muy atentamente nos miró a los dos, a cuyo paso mi compañero perdía la color cuando él y otros entraron de tropel y nos

asieron. ¿Sabido por qué?, por ladrones, porque como mi camarada lo fuese creyeron que yo lo era también.

Pusiéronnos en la cárcel con dos pares de grillos a cada uno y en un calabozo, hasta que a otro día nos pusieron en dos cabalgaduras y nos llevaron a Sevilla. Los trabajos que por el camino pasamos le será muy fácil a vuesa merced creer sabiendo por qué íbamos presos y que era hombre el que tomaba venganza como si le hubiéramos ofendido, cuya crueldad siempre fue mayor que la del más feroz animal. Aquí no tan sólo se me olvidaron los amores, sino que de acordarme dellos trasudaba.

Y pues me ha venido a las manos hablar del socorro o medicina del tiempo, no he de pasar adelante sin hacerlo, no apartándome del asumpto, antes moralizándole; para lo cual nos ha de servir de objecto una muerte, que es la cosa que ocupa todo el sentimiento que una persona de ancho corazón tiene acaudalado el tiempo, de quien se dice que lo cura o lo enferma. ¿En qué espacio olvidará este dolor? Respondo así: o este difunto era amado sólo por amarle o por el interés. Si por esto postrero, a la noche no hubo memoria dél si le enterraron a la mañana, y ansí lo que se llora no va encaminado a él, sino a ello: «¡Oh, cuál quedo!, ¡oh, lo que he perdido!» Si por lo primero, no lo olvidó nunca, sino que lo templó, y esto cuando no hubo lágrimas que llorar, porque lo que de veras se quiere ninguna cosa lo contrasta para que la memoria, y junto con ella el sentimiento, falte. Témplalo como he dicho, que a no ser ansí, mientras más claro, el juicio quedará más a escuras, y fuera peor que ejecutarle la muerte. Y esto es el socorro o medicina del tiempo.

Y si no todas las veces desta manera, en otros casos -pues con el sentimiento de lo que faltó que se quería bien no se compara nada- envía tras un trabajo grande o pequeño otro mayor. Olvídase el primero, porque en comparación de lo que es el segundo aquello no era nada. Y éstas son las amistades del tiempo, como la que a mí me hizo, que me vi tan apretado como el que estaba sin dineros, preso por ladrón y sin hombre.

Determiné escribir a mi amo el canónigo, que no me quería mal y conoció que las travesuras que de su casa me enviaron no fueron obradas por naturaleza sino por accidente. Vino a la cárcel, habló al que en la presente desdicha me había puesto y acabó con que él dijese cuán sin culpa estaba en ella; con lo cual me dieron libertad y para que la gozase me envió una sotanilla y herreruelo.

Valióme la prisión el ser hombre porque escarmenté y entendí los engaños del mundo, las mentiras y falsedades de las mujeres de aquella data, cuyos labios destilan miel con las palabras dulces que dellas despiden, mas lo encubierto, amargo como los ajenjos. ¡Oh, los peligros que le cercan al que anda por el mundo! Allí me vi a pique de morir afrentosamente si Dios no fuera servido de mover el corazón de aquel hombre.

Capítulo XV

Cómo puso escuela de muchachos. Cuenta lo que entre un médico y un valiente pasó

Heme aquí, vuesa merced, gracias a Dios fuera de la cárcel, desenamorado, con algunos dineros que me dio el canónigo, entendido en las cosas del mundo y con intento de

escarmentar, que es lo mejor. Deseará saber qué camino seguí luego, pues dígoselo: yo sabía leer y escribir muy bien y contar mejor, y latín más que medianamente, porque como he dicho, me lo enseñó con curiosidad el ermitaño. Díjele a mi amo que me ayudase para poner una escuela; hízolo; alquilé una casa en la parrochia de San Pedro, entre la de un valiente y un médico, puse encima un rótulo que decía mi nombre y cómo enseñaba también latín, y a lo uno y a lo otro iba a sus casas. Y como me hiciesen otras grandes ventajas en todo lo que yo quería enseñar, me acordé de aquel mi antiguo maestro que me dijo que Ulises no fue valiente, sino astuto, y que cualquier hombre había de mostrar su ingenio no en igualar al que le hacía ventajas, sino en echalle el pie delante en la medra, por cuya lición hize un hábito de tercero y me puse un rosario al cuello, con lo cual y con no ser del lugar me llevé todos los muchachos de Sevilla.

Ahora, ¿no es donoso engaño y en general en todos que crean que los naturales de sus tierras ignoran lo que profesan?, y por lo menos, ¿han visto que si han errado en algo han acertado en mucho, y que los estranjeros que vienen a ellas las aciertan todas sólo con sus dichos dellos? Y ansí las fortunas son para estraños, particularmente casamientos, y más si un hombre habla algarabía y nació en Génova o Italia, ¡allí es ello! Todos se despeñan con sus hijas y haciendas, y más si el concierto ha de pasar por mano de las madres, que creen lo que ellos las dicen como si el hacienda que prometen viniese en lo prometido.

Al fin que, como digo, empecé a alicionar mis muchachos; y ahora digo que cuando respondió un loco preguntándole en qué tanto tiempo lo sería otro, que según le diesen ellos la

priesa, que no habló del que con éstos trata, porque éste, desde el día que intentó el tal menester ya lo está. El dinero que ganaba casi es cosa increíble, porque como mis trazas eran más, era el augmento muchísimo, ansí que no se concertaba conmigo nada, ni yo recebí ningún muchacho igualándole primero, antes por la mesma causa no quedaba en mi casa; y éste era uno de los valientes ardides, porque cuando mucho me dieran por cada uno cuatro reales al mes, y si lo contase de espacio los interesaba yo doblados cada semana; fuera de que no se tenía por buen padre el que no me regalaba, que era otra ganancia aparte.

Díjele a vuesa merced que puse escuela entre la casa de un valiente y un médico; pues no le quiero privar de un cuento a mi parecer si no el más gracioso de los que en este discurso hubiere leído, no el más frío, y pasa ansí:

Presentaron al dicho médico un cuero de vino muy bueno, de cuyos amores el criado vivía con mucho desasosiego, y como no hallase modo para darle siquiera un beso le halló para sacar a quien dar muchos, si sus intentos llegaran al fin deseado, porque como el sobredicho cuero tuviese de aposento el que la cebada ocupaba -en el cual estaba el pozo-, se entró por ella con la herrada en el brazo, y llenándola de vino salió a tiempo que su amo entraba.

-¿Qué llevas ahí? -le preguntó.

Y él dijo que la comida y bebida de la mula.

-Ansí, pues anda, que gustaré de verla comer.

Llegó el mozo al pesebre, puso en él la herrada, bebió lo que en ella había y salióse luego el dueño diciendo:

-Ensíllamela en comiendo, que he de ir fuera.

Salió, y entonces creí que había mulas que bailaban la zarabanda, porque como se le hubiese subido el calor al celebro, empezó a poner por obra los efectos de la embriaguez. Iba a caerse y apeóse el médico, que no fue poca fortuna poder antes, creyendo que la mula se moría, a quien el criado, como quien tan bien sabía la causa del accidente, dijo que no tuviese pena, que a otra mula del dueño a quien antes había servido la sucedió lo propio, y que aunque era mal de muerte escapó por acudir con brevedad con la medicina, y que lo mismo sería de la suya si no tardasen en aplicársela.

-Parte corriendo a buscarle -dijo el médico, y poniéndolo por ejecución el lacayo se vio con el valiente, de quien era muy apasionado, y contándole lo que pasaba habló a otro conocido suyo que, fingiéndose el que la curó dijo que haría lo propio con aquélla, mas que había de ser dándole cien reales ante todas cosas.

Dióselos él y trecientos también diera, porque la mula era la mejor que se hallaba en la ciudad y él estaba muy apasionado; llevósela poco a poco aunque cayéndose, y entrándola en una caballeriza la regaron la barriga con agua fresca y dieron a beber, con lo cual pudo volver luego a su dueño, y si se dejó de hacer fue porque la cura tuviese calidad.

A la noche fue el lacayo por la parte de sus dineros y no tan sólo no los llevó sino que burlaron dél, de que enfadado y colérico dio parte a su amo del caso, y él ante la justicia una querella del valiente, por lo cual fue preso. Y visitándose salieron a plaza interlocutores, mula, médico, lacayo y

valiente.

Sentencióse no con poca risa el negocio mandando que se le volviesen los dineros, de cuya querella el valiente estuvo muy sentido, y entendiéndolo el médico le dijo que no había sido buen término el que con él se había usado, y que si le hizo poner en la cárcel para que le volviese sus dineros, que mucho más pudiera haber hecho por el modo con que se los sacaron y que hablase bien dél en ausencia, porque no le había menester para nada y le disgustaba mucho que le viniesen a decir las libertades que dél hablaba.

El valiente respondió a todo, particularmente a que no le había menester desta manera:

-Que no me ha menester ucé no necesita de que lo acredite, porque el tan valiente, ¿para qué ha menester otros?, supuesto que yo tal vez doy un estocada y no tan sólo mato, sino que no hiero, mas ucé ¿cuándo erró o no obró? De manera que me atengo más a sus dos dedos de papel de ucé que a mis cinco palmos de espada; y tan valiente es ucé que temo que ha de hacer con este lugar lo que con el trigo la oruga, que si no consume el grano le deja vacío. Dígolo, so doctor, porque si ucé no derribare esta ciudad, quitarla ha la gente. Por ucés se debió de decir: «La que a nadie no perdona.» En mucha obligación le están a ucé la mula y la muerte: la mula en que hizo ucé por ella lo que por sí pudiera hacer, por cuyas amistades se dirá con propiedad: «Mi amigo es otro yo»; la muerte porque los demás valientes, para matar, déjanle que se venga él, pero ucé va a buscarle.

Y como esto pasase en la calle y los viese mudados de color, me fui a ellos más por cumplir con el hábito y

vecindad que por entender era necesario, porque creí que se burlaban, supuesto que un hijo del médico -que también era ministro de la muerte- estaba allí, y desde el principio tuvieron empuñadas las espadas, diciéndose el uno al otro: «Yo soy, yo soy», y éste a él: «Tú eres, tú eres.»

Lleguéme y dije: -Est, aquel es.

Dos leones desatados ni dos onzas no se pudieron comparar con ellos en sacando las hojas. El alboroto que los dos metieron y la tierra que en medio hubo, aunque no tenga testigos, tengo para mí que vuesa merced lo creerá. En menos del tiempo que se puede gastar en decir la oración del Padrenuestro vinieron una muchedumbre de valientes que riñeron a dos coros, pregonando y diciendo: « ¡Aquí!, ¡aquí!». «¡Hele!, ¡hele!, ¡hele!»

Yo me puse en medio porque me dejaron suficiente lugar, y sacando el rosario les dije que no por mí, sino por el respecto que a tan santa insignia se debía, se amansasen. Fui obedecido, y envainando las hojas me cogieron en brazos y me llevaron a donde pagué el haber hecho las paces, porque es allí costumbre; con lo cual, después de haber visto muchos que entraron ovejas, lobos, me vine a mi posada quedando todos en paz.

En fin, que yo proseguí en mi menester cada día con mayor aumento y con beneplácito y voluntad de toda la gente del lugar, porque mi amo el canónigo me hacía mil favores y, por su intercesión, otros, muchos. Y no menor pensaba hacérmele un hombre que por amigo se me dio, cuya compañía era muy a propósito para enseñarse a sufrir adversidades, ansí del tiempo como de las gentes; porque el que conversa con un necio, ¿qué infortunio le puede venir

de que no salga bien?

Y ansí no dijo mal un docto y gracioso fraile que, como estuviese en un negocio de importancia con cierto caballero, le envió su prelado un estudiante para que le examinase para darle el hábito. Llamó y dijo lo que se le había mandado, a quien dio por respuesta que se esperase un poco, que en breve acabaría. Hízolo así el mozo y como aguardase a la puerta de la celda y acertase a pasar por ella el que le había enviado le preguntó cómo no entraba. Díjole lo que había respondido.

-Ansí -dijo él-, pues entrad segunda vez y decid que os examine.

Respondióle que se esperase un momento, con lo cual se salió a donde antes estuvo, y como el prelado le viese salir tan presto le dijo:

-Volved a entrar y decid que digo yo que deje lo que hace y que os examine.

Volvió entonces a él el rostro y preguntóle:

-¿Sabréis sufrir un prior necio?

-Sí, sabré -respondió él.

-Pues decid que os den el hábito, que más sabéis que yo.

Dijo muy bien, porque saber cómo se han de haber con él no se lee en escuelas.

Capítulo XVI

Cómo le quisieron casar. Pinta la novia y cómo se fue por ello huyendo de Sevilla

Ara pues, mi bueno de mi amigo me trató un casamiento cuyos lances, plática y partes de la novia son del tenor siguiente: yo tenía por costumbre todas las mañanas llevar mis muchachos a San Pedro, que cerca de mi posada estaba, y oír misa con ellos haciendo que cada uno trajese rosario y le rezase, y no era de los peores arbitrios, de donde volvíamos a casa y cada uno se sentaba a su labor.

Pues como un sábado fuese a lo que los días atrás acostumbraba, me hallé mi bueno de mi hombre con cara de casamentero, que es más feroz que de león, el cual me dijo:

-A vuestra posada iba yo y me lo habéis escusado.

¡Vaya vuesa merced notando las necedades! ¡Ir a tratar cosa de tanta importancia a un hombre tan ocupado a aquellas horas que lugar de rascarse la cabeza no tenía!

-Pues éste, señor, no es ni tiempo ni lugar de negociar. 143

-No importa -respondió-, que mientras la misa hablaremos los dos.

-¡Y daré buen ejemplo a mis discípulos! En la misa o en la iglesia no se ha de negociar más que con Dios. Suficiente tiempo queda para con los hombres.

-¡Ea!, pues entremos y oigámosla.

En fin, que no me dejó de la mano hasta que me volvió a casa, y en acabando de cortarles las plumas y dar a cada uno lo que había menester, me dijo:

-Yo creo que vos estaréis satisfecho de lo mucho que os deseo servir y cuán vuestro amigo soy.

Yo respondí:

-No tan sólo estoy cierto, mas aún muy cierto.

-Pues sabed que os quiero casar de mi mano.

«¡Oh dedos -dije yo entre mí- que escribistes la sentencia al rey Baltasar!»

-¿Pues sabéis vos, señor, si tengo yo intento de casarme?

-Tal es la prenda -dijo él- que puede hacer se vuelva el pie atrás en el intento que seguís.

-Prenda dijiste, ¡y qué cierto es ello, y qué a las veces da un hombre por ella más de lo que vale, pues da la libertad!

-Y para que vais entendiendo las veras con que os amo, esta señora no es niña.

«¡Ojo a la margen! », dije yo entre mí.

-Pues qué, ¿es vieja?

-No señor, mujer de su casa.

«Yo se lo juro a Dios que no lo sea de la mía.» Y deste coloquio la mayor parte me le había conmigo mismo.

-Tendrá treinta y ocho años.
«Ojo -dije- a la margen», «ojos -digo ahora- a los años.» -Muy discreta, bien nacida y gran regaladora.
-¿Y es doncella?
-No fuera ese buen casamiento, es viuda.

En realidad de verdad él vino por el fruto de su sementera que, aunque había de ser -pues él sembró necedades- necedad, no fue sino paciencia; y si había de ser yo para quien fuese, también participó él dél, pues no arrimé la modestia y le metí las narices en los sesos.

-¿No será pobre?
-Y sobre todo lo dicho, es tercera como vos.

-Yo, señor -le respondí-, por ahora no tengo intención de casarme; si della mudare yo os avisaré, que quedo agradecidísimo a la memoria que de mí tenéis y a la merced que me hacíades en quererme honrar con esa señora, de cuyas partes creo no tan sólo lo que me decís, mas aún mucho más.

Con lo cual quise roer el cabestro, mas dañóme mucho el decir «por ahora», porque me respondió que si en algún tiempo me había de determinar, que no dejase pasar el presente, pues en él se me ofrecía cosa tan para vivir contento que tenía por sin duda no la hallase en otro alguno. Pidióme la viese, ya que no para efetuarlo, para que me enterase de que no me había informado con pasión, y que no la diría a ella cosa alguna cerca del intento con que la iba a ver, como tampoco lo hizo cuando me vino a hablar a mí, pues él de oficio se vino sólo por hacerme buena obra; que podía ir allá cuando gustase, pues era tercera y hermana de su orden. Yo lo prometí hacer como me lo pedía, con lo cual le eché de mí.

Vuesa merced habrá de saber que yo era lampiño. Pues de prometido me salieron barbas desde que le dejé hasta otro día que la fui a ver. Consideré qué me sucediera si llevara intento de casarme. Saliéranme -digo yo- ya canas, como los muchachos agudos que nacen vivido del vientre de sus madres el tiempo que para venir a aquella agudeza era menester, y por eso se dice: «Mucho sabe este niño, no se logrará», aunque pocos dan la razón.

Digo, señor, que fui a ver a mi tercera, tan flaca que más

parecía prima, y entrando con la salutación más devota y recibiéndome con la misma, se levantó una mujer negra todo lo que vuesa merced mandare, y tan alta que fatigué la vista dos veces: una en mirarla y otra en ser ella la que miraba.

La cara de la prenda que el casamentero me encaminaba era tan ancha de frente y tan angosta de barba que parecía empezada en un punto, como las cofias que las mujeres para sí hacen. Los ojos eran azules y la cara del color que he dicho. ¡Vea vuesa merced qué buena estaría mi novia! La boquita, si no era como un piñón, era como una piña: pasábale, a mi parecer, cuatro dedos de cada oreja. Saludable, si no hermosa cosa, por que si las enfermedades se yerran por no saber dónde han hecho asiento, abriéndola ella se viera estómago, hígado, bazo y las demás partes del cuerpo. ¡Oh, qué tal era para un día de fiestas en la corte! ¡Alquilárase aquel balcón muy caro porque cabían muchos en él!

Los dientes eran buenos para ella, porque a quien lo tenía todo tan malo, le estaba bien, supuesto que no tenían nada que echar a perder. Parecían pan de santo, porque como ellos no lo comen está por unas partes negro, por otras azul y amarillo por otras. Pues quizá eran pocos, nunca entendí que había Sierra Morena de dientes hasta entonces, según estaban unos sobre otros y tantos como he dicho.

Tampoco entendí hasta que la hube visto que había narices de hábito corto como sotanilla y herreruelo. Hacía un pucherillo cuando hablaba que más parecía cacharro; no era poco, pero no valía nada. Viuda era de un barbero no poco dichoso en morirse por salir de con ella.

Despedíme y vínose conmigo el que a su casa me había llevado, preguntándome qué me pareció della, mas yo no le respondí cosa alguna hasta que otras tres veces me lo preguntó. Entonces alcé los ojos y dije:

-Estoy haciendo memoria si os he ofendido en algo y paréceme que no, y también tengo por sin duda que mis padres no os hicieron ningún agravio; y con todo no me puedo persuadir a que vos no tengáis alguna gran ojeriza conmigo, porque una mujer como ésta no se pudiera haber encaminado sino a un hombre de quien se quisiese tomar entera venganza, estoy por decir mayor que en matarle, porque entonces le mataba muchas veces, si quitándole la vida, una.

-¿Qué queréis decir? -dijo él-, ¿que no es muy hermosa? Pues no fuera buen casamiento si eso no faltara. ¿Nunca oístes, decir: «Dios te dé mujer que todos te la codicien y ninguno te la alcance»?

-Sí he oído -respondí. -Pues esa mujer os traía.

-¿Cómo me dábades mujer que todos me la codiciasen si pueden espantar los niños con ella?

-¡Ah, señor, la hermosura del alma es mucho mayor que la del cuerpo!

¿No dije que fuese vuesa merced atendiendo a las necedades del casamentero? ¡Pues vea cuál es ésta!

-Ser la hermosura del alma mayor que la del cuerpo -respondí yo- cualquiera lo conocerá, mas no ha habido en el mundo hombre que della se enamore para el apetito sensual. Siendo esto ansí, no tiene que ver reinar en ella honestas

costumbres con enamorarse del cuerpo, que por desesperado que sea habrá otro que le haga ventajas; y cuando esto no fuese, da la fea y recibe la hermosa. De manera que lo que se ha de buscar es un buen natural, que con ese es fácil -poniendo un hombre poco de su parte- gozar una honrada mujer.

-Vos miraréis cuán bien os está y yo acudiré por la respuesta mañana.

-Si no habéis de venir a otra cosa no tenéis para qué cansaros, porque yo no me he de casar, que me quiero hacer beato, pues hay beatas.

En fin, se fue y me dejó; pero a otro día, si no él, fue ella la que vino a traerme unos papeles por donde le pertenecía cierta cantidad de hacienda que un su deudo la usurpaba por falta de hombre, el cual estaba en las Indias. ¿No vee vuesa merced qué buen dote traía la que todas ellas con ella no eran nada? Entróseme por las puertas, al parecer, porque el traidor del casamentero no tan sólo la dijo nada de lo que yo le dije, sino que la aconsejó viniese ella misma a traerme los papeles, que gustaba yo dello, porque siendo los dos de una orden podíamos tratárnoslo nosotros. ¡Vea vuesa merced qué brindis éste para hacer el juicio a teja vana! Si bien es verdad que hombre ninguno podía hacer tan gran yerro, porque si pusiera la mira en cogerla algún dinero o cosa que lo valiese, no tenía qué; si en gozarla, tampoco, porque aquella mujer no tan sólo provocaba, antes era efecto de pecado ya cometido.

Hablóme como casi marido y yo la respondí no como casi enfadado, antes como muy enfadado. Pensará vuesa merced que se fue, pues en lugar dello se quitó el manto para

hacerme la cama. No es bueno, que me acordé de mi maestro cuando le quitaron la cadena por aquel engaño, y que no las tuve todas conmigo. ¡Válgate el diablo la mujer si me metieses en cosa que me trastornase el juicio! Y esto se podía temer, que casarme yo, ¡ni por pienso!, porque cuando una mujer toda es defectos y es pobre no se ha de temer otra cosa. Yo llamé a Dios, y suplicándole pusiese los ojos en mi inocencia le pedí me librase del mal hombre, el casamentero; de mala mujer, la presente; de poder de justicia, por la que me amenazaba por medio de algunos testigos falsos.

Hecho esto me bajé a mi escuela, y como hallase en ella algunos muchachos -porque viéndola bajar no perdiese con ellos lo ganado- volví arriba a pedirla se quedase por entonces, de manera que hube de tener por convidada a la culebra que engañó a Eva. Cuál estaría yo considérelo vuesa merced y junto con eso, aquél estaría ella, porque cómo fuese tan necia como el casamentero, creyera que ya estaba hecho el negocio. ¡Oh valentía de una pesadumbre!, pues desde que aquel hombre quiso inquietar mi sosiego hasta que la mujer salió de mi casa, debí de vivir doce años, el semblante a lo menos ansí lo mostró.

¡Válgate la malaventura por modo de tratar casamiento! Pues, abrir el ojo, no diré que asan carne, que no la hay, sino que amenazan huesos. Y pues que he dicho huesos, le quiero cumplir lo prometido en un discurso cerca de la mujer flaca, volviendo después al estado en que éste quedó.

DISCURSO CERCA DE LA MUJER FLACA

Ser flaca no es pecado, como no sea en lo que quita opinión, mas es disgusto, porque una mujer en agudos como erizo, tan angosta de cara que apenas la caben los dedos para persignarse, no puede ser buena más que para hacer penitencia con ella, como quien se pone rallos a raíz de las carnes. ¿Quién podrá negar que no sacó de la puja, su padre desta dama, a los que pesan carne? Que si aquellos dan contrapeso del hueso, fue más la carne que dieron, mas su padre de la carne hizo contrapeso al hueso.

Yo la aconsejaría que cuando saliese de casa con aire se echase unas bolas de bronce o hierro en las mangas, como cuando hay en la mar borrasca que se echan áncoras, porque no se la lleve a otro lugar.

Para una cosa es muy buena esta dama: para llevarla un hombre a su lado, porque como haya pena para el que pone mano a la espada, poniéndola a su brazo quedará esento della y podrá defenderse y ofender, porque un estoque mejor es que una espada. Las armas de las mujeres oí decir siempre que eran la lengua, más esta dama mayor obligación tiene a naturaleza, pues le dio lo uno y lo otro, y tanto que la considero metidas las carnes en un estuche: ellas la herramienta y él las basquiñas. Sin duda ninguna que la hicieron para probar y que la dejaron con la armadura sola, como las figuras en bosquejo.

Si a esta mujer la vinieren buenas fortunas, noble se mostrará en no ensancharse; consuélese, si tuviere dineros, con que una de las honras que a los santos se les hace en esta vida es guarnecerles sus huesos con oro, y si a ella por eso no, por afortunada sí. No sé yo quién como ella por su muerte no tenga necesidad de que la embalsamen, porque si

no tiene tripas, por ser mujer es bien cierto que no tiene sesos.

¡Oh, qué dieran los griegos por cuatro mil soldados como ella para su caballo, porque fueran muchos y ocuparan poco! ¿De quién como de la tal se le puede hacer menor cargo a la muerte? Porque si nació sin carne no hubo más que los huesos. Si anduvo el cielo escaso o estimó la que puso en ella, no es mío responder a ello, sólo digo que parece que se la pusieron con algodón, como cuando doran las camas.

¡Buena venía la novia! ¡Qué rostro mostró tan hermoso para que me cegase! Es cierto verdad que las mujeres propias han de ser muy queridas para poder sufrirlas tantas imperfecciones como, quitadas la tara, tienen. Y esto ¿cómo puede ser, no siendo sino muy lindas, que parezcan bien? Porque es llano que son de noche verdad de la ficción de todo el día. Considero yo por tara los chapines: ya queda una mujer media; sin ropa, basquiña y faldellín, ya no queda nada, y más si se pone un capillo de lienzo en la cabeza y otro lienzo apretado por la frente, con unos guantes por amor de la muda, que parece que va a castrar colmenas con las demás cosas que a todas les son comunes.

De manera que el ponerse que he dicho, quitarse es, luego bien digo que es menester quererlas mucho para sufrirlas.

Ser una mujer lindo animal, ¿quién habrá que lo niegue? Mas ¡ay lo que hemos asentado para quien lo tiene en casa! Y por esta razón dijo bien un hombre a otro que estaba muy enamorado de su mujer: «Vos, señor, no la habéis visto como yo la veo.» Pues en eso consiste no desenamoraros, y es decir, que siendo esto como queda dicho se persuadirán a

que las cosas que a todos nos son comunes a ellas no desdora lo lindo con que se imaginan, antes, por ser suyo, ha de tener otro nombre.

«Denos licencia para ir a hacer campo» me decían los muchachos de mi escuela, significando con aquel término sus necesidades, más ellas estas propias llaman flores; y ansí, cuando habité la casa del canónigo mi señor, vi muchas dellas asidas de las manecillas venir a hacer flores debajo de las ventanas de mi amo, y tantas y tan a menudo que le habían hecho un jardín tal cual de semejantes jardineros se puede entender. Mudóse de allí por mejorar de sitio y de casa, y como el que aquella ocupase fuese más descuidado, hallé que de jardín se había vuelto alameda.

Pensará vuesa merced que me dejó por esto el casamentero y la mujer. Pues antes, me persiguieron de suerte que me fue forzoso dar parte a mi señor el canónigo, el cual conoció a la gente y me dijo que me guardase dellos, porque eran personas que me arrimarían dos testigos falsos por cuyo medio les sería fácil hacer de mí lo que quisiesen.

Yo me fatigué de modo con esto que demás de no comer, no dormía, pensando cómo me eximiría dellos; y hallé que era lo más seguro preguntarle qué le podía valer si me casase. Respondióme que lo que yo le quisiese dar, y entonces creí ser verdad lo que dellos se me había dicho. Díjole:

-Pues señor Antonio, si yo me casara os diera una sortija de veinte escudos. Yo os la quiero comprar de treinta y no es poco para un pobre maestro de escuela. Vos os servid della, mas ha de ser con condición que no me habéis de tratar más de aquí adelante de esa mujer, ni ella ha de venir a mi casa.

Lo cual prometió cumplir como yo se lo pedía. No supe lo que me hice -y no es de maravillar, porque el negocio era suficiente a que el más entendido se hallase alcanzado- porque a la mañana vino ella y en su compañía todos mis males y todos mis bienes. Todos mis males: los cuidados que de hacerme suyo la desvelaban; todos mis bienes: los que a éstos se oponían. Díjome que el diablo del hombre a quien di la sortija la enviaba allá.

Si se ha visto tal desventura, gozo parezca a todos mi desvelo. ¡Que no le bastase a un pobre maestro de escuela trabajar con trecientos muchachos, sino que había de traer a cuestas a aquel picarón y a la otra bellacona!

No me atreví a disgustarla por tener en la memoria lo que mi amo me dijo y ellos en las caras mostraban. Enviéla, o por mejor decir, fuese ella cuando la dio gusto, y yo partí a dar parte a mi amo de desventura la mayor que a hombre le siguió. Allí, llorando, me lamenté de mi suerte y no hice estremos, porque el caso era tal que lo que he dicho: aunque lo parecían, no lo eran.

Él me dijo:

-Yo os prometo que me da no pequeño cuidado vuestro desasosiego y que me desvela cómo os sacaré dél, porque por todas las partes lo hallo áspero. Si los consentís, ahí os han de comer lo que tuviéredes; si los disgustáis, os han de arrimar dos testigos falsos que digan que la habéis dado palabra; si yo doy parte a un alcalde y los hago castigar, en el tiempo que estuvieren ellos en la cárcel os han de matar otros amigos suyos. No sé qué me diga.

-Pues yo sé qué me haga -dije-. ¿Todo eso no se acaba con

ausentarme? Pues yo doy palabra a vuesa merced de no estar en Sevilla el sábado, y hoy es miércoles.

En este tiempo vendí el ajuarillo que tenía y me fui huyendo de unos ladrones de quien se dirá, con propiedad, «de libertades», pues la mía querían cautivar sin dejarme por dónde poder rescatarla. «¡Aquí de Dios, que me casan!», no lo debe decir aquel que viene en el concierto, yo sí, que sin quererlo me casaban.

Capítulo XVII

Cómo se fue a Madrid huyendo de aquellos bellacos en cuyo camino halló quien le hizo volver. Cómo hizo casar al casamentero con la novia que a él le traía, con otras cosas

En fin, tomé la derrota para Madrid después de pedido de mi amo, el cual me dijo que para quererme como a hijo no era defecto no estar en Sevilla, que me prometía tenerme en su memoria presente y que conocería esta verdad en todas las ocasiones que le hubiese menester. Llegando pues a Tocina, nos hallamos en una posada un hidalgo de Sevilla, rico y poderoso, en ella, que me regaló mucho, cuyo hijo fue mi discípulo, que venía de adonde yo iba.

Éste me preguntó que adónde caminaba. Yo le dije que a Madrid.

-¿Y cuándo será la vuelta? -Antes, pienso quedarme en él.

Y porque iba tan apasionado que se lo conté todo, y queriendo volver por mí -supuesto que naturaleza sea tan inclinada al mal- cuando le hube de contar el miedo que de la mujer tenía -porque no se persuadiese a que yo había

incurrido con ella en algún pecado-, me dijo:

-No, no. No tenéis que acreditaros, que ya conozco a los dos y sé su trato y cuán mala gente son; y por ella os digo que hicistes bien en determinaros en lo que veo ponéis por ejecución, porque la gente es tal que os armarán muy bien el lazo. Mas, ¡por vida, de los dos!, que os habéis de volver conmigo donde ha de sucederle a él lo que a Amán con Mardoqueo, que teniéndole aparejada la horca para quitarle en ella la vida, vino en la misma a morir Amán quedando con vida Mardoqueo; porque si quería casaros con esa mujer, vos le habéis de ver casado con ella. Y contra esto no hay que responder cosa alguna, porque os estoy muy agradecido y quiero que conozcáis que el haberme doctrinado un hijo, de suerte que de un demonio me le habéis vuelto en un ángel, os lo he de servir toda mi vida. En mi posada estaréis regalado y servido sin que os cueste un cuarto, ansí la comida como el juntarle los procesos que en Granada, Málaga y otras partes tiene; y no os dé cuidado que en algún tiempo se sepa esto, que cuando ellos tengan libertad -si es que se la darán- será en parte donde a vos no os importe ni dañe.

Él lo hizo como me lo prometió, pues viendo ella el pleito mal parado y que estaba preso y en tanto aprieto dijo que aquel hombre había años que la traía engañada diciéndola que sería su marido, y que no le diesen libertad hasta que lo cumpliese. Dijo él que estaba llano a ello, pensando por aquel camino librarse del daño que le amenazaba. Casáronlos, y a otro día de la boda le volvieron a la cárcel de donde le sacaron para darle docientos azotes, con diez años de galeras, y ella desterrada por el mismo tiempo.

Yo me espanté cuando vi la negociación de mi hospedador y en tan breve, y creí entonces que mi amo el canónigo no se quiso meter en lo que estotro acabó, o por miedo o por no hacerse malquisto. Y no anduvo errado, pues para enemigo cualquiera es fuerte, y ésa es una de las infelicidades que al hombre acompañan: poder cualquiera quitarle la vida y no estar en su mano el volvérsela.

¿Qué le contaré a vuesa merced? No pasaron diez días que a mi negociador no le viniese el premio de la buena obra, porque dentro dellos enviudó. Y no he visto mujer tan de su palabra en mi vida, porque a seco y sin llover dio en decir más «que me muero antes de un mes» y se salió con ello. De suerte se amaban, o a lo menos si no era ansí lo daban a entender, que tuve por sin duda ir él tras ella, cuando le oigo decir:

-¡Oh, qué de desventuras hay en el mundo! ¡Bienaventurados aquellos que desde la pila donde los bautizaron fueron a la sepultura! ¡Pobres de la madre y hermanos desta señora difunta!

-Pobre de vos -dije yo-, que es quien más lo ha perdido, que esos señores si tienen que sentir, no es junto con haber perdido una hija buscar otra, mas vos habéis perdido tan honrada mujer, como todos saben, y tenéis que sentir el haber de buscar otra que no sabéis lo que será.

¡Donoso sentimiento de viudo, piérdela él y pone los ojos en lo que sentirán otros! Vea vuesa merced qué maldiciones se echaba:

«¡Grandes son los trabajos del mundo, dichoso el que va desde la pila a la sepultura! ¿Qué mal le estaba irse al cielo

sin hacer venta en el camino?»

Paréceme esto al sentimiento de un pastor, que como fuese llorando a su mujer -que le llevaba a la tina- diciendo que quien no se había visto en tal trabajo no podía deponer de ningunos, decía exagerándolo desta manera: «¡Barrabás lleve hombre que tal trabajo no le ha sucedido! ¡Desventurado de todo el mundo! ¡Perezcan todos los vecinos de mi lugar!»

Vea vuesa merced qué bien llorado infortunio. El alcalde, que a su lado iba, le dijo: «Consolaos hermano, y no hagáis esos estremos; y pues Dios se la ha llevado, ¡vaya con todos los diablos!» Ansí le pudiera yo decir a mi viudo: «Consolaos señor, y no hagáis esas demasías; y pues Dios se la ha llevado, ¡vaya con todos los diablos!», para que consolador y desconsolado concertásemos en género, número y caso, y porque es al mundo tan necesario.

El modo con que esta mujer le dejó le escribiré en el capítulo siguiente para los menesterosos dél, y algunos con tanta razón. Y dél infirió que no la quería como mostraba, supuesto que halló traza tan válida y tan libre de que contra él se hallase acción alguna.

RECEPTA PARA ENVIUDAR SIN DAGA, VENENO O BEBEDIZO, O OTRO INSTRUMENTO ALGUNO

Récipe la mano de su mujer todo hombre que desee la estimada libertad y verse en el estado que antes estuvo -y mucho más aprovechado, pues se hallará más docto- con gran disimulo cuando va a salir de casa y dígala: «Amiga, por vida mía que te desayunes, que una mujer que ha entrado en edad no es bien que esté tanto tiempo sin

comer», y váyase luego, que apenas habrá puesto los pies fuera de los umbrales de la puerta, cuando diga rascándose la cabeza a dos manos: «¡Por el bien de Dios, que dijo mujer entrada en edad!», sacará el rosario de la manga y pedirá el espejo; el rosario para hacer por él la cuenta de los años, y el espejo para preguntarle si sabe lo que dice su marido.

Está sin lavarse la cara y con la pesadumbre recibida; no es la que el día antes fue, y todo es oro. No la contenta la luz de la sala y menos de la alcoba; ya se halla con arrugas la que no había ocho días se decía a sí mesma estaba mejor que cuando se casó. Déjale y toma el rosario. Unas veces, según está de turbada, se halla de once años, y otras de cuarenta. «Muchacha -dice-, llámame al primer hombre que pasare por la calle.» Sube el primer hombre, pídela la haga una cuenta: propone de suerte que no la sacara el que inventó la Aritmética. Despídele diciendo la perdone. Bájase él y queda ella hecha un infierno de cólera, y es todo oro. ¡Oh, lo qué diera porque Juan de Leganés no hubiera muerto!

En esto entra el marido. Está ella en un aposento detrás del alcoba. Llámala a comer. Dice no tiene gana, y es verdad. Llámala segunda vez. Dice no está buena. Ya revienta y dice: «¡Mal hombre! ¿En edad he entrado? ¡Pues advertid, mal hombre, yo fui la menor de mis hermanas! La que nació antes que yo tenía...» Levántese entonces el marido y diga: «¡Justicia de Dios! ¿Que porque aconsejo a esta mujer no esté en ayunas no me puedo averiguar con ella? Tengo de salir al patio a que sepan los vecinos lo que padezco», y haga que va a ello, que ella se pondrá en pie y asiéndole del brazo le dirá: «¿Dónde vas bobo, no ves que me burlo contigo?»

Esto todo porque nadie entienda lo de los años, y lo mismo hará la mujer más recia del mundo, y cuando tanto lo fuese que les obligase a entrar, tendrá él sentencia en favor, tanto porque el negocio va fundado en caridad cuanto porque no se defenderá ella, porque a ningunos negocios echan ellas tierra como a los tocantes a la edad.

Comerán los dos juntos. Si llegare viva al otro día, no la diga nada hasta pasados algunos, al cabo de los cuales añada el enviudando este compuesto: hágala poner el terno rico y que vaya a alguna visita donde están las que decimos bravas, hállese él en ella y traiga a conversación la fama que de hermosas algunas mujeres tienen y diga luego consecutivamente: «Todas cuantas la han tenido y la tienen grande, son feas para lo que doña Fulana fue. Ya está acabada, pero no ha habido más linda cosa en el mundo.»

Con esto se puso fin al negocio, haya Dios su ánima que ya es muerta. Y él no tiene más que irse de allí, que lo mismo hará ella, y hacer que le traigan los sacramentos y que le corten el capuz, que ya está graduado.

Ser ésta la enfermedad de que murió consta por lo general, y porque gozaba de buena salud y de muchos regalos y nunca se halló sin gana dellos, hasta que el marido Ulises cegó los ojos a su mujer, que nunca trató de ser con él Polifemo, mas según lo que pasó después bastábale vivir ella.

Puestas las cosas en este estado le pedí al cabo de algunos días licencia para volverme a mi ejercicio, y no me la dio porque dijo me quería ocupar en cosa de más interés y de mayor estimación. Yo se lo agradecí y me estuve quedo sin preguntarle en qué, satisfecho de que no me engañaría en nada.

Y pues no tenemos ahora cosa de que hablar por no haber sucedido en su casa, le quiero hacer a vuesa merced sabidor de un sueño que una noche tuve, procedido de lo que diré. Sí que no se habrá vuesa merced olvidado de que yo traía el hábito de tercero, como también entonces le traje; pues sepa que en fee dello me hallaba en muchas conversaciones de damas medio santas, donde casi a una se rezaba, reía, merendaba y jugaba, tanto por lo que he hecho cuanto porque sabía astrología y me dieron opinión algunos juicios que hize y muchas cosas que decía por la mano; lo cual todo aprendí de aquel que me crió en la ermita.

Capítulo XVIII
En que cuenta un sueño y cómo pasó a las Indias

Pues sepa vuesa merced que mi viudo se animó un poquito y dio conmigo una noche en casa de unas damas que, luego que me vieron, no hallaron lugar donde sentarme por la golosina de las cosas que he dicho. Hablamos allí y entretuvímonos un rato, al cabo del cual una dellas me preguntó qué quería decir soñar que la llamaban a juicio y que la llevaba el diablo, a quien yo respondí que no era Josef ni éste el tiempo en que se daba respuesta a tales preguntas, mas que aunque creer en sueños era gravísimo pecado, que la daba licencia que cuando lo tal soñase lo creyese y a la mañana se confesase, pues de nadie se podría decir se curaba en salud.

¡Ah verdad compuesta siempre con zumo de ajenjos! ¡También aquí tuviste mala posada!, pues mostrando el rostro agrio me dijo:

-Que me interpretéis el sueño os pido, no que me deis consejo, y esto burlándome os lo pregunto; como por pasar

tiempo os lo he referido.

-Ara pues va de interpretación, ¿en qué habéis entendido estos días?

-He ido a la comedia de allí en un coche, y hémonos juntado mis amigas y yo a merendar y holgarnos.

-Pues digo, señora -la dije-, que justamente sueña que la lleva quien vos decís, a la que en tantos ejercicios se ha ocupado; y para esta interpretación no es menester la habilidad de Josef, pues cualquiera oyendo vuestro dicho os condenara a lo que yo. Fuera de que cuando las conversaciones no hayan sido de más peligro que ésta, soñastes jurídicamente, porque sueño es representación de algún objecto en la imaginativa mediante la especie sensible.

-¡Jesús qué cansado hombre! -me dijo apartándose de mí.

Acordéme entonces de la fábula del león, que preguntando él mismo si tenía mal olor en la boca mataba a quien le decía que sí. Experimentó este efecto el perro, pues de buenas a buenas le dijo que le olía muy mal. Ansí, señor perro, no haréis vos casas con azulejos, aprended de la zorra, que dice que no huele porque está con romadizo.

Con esto nos fuimos y yo dando y tomando en el sueño aún mientras cenábamos, y como aquellos días anduviese melancólico, tanto por haber visto morir a la señora de casa cuanto por el mal suceso de aquella pobre gente, y me acostase con esto, me dormí luego, porque había mucho que hacer. A cuyo cerebro me subieron unos flatos que por pasar por el corazón y tenerle tan melancólico como he dicho, soñé triste uno y ridículo otro, de cuya variedad de cosas se

me representó la que más tuve entre las manos y más me importó salir bien della. Y tras ésta, luego inmediatamente, un donoso disparate, y fue que venía un comisario de la otra vida con pleno poder para castigar y hacer mercedes, el cual puso su supremo tribunal en la plaza, a cuya audiencia acudió multitud de gente: bien sea verdad que éstos fueron los que traían causas legítimas para que se les hiciese merced, que los que habían de ser castigados por fuerza vinieron.

Sentado que fue el juez en su tribunal, sin estar presentes más que la Muerte, el Desengaño y la Verdad -porque para ello se hizo un apartado a cuya puerta había porteros-, fueron entrando por su orden.

El primero que se visitó fue un hombre mozo, de no mal talle. Éste dijo:

-Señor, yo soy casado y vivo con gran tormento y muchas pesadumbres, de que es causa mi suegra, y yo no tengo madre en estos reinos. No se puede reñir con armas dobles, suplícoos mandéis que muera.

-¡Oh, la Muerte, llevaos esa suegra! Y para aliviar de gente, supuesto que la mayor parte viene a eso, todas las que hubiere en este lugar.
Cuando se oyó una voz que dijo:

-Señor, suplícoos que no muera la mía, que yo no me hallo mal con ella.

-¿Qué dice aquel hombre? -preguntó.

-Pide que no muera la suya -dijo un portero.

-Pues llevalde al infierno.

Y saliendo la Muerte a ejecutar la sentencia y pasando por junto a mí, me dijo:

-¿No sois vos Lázaro de Manzanares?

Espeluzáronseme los cabellos, y sin acertar a pronunciarlo, dije que sí, y junto con ello pregunté de qué me conocía.

Ella me respondió:

-¿Pues no queréis que conozca a quien estuvo a pique de casarse? Vení conmigo, que seguramente podréis ya.

Almorzóse a mi parecer en un cuarto de hora más de diez mil suegras, y si el almuerzo fue éste, ¡cuál sería la comida! Copiosísima, es cierto, a no impedirlo un portero que la vino a llamar. Fue, y yo con ella, a quien el comisario dijo que mirase lo que pedía un pobre hombre y que lo hiciese.

Era su petición que él estaba examinado de zapatero y que por falta de dientes con que tirar del cordobán no usaba el oficio y padecía extrema necesidad, que de la gente que ya no los había menester se le diesen unos. Fuimos a ello los tres y entre todas no se hallaron dientes que poderle dar. Yo me admiré en ver qué de tiempo habían vivido. Volvimos con la respuesta y él también se admiró y dijo que era imposible dejarlos de haber buenos entre las que faltaban, que si los diese entonces ansí había de ser ello. Mas, viendo ellas el daño que tan en casa tenían, se conjuraron y haciendo un escuadrón pusieron a la Muerte de manera que no quedó de provecho, y tan escarmentada que, si había de ejecutar alguna sentencia, preguntaba primero si era en suegra.

Al fin llevó buenos dientes, y como mi ya amiga la Muerte

se cansase de estar en pie -por la gran flaqueza que consigo tiene- y se sentase en el suelo, donde se hallaba por la causa dicha tan mal, la dije que si no se nos tuviese a descortesía que, doblada mi capa, nos podríamos sentar sobre ella. Aceptó ella porque dijo saber no enojarse el comisario por ello.

La primera en número que por fuerza vino, y segunda en visita, fue una recién casada muy linda, a quien el comisario preguntó por su madre. Dijo cómo fue una de las que el día antes habían muerto.

-¿Y qué edad tendría?
Respondió que setenta y seis años.

-Ansí, viejos son vuestros pecados, pero ya venís sin ellos. Sírvaos ahora de castigo la vergüenza que aquí padecéis.

De manera que según lo que me pareció, la moza era forzada della en lo malo que hacía, cuyo rostro salió vertiendo -diré en propios términos- salud en las colores que dél se partían. Y bien digo salud, y que aunque la vertía, mejor se quedaba con ella.

-¿Cómo no entran unos hombres que he enviado a llamar? -Porque no lo son en sus cosas.

-¿Y, pudiendo haber escarmentado, se están tan mozos como de antes? Y vengo determinado a castigarlos.

-Algunas viudas están aquí -dijo un portero-, que por no haberlos hallado las he traído.

-Daldas acá.

Pusiéronselas delante; venían con sus tocas de Cambray y

con una vueltas junto a los codos y unos guantes de media legua de andadura. Luego que las vio el comisario dijo:

-¡Bueno, bueno! Esto quiero yo. Traedme aquí luego los hombres que os he dicho.

Vinieron y mandó se casasen con ellas: cruel castigo.

Allí entró luego un hombre, a su parecer satisfecho de que volvería bien despachado, que el juez le desconoció, y, diciéndole que no era él el que había visto hasta entonces, le dio por respuesta que sí era, salvo que por entrar antes que otros había tenido cierta pesadumbre en que perdió la cabellera.

-Y bien, ¿por qué os la ponéis? -Porque parezco muy mal calvo.

-¿Y queréis volver a la edad en que tuvistes pelo para holgaros, como si ahora amaneciese? Pues sabed que ya es de noche. Y, ¿qué queréis?

-Suplicaros sane de un corrimiento que a las narices me viene, porque las tengo postizas y me ocupa mucho entrarme tan a menudo en un portal a limpiarlas; y podéis dármele en otra parte, cuando la merced no me hagáis cumplida.

-En fin, ¿que sois calvo y tenéis las narices de metal? 172

-Sí señor, y también tengo dos fuentes.

-Y con todo, los ojos cerrados -le dijo-. Pues el haceros merced es no hacer lo que me pedís, bástaos lo malo que sois sin daros ocasión a que lo seáis más.

Muchas veces dijo: «¡Entradme acá esos gruesos,

entrádmelos acá!», cuando veo entrar cuatro o cinco que por fuerza llevaban un hombre muy hinchado, mirando con gran gravedad.

-¿Quién sois? -se le preguntó.

Respondió muchos títulos.

Ansí, dijo:

-Llamadme acá algunos de los que están ahí fuera. ¿Qué oficio tenéis? -fue preguntando.

Dijo el primero que gentilhombre de una señora. -¡Vos tenéis harta mala ventura!

En fin, entre cantidad dellos el que mejor comodidad tuvo fue comer en casa de un hermano suyo.

Volvióse al hinchado y díjole:

-Hermano, he mirado todos estos hombres y veo que no tenéis más que ellos. Compuesto de las partes que ellos están, véolos sin tener en qué se ocupar, y a vos muy cargado de oficios. Id dando a esa gente hasta lo que alcanzare y quedaos vos con uno sólo, y no trabajéis más de por uno si no habéis de vivir más que por vos sólo.

Hízolo con tan grandes lástimas y tanto sentimiento que al paso que se iba desposeyendo se iba secando.

Tras éste entró una vieja y dijo que ella era ama de un cura medio sordo, muy mal acondicionado, y que ella era balbuciente y su amo reñía muy a menudo, y que por meterse en cólera no podía dar cuenta de sí, y andaba siempre la casa como si fuese de locos; que le suplicaba la hiciese merced de quitarla aquel defecto, pues naturaleza la

hizo menesterosa de que hubiese de servir para comer, que la pusiese en estado que sin tanto trabajo lo ganase.

-¿Dónde está el cura? -dijo el comisario.
-Está aquí fuera.
-Pues, ¿por qué no entró?
-Dijo que aguardaba a ver mi despacho para entrar él luego.
Mandó entrase, hízole llegar cerca y díjole:

-¿Es esta criada de vuestra casa, amigo? 174

No se lo dijo en el tono que solía responder a propósito, y dijo:

-Si ella lo ha dicho miente, que no sé si es hombre o mujer.

-Ta, ta -dijo el comisario-, yo apostaré que hay sobrino en casa.

-Sí, señor -dijo la vieja-, un sobrino grandecito, gloria al Señor, tiene su merced.

-Ansí pues, Muerte, llevaos ama y cura y todos los demás que tuvieren sobrinos.

Tras éstos entró luego una mujer llorando muy amargamente, mas muy compuesta con su beca, lindos puños, muy bien aderezada toda ella y no menos la cara, muchas sortijas, lindo apretador de diamantes y muy buen cabestrillo. Y esto ya era a otro día muy de mañana.

Luego que el juez la vio dijo:

-¿Pues trayendo beca venís tan llorosa? Pensé yo que una de estas estolas alegraba toda una calle. ¿Qué es lo que tenéis que os ha obligado a madrugar tanto?

Ella dijo:
-¡Son grandes mis males!

-¡En verdad que no lo mostráis! No he visto yo venirlos a contar tan compuesta. Veníslo tanto que parece habéis salido de una caja. ¿Qué es lo que queréis?

-Señor -dijo-, ya que naturaleza me dio el parecer que veis y fortuna con que le adornase, son tan infernales los celos que de mí tiene mi marido que en el mes no se deja de reñir un día, y en ése dos veces cuando menos; de suerte que es mi casa un infierno sin darle yo ocasión para ello.

-¿No le dais ocasión -dijo- y parecéis diosa de las Indias, compuesta tan de mañana? Mas, ¿que no habéis mandado aderezar la casa?

-Es ansí, señor, mas fue por venir temprano a la vuestra.

-Pues, ¿el tiempo que gastastes en eso no fuera mejor gastarlo en esotro, y más no habiendo de poner vos de vuestra parte más que mandarlo? ¿En qué se ocupa vuestro marido?

-Hace negocios, y desde antes que yo viniese aquí está él fuera ocupado en ellos.

-¡Está bien, él trabajando y vos tan cuidadosa en engalanaros! ¡Llámenmele! -dijo.

Cuando puso los pies en los umbrales entró sentido de que le hubiese su mujer ganado por la mano. Traía la abertura del cuello enfrente de la oreja y muchos papeles en la pretina.

-¿Por qué sois -le dijo- tan celoso que aguáis los gustos a

vuestra mujer?

Respondióle:

-Señor, yo la traigo de la suerte que veis y ella me trae de la que aquí vengo; no la pido más de que deje la amistad de ciertas amigas, cuya conversación será muy buena, mas yo no la quiero.

-¿Qué os parece? -la preguntó. Ella dijo:

-Son unas viudas muy honradas y muy buenas cristianas que están rezando en la iglesia desde la mañana hasta mediodía.

-Digo, señor, que yo me entiendo y que quiero que rece mi mujer en casa.

-¿No le dais causa para que tenga celos? -dijo vuelto a ella, y a él mandó no hablase más, diciendo conocía a las viudas, a quien, poco ha, hizo langostas de unos hombres a quien venía a castigar, casándolos con ellas-. Vos, señora, venistes por remedio y fuera bien llevárades castigo, mas usando de clemencia por vuestro marido, que le hallo hombre de bien: ¡Desengaño, Muerte y Verdad, encargaos della!

Luego la asió el Desengaño, que más cerca estaba. Levantóse de mi lado la Muerte y todos tres cargaron con ella -a quien yo seguí, fiado en mi amiga-, los cuales dieron con ella en el infierno, a cuya puerta hallé multitud de hombres que yo conocía muy bien. Tenían los más sus hijos de las manos, y luego que vieron la Muerte al ojo se hincaron de rodillas y empezaron a gemir.

Yo llegué hasta la puerta y puse la cabeza por ver si hallaría allí ciertas personas cuyo desordenado camino me olió a tal paradero. No pude ver nada, tanto por el mucho humo

cuanto porque luego que entró la Muerte cerraron, y la gente que antes estaba tiró de mí para ganarme el lugar. Yo me quité de muy buena gana, y poniéndome de los postreros pregunté a uno:

-¿Qué es lo qué aquí hacéis? Él me respondió:

-¡Oh, qué bueno es eso! Sois tan afortunado, que pusistes aquí los pies y preguntáis qué es lo que hacemos. ¿No sabéis que allí dentro dan lindos oficios o sino, mucho dinero?

Yo le respondí:

-Luego, ¿por eso van entrando tan por contadero que casi no está abierta la mitad cuando todos se abalanzan a hacer diligencia?

-Sí señor, y cuando toda no se abre, por un resquicio que haya entra el que está cerca su hijo.

Yo le respondí:

-Pues, ¿cómo tardan tanto los que desde que vine han entrado?

Respondióme:
-Hay otra puerta por donde salen.
Entonces, lastimado, con voces que lo mostraban, les dije:

-Hombres, mirad que entráis en el infierno y que os tiene tan cerca dél el trato ilícito y la hacienda ajena. No os engañéis a vosotros propios, que no hay qué dar allá, sino pena eterna. Mirad que no hay más que esa puerta por donde vuestros compañeros han entrado y no han vuelto. Mirad también que una vez allá no hay redempción.

Esto acabé de decir, cuando el que me había informado dijo

tan recio como yo:

-¡Oh, qué gracioso está el hombre! ¡Por ganar buen lugar lo hace!

Yo respondí:

-Pues, ¿no estuve a la puerta? ¿Quién me impedía entonces la entrada? Y ya que vosotros queréis ir allá, no llevéis vuestros hijos.

No sé si cuando me asomé a ella me conoció alguno que dentro estaba o por las voces que di vino en quién fuese, porque, abriéndola de repente dijeron: «¡Ah, hermano Lázaro!»,esto con una voz lastimosa diferente de las del siglo. Apenas hubo sonado cuando tras ella salió un diablo tan contento, haciendo cabriolas, que pareció no le doler nada, y preguntando:

-¿Quién se llama aquí Lázaro?

Luego que yo le vi dejé el sermón y me encomendé a mis pies. No sabía, por haber entrado a escuras, por dónde me iba, y por no despeñarme me senté con grandísimo miedo, diciendo:

-Conocidos tengo aquí yo. ¡Ah, Muerte amiga, si vinieses!

No salió por entonces, antes, oí unos gritos que sonaban, a mi entender, por más de ocho leguas alrededor, los cuales daba la que dentro entraron los ministros con quien yo vine.

Lo que en aquellas cortes se juraba era lo siguiente: «No usaré más de la amistad de aquellas amigas; no iré a todas las comedias; no saldré fuera tan a menudo; no pediré galas

superfluas ni afligiré a mi marido por ellas, ni le daré ya mala vida.» A todo lo cual estaba yo tamañito, porque cuando mis muchachos asentaban conmigo cosas de aquel jaez, no estaban los más contentos del mundo. Y entonces me pasó por el pensamiento si aquel gentilhombre que salió en mi busca me quería para preguntarme algo cerca del caso.

¿Quién creerá que se haya oído en algún tiempo en el infierno cosa que sonase bien?, porque con lo que la atormentada mujer dijo, el tono más bien cantado no se puede comparar. Admiróme mucho una cosa, y fue que con haber prometido tanto, aún se quejaba con las ansias que al principio, señal de que el tormento aún no había cesado; cuando la oigo decir: «Yo despediré las criadas que al presente tengo», con cuya promesa luego luego fue libre del tormento.

Y entonces salieron todas, y ella tan doméstica -así por lo padecido cuanto por haber visto allá tantas damas que en el siglo fueron sus amigas- que, como una Magdalena se despojó del vestido; cuyo marido no se hartaba de dar gracias a quien tanto bien le hizo. Diéronse las manos diferentemente que otros casados se las suelen dar; llevaba los ojos en el suelo y la beca en la manga. Entonces conocí había alcanzado el marido lo que deseaba, no por gastar menos sino por no gastar su salud viendo el cuidado de su mujer en componerse.

Yo conté a mi amiga lo que me pasó, por cuya causa le aguardaba tan lejos. Respondióme:

-No teníades que tener pena, que los que padecieron en el purgatorio que vos los días atrás no van al infierno.

-¡Vea vuesa merced cuál era la tercera que por esposita el amigo me daba! alegréme y causáronme admiración tres cosas: la una, que para que pudiese vivir aquel hombre con su mujer, fue menester llevarla al infierno; la otra, que ganasen lugar los otros con tantas veras para irse a él; la tercera, que en el tiempo que allí estuve vi caer muchos, unos forrados en felpa y otros no tan solamente forrados, mas aún sin capa.

Al fin nos volvimos a nuestro puesto, donde nos sentamos de la misma manera que antes estuvimos, y entró una doncella que tomaba el acero y entonces venía de hacer el acostumbrado ejercicio, sirviéndola de escudero un primo suyo estudiante, la cual traía en el sombrero muchas flores de almendro.

Luego que la vio dijo:

-Yo seguro que ésta que no viene a pedir, que trae flores, aunque la otra vino a ello y tampoco lo parecía. ¿Qué es lo que mandáis y de dónde venís?

Ella dijo:

-Tomo el acero, que estoy muy opilada. Venimos de andar y sírveme mi primo de escudero.

-¡Y venís bien florida! Pues dígoos que no todas las flores hallastis en el jardín, que de casa salís siempre con alguna; y si ellas vienen en el sombrero, el fruto traéis en el vientre, porque de semejantes jarabes tomados por mayo, se suele gozar la operación por enero.

Heláronse los dos y sin preguntarla lo que quería, mandó a la Muerte se llevase a su madre, que era su pretensión y que

se casasen ellos. Justos dos castigos: el uno, que se hiciese lo que pedía, porque falta de la madre, aunque esté decrépita, enferma y enfadosa como aquella, gran castigo es; y el otro, que se casase quien tal pedía.

La Muerte, que a mi lado estaba, y entonces divertida, creyó que era suegra, y volviendo a mirarme me hizo un gesto tan feo que me espantó; y desperté privándome de otras muchas cosas que allí se verían. De manera que en cuatro o cinco horas que soñé, pasaron dos años por lo menos. Halléme en mi cama, mentira todo lo imaginado como lo son todos los sueños, mas con gran temor del gesto de la Muerte.

Pasados que fueron algunos días, me dijo mi negociador de la voluntad que aquellos bellacos me querían prender.

-Ya vos, señor, sabéis mi ocupación, que es tratar ansí en asegurar navíos como en enviar cosas a las Indias. Pues dadme acá el dinero que tuviéredes y dejad de ser maestro de niños, que en este trato podéis tener tal fortuna que en breve tiempo intereséis gran cantidad dellos. Cuando mal os dijese vuestra habilidad, os queda en pie para poderos volver a ella, y mi amistad para siempre.

Aceptélo yo y dile mil escudos en oro, sin ningún temor de que por su parte me vendría mal alguno, con lo cual empezamos nuestra obra. Y compradas que tuvimos muchas cosas le dije que tenía intento de pasar a ellas, y que pues todos los años iba un criado suyo, que yo iría en su lugar o que fuésemos los dos, y que si era su parecer me quedase yo con el fator que en Méjico tenía para ayudarle en la administración y venta de las cosas que de España se le enviaban.

Él me respondió que desde que me trajo a su casa había propuesto hacer todo aquello que bien me estuviese y dello gustase, que no lo había de mirar una vez sino muchas y, que si me importaba para mayor utilidad mía, que fuese en buen hora; donde no, que me quedase en su casa, pues en ella se me servía con voluntad sin que por ello se le hubiese de dar interés alguno; y que mirase también que si se perdía el navío en que mi hacienda iba quedaba yo para poder ganar otra tanta, mas que si me perdía, que todo se acababa entonces.

Yo se lo agradecí y como estuviese determinado me embarqué dentro de muy pocos días, donde me sucedió lo que a vuesa merced prometo en la segunda parte, prosiguiendo hasta que ya por mi mucha vejez no me pude contar entre los vivos.



EL DESGRACIADO

Tuvieron principio en Sevilla las vidas de dos grandes amigos, llamado el uno don Eugenio y el otro don Fadrique, ciudad por tantas razones insigne, a cuyas puertas paren cada año las Indias. Y principió su amistad desde que en el escuela se conocieron, donde, excediendo del límite pueril, de dos voluntades hizieron una, doliéndose el uno de los infortunios del otro, como recreándose con sus plazeres; tanto, que si a los descuydos de aquella edad aplicava el

maestro la medicina a ella conveniente, pedía el uno fuesse él el castigado porque su amigo quedasse essento dél, como si huviera hecho por que padecerle.

De manera que diremos mejor que en Sevilla nacieron los segundos Orestes y Pílades, de quien se cuenta que, como en cierta ciudad huviesse costumbre de sacrificar a los dioses la décima persona que entrasse en ella y ésta fuesse Pílades y la novena Orestes, no se pudo averiguar quién era Pílades y quién fuesse Orestes, porque los dos afirmavan llamarse Pílades, ofreciéndose cada uno de muy buena voluntad a la muerte porque el otro no perdiesse la vida. De suerte que entre ellos se amava lo que más se aborrece y se aborrecía lo que más se ama como es la vida, evidente prueva de su recíproco amor, porque, si acudir con el hazienda es bastante prueva dél, acudir con la vida ¿qué será? No tener más que ser. Causó pues tanta admiración a los executores de diezmo tan inhumano, que dexaron a los dos con ella.

Crecieron estos dos arbolillos y fueron llevados al escuela de gramática, donde, acepillando el preceptor della lo bronco que a todos nos es común, quedaron tan polidos y galanes que se pudieron plantar en el jardín de qualquier príncipe. Y al tiempo que huvieron de subir a escuelas mayores, murieron los padres de don Fadrique, dexándole tan pobre que, a no quedarle el amparo de su amigo, le fuera forçoso servir para comer. Don Eugenio era rico y solo en casa de sus padres, y tan sentido del trabajo que le avía venido (diré bien a él, porque si eran en uno dos, suyo era lo que a su amigo le sucedía), que pidió a sus padres le traxessen a casa, supuesto que, en la que era tan abundante, una boca más poco hazía al caso.

La petición fue tan pía, las entrañas del que rogava tan nobles que, quando los padres no tuvieran voluntad de hazerlo, se animaran en albricias del valor que su hijo les descubría. No tan sólo vinieron en ello, sino que, después de darle con que hiziesse bien por los difuntos, que quatro días se llevó el uno al otro, le ofrecieron su ayuda si quería passar con sus estudios adelante, embiándole a Salamanca donde su hijo tenía gusto de cursar, porque sabían que en hazer por don Fadrique le aumentavan la vida, dándole ocasión para que aprovechasse el tiempo, más para paga del favor que sus padres le hazían que por la utilidad que a él se le podía seguir.

Aprestáronse para la partida destos dos hijos todas las cosas necessarias a ella, dando lo mismo que al que nació en casa al que avía nacido fuera, sin hazerse fuerça a ello, porque si hasta entrarle en ella lo hizieron por su hijo, desde que le empeçaron a tratar lo hizieron por él. Y tan agradable era para todos que los criados que servían en lo ella, más por la afable condición de sus dueños que por el interés, acudían primero a lo que necessitava don Fadrique que a las obligaciones de sus amos. Acompañavan a este moço nobles respetos, buen talle y hermoso rostro: carta de recomendacion donde quiera que yva.

Aprestado, pues, el ajuar de los escolares, sucedió que, la noche antes de la partida, soñasse su madre que en Salamanca mataron en una pendencia a don Eugenio. Despertó con la passión que a un solo hijo, y de tales respetos, pedía, y jurando que no avía de yr allá. Cuyo ruydo inquietó al marido que una sala antes dormía; y aunque hombres, y más de la data que el padre de don Eugenio era, no creen en supersticiones, vino en lo que su

muger le pedía, porque ellos no tenían otro si él, ni esperança de tenerle, mucha hazienda y querían gozar su hijo. Que es el más principal requisito del amor ver de contino la cosa amada.

Y ansí, quando Penélope escrivía a Ulises, no le dixo «traedme esto o estotro quando gustáredes de veniros», sino «dexaldo todo, no me escriváys más, antes veníos luego, porque a vos solo quiero». Mas otros amores, que van por el camino de la plata, leen «embiadme lo que tuviéredes y quedaos allá». Entonces estava bien embiar una pesadumbre, porque, si ha de embiar lo que tiene, ¿qué puede ser si no disgusto, pues de la carta le ha concebido? Y aquí entra bien que «a un traydor dos alevosos», que, si agonizar por la hazienda del que tan descubiertamente se engaña fuera no más de dexarle sin ella, no quedava muy pobre si le quedava gusto para bolver a adquirir otra, mas llévansele de camino; y es tal este mal necessario de las mugeres que lo conocemos y las buscamos, que en ellas es donde viene a parar todo lo bueno o malo de que se habla.

Acuérdome aora que, passeándome un día por la puerta del Campo de Valladolid, hallé, junto al Carmen, sentada una muchacha con una cesta de guindas garrafales en el braço y a una comiéndoselas y llorando. Lleguéme a ella y preguntéla por qué llorava. Díxome que porque se las avía comido. Y respondila yo:

-Pues, ¿por qué te las comes aora? -Señor, porque me saben bien.

Pienso que corre ansí en materia de mugeres, pues, créanme los apassionados, que todo es mentira o que todas son mentira, y que afirma esta verdad quien tiene experiencia

della y se le deve crédito, como quando un médico escrive cerca de enfermedad que él propio ha padecido. Abramos, pues, el ojo, que si es verdad que las çarças prenden, no lo hazen por esso al que con cuydado passa por ellas. ¿Para defensa de la vida no estudia un hombre las armas? Pues, para defensa della y de la honra, que todo se suele perder a una, ¿por qué no estudiará como se libre dellas?

Digo, pues, que don Fadrique fue a Salamanca y don Eugenio se quedó por el gusto de sus padres, y con tan grandes melancolías como el que se ausentava de la cosa más amada que en el mundo se pudo hallar. Tirávanle por una parte las obligaciones de sus padres, el tener con tanto gusto su amigo en casa, embiarlo a estudiar como si fuera su hermano; por otra lo mucho que le quería: y éste es un aprieto notable.

Mudémosle en una persona que pierda por él su honor, como es una muger casada, o otra qualquiera que pierde para sí lo que gana, que quiere para sí: por una parte la aflixe considerar quien es, lo que dirán, lo que dello resulta en andar en lenguas de la propiedad del alguazil, que puede prender y no puede dar libertad; por otra, que el ladrón está dentro de casa y sabe a qué horas ha de hazer el assalto, y todas son cómodas para ello, pues nadie se puede yr a la mano en la imaginativa. «Viva quien vence» se suele dezir, mas en esta ocasión «muera quien vence», porque si contra sí conquista lo que se quitó, assí muera quien quedó con el honor, pues murió para su gusto. Y por esta razón dixo un discreto que no sabía quál destos dos preceptos apretava más, perdonar al enemigo o olvidar al amigo.

Al fin, don Fadrique se partió para Salamanca, hecho un

Argos de ojos, porque se llevava los de todos los que le conocían: los de la casa de don Eugenio y dos que valían por todos estotros, que fueron los de una prima de don Eugenio, llamada doña Isabel, que, por la muerte de sus padres, estava en casa de los de don Eugenio, de quien era sobrina, hija de su primo hermano, con quien ellos le querían casar, porque, demás de ser moça y muy hermosa, tenía mucha hazienda y sus padres pidieron a los suyos se encargassen de su curaduría y, pues eran todos unos, la casassen con don Eugenio. Que se los llevó se prueva en que todos quedaron ciegos y doña Isabel pobre y ciega: ciega por lo que hemos dicho, y pobre porque quedó sin gusto y con justicia pobre, si el oro no da lo que por este camino se pierde, y ésta quedó peor, porque si vence «muera quien vence». Las noches que esta señora passava (¿avrá alguno que no aya experimentado algo de su efecto?) ¡Dios nos defienda! Nunca se acaba una dellas, porque cada hora tiene los quartos cabales, y entonces se conoce quien es el tiempo perdido: ¿y quál lo es más que éste si, después de mucho trabajo, no se ha negociado nada?

Don Fadrique llegó a Salamanca al paso penoso que don Eugenio por su ausencia lo quedava. Y si a ella halló algún consuelo, fue salir de Sevilla por aver entendido la voluntad de doña Isabel, que, aunque procurava dissimularla, no lo consentían los ojos que, como criados obedientes, acudían al mandato del alma y, aunque como discretos, lo ponían

por execución. ¿Quándo pudieron encubrirse tan bien los amores que qualquiera no los conozca?

Passaron algunos meses que en doña Isabel parecieron años, tanto que se pudo tener por madre de la que quando don

Fabrique partió avía quedad. ¿Qué milagro si tenía amor o, diziéndolo mejor, si no lo tenía? Al cabo dellos dixo que su intento fue siempre entrarse monja y que quería tomar el ábito en Salamanca en el monasterio de santa Ana, por ser devota dél y della. El disinio que en esto llevó fue yr a donde don Fadrique estava, a quien quería hazer partícipe de su cuydado ofreciéndose a él por su muger; cosa que tan bien le estava por ser él tan pobre, si este nombre le viene bien al que tiene un amigo tan de veras como don Eugenio y tan rico.

Ya determinaron poner por execucion el designio de doña Isabel, de que sus tíos mostraron harto sentimiento, porque perdían nuera rica, moça, virtuosa y hermosa, mas no don Eugenio, porque, al passo que don Fadrique huía de la que imaginava avía de ser su muger, a esse mismo procurava él hazerle su marido: y hallava en su yda bastante ocasión, porque, por miedo de sus padres, no se avía atrevido antes a tratárselo. Fuera de que, a él no le constava la voluntad della para con don Fadrique, que, a ser ansí, no huviera dexado passar quatro meses sin tratar el negocio, tanto como esto amava a su amigo. Fuera de que, él avía de ser señor de quatro mil ducados de renta y quería que don Fadrique lo fuesse de dos que su prima tenía.

Sucedió, pues, que, aprestadas todas las cosas para llevar a doña Isabel, lo estorvasse un grave accidente de un tavardillo, de que llegó a lo último; enfermedad, si de todos bien sentida, de don Eugenio mejor llorada, porque avía librado en la partida el buen sucesso de sus intentos. Bien quisiera don Eugenio hazer patente a doña Isabel su pecho, mas temía, si de no dixesse, no entrar, quando con ella se casasse, con algún desamor nacido de conocimiento de poca

voluntad en su primo por aver desseado hazerla muger de su amigo; que si descubría gran amistad para con él, no por esso dexava de ser lo que digo para con ella. Estando, pues, en esta confusión, empeçó la enferma a desvariar y, entre las cosas que dixo, fue una dellas:

-Si por cierto piensan que, porque me tienen en su casa, me han de casar como quisieren, pues sepan que no ha de ser ansí, que me tengo de casar con don Fadrique. Y si me yva a Salamanca a ser monja no era por serlo, sino porque en el año de noviciado pensaya tratar de que fuesse mi marido, y si no quedarme en el monasterio.

Paréceme esto a lo que le sucedió a cierto hombre de muy buena intención, pero muy enfadado de las liviandades de las vezinas de casa, que, como no se atreviesse a dezirlas nada, le embió Dios una modorra en que dixo muy a su satisfación todo lo que le vino a la boca y no mintió en nada.

Don Eugenio, que se halló presente, como fuesse bien entendido, dixo entre sí: «Nunca vos desvariáys en esso, que quando en semejantes accidentes se desvaría, aunque es sin orden lo que se dize, nunca dexa de ser ansí algo dello. De vuestro mal, señora doña Isabel, han salido tres bienes. el de don Fadrique uno, el vuestro el otro y el mío el tercero, por ser aumento de mi amigo.»

Dexó passasse aquel día y a otro la hizo una visita, en la qual se hallaron en don Eugenio médico y boticario: el uno, que recetó un antídoto tan importante para su salud como ofrecella a don Fadrique y boticario en darla traça como esto se conficionasse. Y, para ver si sus sospechas eran frustradas, la dixo, entrando con una carta en la mano y gran sentimiento en el semblante, que por ella avía sabido que

don Fadrique estava muy indispuesto. Lo qual oýdo, por dissimulada y cuerda que era, bolvió a repetir con declarado sentimiento:

-¿Muy malo? ¿Muy malo?
Entonces, sossegándola del alboroto, la dixo:

-¡Que no está muy malo! -y la descubrió la causa de avérselo dicho, haziéndola participe de su frenesí.

Ella, que tan buena ocasión no quiso perder, le cogió la palabra disculpando el no ser suya con que avía oýdo que los parientes no se gozavan. Don Eugenio la respondió que no buscasse por dónde abonar su elección, imaginándole por ella ofendido, porque él avía buscado traça cómo dezirla antes lo que la descubría entonces y no la halló, y que, con tal que el frenesí no la huviera desliciado desta vida, le huviera comprado a peso de oro por lo que dél infirió y por la entrada que en él hallava. Ella se encomendó a él para que en ello diesse traça, en cuya conformidad le avisasse viniesse, vista aquélla, porque importava a los dos. Él lo hizo luego, no por el interés que descubría escrivirle importava a ambos, sino porque a su amigo le era conveniente.

Para cuya execución mandó a Serrano, criado suyo, buscasse con brevedad mulas, porque no le avía de coger la noche en la ciudad. Él lo hizo ansí y, después del medio día, se partieron los dos, y a menos de un quarto de legua cayó con él la mula y, cogiéndole debaxo, le rompió una pierna; causa de que le bolviessen a Salamanca, sentido no del trabajo presente, antes de que en tal ocasión le huviesse sucedido por no acudir a lo que su amigo le mandava. Serrano, que también tenía perdida toda la mala voluntad a

don Fadrique, luego que le vio en tal trabajo pensó perder el juyzio de sentimiento y, como le huviessen curado y que el algibista prometía en breve la sanidad, le dixo por entretenerle:

-Señor, si vuessa merced se fuera a casar, no era el mayor de los males averse quebrado una pierna, si por esso se empatava, mas yendo a verse con un amigo lastimosa cosa ha sido. Y ansí digo que no le avía de suceder a nadie lo que a vuessa merced, a no yr a lo que he dicho.

A todo esto no llorava don Fadrique su mal, sino la falta que hazía a su amigo, a quien escrivió luego de la suerte que quedava, sentido más de no acudir a él que del mal que tanta pena deviera darle.

Parece ser que esta carta llegó a manos de don Eugenio a tiempo que pudo causarle la muerte, porque, como doña Isabel huviesse llegado a los humbrales della, quedando con suficiente desengaño del mundo, quiso poner por execución de veras lo que fingidamente propuso de burlas; que, aunque la afición que a don Fadrique tenía no era encaminada a mal si de buen natural nacía ser como he dicho, de conocimiento del mundo junto con ella mayor efecto avía de nacer, de manera que dispensó sólo que no fuesse en Salamanca, porque no tenía ya para qué. Don Eugenio se vio embaraçado con dos cosas: la quiebra de la pierna la una y el monxío de su prima la otra, prometiéndose desde entonces breve vida por la utilidad que a don Fadrique se le podía seguir della, por considerarle en estremo desgraciado. Bien quisiera yr luego a ser enfermero de su amigo, mas temió no disgustar a sus padres y, más que esto, no dar causa que no passassen adelante con la merced que le

hazían.

Serrano, a quien los infortunios de su amo llegaron al alma mas no quitaron la gana de comer (no poca suerte, porque, si él enfermara, ¿quién acudiera tan de veras a dolencia tan prolija, pues otro si él no le cogiera en braços para hazerle la cama y otras necessidades inescusables?), antes se comía un pan con mucha curiosidad con un cuchillito de un estuche y después se sentava a comer regulando por principios el pan, que, según el gran calor, ya estava digerido, dando gracias a Dios de las buenas ganas que a todas horas tenía y, en particular, de aver caýdo en casa donde con efecto las podía gozar.

Éste, según parece, se avía alçado con el ama de casa, muger que para pedir limosna con justicia no le faltava más que no poder ganarlo sirviendo, que bien vieja ya se lo era; y dixera entonces a esta pobre vieja y enferma una cosa anexa a la senectud, limpia por lo menos de boca, pues en toda ella no avía quedado más que una muela y muy contra a su voluntad, porque, como sola, no adornava y ofendía tanto que era como tener acicate en ella. Ésta tenía el primer lugar entre las amas y no el segundo en su mocedad entre las mocas, y al presente se conocía. Aquí fue Troya, porque unos ojos verdes, rasgados, hechos pedaços lo juravan ansí. La frente era preñada y las narizes mal paridas. Era buena, más que por sus partes, porque regalava y sabía remendar, cosa necessaria en semejantes escolares.

Estava Serrano obligado al cuydado con que a esto acudió y a que, quando venía de escuelas, hallava un escudilla de sopas abahadas, tan buena como la que se avía hecho con voluntad: ésta era la montera de la olla, poníasela Serrano y

quedava ella al sereno, y se le lucía al carnero, porque salió siempre resfriado. Teníanle estos regalos redondo de cara y ancho de renes, de cuyo hurto, sentido otro compañero, le aguardó una noche, por no atreverse a sacarle al campo, y le dio una puñalada. Y entonces fue quando la quebradura de la pierna tuvo calidad, por faltarle quien a una le dolía y curava su mal. ¡Desgraciado hombre, pues apenas han nacido sus bienes quando sin granar se agostan!

Estando en este desconsuelo, llegó una carta de don Eugenio en que le hazía saber las cosas que en Sevilla avían passado, dándole parte de cómo doña Isabel se avía entrado monja y lo que perdía él en ello por aver negociado fuese su muger, poniendo en primer lugar el, sentimiento de su infortunio, consolándole de todo y ofreciéndole llevar adelante el serle amigo en todas las ocasiones con persona y hazienda por todo el tiempo de su vida, y que, estando él en ella, no se nombrasse huérfano, ni la falta de la hazienda diesse cuydado; y que, pues en Sevilla se determinó que no bolviesse a ella hasta que huviesse acabado sus estudios, y él, por el gusto de sus padres y porque importava para mejor tenelle en la universidad, no se yva a ella, que se diesse de suerte a ellos que por suficiencia se graduasse, que, puesto en Sevilla, o él avía de ser pobre o los dos avían de ser ricos. Con cuya carta tuvo el consuelo que sus infortunios avian menester.

Serrano cobró salud y fue enfermero de su amo de muy buena voluntad y con mucho dolor de verle tan necessitado dél. Deste solo favor gozó de la fortuna: ser señor de la persona y de la voluntad, cosa que raras vezes acontece, que, como sea común en el mundo el interés, viendo éste falta, falta también el trabajo que por él se ponía. Mas

Serrano fue valeroso adelante, llevando sobre sus ombros a su amo hasta que la muerte le descargó dél. Don Fadrique no era desgraciado por el camino carretero, sino por el tan extraordinario como veremos: y porque don Eugenio le hazía todo el bien que se sabe, le faltó de la manera que diré.

Parece ser que este cavallero avía cobrado apretada amistad con un hijo de un veyntiquatro de aquella ciudad, llamado don Pedro, demás de por sus muchas partes, porque se parecía a don Fadrique, cavallero de buena persona y mejor condición, aunque tenía una amistad que, si no deslustrava quien era, le traía en gran peligro. Éste le dixo una noche que fuessen a passear su dama para que, si hallasse ocasión, entrasse dentro y él le guardasse la puerta. Dieron una buelta a la calle, quedándose después al cabo della en la parte que un criado de casa le solía hallar, y como aquella noche tardasse más que otras y tuviesse voluntad de entrar allá, dixo (que no deviera) al desdichado don Eugenio que tomasse su herreruelo y que le diesse el suyo junto con el sombrero y que se quedasse en el puesto que al presente estavan para que, si el criado de su dama viniesse, que era el que aguardava, no le dexasse de la mano hasta que él fuesse de buelta; que si él le hallava en el camino, se le embiaría para que se pusiesse en el puesto que él le dixesse.

-¡Sea en buen hora! -respondió él, quando, quexándose de las tripas, partió de carrera a una placetilla que detrás estava, donde después hizieron el trueco concertado en una noche clara y serena más para una desdicha ocasionada que para amores cómoda. Con esto se partió don Pedro no por donde vinieron, antes por otra calle por la parte de abaxo y don Eugenio salió al puesto en que le avía de esperar.

Parece ser (¡o caso lastimoso!) que don Francisco, marido desta dama, sabía el negocio y dissimulava hasta hallar ocasión en que vengarse, porque el mismo criado que traía y llevava recaudos a los amantes avía dicho a su amo, vendiéndosele por muy fiel, el deshonor de su casa; y lo que se tardó aquella noche fue en buscarle, a quien dixo cómo avía estado con particular cuydado toda ella y que avía visto passear la calle a don Pedro con otro amigo, y que se avía ydo y, dexándole en la parte que él le enseñaría, que no perdiesse la ocasión. Y avía sido como le dixo, que el vellaco los avía espiado hasta que el desdichado don Eugenio fue a la plaçuela donde, sin verlo el criado, hizo el trueco, causa de que no viesse que no era él quien buscavan.

Vinieron los dos por diferente parte de la que don Pedro fue y, como se quedassen detrás de una esquina, disparó, pensando que era el infamador de su casa, un pistolete, con el qual quitó quatro vidas: la de don Eugenio, que luego quedó sin ella, la de sus padres, que poco vivieron, y la de don Fadrique, que, viviendo, por el gran sentimiento mejor la perdía. Con lo qual se bolvieron ambos a una casa de juego, donde passaron hasta las quatro de la mañana y donde, aunque no jugó, tuvo por cierto que avía ganado (y era entonces quando más perdía, por estar el galán en su casa), para cuya consumada ganancia pensava dar a su muger un bocado que lentamente la fuesse acabando. Mas sucedióle el sueño del perro, como adelante veremos.

A esto ya don Pedro avía salido y, visto su caro amigo difunto, ¡quál fuesse el sentimiento, las lágrimas y el desconsuelo se creerá en dezir que era amigo! ¿Qué sería luego que avía de hazer dél? Por que, como quiera que por su muerte se avía de alborotar la ciudad, determinó,

supuesto que ya estava hecho, bolverse a la misma casa y dar parte a la dama de lo sucedido, tanto para que ella se guardasse, quanto por mirar él por su vida, porque tuvo por sin duda aver venido aquel trabajo por mano del marido; que aunque suele ser, según se dize, el postrero que lo sabe, no todas las vezes es ansí, y más quando un hombre no quiere serlo.

Trataron allí los dos de atajar mal tan grave y no hallaron otro remedio más válido que apretar al criado para que dixesse si su amo avía muerto a don Eugenio, pues en ello no se les descubrían los amores que no sabía, y que, enterados de la verdad, no fuessen ellos a quien llorassen, pues, estava en su mano.

-Y tengo para mí -dixo ella- que lo ha hecho mi marido y que este vellaco nos ha vendido. Las dos cosas pruevo en que don Francisco no me muestra el cariño que solía, novedad para él, y, aunque quiere dissimularlo, me mira como quien vive con gran pena y espera vengança. El criado habla mucho y miente, y en hombres baxos suelen engendrar trayciones estas cosas.

-Pues, ¿por qué -dixo don Pedro- hizistes partícipe de cosa de tanta importancia a hombre de tan baxos respetos?

-Por saberlo ya él -respondió ella- y por ganarle la voluntad con dádivas y caricias. Señor don Pedro, sea o no verdad mi imaginación, esta noche no he de dormir en casa, que cosa de tanta importancia como la vida no la he de poner en contingencia de si lo es o no, y no tengo de entrar en la cama con hombre que presumo tiene lleno de ponçoña el pecho. Mi prima doña Gabriela está en días de parir. Llevadme a su casa. Dexaré yo dicho en la mía que, por

estar con dolores, vinieron a toda prisa por mí.

Tenía harto más seguramente de quien fiarse en un ama que la crió que en el criado que la avía vendido, y aunque ésta no venía de voluntad en sus amores, procurava con sus ardides guardar la vida de su señora.

Puesta que fue en casa de la prima, la dixo lo que avía passado y que tenía por sin duda aver sido su marido el matador, que no avía de bolver a su casa para siempre, aunque muchas seguridades de su vida la diesse, porque si acaso la matava ¿qué la aprovechavan a ella los fiadores si no la bolvían a la vida?

-¿Y qué pensáys hazer, prima? -dixo doña Gabriela.

-Descasarme, pues, como vos sabéys, fuy forgada para casarme con él.

-Lo que yo de presente haré -dixo ella- será estar de parto muchos días. En éstos yo os fío que no os lleve a vuestra casa.

Y diziendo esto, llamó don Francisco a la puerta y la prima empeçó a quexarse fuertemente; y vino bien aver embiado por ella, porque, demás del parto, no estava su marido en la ciudad. No tuvo qué preguntar don Francisco, porque, desde que llamó a la puerta hasta que subió las escaleras, se puso una toca que la desfiguró el rostro, de suerte que qualquiera passara por lo que dezía y más sabiendo estava ya en el mes; causa de que él combidasse con su muger, tanto porque a él se lo avían de pedir y quiso ganar por la mano, quanto por hazer dél ladrón fiel.

A esto ya la ronda avía passado por la parte donde don

Eugenio estava y, como le conociesse y a junto con ello la capa de don Pedro, le llevaron a su casa, de cuyo sentimiento no hablaré por ser escusado. Dieron parte al assistente, el qual fue luego a la de don Pedro, que ya estava en ella, y le prendió, tanto por averle hallado con su capa, quanto porque dixeron en su casa que avía salido con él.

Empeçáronse a hazer grandes diligencias en el lugar y, luego que el criado de don Francisco lo vio, desesperado de que don Eugenio huviesse sido el muerto, porque en toda la ciudad generalmente le amavan, más que de la justicia medroso, le pidió licencia y dineros para partirse, pues para nada le podía estar mal. Él lo hizo escusando con ello la diligencia que con el que los vendió avía de hazer, quedando don Pedro sentídissimo de la muerte de don Eugenio por ser un cavallero tan noble en todas sus cosas, tan bien quisto en la ciudad y tan su amigo. Yva la justicia haziendo sus diligencias y caminava en ellas con alguna claridad, porque como dixo que trocaron las capas y que le aguardasse en la parte donde le mataron, dieron en quien avía sido el matador y toda la ciudad lo entendió luego que supo la muerte.

Don Fadrique la sintió por diferente camino, porque hizo fuerça a reprimir el dolor para no morirse hasta matar a quien a su amigo avía quitado la vida, como ya no fuesse en pendencia donde traycíón no huviesse intervenido o por defensa de la honra, cosa en que don Eugenio creía no haver pecado sabiendo dél su cortesía y buenos respectos; para lo qual se partieron Serrano y él, teniendo poco más que razonable la pierna. Parece ser que quando le escrivieron la muerte no fue más que exagerándole la lástima que avía causado en la ciudad por aver sido sin culpa, y que le avía

muerto don Francisco, a quien él conocía muy bien, no que por matar a quien la tenía.

Llegados que fueron a una granja que poco más de media legua está de Sevilla, que era del matador, donde se avía venido para divertirse de la tristeza que la muerte de don Eugenio le avía causado, como le hallassen sentado en un otero solo y melancolicíssimo, dixo don Fadrique a Serrano:

-Aquel hombre que está en aquel alto es el que mató a mi amigo o yo vengo ciego.

-Mírelo bien vuessa merced -respondió el criado. -Él es -bolvió a dezir.

No lo huvo acabado, quando ya don Francisco no estava en el mundo, porque, desde que lo empeçó, puso en orden la escopeta y alçó el gatillo por hallar tan buena coyuntura como fue estar el campo sin gente y averse adelantado el moço de mulas al lugar. Lo qual aun don Fadrique no vio, porque Serrano venía detrás y solo y se lo dio a entender el ruydo della.

Hecho esto, entraron en la ciudad bien de noche y yéndose a la casa del padre de don Eugenio, donde los estremos no lo fueron medidos con la pérdida y mucho más con no aver sido él quien quería matar don Francisco. Lo qual sabido de don Fadrique, sintió muchíssimo que Serrano le huviesse muerto, y, diziéndoselo a los padres del difunto, los aumentó el dolor, porque se les recrecían grandes pleytos, pensando que por su orden se avía hecho: y les sucedió ansí. Diole dineros en abundancia mandándole se bolviesse a Salamanca, porque, hallándole en la ciudad, le prenderían poniéndole en grandíssimo aprieto, tanto por aver sido lo su

hijo tan su amigo, quanto porque murió luego que él vino.

Él lo hizo ansí y lo que el padre del difunto temió le vino, de suerte que, sentido de la muerte de su hijo y atormentado con pleytos, murieron él y ella. Y entonces quedó don Fadrique en la calle de veras, que, aunque en su testamento le mandaron cierta cantidad de dineros, no huvo de que cobrarlos, porque en diez y seys meses que passaron desde que don Fadrique fue a Sevilla hasta que ellos murieron, los pleytos les avían destruido, y el vínculo vino a un sobrino bien necessitado dél.

La verdad del negocio se entendió y, casándose don Pedro con doña Ysabel, quedaron ellos contentos, muchos pagados y los difuntos en la otra vida; mas no se supo nunca que don Fadrique avía muerto a don Francisco. He aquí este pobre moço, a quien tanto la fortuna acossa, tan solo que no tiene otro a quien bolver los ojos si a Serrano, el qual fue con él tan fiel amigo que no le faltó hasta lo postrero de su vida.

Sucedió, pues, que a uno de los dos catedráticos de prima de leyes, grande amigo de don Fadrique, diessen en aquellos tiempos una ropa para México, adonde él tenía gusto de yr por estar en ella sus padres. Éste le pidió se fuessen juntos y que hiziesse qüenta que don Eugenio estava en el mundo, que le dava su palabra de hazer de suerte por él que todos los que le conociessen antes le embidiassen que le lastimassen.

Hízolo ansí, y, llegados que fueron para ello a Sevilla, vino un alguazil y otra gente con él y entrándole en un coche le llevaron a Madrid sin saber por qué o para qué. Y aquí fue quando quedó más huérfano: y él siempre con paciencia.

Serrano, que tantos infortunios avía considerado, le dixo:

-Señor, juro a Dios que es vuessa merced uno de los desgraciados hombres que en mi vida he visto. Ya no nos ha quedado tras qué parar. Cierto que temo por estar con vuessa merced que se me ha de quitar la gana de comer, y sería muy gran desdicha, porque, aunque lo he de buscar para los dos, mucho peor estuviera aviendo de buscar lo uno y lo otro. Vuessa merced no puede estar en Sevilla porque no tiene como ni donde; vámonos a un lugar de aquí cerca, que allí Dios dixo lo que será. Por lo menos aora, ¿no nos acompañan dozientos reales? Pues, ¡manos a labor!

Fuéronse a Cabeças y, en el camino, les quitaron unos ladrones el dinero y el vestido que llevavan, dexándolos en carnes en unos enzinos apartados una legua del lugar. Saliéronse al camino a ver si hallassen algunos passageros que los remediasse y no passó otro si un frayle de san

Francisco, que yva a vivir a donde los desvalijados yvan, causa de que llevasse dos ábitos que eran su ajuar. Dixéronle lo que les avía sucedido y cómo, si no los remediava, avían de perecer. Dioles uno dellos y díxoles que se llegasse el más diligente al primer lugar y allí buscasse con qué se cubriessen las carnes, y pues avían de yr a la misma parte el uno que el otro, que se le llevassen. Con lo qual, porque no le faltasse el tiempo de la licencia, se partieron Serrano al lugar y el frayle al que yva, dexando a don Fadrique en carnes ni medroso de ladrones ni con cuydado de su desnudez, porque era verano.

Apenas huvo puesto los pies en él, quando le echaron mano dos religiosos, pidiéndole que les enseñasse la licencia que traía, y como no les diesse satisfación, le llevaron al

monasterio, creyendo que venía huydo, donde le aprisionaron hasta que diesse cuenta de sí. Él se desbautizava diziendo lo que a su amo y a él les avía sucedido y que pues estava tan cerca, que hiziessen información dello, y que mientras lo tenían por bien le diessen de comer, pues, quando viniesse como ellos dezían, no devía morir por ello, y embiassen alguna persona a donde él diría para que su desdichado amo no pereciesse, que avía quedado desnudo como les dixo. Persuadiéronse a que sería ansí, o por lo menos algo dello, y, porque aquel desgraciado hombre no peligrasse en tierra copiosa de lobos, embiaron con un vestido a quien le traxesse al monasterio.

Ansí avía de ser ello, mas, como una manada de los animales que he dicho le acosassen, fue fuerça yr huyendo dellos casi un quarto de legua, al cabo del qual pereciera, tanto por ser ya boca de noche quanto por yr rendido, a no hallar unos hombres que andavan a caça dellos. Éstos le ampararon y vestieron dándole cada uno de lo que llevava vestido, ofreciendo llevarle a la mañana a donde Serrano estava. De manera que, como los que en su busca venían no le hallassen, se bolvieron con él llevándole asido, porque ansí se les encargó, de que el pobre Serrano perdía el juyzio no tanto de verse encarcelado, quanto de la pena de qué sería de su amo.

Díxoles:

-Padres, si a mi señor no hemos hallado, no por esso dexará de ser verdad lo que a vuessas reverencias he dicho. Lo cierto es que le ha sucedido algún trabajo, que es hombre que quando uno viene dexa abierta la puerta para que entre

otro. ¡Terrible caso es quererme hazer religioso entre manos! Este ábito, como antes he dicho, le huve de un frayle que yva a Cabeças, porque, como nos huviessen desvalijado unos ladrones hasta dexarnos en carnes, se dolió de nosotros y, dándonosle, dixo que el más diligente se le pusiesse y, venido al lugar, contasse en él lo sucedido, para que por amor de Dios nos diessen con que cubrir las carnes, y que, pues ývamos a un mismo lugar, que allá se le podíamos bolver. Y es tal la suerte de aquel desafortunado que, apenas puse los pies en los umbrales de la puerta dél, quando dieron los padres conmigo y, trayéndome al monasterio, dizen que soy religioso. Vuessa reverencias dizen bien porque me han visto con ábito de tal; fuera de esso, no doy razón de mí o la que he dado no se verifica: la causa deve de ser lo que he dicho, o que es ya manjar de lobos. ¡A, desgraciado cavallero! -dixo, quando él y los que aquella noche le recogieron llamaron a la portería.

Entraron todos, y fue don Fadrique conocido de un religioso, pariente del desdichado don Eugenio, el qual le abraçó sintiendo muchíssimo sus infortunios, prometiéndole ser tan buen amigo como su deudo le avía sido (y en esto era muy afortunado, pero muy desgraciado en que entre manos se le yva todo bien como sabemos, y ansí qualquiera que quisiesse salir con brevedad desta vida no tenía más que hazerle buenas obras). Díxole que en Xerez de la Frontera tenía un deudo, llamado don Gregorio, con seys mil ducados de renta suyos y quatro que su muger heredó por la muerte de un hermano, y que avía pocos días que se le murió el mayordomo; que no le estava mal serlo suyo, pues, demás de la renta presente, avía de suceder en un mayorazgo de diez mil ducados; que escriviéndole él y informándole de la

persona como era razón y como era verdad sería sin duda embiarle a dezir fuesse luego.

Ansí se hizo todo, y, para embiarle, vistió a él y a su criado lo mejor que pudo y, por lo mucho que a don Eugenio los dos quisieron, le acompañó. Y fueron muy bien recebidos, tanto por la buena información, quanto porque su persona lo dava assí a entender, por cuya causa no quedó en casa como criado, antes como compañero y amigo, y mucho más quando su deudo le dixo quán amigo fue del mal logrado don Eugenio.

Todo lo qual ganó la voluntad de don Gregorio, y de su muger, si él quisiera, voluntad y persona, porque como llegasse don Fadrique a tiempo que una natural mala querencia que a su mando tenía aún estuviesse en el estado que quando se casó y la persona y cara de don Fadrique no desmereciessen nada, engendraron en doña Ángela tantos trabajos con tanta paciencia padecidos un amor que de presente salió a los ojos y, en ausentándose de los circunstantes, a los labios, dando parte dél a doña Ynés, donzella de casa, archivo de sus secretos, que hasta entonces no lo avía sido más que del disgusto con que vivía casada. Y era él un cavallero de muchas partes y del hazienda que sabemos, y ella no más que bonita.

La donzella la respondió a todo lo que del nuevo criado la dixo y que en quanto al talle y la cara que ya se veía que era muy común y el entendimiento no aventajado; y que no podía dexar de hablalla con mucha libertad cerca de averse enamorado dél, pues, quando fuesse el más lindo de los hombres y a esto adornassen todas las habilidades y gracias del mundo, era su criado.

Doña Ángela la respondió enfadada:

-Ynés, yo no te dí parte de mi passión para que me aconsejasses, sino para que me diesses tu ayuda, pues te será tan fácil. No me parece, Ynés, que tienes voluntad de ser rica, pues, pudiendo, por este camino lo apartas de ti. Jamás se vio criado que a su amo aconsejasse en contra a su gusto, aun quando él le pidiesse consejo. Dízesme que es don Fadrique mi criado, y a esto te respondo que amor haze yguales y que no hago mucho, ni aún nada, en preferirle a los de mi calidad, si el cielo le aventajó a todos ellos. Yo no soy poderosa para enamorarme de quien quisiere, que, a ser ansí, suficientemente ay partes en don Gregorio.

La donzella la respondió que la ayudaría en todo aquello que no fuesse contra el honor de su amo y en lo que no se aventurasse su vida, pues por ella sólo se podían perder todas las ventajas que la ofrecía. Parece ser que doña Ynés aconsejava a su ama más con passión que con caridad por averse enamorado muy de veras de don Fadrique, la qual estava desesperada de que en cosa que huviesse puesto los ojos huviesse sucedido ponellos también su ama; mas consolávala que, si avía de ser ella la tercera, podía, en lugar de hazer las partes de su señora, hazer las suyas.

Al fin, don Fadrique fue señor de toda la casa y de las voluntades de lo mejor della, essento del común vos a los criados, antes su dueño le descubrió la cabeça todas las vezes que en público huvo ocasión y en todas se exercitava con él el acto no de superior a supeditado, mas de dos compañeros unánimes y en todo conformes. Y Serrano era todo lo que él quería, a quien otra donzella favoreció con intento de casarse con él.

Las malas noches que doña Ángela passava, las no gustosas de su tercera que para si quería la prima, se entenderá con dezir que tenían amor. Determinóse ésta pedir a la que favorecía a Serrano dixesse a su amo que en casa le tenían perdida toda la mala voluntad y en particular doña Ynés, y que él lo sabía de buen original; el qual lo hizo ansí. A quien don Fadrique respondió que, si como doña Ynés era una muger de buen parecer fuera un ángel, no viniera a admitir su amor, porque ni decendía de traydores ni lo era, y que lo mismo executara aunque sus dueños no le hiziessen la merced de que al presente gozava. Con lo qual bolvió Serrano a su dama y ella a doña Ynés, y, mudando esta respuesta en su ama, fue a ella y la dixo cómo avía hecho, la diligencia tan apretadamente como su amor lo pedía y que la respuesta fue tal que ella bolvió corrida.

-Pues ¿qué te dixo?

-Díxome que no era traydor y que, si como vuessa merced es una dama de buen parecer fuera una diosa, no hiziera, por la razón dicha, caso de sus favores.

-¿Es possible que esso te respondió? -Si señora, possible es.

Don Fadrique no era tan lerdo que no conoció gran voluntad en las dos, y en ella se considerava desgraciadíssimo, pues sobra de quererle bien aun le hazía desafortunado, porque ¿qué podía resultar destos amores que no le destruyesse? Y determinado de entrar en el quarto de su amo a leelle una carta que de las Indias fingió aver recebido, en que supo como un deudo suyo le dexó por su muerte cantidad de hazienda, puso él los pies en el suyo a darle parte de cómo le era fuerça partirse para la Corte, donde tenía por cierto estar algunos días, y que, aunque le avía entregado el

dominio de su casa y estava satisfecho de lo bien que acudiría a él, lo hazía segunda vez, y que de ninguna manera pusiera por execución su viaje a no dexarle a él en casa, con lo qual partía tan seguro como si no huviera salido de la ciudad.

Y con esto, abraçándole, fue a dar parte a su muger, la qual, como oyesse su ausencia que a tal ocasión se ofrecía, no cupo de contento, prometiéndose buen sucesso por medio del tiempo, en el qual no dexaría ardid que no intentasse. Llamó a doña Ynés, a quien pidió albricias, diziéndola cómo su marido yva por muchos días a Madrid, y doña Ynés se las diera a ella, porque también pensava que sus esperanças se lograrían entonces: y las dos soñavan lo que querían.

Parece ser que Serrano el tiempo que se veía con su dama hablava más de lo que era menester (cosa común en los amartelados); entre lo qual, haziendo el papel de valiente, la dixo como la avía de servir toda su vida en todas las cosas que él entendiesse eran de su gusto, aunque fuesse en quitar la vida al más estirado, y que no lo tuviesse por fábula, que era hombre que por un amigo avía hecho lo que dezía y mucho mejor lo haría por una amiga.

Ella le replicó diziendo que ningún enamorado dexava de dezir lo que él, y que todo era mentira.

-¿Mentira? -repitió, y contóla entonces la muerte de don Francisco de la misma suerte que la avía hecho, añadiendo sólo a ella que se lo mandó su amo.

La donzella, luego que oyó don Francisco, dixo para mejor enterarse:

-¿Dezid don Francisco, el que en Sevilla mataron en una quinta suya?

-Sí, ésse digo.

-Pues, aora buelvo a dezir que son palabras de amantes, porque esso tan mentira es como verdad que me lo estáys contando.

Es a saber que este difunto era hermano de doña Ángela y estava lastimadíssima de su muerte, aunque sucedió en su mayorazgo. Y con todo, si estimó saber el homicida, fue no para hazelle castigar por ello, antes para que conociesse como anteponía su amor a la muerte de un solo hermano.

Partióse, como estava determinado, don Gregorio, dándolas lugar su ausencia a que pusiessen por execución sus intentos. Y adelantándose doña Ynés, buscó ocasión para salir fuera, aviéndole embiado a dezir con Serrano donde le esperava para darle parte de un negocio que le importava la vida. Él fue más por desengañarla que por el temor puesto. Venido que fue, le dixo cómo su señora avía sabido que fue él el que mató a don Francisco su hermano, y, para más enterarle de que era ansí, le dixo todos los lances que en ello passaron, cómo su señora se lo contó a ella, y que para que conociesse quán su apassionada era y la merced que su ama la hazía, que la pidió no tratasse de ofender a un hombre tan honrado y de tantas partes como él, y que si no se mostrava, agradecido en recebir cierta ropa blanca que le avía hecho, que no procedería como quien era, y que estuviesse seguro que no se le haría ninguna pesadumbre y que, en todas las ocasiones que se le ofreciessen, le avía de servir.

Él respondió a lo que tocava a la muerte riéndose y diziendo

que en su vida conoció a don Francisco y que si era traça para tenelle en la ciudad, que sin ella estaría él por lo menos hasta que don Gregorio bolviesse de Madrid.

Ella replicó entonces:

-¿Traça es? Pues, acordaos si, viniendo de Salamanca vos y Serrano con determinación a ello, os le hallastes en el camino en una quinta suya, y por aquí entenderéys lo demás.

Él se rió segunda vez y, dando respuesta a la voluntad que en ella conocía, la dixo que su señor don Gregorio se partió satisfecho de que dexava en su casa un hombre que mirasse por ella, que parecería muy bien infamársela el que se la avía de corregir, que esso era como prender a mancebados el alguazil que lo estava y que, por el amor que dezía tenerle, la pedía no le tratasse más de cosa en que tanto perdía, y que, no por responderla con tal determinación, entendiesse que no estimava su persona, sino que procedía conforme a un hombre de sus partes: que viesse ella, fuera de lo que al presente tratavan, qué cosa era de su gusto para que conociesse, en la brevedad con que se la negociava, si la agradecía el favor, con tal que fuesse de condición que a él se pudiesse pedir.

Con lo qual se partieron los dos, él a reñir a Serrano dislate el mayor que hombre ha dicho y ella a dar parte a su señora de cómo, por saber quanto gusto la dava en ello, avía hablado a don Fadrique encareciéndole su amor, tanto que por él no tratava de vengar la muerte de su hermano, que sabía ser él el matador.

-¡O qué mal dixiste en esso! -respondió doña Ángela- que

puede ser que, medroso, se ausente.

-No hará -dixo ella-, por lo menos hasta que mi señor buelva, que ansí me lo dixo él.

-Pues, como esté hasta entonces, tómame esta palabra que no se vaya quando quisiere.

Don Fadrique llamó a Serrano y preguntándole cómo se sabía en casa tan por extenso ser ellos los que mataron a don Francisco, le respondió que él estava muy enamorado de una donzella de casa y que, ofreciéndola todo lo que él era y valía, la dixo que por su servicio estava presto a aventurar su vida y aun a quitarla a quien ella quisiesse, y que entonces le dixo lo de la muerte como avía passado.

-Pues, ¿quién hiziera tal yerro si no tú?

-Yo, señor, no lo apruevo, antes diera por no averlo dicho un dedo.

-Pues dos podrás dar en sabiendo que como tú lo dixiste lo sabe mi señora, y tres quando sepas que don Francisco era hermano suyo.

-¡Jesús! -dixo Serrano- ¿Quién si no yo tal huviera dicho? Señor, yo no havía estado favorecido en mi vida de muger de tanta consideración y creí que no mostrava mi amor si no dezía algunas necedades, y dixe una que vale por mil: y pudiera dezirlas contra mi solo no contra vuessa merced, cuya vida importa, que la mía ¿para qué es buena?

-Ara, Serrano, yo te perdono el yerro con tal que no trates más de essa muger, porque me va a mí en ello quando menos la honra.

-Ansí, señor, pues, para que con efecto conozca vuessa merced quanto le estimo y quiero, desde luego hago lo que me manda, y en esto pongo de mi parte mucha fuerça y toda la que es menester para sacar del alma cosa que sin ella no entendí nunca salir.

-Por cierto, Serrano, -dixo don Fadrique que quien sabe dezir esso que no sé por qué ha de saber dezir lo otro.

-¿Cómo lo otro? -respondió él-. Yo me vi una fiesta con ella sin cuello ni valona, con la tez, diré mejor con la pez de rostro que vuessa merced vee y una cara que tiene más en ancho que en largo. Oíla dezir «mi ángel». ¿Por qué no avía de corresponderla con muchas necedades? ¿Por ventura soy yo de diferente pasta que los demás enamorados?

-¿Y era hermosa?

-¡O pecador de mí! Tenía muy buenos dientes, los ojos aguileños y hoyos en las manos.

-¿Qué son ojos aguileños? -preguntó don Fadrique. Él respondió que no eran redondos.
-Pues, a éssos dezimos rasgados.

Al fin, Serrano desistió de la acción que tenía a la donzella.

Doña Ynés se cansó de solicitarle a él, que raras o ningunas vezes dexa de assí ser mientras la parte que se ama no da algunos alimentos de algún favorzillo; y por esso dixo Ovidio: ¿Quieres ser amado? Pues, ¡ama! Dolía Ángela, para poder negociar lo que esperava tener buen fin, se fue con una deuda de su marido a una casa de plazer que media legua estava del lugar, de donde la prima se avía de bolver a otro día y quedarse doña Ángela sola con doña Ynés.

Aviendo dicho a don Fadrique que acudiesse allá a menudo, él lo hizo ansí, descubriendo en el valor con que resistió a aquella apassionada amante quien era y lo que valía para amigo: la qual, viéndose despreciada, le dixo:

-Pícaro suzio, ¿sabéys quién soy?

-Sé que es vuessa merced muger de mi amo y por saber esso hago estotro.

-¿Ha llegado a vuestra noticia que sé soys el que mató a mi hermano?

-Yo, señora -respondió él-, no he muerto tal cavallero, ni le conocí, ni sé lo que vuessa merced dize.

-¿No? Pues preguntaldo a vuestro criado y a toda la gente de casa: veréys lo que responden. Y si no os han muerto, ha sido por mi causa.

-Pues ¿cómo quiere vuessa merced que no esté agradecido a tan gran beneficio, y cómo lo estuviera si al contrario desto hiziesse?

Llegóse a él diziéndole:

-Mi amor no está para oýr filosofías, sino para que vengáys en él, o os haré poner en una cárcel donde, quando no os quiten la vida en una horca, os descoyuntarán a tormentos -y, hablándole con blandura, le dixo-: ¿No os he ofrecido yo mi hazienda? ¿Qué dudáys?

-Dudo en que lo que vuessa merced me ha ofrecido es suyo, mas la honra que se quiere quitar no lo es, y ansí ni puede disponer della ni yo hazer por donde se pierda, que quando mi señor se partió, toda su casa y hazienda dexó a disponer

mío, mas no a vuessa merced, y si perdiere por desafortunado no sea por lo menos por buscarme yo por donde.

Todo lo qual passó asida ella de sus braços. A cuyo tiempo llegó su marido a la misma parte donde los dos solos estavan, con intento de quedarse allí por algunos días, para lo qual avía dexado en el lugar antes las mulas que a los criados traían, que eran de Madrid, y a ellos avía mandado se quedassen encubiertos en él. La causa de yrse a la casa de plazer de su prima era informarse desde allí de las cosas de la suya y cómo procedía don Fadrique, aunque doña Ángela no lo quiso entender ansí, atribuyendo la yda a querer embiar por su prima, de quien ella dezía estava celosa no porque huviesse causa para ello ni amor para celalle, antes para escusarse con esta ficción quando la hablavan en la mala voluntad que a su marido tenía.

Viole ella primero y, sacándole espada a don Fadrique, dixo, llegando cerca:

-Traydor, ¿a vuestra ama? ¿Esso fue lo que mi marido os encomendó? ¿No basta averme muerto alevosamente a mi hermano, sino querer aora matar la honra a quien confió de vos su casa?

Apeóse don Gregorio y, poniendo mano a su acero, se fue para él, no para matarle, antes para que, entre él y un criado de quien se fiava, le cogiessen y se enterassen de la verdad, que la considerava no como ella la prometía.

Serrano, que cerca se halló de adonde don Gregorio se avía apeado, cogió lo primero el criado que le avía de ayudar y, quitándole la hoja, le arrojó por una cuesta abajo, y,

caminando luego a donde su amo en tanto peligro estava, le tomó en braços y puso sobre el rozín de don Gregorio, y, subiendo él en el del criado, picaron sin parar hasta quatro leguas de allí; a donde se hallaron con poco dinero, socorriendo esta necessidad una de las bolsas del argón en que hallaron cien escudos. Con los quales dieron consigo en Barcelona con intento de embarcarse para Roma, donde, acomodándose con algún Cardenal, pensava ganarle la voluntad para que le diesse con que ordenarse y dessa suerte tornasse con Serrano, a quien confessava dever la vida, contento de aver escapado de las manos de don Gregorio más porque doña Ángela no peligrasse que por guardar la suya, que es glorioso perderla en una ocasión de honra, y lo era entonces para perdida, porque tenía por sin duda no persuadirse don Gregorio a que le avía passado por el pensamiento querer quitarle el honor.

Sucedió, pues, que averiguasse don Gregorio la verdad de sus sospechas. Y como descubriesse el criado a quien Serrano dexó caer por la cuesta abaxo que la quería dar veneno para salir de una mala voluntad y peor intención de su muger y en particular de quien le quiso deshonrar, cuyo intento dava ya por acto consumado, y él lo traxesse una siesta en un vidro de aloja que se le antojó y, al dársele, tropeçasse en su chapín por estar en una quadra obscura y cayesse y se quebrasse, lamió una perrilla que doña Ángela tenía en las faldas parte de lo que en el suelo estava, de que dentro de media hora murió. La hizo su señora abrir de secreto, porque, como la que tenía tanto que temer, vivía con inquietud, y la dio mucha, que, conocer la repentina muerte, confirmó lo que temía, acudiendo con este remedio.

Parece ser que doña Ángela tenía en Roma un tío Cardenal

en quien avía librado el remedio al disgusto con que vivía, porque, como no fuesse entonces rica, la casaron, según ella alegava, contra su voluntad con don Gregorio, y como tuviesse al presente seys mil ducados de renta y esperasse diez, no embiava orden para que se hiziesse, que sin su voluntad no se atrevían los deudos que en Xerez tenía. Por cuya razón, y en particular por guardar la vida y huyr de quien aborrecía, se abscondió unos días, al cabo de los quales se embarcó en San Lucar para Barcelona en una chalupa, que acaso estava detenida aguardando temporal, con doña Ynés, la donzella de quien se fiava y un escudero que de años atrás servía en casa.

Llegados que fueron a ella, acertaron a aposentarse en la misma posada que don Fadrique y Serrano estavan. Vistos que fueron, se quedaron a una todos helados, sin preguntarse nada los unos a los otros. Quien primero se deseló fue doña Ángela, que aún no tenía sana la llaga. Preguntóle qué sucessos le avían traýdo a Barcelona, y assí se preguntó qué fortuna la avía guiado a la misma ciudad y a la posada en que al presente se hallava; díxole llorando como él era causa de sus inquietudes y que hasta entonces no se avría oýdo dezir de tan gran amor ni de peor paga a él.

-Ansí deve de ser ello -respondió- y se conoce que lo es en dezir a vuestro marido que os quise forçar, cosa tan agena de mí y que por el pensamiento no me passó; antes bien, por el respecto que a vuestra casa se devía y por paga del amor que vuestro marido me mostró, rogué a Serrano, que presente está, dexasse el solicitar una donzella vuestra que con él se quería casar, y él lo hizo. Ved vos, si aun lo que era lícito no permití, ¿cómo viniera en lo que tan contra vos, contra mí y contra vuesso marido era?

-¿Y qué hazéys aquí?

-Estoy aguardando passage para Roma. Allí pienso servir a un Cardenal hasta que me dé con que ordenarme, si es que mi adversa fortuna me permite que vaya a ella. Con esso pienso acabar mi vida pagando algo de lo que devo a hombre que por mí perdió su gusto y por él la tengo.

-Vos, señor don Fadrique, llevaréys compañía, porque a la misma parte pienso yr yo, y a la casa de un tío Cardenal que hará por mí quanto le pidiere. De manera que, sin servir, tendrán efecto vuestros intentos, si ya no queréys ser más rico. Y entonces no seréys traydor ni degeneraréys de vuestros respetos, porque yo no soy muger de don Gregorio, que no lo puede ser ninguna por fuerça, y con la que digo lo hize por el gusto de mis padres, que poco vivieron, de que tengo suficientes testigos. Y nos podremos casar, que con esse intento traté con vos los amores, porque imaginé que, obligado, negociárades lo que yo voy aora a hazer a Roma, tanto por ello quanto por huyr la muerte, porque, como don Gregorio averiguasse con la gente de casa, enemigos que ni se escusan ni nada perdonan, la verdad del hecho, intentó darme veneno en un poco de aloxa que una siesta se me antojó, y, trayéndomela aquel criado que era archivo de sus secretos, tropeçó con un chapín mio y, cayendo en él, quebró el vidro y derramó el aloxa. Una perrilla que estava en mis faldas, que devía de tener sed, sintiendo ruydo de agua, saltó dellas y, lamiendo de lo que en el suelo cayó, me dixo su muerte en el peligro que estava mi vida, porque la hize abrir y hallé que traía veneno. No aguardé entonces más lances, ni puse en contingencia cosa tan de estimar como ella. Yo no soy natural de Xerez ni tengo allí deudos, y, quando los tuviera, hallara poco amparo en ellos, antes se

holgaran con mi muerte por suceder en mi mayorazgo. Mi tío el Cardenal es más deudo que ellos, y por esto está más caliente la sangre y porque no espera lo que los demás: en él hallaré amparo para restaurar la perdida o tiranizada libertad, que este nombre merece cosa que yo no di de grado. No reguléys, por lo que con vos hasta aquí ha passado, lo que, viéndome con quien viviesse con gusto, sería, que si un vestido le trae su dueño con pesadumbre por ser contra el suyo ¿qué hará a un marido? Necio anda el que a fuerça de sus dineros lleva una muger que no quiere ser suya, que entonces es señor de la persona mas no de la voluntad.

-Dos cosas -dixo don Fadrique- quería preguntaros. Es la una, ¿cómo, en el tiempo que vivistes descontenta, no echastes el ojo a hombre que os desenfadasse? ¿Y cómo, si tanto me amávades, me pusistes en contingencia de perder la vida?

-A la primera respondo que mi intento fue siempre no vivir en pecado, antes casarme con quien escusasse los que de no estar con gusto nacen; y en Xerez no tenía yo quien me ayudasse, por ser los más cavalleros parientes de don Gregorio. Ymaginava yo en mi ydea un hombre como vos soys, a quien, con la condición dicha, entregara hazienda y persona. Y si como lo digo entonces no lo conocistes, fue por mostraros siempre tan demasiado leal, que no tuve tiempo para deziroslo, porque con brevedad huíades de mi presencia. A la segunda, que no, quando os puse en la contingencia que dezís, fue para que lo que amenazava os sucediesse, sino para que no os fuéssedes.

-Esso no he de creer, porque vos misma os avéys condenado

diziendo que los mejores del lugar son deudos de vuestro marido. Pues, quando él no tuviera intención de matarme, lo hiziera por ellos. Fuera de que, con essa traça más me perdíades.

-No creáys tal por dos razones: la una, porque tenía gran crédito de vos, y la otra, porque, en teniéndoos en su poder, le dixera como tal no intentastes, sino que fuystes el que mató a mi hermano y que, para obligarle a la vengança, dixe lo que aora dudáys. Fue con otro intento, que después en mi mano quedava daros libertad, supuesto que era yo la parte.

Lo más de lo qual no era ansí, porque, quando le sacó el espada de la vayna, no fue con otro intento que de guardar su vida a costa de la de don Fadrique: buscó después essa traça, porque no se avía de condenar a sí propia, ni dalle a entender que su amor no fue honesto.

-Y sí queréys informaros -dixo dándole más satisfación-, preguntad a doña Ynés, que presente está, si la dixe, quando se supo la muerte de mi hermano, que me pesava le dixesse érades vos quien la hizo, porque de miedo no os ausentássedes de casa. Luego, si proceder huviera querido contra vos, ocasión no me avía faltado.

Él respondió agradeciéndola lo que alegava de veras y no creía, diziendo ser mucho más cierto tenerle a él más obligación, pues, por mirar por su honor, se hallava con trabajo y se puso antes a pérdida de la vida; y que se desengañasse, que no avía de hazer cosa por donde perdiesse la buena opinión que hasta entonces avía adquirido, si ya no era que en los mismos buenos respetos se hallava acción contra él, como en el sucesso presente se podía colegir, porque qualquiera que huviesse entendido lo

que antes passó y los hallara entonces juntos creyera aver sido verdad y que concertaron verse allí:

-De manera que no me passa por el pensamiento casarme con vos quando libertad ayáys y, si quererla tenéys, no os passe por el vuestro hazerme bien a mí, que no negociaréys jamás.

Esto dicho, como sintiessen ruydo, bolvieron todos la cabeça y vieron a don Gregorio, que le llevava el huésped a una sala y alcova grande que junto a la de don Fadrique estava, que venía a la vista de un pleyto de cantidad de hazienda para el qual avía días que estava citado y se acabava el término.

Admiráronse todos, porque parecía cosa obrada por arte del diablo. Entró dentro y, apartando aparte a don Fadrique, le dixo:

-¡A, traydor!, aquí confirmo aver sido verdad que intentastes contra mi honor y que, después acá, os avéys escrito para hallaros donde al presente estáys.

Esto, emboçado y con la daga ya en la mano como Serrano advirtió por estar a sus espaldas y sentir que la sacava.

Don Fadrique le dixo:

-Reportaos, señor, y no tratéys ofenderme, que estoy inocente en lo que me consideráys culpado, y advertid que la defensa es natural. Juro por Dios nuestro Señor que a los dos nos está oyendo, que no tengo ninguna parte en la venida de mi señora y que antes me turbé con su vista, y que tampoco la tuve en el delito que me impuso, y que, preguntándola la causa por qué tanto mal avía intentado

hazerme, me ha dicho que yo maté en Sevilla a un hermano suyo, llamado don Francisco, como en toda la casa era notorio, y que, porque no me diéssedes libertad sin vengar su muerte, dixo cosa tan fuera de acuerdo, y que, preguntándola cómo una señora tan principal dexava su casa y tan noble marido, me ha dicho que vos no lo soys suyo, por averla sus padres forçado quando con vos se casó, y que va a Roma, donde tiene un tío Cardenal, para que dissuelva el matrimonio. Cerca está de nosotros: llamalda, que yo no pude dezirla nada desto para que concertásemos los dos, supuesto que no sabíamos avíades de venir. Y si hallaredes en contrario, tomad entonces la vengança que fuéredes servido.

Don Gregorio se reportó y, llegándose a ella, halló verdad todo lo que don Fadrique le dixo, y con el intento que yva a Roma, y que él no tenía ninguna culpa, y como vivía con él forçada.

Respondióla que para conseguir su intento no tenía que cansarse en camino tan largo, que como huviesse testigos, que en Xerez se podía hazer.

Ella respondió que no avía de poner allá los pies, que se acordasse del aloxa que una siesta quiso darla.

-Pues, llevaros he yo maniatada.

-No haréys -respondió-, porque, si juntos los dos me he confessado por vuestra muger aunque forçada, en queriendo apremiarme a lo que dezis, diré que no os conozco. ¿Qué testigos traéys vos para averiguar soy vuestra?

-Tres criados.

-Pues, yo traygo quatro que dirán que no os conocemos. Si vos me pretendistes matar por salir de conmigo, ¿no es mejor que, saliendo, me dexéys con la vida para que entre yo con quien la passe con gusto?

Don Gregorio consideró lo que en Xerez avía averiguado y como los circunstantes, que eran don Fadrique, Serrano y la gente de doña Ángela, estavan enterados dello y que, aunque no huviesse tenido efecto, bastava para manchalle su honor: sacó la daga y fue a darla una puñalada bastante para no asegundar.

Serrano, que cerca se hallava, tiró della y la hizo caer en el suelo, y, sin querer, vino a descargar el golpe en él y passóle el braço yzquierdo. Visto que avía herido un mocetonaço tan rezio y del ánimo que él sabía, puso mano al espada pensando que los dos la pondrían, como después lo hizieron no para ofenderle antes para defenderse. A cuyo ruydo subieron los criados de don Gregorio y otra mucha gente, entre la qual se escapó doña Ángela y la suya.

-¿Qué es esto?,-Preguntaron todos,

Y él respondió que aquellos dos bellacos le avían robado su muger y su hazienda, y que avía venido en seguimiento dellos y, hallándolos en aquella posada, no tuvo paciencia para dar parte a la justicia y que se quiso vengar por su mano, y que pues avía allí tanta gente natural del lugar, que fuessen a llamarla. Y ya ella venía, porque el huésped, luego que vio el alboroto en su casa, fue a ello. Refirió entonces otra vez lo que avía passado y que sus criados dirían si era verdad todo y que doña Ángela era su muger; y empeçóla a buscar por el aposento, la qual no pareció.

Llevaron a don Fadrique y a su criado y a los de don Gregorio a la cárcel a muy buen recado, y a él, por ser cavallero, en casa de otro para que desde allí se hiziessen las averiguaciones. Luego que don Gregorio vio que su muger se avía huydo, quiso hazer consigo un disparate por aver dicho que lo era, porque entonces públicamente se deshonrava, y si lo hizo fue por no saberlo. La qual fue a dar consigo y con su gente a donde para ellos y para la justicia ni muerta ni viva no pareció, mas para don Fadrique y su criado sí, pues tuvo traça como le aliviassen las prisiones y le embió dineros.

Serrano llegó a lo postrero, porque la herida fue cerca del lagarto. Y, passando en silencio por no ser de essencia los lances que en las prisiones huvo, digo que doña Ángela tuvo tal ardid que los escapó a los dos de la cárcel y, vestidos ansí ellos como ella de romeros, dixeron que yvan a cumplir un voto a Roma y que era toda una familia, con la qual se embarcaron en un navío.

Don Fadrique la dixo:

-Ya vos, señora, veys mi inocencia y la deste pobre moço, que sin culpa ha padecido en la cárcel porque vos no muriéssedes. Yo no os llevo ni vengo en que vays con nosotros. Admito esta traça como el tan necessitado y por guardar la vida, que, según lo que vuestro marido dixo y como lo provara pues le era tan fácil, no ay duda sino que me quitaran la cabeça. Y pues mi suerte tan adversa en todas las cosas me ha traýdo a tal estado, a Dios pongo por juez desta causa y de que yo no os quito a vuestro marido.

Con lo qual se partieron aquel y otros quatro navíos, ellos a Nápoles, más los de los peregrinos para Argel, porque,

como tuviessen una refriega con los enemigos, se escaparon los quatro y fue cautivo él en que yva el desgraciado. Peleó en ella como el que, ya que no pudiesse escapar de cautiverio, quería vender cara la libertad o la vida, y lo mismo hizo Serrano.

Sacó don Fadrique muchas heridas y muy peligrosas que no tuvieron menor lugar en doña Ángela, tanto porque las que recibía él en el cuerpo se las davan a ella en el alma, quanto porque caían sobre las antiguas que con verle en Barcelona reverdecieron. No le faltó a este Medoro Angélica que las curasse, mas faltóla a ella libertad para que lo pudiesse hazer, quel aunque estava prompta a ello, ya no era suya: hablavan los ojos y padecían las lenguas. Y en tan cuerdo dolor, cayó Serrano en el mar, y como don Fadrique lo viesse y que por no saber nadar se ahogava, se dexó caer en él, adonde las aguas, en lugar de chupalle la sangre, le dieron las vendas que doña Ángela, por la causa dicha, no pudo, que hasta los elementos amparan al agradecido.

Al fin dieron con ellos en Tánger por ser aquellos baxeles del alcayde, y, como don Fadrique tuviesse tan buena persona y doña Ángela no fuesse fea, se quedó con ellos y con doña Ynés, y los demás echaron al remo.

Preguntáronlos cómo se llamavan y, mirándolos las manos, dixeron que no porque negassen ser gente principal se persuadirían a ello, porque las personas y el valor lo davan a entender, y que ya que su suerte quiso que fuessen cautivos, que se tuviessen por afortunados en serlo del alcayde, porque desseava mucho unos christianos principales que a dos hijos suyos, varón y hembra, enseñassen la lengua y otras habilidades que saben.

Halló don Fadrique, por una que no pudo, muchas Angélicas que le curaron las heridas, que un buen parecer aun entre los tiranos halla piedad. Consolóse algún tanto, prometiéndose, aun en aquella fortuna, desgracia: como dentro de pocos días vino a suceder, porque se pagaron tanto el alcayde y su muger dél que por ningún interés le rescataran, de manera que, quando fuera possible hallar con qué, no lo era por su mala suerte que aun en las prosperidades le era adversa. Las persuasiones tantas de sus amos para que renegassen, las dádivas y promessas corrían parejas con el valor con que don Fadrique burlava dello y, por su causa, los demás. Yva alicionando al hijo y doña Ángela a su hermana para que los dos aprendiessen a leer, y por aquel camino enseñallos la lengua; mas, aunque los maestros no los enseñavan a amar, que esso de cosecha natural se tiene, ellos lo aprendían tan bien que cada día yvan en aumento.

Parece ser que estos dos hermanos se avían enamorado él de doña Ángela y ella de don Fadrique, y como los dos se huviessen dado parte de sus amores, determinaron entre ellos que don Fadrique la diesse lición a ella y a su hermano doña Ángela. Y como el alcayde no estuviesse menos picado de la christiana, entrava a menudo más a verla a ella que a saber cómo lo hazían los discípulos, y, preguntándoles por qué se avían trocado, le respondieron que como los persuadían a que renegassen, juzgavan por medio eficaz que él solicitasse a ella y su hermana a él, porque tenía más fuerça de varón a hembra y al contrario; y la misma respuesta se dava a la alcaydesa: la qual respondió que si por essa razón se trocavan, que ella tenía más experiencia que ellos y que lo haría mejor, fuera de que, desseava

también acabar de saber la lengua española (y aquí fue quando, por las persuasiones de los dos, bolvió Serrano de la galera a casa).

Con esta traça dixo a don Fadrique quánto le amava y que, si venía en su amor, serían suyas todas las riquezas de su casa, y que a ella no le passava por el pensamiento pedille que renegasse, lo qual hazía porque su marido no le diesse su hija por esposa, que tenía por sin duda hazerlo luego.

Él respondió que, aunque era muy pobre, era muy bien nacido y que su sangre no consentía trayciones, y que lo era muy grande ofender a su señor, de quien tantas mercedes recibía. Él qual bolvió segunda vez y dixo a su muger qué hazía con don Fadrique. Respondióle lo que sus hijos a ella.

-Ansí -dixo él- pues, yo tengo más plática que todos. Quiero avérmelas con la christiana -y levantando a su hijo del assiento en que estava, se sentó y la dixo que su intento nunca fue que renegasse (esto porque sabía que se casaría con ella su hijo), que lo que siempre desseó era dezirla quán suyo era y que, si venía en su pensamiento, depositarla en ella todas las prosperidades de su casa.

Ella respondió que de su señora la alcaydesa avía recebido muchos beneficios y que no era paga a ellos ni a quien ella era hazer lo que le pedía, y que, fuera de su pretensión, como la que era su esclava, haría todo lo que fuesse su gusto.

De manera que a don Fadrique amava la alcaydesa y su hija, y a doña Ángela el alcayde y su hijo. Los quales, como viessen que tanto tiempo estavan sus padres con ellos, se llegaron pidiéndoles les dexassen repassar su lición.

Hiziéronlo melancolicíssimos con el mal despacho que llevavan, a que servía de consuelo considerar que, como sus amos, harían lo que quisiessen o por fuerça o por grado.

Los muchachos perseveravan en su lición, procurando reduzillos a su ley para casarse con ellos, y sus padres en persuadillos a su amor tan a menudo que el alcayde vino a engendrar, y aun a parir, celos de su hija y, apretadamente, de su muger: por lo qual los entró en dos calaboços, adonde los hijos con estremo los regalaron.

Allí fue quando doña Ángela por la puerta (que enfrente estava una de otra) dezía mil ternezas a don Fadrique, pidiéndole no pusiesse en olvido su amor, pues sabía quán grande era ya buen fin encaminado, que tenía por sin duda, quando escapassen, poner en breve tiempo las cosas de suerte que lo que tanto desseava executasse, y que, como esso fuesse, dava por bien empleados los trabajos padecidos.

Don Fadrique la respondió que tratassen al presente de pedir a Dios les diesse libertad, que, alcançada, haría todo lo que de su gusto fuesse: esto, por tenerla por aquel camino contenta, para que resistiesse las persuasiones de los hermanos.

Al fin, estuvieron en los calaboços algunos días, donde, si el alcayde baxava, era acompañado de su muger, y de la misma suerte dél quando baxava ella. Y como amenazas ni dádivas no pudiessen contrastar sus voluntades, dixo él que mejor estavan libres donde sirviessen la casa y acudiessen a su quotidiano menester, por lo menos don Fadrique. Y esto dezía porque, como estuviesse ocupado con los hermanos, tuviesse lugar de verse con doña Ángela.

Ansí lo pensó, mas, por presto que quiso acudir a ello, vio que su hijo abría el calaboço, con una llave que para esse efecto hizo; a cuyo tiempo ya su muger avía cogido a don Fadrique para que la diesse lición. Preguntóle el padre qué era lo que allí hazía. Díxole que cómo la enseñança engendre amor, se le tenía tal a la christiana, que avía baxado a consolalla y dezilla que procurarla con él la sacasse de prisión.

-Está bien esso, pero esta llave ¿quién te la dio?

No pudo negar que la avía hecho hazer. Alçó el padre el bastón que en la mano tenía para darle con él, y, retirándose, entró en el calaboço adonde don Fadrique estuvo, y su padre le hechó la llave, subiéndose arriba más celoso que con cuydado de enmendar a su hijo: donde halló a su muger con don Fadrique. Entonces acabó de concebirlos de todo punto.

Ansí que tenía el señor alcayde mucho amor a doña Ángela, celos del hijo y, apretadamente, de su muger. ¡Aý darás rayo! Esclavos tan costosos no se los dé a nadie ni la fortuna ni el tiempo, que parece dádiva de necios, que a un mismo tiempo ofende y regala. Los esclavos tenían protectores, porque si se enojava él, lo era suyo y ella al contrario; y los padres llevaron no buen despacho, que, aunque eran más poderosos, no negociavan con la fuerça que sus hijos, pues, a trueco de verse casados con los christianos, dixeron que querían serlo, para lo qual robarían en casa gran cantidad de riquezas. Y todos juntos se metieron en un baxel con intento de venirse a España y, baptizados, casarse: en lo qual vinieron por verse en la tan desseada libertad.

Y como llegassen ya al puerto, tuvieron fin las desdichas de don Fadrique, porque a su vista pereció el navío y todos los

que venían en él. En cuya pérdida huvo una conocida ganancia, que fue hallarse los que tratavan de ser christianos en el cielo por medio del baptismo, haziendo entonces esta obra don Fadrique, que también se hallaría con ellos, pues con tanta paciencia sufrió tantos trabajos, no haziendo por donde le viniessen. Y si doña Ángela y los demás no tomaron mejor puerto que el que a la vista tenían, fueron muy necios, pues antes que se ahogassen tuvieron lugar para conocerlo.

LA COMADRE

En la ciudad de Jaén huvo una comadre, moça y muy hermosa, llamada Beatriz, a cuya hermosura hizo grandes ventajas una sola hija que tenía, a quien, tanto por su buen rostro quanto por ser muy discreta, afable y bien entendida, tiernamente amava, cuyo nombre era Felipa; en quien, por las muchas partes de naturaleza, si no por las de fortuna por las adquisitas, estavan puestos los ojos del lugar, desseando más de quatro hidalgos dél verse en possessión de marido, anteponiendo su humilde nacimiento y baxo exercicio de la madre a su mucha virtud. A quien Beatriz dio por respuesta gustava su hija entrarse en un monasterio, fiada en que cierto don Rodrigo, de quien Felipa tenía una cédula, avía de bolver de México, donde fue por gran cantidad de hazienda que heredó de sus padres, y casarse con ella: cuyas ventajas, ansí en ella como en su nacimiento, eran muy notorias.

Parece ser que en Sevilla, donde estuvo unos días, tuvo un

criado, grandíssimo vellaco y de muy buen entendimiento, llamado Molino,a quien don Rodrigo hizo sabidor de los amores que en Jaén dexava y como, si Dios le bolvía con bien, tenía por sin duda ser su marido, sin que cosa se le pusiesse por delante. Junto con esto le dixo sus grandes partes, poniendo de la suya más que naturaleza le avía dado.

240

Molino se informó muy al descuydo de la calle y de la casa de la comadre, y como se suele dezir para tomar vengança de algún agravio «no tengo que perder», Molino dixo entre sí: «No tengo que perder quando a esta muger engañasse.» Pues pensamiento, manos a lavor. Dexó embarcar a su amo y el mesmo día se pusieron a cavallo sobre unos alpargates nuevos (cavalgadura que sirvió en algún tiempo a Molino de executora de diferentes intentos) él y otro amigo, a quien avía hecho partícipe de su cuydado; y dando al ordinario del carro para Jaén un cofre con dos pares de vestidos que en Sevilla adquirió, se partieron con ochocientos reales en plata y dos de paño pardo.

Llegados que fueron, se informaron de la calle y de la casa de la comadre Beatriz, y, sabida, trató Molino, que ya se llamava don Gregorio de Guzmán, de moler a la señora Felipa; para lo qual entraron en consejo qué modo de vivir tomarían para no gastar el dinerillo que llevavan, antes que fuesse en aumento. Paneciólos hazer dos sacos de sayal pardo y andarse por el lugar dando buenos consejos y pidiendo, para hazer bien a nuestros hermanos que están en essos hospitales y en las cárceles. De la manera hazían esto estos hermanos que otros lo han hecho, debaxo de cuyo sayal se encerrava lo que el tiempo descubrió assí en ellos

como en los otros, que, con esso y con llevar los ojos baxos, nadie cuydaría de examinar su vida. Para lo qual se sahumaron los rostros con cierta yerva que se los puso pálidos, para poderse dissimular en otro hábito, lavándoselos para el efeto, como adelante se dirá,

241

poniéndose el uno debaxo del hábito que he dicho unos paños con que fingió ser corcobado, y coxeando un poco el otro; y si en él de galanes les pudiera descubrir no averse hecho las barbas, con hazérselas a menudo desvanecieron essa sospecha y nadie reparó en ello.

Púsose en execución, y fue tanta la limosna que llegaron, que podían sustentar con ella dos dozenas de hombres. Con este ardid tenían la mesa de la gente principal de aquella ciudad y, si ellos gustavan, la bolsa. Acogíanse fuera de la ciudad en unas albercas, donde tenían muy gentiles camas puestas detrás de una tabla de santo Onofre muy grande, que dissimulava no aver nada detrás, por ocupar ella desde lo alto a lo baxo de la choça, de suerte que se tenía por la pared sola lo que detrás estava. De tal manera se huvieron en lo que tocava al modo de vivir, no perdiendo un punto en el buen exemplo, acudiendo ya a la cárcel, ya al hospital, ya al enfermo necessitado o viuda pobre, que, aunque fue grande el número del dinero que de limosna llegaron, unos a otros se tapavan las bocas con verlos acudir tan puntualmente a donde no consumían la quarta parte de lo que se juntava: que es tal la excelencia de la virtud que, aun quando es fingida, es de provecho; si verdadera lleva al cielo, si no lo es al mejor bocado.

Desta manera andavan desde el amanecer hasta después de

aver comido, que nunca yvan a su casa a ello. Y pareciéndoles era ya tiempo de empeçar su obra, se pusieron el primer domingo después de la resolución el

242

señor don Gregorio de Guzmán un galán vestido, sombrero con trencillo de oro, cuello al uso, puños grandes y ligas que dezían con esto; Loçano, su compañero, haziendo el papel de criado, otro de terciopelo. Y puestos junto a la pila del agua bendita donde Beatriz tenía costumbre yr con su hija a missa (de que ellos no con poco cuydado estavan informados), vieron venir a las dos preguntando si la avría tan presto.

Luego que el señor don Gregorio lo oyó, dixo a Loçano, que detrás estava, lo supiesse, y, quitándose el guante, les dio agua. Ellas la tomaron, agradecidas de lo uno y de lo otro, y, aunque avía embidiosos que lo hizieran a que se yvan a la mano por no disgustar a su madre, ella quedó diziendo:

-¡Jesús, qué cortés cavallero! Madre, ¿no sabríamos quién es?

Cuyo desseo satisfizo Loçano, que traía respuesta de la sacristía y, como criado tan bien instruýdo, avía dado ocho reales de limosna para que saliesse al altar que después diría. Preguntólas dónde la querían, que ya él avía dado la limosna para esse efecto. Ellas mostraron sentirlo, mas dixeron:

-Ya que vuessa merced ha tomado esse trabajo, diga la embien al altar del Christo, y venga luego que le queremos preguntar un poco.

Él lo hizo como se le mandó, y, mientras la missa se dezía, le preguntaron quién era aquel cavallero, su patria y cómo se llamava. Él respondió que don Gregorio de Guzmán, hijo de don Gregorio de Guzmán y de doña Leonor Portocarrero, y que era natural de Chocuýto, ciudad del Pirú, donde su padre avía ydo rezién casado y por governador, y que tenía para él y para una hija más de ochocientos mil ducados, de suerte que tendría su señor más de veynte mil de renta, y que, desseoso de ver a España, se avía venido de las Indias con sólo un criado, que era él.

-¿Y dónde posa su merced? -le preguntaron.

Él respondió:

-Señora, es mi señor don Gregorio muy melancólico y tiene su habitación en un lugarzito, que quando venimos vio, que está tres quartos de legua de aquí. Allí tiene toda la recreación possible, y el día que gusta de la ciudad, coge un macho y yo otra cavalgadura, y venimos a ella, y a la noche nos bolvemos a nuestra posada.

A todo esto estava don Gregorio como si fuera verdad. Bolvieron a preguntarle:
-¿Y qué tanto ha que está su merced en esta ciudad? Él respondió:

244

-Avrá quinze días.

-Pues, ¿cómo un cavallero tan principal no se ha ofrecido a los demás cavalleros y anda en su compañía?

Loçano respondió:

-Conocerán vuessas mercedes a mi señor. Está muy enfadado de cavalleros: sabe bien sus costumbres y huye de ellos como de la muerte.

Ellas pusieron las cejas en arco, y, despidiéndole, se bolvió a donde su amo estava, y se salieron los ojos baxos haziéndole una reverencia.

Y los dos fueron a ser el señor don Gregorio el hermano Pedro Pecador y su criado Juan Miserable, y a comer en casa de un regidor muy rico, cuya muger, todas las vezes que los veía, hincava las rodillas en tierra, pidiéndoles las manos para besárselas; mas echávanse en el suelo y heríanse las carnes diziendo: «¡Porque no crie sobervia el asno!», al qual, si con dos palmadas castigavan, con muchos platos regalados satisfacían. Acabada la comida, se salieron alabando el nombre de Jesús por las calles a vozes, y, en llegando algunos a besarles la ropa, sacavan de la manga una calabera, en cuyo cerebro estava una cruz, y, dándosela a besar, se la mostravan diziendo que besarla y ver la muerte era gran cosa.

245

Con esto y con muy buen esterior traían embaucado todo el lugar y tenían un talego lleno de reales y de escudos; y siempre, demás de la limosna que traían, hallavan a la noche cantidad de dinero en el suelo de su choça, cuya ventana estava siempre abierta, para este efeto y para que se viessen dos tablas con dos piedras por almohadas que en ella tenían.

Acontinuada esta vida, el jueves siguiente, que era día de fiesta, se pusieron los dos en el mismo lugar que el domingo

antes avían estado, y, llegadas, las dexaron tomar agua para no dar nota dándosela. Mas Loçano se hincó de rodillas detrás de la señora Felipa, que un poco apartada estava de su madre, y la dixo como don Gregorio su señor la suplicava recibiesse un papel suyo. Ella no respondió cosa alguna, aunque tres o quatro vezes se lo repitió. Levantóse Loçano y, caminando azia donde su amo estava, le dixo como Felipa no avía admitido su petición, que no le parecía mal le escriviesse y otro día de fiesta se llegasse cerca della y le dexasse caer donde se viesse, que le alçaría por fuerça, porque, dexándole allí, le cogería alguna persona de las que la seguían de presente. No le pareció mal, aunque después se resolvieron en que passasse la negociación por mano de la criada, que era lo más acertado, que, teniéndola cohechada, sin duda les sería muy favorable; demás de que, si ella era tan solicitada, le dexaría adredemente por picar los amartelados hallándole allí y leyéndole.

246

Determinóse ansí, y a la noche, como los que no fingen lo que ellos tratan del aumento de sus almas y quietud de sus conciencias, trataron de escrivir el papel, y, junto con esso, de que Loçano hiziesse el amor a Beatriz, que era muy buena moça y de muy poca edad, supuesto que un mismo tiempo se gastava en lo uno que en lo otro: para lo qual sería bien dixesse en él cómo era su deudo y que era costumbre en las Indias traer los parientes que no eran dentro del tercero grado tras sí, porque la comadre era rica y estava muy bien puesta y no querría admitir los ruegos de un paje. Hízose, y el papel en esta conformidad empeçó ansí:

Papel de don Gregorio de Guzmán

Señora Felipa, sabido he, de quien ha hablado con vos, como os avéys informado de mi nacimiento, de quién soy y de dónde vine aquí y a qué vine, quién son mis padres y a dónde nací; a lo qual todo Loçano, mi deudo y mi criado, avrá satisfecho, mas no del amor que, desde que os vi, me da tan cruda guerra que, a averos ofendido, creyera pagava la ofensa en el infierno por averme atrevido a un ángel. El día que tocándome vuestros dedos tomásteys el agua de mi mano, esse mismo si la mano fue la tocada el coraçón fue el herido.

247

No sé si ha sido Loçano (que va tras mí a la costumbre de las Indias, mientras no son deudos dentro del tercero grado) tan bien entendido que aya significado mi amor, no porque esté ageno dél, sino porque, si informó con el afecto que yo siento, es fuerça por dezir mucho no aya dicho nada, y entonces, para con las damas tan bien entendidas como vos, no avrá dicho poco. Sólo digo yo que nací en Chocuýto y que soy natural de Jaén, porque todos mis bienes están donde vos estuviéredes. Atrevidos son vuestros ojos, pues, siendo yo los de mis padres, me avéys puesto de suerte que los impossibilitáys de que me vean.

Diferencia hazéys a todas quantas mugeres los míos han visto después que de las Indias partí; si alguna me ha agradado, díganlo cinqüenta mil pesos que de mi tierra saqué, pues están vivos oy y en casa de los Fúcares; y yo gasto de diez mil escudos en oro que, para que anduviessen conmigo, traxe. Ellos pueden bien, pues a aver ojos que a éssos se pareciessen no lo pudieran estar. En éstos y en los otros librad como fuere vuestro gusto, que, acabados, está

en pie la hazienda de mi padre y yo y toda mi casa por vuestros esclavos, contentos de serlo de dueño que es impossible aver naturaleza dexado de ensayarse para sacar a luz una cosa tan acabada. A quien suplico la duela el desvelo de quien tan tiernamente ama, que no por aver poco tiempo dexa de ser menos el dolor, y alargue mis días, satisfecha de que no soy cavallero que me alabo, sino esclavo que obedezco.

248

Este papel, con el porte ya cobrado, llevó Juana, criada de Felipa, y, tomándole, le quitó la nema como que le quería rasgar y, hecha dos partes, la arrojó en el suelo junto con él; y hermoseando las mexillas con un natural guadix, asió del cordón que al lado traía para vengar su enojo. Ella cogió las escaleras y Felipa tomó el papel, y, después de averle leýdo y agradádose del modo de dezir, dixo a la criada que buscasse donde estar si segundo atrevimiento avía de tener.

Esta respuesta llevó a Loçano, el qual la dixo no tuviesse pena de nada, que, quando su ama la despidiesse, don Gregorio su señor le daría todo quanto huviesse menester; y dándola ciertos escudejos en oro, como los que los adquirían baratos, la encargó que, quando la viesse contenta, la diesse una puntada en el negocio. Juana, consolada con el pie de altar y con la seguridad que Loçano la dio de parte de su amo, cobró tales alas que, en hallando ocasión, la traía a la memoria lo galán y cortés de don Gregorio. Y aunque la reñía, no mandava que se fuesse de casa.

Para su cotidiano exercicio no les era impedimento los amores desta dama, porque jamás se assomó a la ventana aunque su quarto la tenía a la calle. Tenían harto tiempo y

coyunturas no les faltavan, porque les sobrava el dinero, de suerte

que lo que se ocupavan en ello eran los días de fiesta, y éssos avían echado fama los gastavan en tratar de sus

249

conciencias sin acudir a otra cosa alguna.

Luego que la comadre Beatriz vino, la dixo su hija, por aver faltado della aquella noche, que ansí fue menester para cosa de su oficio, satisfecha de la virtud de Felipa:

-¿No sabe, madre? ¿Acuérdase deaquel hidalgo que estuvo con nosotras los días atrás mientras la missa, que hizo saliesse al altar del Christo?

-Sí, me acuerdo.
-Pues, sepa que es pariente muy cercano de aquel cavallero.

-Ansí lo mostró él en su término -dixo ella-. ¿Y de qué lo sabes tú?

Ella le respondió:

-Como tenemos tan cerca la iglesia y oy era día de santa Ynés, me fuy a missa. Allí entraron aquellos dos santos hermanos y, como se llegan a todas y las dan a besar la cruz, se llegaron a mí y me dixeron muchas cosas muy lindas, y entre ellas vinieron a dezir como avían estado en las Indias y dado buelta casi a todo el mundo, y que andavan vendiéndose a si mismos por esclavos de Jesuchristo. Junto con esto me dixeron como no avía de quien fiar, particularmente en los hombres, a no ser como dos santos mancebos que al presente estavan aquí, que los avían

conocido en las Indias, que el uno se llamava don

250

Gregorio de Guzmán y el otro Loçano, pariente suyo; riquíssimo el don Gregorio.

Y era ansí que la avía passado de la suerte que dixo.

El dinero yva en aumento y la opinión seguía a esto. Don Gregorio tenía necessidad de parecer con diferentes galas delante de su dama: embió a su criado a un lugar que de allí estava doze leguas, con la medida para que se le hiziessen dos pares de vestidos. Salió donoso Juan Miserable una mañana, diziendo yva a cierta romería, con una cruz muy grande a cuestas y descalço. Lo qual duró hasta llegar a su cueva, donde se acostó detrás de san Onofre en unas sávanas de Olanda muy delgadas hasta el anochecer, que se puso uno de los vestidos que de camino avían traýdo, y en un macho, que en la cueva tenían para que les traxesse agua, picó al lugar donde se avían de hazer.

En el tiempo que él estuvo ausente parió la muger de aquel regidor que para recebirlos se hincava de rodillas. Tuvo muy rezio parto, al qual estuvo presente la comadre; y mandando, para que tuviesse buen sucesso, llamassen al hermano Pecador, con las alegres nuevas de que subía ya, parió un muchacho. Pusiéronsele en los braços y diole su padre cien escudos por la túnica de sayal que puesta tenía para que se le hiziessen mantillas. ¡Yerro en que muchos tropieçan! ¿Qué quiere dezir que tengamos en el cielo santos canonizados a quien pidamos nos ayuden, y cortar la ropa a hombres que pueden ser de la data destos hermanos?

251

Al fin, creyó este ya padre, tan desseoso del hijo, que por estar embuelto en ellas avía nuestro Señor de guardársele; que les importava, demás del gusto, sucessor a quatro mil ducados de renta. Mandó le dexassen con él en el oratorio, y los padres, locos de contento, lo hizieron. Encerróse a orar por el rezién nacido y por ellos; de allí fue llevado a su madre, a quien bendixo.

A otro día, como era costumbre yr a predicar a la plaça, halló en ella a Juana, la criada de su dama. Y como se llegasse a besar la cruz que en la calavera tenía, la dixo:

-Oýs, señorita, ¡mirad lo que hazéys que avéys de bolveros como ésta está! ¿Paréceos bien llevar papeles a vuestra ama de aquel cavallero llamado don Gregorio?

Ella se espantó, y después dezía, assí a sus amigas como en qualquier parte donde se hallava, que la avía dicho el hermano Pecador todo quanto le avía sucedido en el discurso de su vida.

Y, estando un día en casa de un cavallero, llegó el hermano que ausente estava y se tendió a lo largo en el suelo para besarle los pies. Luego que el hermano Pecador vio la humildad de Juan Miserable, se tendió también como él estava y andava arrastrando el uno por los pies del otro.

Tenían un gracioso despidiente en esto de si avía de morir o no el enfermo. Ymitavan a aquellos dos astrólogos, amo y

criado: si dezía el amo que avía de llover, dezía en aquel mismo día, en otro pronóstico, el criado que no, ansí que por fuerça avía de acertar el uno de los dos. Si dezía el uno:

«Morirá», dezía el otro: «No le llama aún el Señor.» En fin, que era cierto dezir bien uno o otro; si no moría y preguntavan al que dixo morirá, cómo se avía engañado, respondía: «Santo, ¿no hemos de morir todos? No aya miedo que porque aya dexado de morir de presente que, andando el tiempo, dexe de hazerlo.» Con esta gracia risueña encubrían y dissimulavan lo que ellos no podían dezir.

Llegado que fue y traýdos los vestidos como se le avía encargado y hecho el otro par de ellos para sí, aguardó un día de fiesta a la comadre Beatriz y se ofreció por su criado; y aunque no quiso, fue con ella acompañándola y diziéndola cómo era pariente de su amo y la costumbre que en las Indias avía con los que no eran parientes dentro del tercero grado, y, junto con esso, cómo era hombre rico y bien nacido, y tan su servidor y aficionado que, si para cosa de su gusto o de su aumento fuesse necessario, yría y vendría a las Indias una y muchas vezes.

Ella respondió:
-¡Jesús, Jesús, señor, váyase con Dios, no sea tentación mía!

Esto fue un sábado. El domingo siguiente se puso el señor don Gregorio uno de los vestidos que su fingido criado avía

traýdo y Loçano otro, y, puesto casi al lado de su amo y en mitad de la calle, aguardaron a las dos. Las quales, luego que dellos fueron vistas, se taparon y, llegándose a ellos, les dixeron no tratassen de acompañarlas, porque no lo avían de consentir; por lo qual se fueron a la iglesia, donde Loçano bolvió a pedir licencia para que su señor la sirviesse como

tan enamorado, y, junto con esso, respuesta de un papel que la criada avía dado. Ella respondió que no le avía recebido y que, si de tal atrevimiento huviera usado, la huviera despedido de su servicio: esto, mostrándose más tratable que la vez primera y los ojos algo risueños.

Con esta respuesta se bolvieron los dos azia en casa de Felipa, a cuyo encuentro salió Juana y les dixo cómo, a su parecer, si la diessen otro papel, le leería su señora. Determinaron hazerlo, y, puestos en su alvergue, escrivieron lo siguiente:

Segundo papel de don Gregorio a Felipa

A Juana, vuestra criada, dio Loçano, mi criado y mi deudo, un papel que si a vuestras manos no ha llegado, es bien cierto avrán a vuestros ojos mis desvelos, que, aunque no los alçáys del suelo, sé, de vuestro mucho entendimiento, avréys conocido las veras con que os amo y el recato que en ello guardo, perdiendo de mi gusto y de mi salud por no

ofender el vuestro. La respuesta que dél me ha dado ha sido que (llorosa le dixo) la quisisteys despedir de vuestra casa y el papel hizistes pedaços. ¡Perdonadme, hermosos ojos, que, como tan necessitado, busco modo de vivir! Si la clemencia que de ellos esperé, y a un amor tan casto como el mío se le devía, no se me da, ni temo la muerte, pues, en tan gran tormento [y] miseria, alivio ni bien me venga si essas manos no me le remiten.

Yo he visto otros enamorados que no se contentan con menos de con que sus damas les favorezcan, mas yo, con que toméys essa gargantilla de diamantes, lo estaré mucho y

tan contento como el que huviesse escapado de una tormenta. Si aquél, en reconocimiento del buen sucesso, con justo título devría ofrecer alguna cosa a quien más devoción tuviesse, aviendo yo escapado de tormento tan grande, permitid ofrezca al dios de amor essa miseria, nacida de una muy gran voluntad, y ponéosla vos, señora, Cupido desnudo de misericordia, y advertid que si a mis manos buelve, que con ella me embiáys la muerte.

Con miedo no tan grande como el que al principio tuvo, llevó Juana el papel y la gargantilla a su ama, y dando a entender le arrojava en el texado, se assomó a una ventana que caía al corral, donde estavan unas gallinas, de cuya puerta tenía la llave, y, dexándole caer en él, alqó la mano como que le echava en el texado; y dando a Juana unos blandos bofetones, la mandó bolver la gargantilla y la dixo viniesse luego para llevarla en casa de una su prima,

255

secretaria que fue de los amores de don Rodrigo, porque estava su madre de un dolor de costado muy al cabo. Juana la bolvió y dixo lo que cerca del papel avía passado, y como su señora avía de yr en casa de su tía donde Beatriz estava. Esta respuesta se dio a Loçano; y ya Felipa avía baxado por él y leýdole.

Loçano sabía a donde hallaría a don Gregorio, hecho hermano Pedro Pecador, y caminando a su cueva, se vistió el saco y, rebuelta una cadena por la garganta que no le dexava menear, se fue donde el compañero estava, al qual llamó aparte y dixo todo lo que passava. Saliéronse los dos de allí, y a poco a poco, porque la criada tuviesse lugar de aver llevado a Felipa en casa de su prima, se fueron a la

calle, donde en voz alta, que la entravan en los sentidos, uno de la una parte della y otro de la otra, en frente uno de otro, se respondieron en coloquio un discurso que ellos cerca de la muerte avían hecho, porque tenían buenos entendimientos y avían estudiado.

Luego que las mugeres los oyeron, se assomaron a la ventana pidiéndolos subiessen a su casa; mas no respondieron cosa alguna, causa de que baxassen por ellos: no tan solamente subieron, sino que, hasta acabar la lamentación, no dieron respuesta. Después dixo el hermano Pecador, que como mayor hablava siempre el primero:

-Hanse de tratar las cosas deste siglo y las del alma como cosas que tocan al otro.

256

El hermano Juan Miserable estava apartado a un lado y lleno de cadenas, a quien le preguntó:

-¿Qué le parece desta enferma? ¿Que la llama el Señor?

Bolvió Pedro Pecador a ellas y díxolas, dándolas a besar la cruz que en la calavera tenía:

-Essa hermana tiene dolor de costado.

¡Fue cosa de ver, en diziendo dolor de costado, oýr al otro hermano dezir en un tono gracioso:

-¡Ave María! -y este otro hincar las rodillas en tierra y besarla, y hazer lo propio las demás mugeres presentes!

Subidos que fueron arriba, visitaron y consolaron a la enferma, la qual, asiéndolos de las manos y besándoselas, les pidió rogassen a Dios por ella que la echasse a aquellas

partes donde más se sirviesse.

En el tiempo que tardaron en venir de la casa donde Loçano, hecho hermano Juan Miserable, fue a dar noticia a su compañero de lo que passava, y en el que gastaron en el coloquio en la calle, dio parte del papel Felipa a su prima y contó los amores que con ella tratava un cavallero rezién venido a aquella ciudad, llamado don Gregorio de Guzmán, principal y muy rico.

257

Los dos hermanos se pusieron en un aposento, donde pudiesse la gente que en la sala estava verlos y oýrlos, para hazer lo que la enferma les avía mandado. Luego que fueron hincados de rodillas, dixo el hermano Pedro Pecador a su compañero lo que avía de pedir a nuestro Señor tocante a la doliente; y dentro de un quarto de hora que estuvieron rezando, puso el hermano mayor por execución un pensamiento con el qual era impossible dexar de caminar sus amores muy adelante. Fue, pues, que, como él sabía tan de raýz los de don Rodrigo y sabía se embarcó para las Indias, dar traça, tanto para lo que he dicho quanto para ser tenido por muy gran santo, pues dezían cosas que traían consigo presumpción de serles reveladas, dando de repente a su hermano un gran grito, diziéndole:

-¡Orad, hermano mío, por este pobre hombre que se acabó de ahogar aora! ¡Que nuestro Señor le aya perdonado tantos enredos como en el mundo dexó hechos y en esta ciudad dexó traçado con alguna de las mugeres que están dentro de esta casa!

Las que estavan a la puerta, luego que aquello oyeron,

entraron desvalidas a preguntarles la causa de tan repentino alboroto, más ellos no hizieron caso ni dieron respuesta.

Levantados que fueron del suelo donde al presente estavan, riñeron porque no les avían cerrado la puerta, causa de su inquietud. Las mugeres, desseosas de saber qué hombre

258

fuera aquel que se avía ahogado, les ganaron la voluntad para que se lo dixessen. El hermano Pedro Pecador dixo:

-Dirélo para que a otros sirva de escarmiento y a los que sueltos viven de exemplo. Huvo en este lugar un don Rodrigo, que, después de aver hecho por el mundo muchas vellaquerías, vino a esta ciudad y, dando palabra de casamiento a cierta dama que en ella ay, dixo, que yva a las Indias por cantidad de hazienda que de sus padres heredó, para casarse con ella. Ha permitido nuestro Señor aya caído del navío y ahogádose.

Felipa, que presente estava, asiendo a su prima de la mano, se fue a llorar a un aposento, donde se exageró la santidad de aquellos dos hermanos tan moços; a quien era impossible conocer del uno en el otro ábito, porque en el de sayal yvan con los rostros baxos y saumados con cierta yerva que se los bolvía pálidos hasta que se los lavavan, traían el cabello caýdo sobre él y los vigotes sobre la boca: en el de galán todo al contrario.

Después que se huvo llorado la muerte de don Rodrigo, pidió parecer Felipa a su prima cerca del negocio presente, la qual prometió darle luego que viesse a don Gregorio, a quien Felipa alabó mucho más después de la muerte del ahogado don Rodrigo, dándola parte de la gargantilla de

diamantes que la avía embiado, diziéndola también cómo no la quiso admitir y cómo el hermano Pecador le conocía muy bien de las Indias y sabía su mucha virtud. Todo lo

259

qual se remitió para el día primero de fiesta, que desde en casa de Felipa yrían las dos a missa donde se trataría lo conveniente.

Parece ser que, quando era necessario dar alguna traça o hazer alguna diligencia, para que en el lugar no los echassen menos, fingían algún acto de penitencia y se salían con aquella cubierta hasta la choça, donde tomavan sus vestidos de gala.

El que tenía su negocio en no tan buen estado era Loçano, y ésse tenía necessidad de avivarle. Saliose con otra invención. Aviendo primero echado fama que yva diez y seys leguas de allí a cierta romería, y bolviéndose, se puso un vestido muy bueno, diferente de los otros, y, aguardando saliesse Beatriz de su posada, la dixo cómo, desseoso de saber de su salud, avía venido del lugar dexando a su amo indispuesto, que se sirviesse de se acordar de lo que la avía suplicado y que le favoreciesse en tomar una cadena que él avía hecho hazer en las Indias.

La viuda se tapó los oýdos, mas no los ojos, siendo más necessario ser ellos los cubiertos, porque el oýdo ya avía gozado de su oficio de oýr, importava no usassen ellos del suyo; con todo, no la admitió, harto sentida de quedarse sin ella, de suerte que huvo cisma entre el no quiero de Beatriz y el dessear verse con su possessión, diziéndole muchas vezes se fuesse con Dios y la dexasse, porfiando él en que

siquiera permitiesse la acompañasse.

260

Mas el diablo, que tan bien y tanto sabe de todo, echó por allí un hombre vendiendo pipotes de toda conserva. Encaróle Beatriz, porque, junto con acordarla eran casi necessarios para su oficio por lo mucho que se trasnocha y madruga, la puso en el pensamiento esta miseria qué haze ni qué deshaze: ¡linda razón de estado suya! Jamás persuadió a nadie hurtasse al principio cosa de consideración, sino una bellacada, que dizen los moços; él sabe muy bien lo que de la picarada nazerá, o lo presume; a lo menos ni a persona ninguna dixesse una blasfemia ni una heregía sino que bonitamente viniesse a parar en ella. Sucedióla assí a Beatriz; llamóse al hombre, llevó con poca resistencia un par dellos.

La criada, que siempre solía quedar en casa, vino aquella vez a buscarla, y viéndola con Loçano se eló con el temor de que no entendiesse algo de los papeles que a Felipa avía llevado. Desvaneció este miedo el astuto pretensor tratando de casamiento tan abiertamente que qualquiera creyera yva el negocio ya a los fines; por cuya razón tuvo la criada por sin duda tener su señora Felipa a don Gregorio por esposo. Despidióse Loçano y Juana quedó diziendo a su ama:

-Bueno, bueno, a fee que bien trata vuessa merced las cosas por acá. Pues, ¿soy yo parlera?

Beatriz le dixo que si en la boca tomava cosa de las que avía oýdo, que se la avía de quemar con un pimiento y embiarla a buscar amo.

261

La criada dixo entre sí: «Mi señora Felipa no deve entender desto nada, y porque no se engría me advierte mi señora que calle; supuesto esto, bien puedo yo sin escrúpulo llevarle los papeles de don Gregorio.» Con toda esta determinación calló como muger, y dixo a su señora la menor lo que passava; la qual la mandó tomar los que la diesse, mas no por esso se atrevió a dezir nada a su madre, aguardando se lo dixesse ella. La criada creía tratava Loçano con su señora el negocio, y desta manera en buena paz se hazían la guerra.

Parece ser que por la muerte de su hermana llevó Beatriz su sobrina a su casa el lunes siguiente de como murió, no poco desseosa la huéspeda de verse ya en el domingo, día en que avía de ver a don Gregorio, a quien, por lo que dél oyó, avía cobrado afición. Llegado, se fueron a missa, la huérfana tendido el manto sobre el rostro, mas no pareció ni don Gregorio ni Loçano, porque, como tan socarrones, sabían bien lo que avían de hazer. Sintió Felipa la falta y su madre no la dissimuló, y mucho más que las dos la sintió la prima, por cuya causa se estuvieron en la yglesia más que lo acostumbrado. Pero importó poco, porque se avían partido el jueves, cada uno con su invención, veynte leguas de allí, y se estavan holgando y jugando muchos ducados y tratando de vicios.

Bolviéronse a su casa, y ellos dél en ocho días a Jaén, donde entraron con coronas de espinas y predicando, con mil regalos para los hospitales y cárceles, donde fueron

luego. Viendo exterior tan bueno pocos movían los labios para dezir lo contrario a mil bienes dellos, y aunque no faltava quien murmurasse, importava poco, supuesto que el

común tenía creído eran santos.

De lo que se hablava era de aquel cavallero, y de su criado, que de quando en quando parecía, para lo qual determinaron, vestidos de galanes, yrse a la casería donde avían fingido antes habitavan, y, arrendándosela al dueño, vivir allí o por lo menos tener bien adereçado un quarto trayendo las alhajas de fuera, como lo hizieron, y yrse, si no todas las noches, algunas, o yrse uno y quedarse otro en la cueva. Lo qual se hizo ansí. Y como se viessen en el domingo, se fueron a la yglesia, donde, en presencia de las damas, se ofrecieron a los cavalleros, y, junto con esso, su casa, diziendo esperavan a sus padres que venían ya de las Indias y tenían gusto de vivir en Jaén. Los cavalleros, agradecidos, ofrecieron las suyas, de manera que, tanto por el camino de hombres de buen vivir quanto por el de cavalleros, eran los dos regaladíssimos y también gastavan espléndidamente con ellos.

A todo esto la prima no quitava los ojos de don Gregorio, y él no mirava allá. Salidos que fueron todos de la yglesia, preguntó Felipa a su prima qué le avía parecido. Ella dixo:

-Prima, hete de dezir la verdad: no me ha parecido bien.

263

No sé qué se conoció Felipa en sus ojos que no lo creyó como se lo dixo, antes concibió mal de la respuesta, por aver notado que no los quitó dél y después se le deshizo. Esto se juntó, y la buena opinión que con los cavalleros cobró, ayudando su parte dezir esperavan a sus padres, porque se lo creyeron ellas, determinó responder a los papeles de don Gregorio, de quien la prima ya estava muy

enamorada; y llamando a Juana, le preguntó si llevaría un papel a don Gregorio sin que lo supiesse la tierra. Respondió que sí, y en esta conformidad empeçó el papel como se sigue:

Papel de Felipa a don Gregorio

Las mugeres que tenemos tantas obligaciones, como yo, y por estar en los ojos del lugar tan sugetas a ser murmuradas, hemos menester quitar la ocasión, particularmente la del escándalo, pues tanto importa no darle. Yo me acuerdo aver leýdo en unos librillos con que me divierto que es la honra de la propriedad del vidro, que no aguarda segundo golpe. He venido a pensar, por importunarme Juana tan a menudo, que vos, señor don Gregorio, la avéys dado algunos papeles para mí, y que, por no hallar cabida, no se ha atrevido; holgarme ía en el alma huviessen buelto a manos del mismo dueño, que son peligrosos en las de las criadas. Si no ha sido ansí, hazedme favor, os suplico, de pedirla cuenta de

ellos, y dexad el cansaros en vano, porque piden vuestras partes más calidades que las mías, y yo he de buscar mi ygual, que crece entre ellos el amor. Y oýd missa en iglesia que aya damas benemeritas de quien vos soys: allí podréys emplearos, que me lástima gastéys tanta bizarría a donde sólo acudimos labradoras.

Este papel llevó Juana a Loçano, de que huvo buenas albricias, el qual le guardó hasta la noche, donde, leýdo, conoció el efecto que avía hecho la muerte de don Rodrigo, lo que la gargantilla avía negociado y, sobre todo, lo mucho que importó la venida de la prima. Junto con esso, como

doctores tan expertos, dieron entendimiento al papel: hallaron que estava picada, que avía leýdo los demás y que gustava continuasse la yglesia.

La prima, que muy de veras estava enamorada de las partes de don Gregorio, particularmente de sus dineros, queriendo ganar por la mano a su prima, llamó a Juana, que antes avía sido criada suya y por cierto disgusto con la difunta estava fuera de casa hasta que las amistades se hiziessen, y la pidió llevasse un papel a don Gregorio, porque gustava Felipa passasse por su mano el negocio y, aunque los notasse ella fuessen de letra de Isabel, por importar ansí al honor de su prima. Juana lo hizo sin dar parte a Felipa y le llevó a Loçano: el qual dezía desta manera:

265

Papel de la prima a don Gregorio

Señor don Gregorio, causa principal del amor verdadero dizen es la confrontación de humores, donde la cosa que ama toma para sí aquello que es suyo, que no sea diferenciado en más que en estar en otro sugeto. Siendo esto tan llana verdad, ¿de qué momento me fuera a mí mostrarme no enamorada, antes cuydadosa de hazeros mi pretendiente, supuesto que venía a ser lo mismo, y a vos, por vuestro mucho entendimiento, os fuera fácil de conocer? De presente yo hago lo que de acá dentro se me manda. No sé yo aya razón para que, el que fue combidado, no agradezca más lo que por él se hizo que lo que por quien el mismo se combidó. Entendido he las veras con que vos amáys a mi prima, y della misma sé las que pone en olvidar a quien con razón avía de favorecer. No en todo la culpéys, porque está prendada de un cavallero muy principal, que fue

a las Indias a heredar, de quien tiene un hijo. Que no es justo que un cavallero de tantas partes viva engañado, confiada en cuyo valor, me atrevo a dar parte desto, cierta de que lo tendrá en secreto: a quien suplico me mande muchas cosas de su gusto.

Juana bolvió con el segundo papel a donde sabía la aguardava Loçano, y como no le hallasse, se bolvió con él hasta el primer día de fiesta, que le vio con su señora Beatriz, muy risueños los dos. Creyó yva el negocio en muy buenos términos y que tendrían presto boda. Hízole del ojo,

266

y, despidiéndose con gran dissímulo, se fue azia donde la criada caminava, quedando no poco sentida porque avía tomado algunas cosillas, satisfecha de su término y de sus dineros que sabía eran en abundancia. Loçano llegó a donde Juana estava, a quien contó lo que la prima la avía dicho, y, junto con esso, le dio el papel. Apenas le tomó, quando, sin abrirle, supo lo que venía en él. Despidióse y fue a la iglesia, donde don Gregorio estava con los demás cavalleros haziendo el amor no a Felipa sino a su prima, que ansí se determinó en la cueva; de que Felipa estava loca. Llegóse con ellos, a quien trataron como a deudo de don Gregorio.

Salidos de allí, le dio parte de lo que passava. Caminando a su posada las dos primas y Beatriz, sin mirarse la una a la otra, y suspirando, bolvieron la cabeça y vieron que los cavalleros quedavan mirándolas; y como viniessen tras ellas hasta entrar en su posada, acabó de confirmar su sospecha ver que su prima alçó el manto y se rio con don Gregorio. Dissimuló entonces por su madre, mas luego que se vio con ella a solas, la puso como aquella que estava enamorada y

celosa. La madre andava con una sabrosa inquietud y salía afuera más a menudo por ver si vería a Loçano.

Venida que fue la noche y recogidos los dos en su casería, que tres quartos de legua tenían, leyeron el papel y conocieron quán adelante estavan sus amores y cómo, para en el entretanto, le venía a don Gregorio la ayuda de costa de la prima. El qual respondió desta suerte a Felipa:

267

Respuesta de don Gregorio a Felipa

Al cabo de muchos desvelos, de muy malos días y de peores noches, me dieron un papel vuestro, ocasionado a bolver el juizio a quien no fuera tan cortado al gusto de su dueño. Por él se me manda acuda a donde aya más damas, que me emplee mejor, y mire por vuestra reputación no dando nota en la yglesia. A lo qual todo respondo que, como se me pide, lo haré y que, si fuere allá, será porque tengo a quien mirar, que sé gusta de verme. Y porque sé doy enfado, no seré más largo, quedando resuelto a poner por execución vuestro gusto.

Esta respuesta se determinó para Felipa, para que de todo punto quedasse picada. A la prima se respondió ansí:

Respuesta de don Gregorio a la prima

Escrivís tan bien, señora Isabel, y soys tan discreta que, quando no tuviérades más partes, eran bastantes éssas para tenerme por afortunadíssimo.

Justamente avéys tomado lo que dezís, y yo lo he dado de muy buena gana, tanto por lo que al principio digo, quanto

268

por averme sacado de un cuydado tan grande. ¿Quién creyera que una dama como la señora Felipa avía de tener conque tan vellaco como aver parido? De una dama de sus partes hermosas bien se puede entender, mas no de su honestidad. Vos me mandad todo lo que de vuestro gusto fuere, que para él me hallaréys criado obediente y mudo para callar sus favores.

Estas dos respuestas ordenaron se diessen a Juana y luego de presente el porte. De cuyos papeles tomaron motivo para venderse por más santos con ella, porque ¿quién como ellos sabía era mentira lo que del hijo dezía Isabel de su prima y quiénes mejor pudieron conocer su mucha embidia? Venidos antes de amanecer al lugar, se pusieron sus ropas y se salieron a sus exercicios, a que con gran puntualidad acudían. Puestos en las calles de sus damas, empeçaron la continuada lamentación. Salieron luego a la puerta a pedirles entrassen dentro para consolarlas en la muerte de la tía. Ellos lo hizieron, y, junto con esso, dio el hermano Pedro Pecador a Isabel en secreto muy buenos avisos, diziéndola mirasse por sí, que era muchacha y hermosa, que no fiasse de nadie mientras no viesse seguridad y que, demás de esso, no echasse faltas de nadie en la calle, porque era grave pecado; que se preguntasse a si mesma por qué se lo dezía y hallaría no yr él fuera de camino. Ysabel cayó luego en lo que era y se echó a sus pies creyendo se lo avía revelado Dios.

269

Mientras Pedro Pecador estava con Ysabel, estava con Felipa Juan Miserable predicándola también y diziéndola

cómo sin seguridad grande de marido no se fiasse de nadie. En esto entró Beatriz, que la tenía fuera el cuydado de Loçano sin tener más ocupación a que salir que a ver al descuydo si le hallava. Luego que los vio, se puso a sus pies. Ellos sacaron unas diciplinas y diziendo:

-¡No cree vana gloria el asno! -se hirieron fuertemente las espaldas, que para el efecto las traían abiertas, puesta la una parte de la ropa sobre la otra. Las mugeres, llorando y haziendo estremos, se las quitaron, y ellos se hincaron de rodillas diziendo:

-¡Oremos, mi hermano, por estas santas, que Dios las conserve en su gracia!

Salidos de allí y continuados sus enredos, venida que fue la noche, se puso Loçano en el lugar que solía esperar a Juana, muy seguro de que la justicia no le preguntasse qué buscava ni le hiziesse pesadumbre alguna por ser pariente de don Gregorio. Llegada que fue, la dio los dos papeles diziéndola:

-Tú has de dar éste a la señora Isabel, y este otro a la señora Felipa: divídelos porque no los yerres.

Ansí lo hizo, mas, como se despidiesse dél y llegasse su galán y la dixesse:

270

-¡Voto a tal, que me has de enseñar lo que te dio aquel hombre! -a quien ella satisfizo contándole lo que passava y mostrándole el papel, por ponerle después en la misma fratiquera, se descuydó y le puso donde estava el otro.

Assegurado el galán, se despidieron y ella caminó para su

casa, a cuyo umbral se acordó de los papeles y de como los llevaba juntos, y no sabía, por faltar lo sobreescrito, quál avía de dar a su ama y quál a su prima; cuyo embaraço asseguró tener el pañuelo en medio, que le puso en la fratiquera del que yva para su señora después de tomado el papel, de manera que, dividiéndolos el lienço, era el de encima para la prima. Ansí lo creyó ella, mas, como semejante gente haga tan a menudo exercicio, se trocaron y dio el de su señora a su prima y el de Isabel a su señora.

Leyéronlos, y, aunque errados, para ellas fueron las pesadumbres. Descubrióse la maraña, y sentida Felipa del testimonio que su prima la levantó y con la resolución del papel desesperada y zelosa, la dio una buena vuelta y la recibió también. La madre llegó al tiempo que no se podían desenredar los dedos de los cabellos, mas no les pudo sacar el porqué, y menos a la criada, como a la que importava no se supiesse.

Pidió el manto Felipa para yrse a un monasterio si su prima avía de vivir con ella. La madre, desseosa de saber rompimiento tan grande en tanta amistad, llamó aparte a su sobrina y le preguntó la causa de aquella riña. Ella dixo que

271

no se lo sabría dezir, que estava melancólica su hija y quiso lo pagasse ella. Felipa caminava por las escaleras abaxo quando la madre, por aplacarla, determinó llevar su sobrina en casa de una otra su tía, prima de la Beatriz, donde Isabel quería yr por la muerte de su madre.

El trueco de los papeles y saber acudía don Gregorio a la iglesia donde de allí adelante yva su prima a missa, hizieron

tal efecto en Felipa que no sossegava. Cogió la criada y diziéndola:

-No te he despedido de casa porque me digas qué enredo ha sido éste -ella confessó abiertamente todo lo que passava y como la dixo Isabel que no gustava Felipa passassen por su mano los papeles y que ansí, con su acuerdo, escrivió aquél. Y ella respondió:

-Pues, aviéndote dado uno yo, ¿no podías entender era mentira?

-No, señora -respondió ella-, porque creý que, pesarosa, avía buscado vuessa merced mejor traça.

La prima avía ya dado cuenta del negocio a su tía, y ella la avía aconsejado no dexasse de la mano ocasión tan buena, y más aviéndose mostrado enamorado, que no todos los hombres se avían de tratar de una misma manera. Tanto por este parecer, quanto porque no faltava de la iglesia los días de fiesta y las embiava muchos regalos, teniendo por

272

acertado obligarle que quando mal sucediesse la dotaría, dixo a su tía le hablasse y le pidiesse, como salía della, se fuesse una tarde con ellas a su casa y que ella [no] lo contradiría. Hízose ansí, y con una cédula que la dio, en que prometió casarse con ella o darla quatro mil ducados con seguridad de testigos, tomó possessión, y fue ayuda de costa para la fiesta que se le esperava: la qual señora quedó preñada.

En tan buenos términos andava Loçano con Beatriz, y tan buena negociación hazía Juana con su ama, que casi fue su

prima solemnes vísperas de la fiesta grande. Y para gozarla con más brevedad sale una mañana de camino él con unas alforjas y su compañero con otras, fingiendo yvan a recebir los padres de don Gregorio, y que se desembarcarían dentro de veynte días de como ellos llegassen a Sevilla, en cuyo interím tenían que hazer en ella. Junto con esso la dixo cómo él se la avía declarado y díchole quán enamorado estava de la más honrada muger que en el mundo avía, y cómo se casara con ella a no aver sabido una flaqueza suya.

Felipa, que hal ó tan buena ocasión, le pidió se sentasse y, llorando tiernamente, le contó el enredo de su prima y el mal que la avía hecho, y cómo sabía nuestro Señor quán honestamente vivió siempre. El hermano Pecador prometió hazer con ella se desdixesse y hazer después sus partes con don Gregorio, de suerte que lo que Felipa no pensava la viniesse; que mientras él lo negociava, le podría escrivir un papel muy blando, supuesto que el desinio que él llevava

273

era hazerle su marido, para lo qual mudaría de intento, dexando por entonces el viaje. Felipa lo hizo como se lo mandó.

Papel de Felipa a don Gregorio

Sabido he, señor don Gregorio, como mi honra no está con vos en los términos que solía por avérmela quitado quien me la avía de dar, queriendo a costa della grangearos a vos. En parte estáys donde podréys informaros si es verdad lo que de mi os han escrito. Creedme que pudiera estar casada con quien me estimara, y no lo he hecho anteponiendo esta ganancia a la breve pérdida de unos pocos de días de no

buena opinión; y pudiera ser no se supiera. Yo estoy muy cierta de que essa dama me restituyrá lo que me ha quitado tan contra su conciencia, si quiere tener paz en ella. Vos me bolved, os ruego, al que de antes de mi sentíades, y acordaos que a ser verdad lo que la señora Ysabel escrivió, me huviera aprovechado de una gargantilla de diamantes que vos me dávades y yo no quise recebir: que mandándome lo que fuere justo y a mi honra estuviere bien, soy muy vuestra servidora.

Este papel se llevó a Loçano, el qual tenía ya el sí de Beatriz con la seguridad de una cédula hecha ante el vicario, en la qual avía consentido don Gregorio. En trage

274

de Pedro Miserable fue en casa de la prima, y riñéndola mucho la dixo de parte de Dios que si no se retratava del testimonio que a su prima avía levantado que se la avía de llevar el diablo, y que esto avía de ser en presencia della y de don Gregorio, tanto para que él quedasse satisfecho, quanto para hazerlas amigas; que se fuesse aquella tarde a su casa, que él la avría hablado y que haría fuesse allí; que no se obligava a hallarse presente por tener mucho a que acudir. Ella lo hizo, satisfecha que, si en desdezirse le disgustava y no fuesse por essa razón su marido, la avía de dar quatro mil ducados.

Llegó la tarde y los dos muy galanes esperaron a que saliesse Juana, a quien Loçano pidió llamasse a su señora Beatriz. Ella lo hizo, enterada de que era para tratar del casamiento de su señora Felipa. Luego que Beatriz estuvo fuera, se fue Loçano con ella y se entró en su casa, donde, al parecer de ellas, quedó muy satisfecho del retrato de la

prima. Felipa, muy enamorada, le dixo aparte si le avían dado un papel suyo; él dixo que sí y que respondería.

Mientras esto passava, avía Loçano llevádose a Beatriz bonicamente fuera del lugar. Luego que la tuvo allí, la llenó la cabeça de viento y dixo cómo se casara al punto con ella, a no aver menester aguardar a los padres de su señor, porque, si sin estar ellos presentes se casava, sería ocasión para no darle cantidad de hazienda que suya tenían, y él no podría vencerlos en juyzio estando en España sin yr ni venir a las Indias, y que esto le costaría gran número de ducados

275

y grandíssimo trabajo; que se fuessen en casa del vicario, donde se comprometerían, haziéndola una cédula en que se obligava a darla dos mil ducados si no se casava con ella, mas que avía de ser con condición que se avía de yr con él a su casería, donde estarían aquella noche sin que la tierra lo supiesse; que no causaría novedad en su casa, pues el oficio lo traía consigo. Ella se vio tan obligada y tomados los puertos que dixo que se hiziesse fiada en ser tan hombre de bien.

Luego que don Gregorio no halló a Loçano donde avían quedado se esperassen, dio en lo que era y, caminando después de bien anochecido a la cueva, passó en ella aquella noche. A la mañana se juntaron allí mesmo y se dieron los buenos días, y don Gregorio le dixo:

-Déme buenos días uzé que buena noche se ha tenido. ¡Ea, ea, respondamos a Felipa, qué no hazemos nada!

Respuesta de don Gregorio a Felipa

Mi señora Felipa, causa tan suficiente fue vuestra prima para enfriarme que, a no retratarse en mi presencia, estuviera agora como pocos días ha estava. Ella lo hizo, si bien para vos, rebién para mí, que si mucho gusto me quitó, muchíssimo me ha buelto, porque, para con Dios, desde que

os vi soy vuestro, que con este intento puse en vos los ojos. Si para amiga os huviera querido, no por lo que vuestra prima me dixo me huviera disgustado, antes estávades para mí en mejor estado; mas fue siempre mi amor honesto y tal qual de un cavallero de mis partes.

Después que en este lugar estoy, he sabido como a mis padres les ha nacido un hijo varón. No me tienen hecho aún el mayorazgo, que a esso vienen y a vivir a este lugar: no querría, por hallarme casado sin su licencia, le hiziessen en el recién nacido, que por esta causa no me caso luego con vos. Mas, supuesto que mi amor no sufre dilación, podríamos los dos yrnos en casa del vicario y allí darnos las manos, y hazeros yo una cédula de ser vuestro marido o daros diez mil ducados para vuestro dote. Y para que os informéis de mis partes, embiaré al hermano Pecador a vuestra posada, que él sabe bien quién soy y quánto miro por mi alma. Merezca yo la respuesta y con brevedad, que no excederé un punto de vuestro gusto, para que, si no le tenéys, en esto me vaya a recibir a mis padres.

Temerosa de la resolución de yrse, ya assegurada del término de don Gregorio, tomando la pluma para respondelle, llamó a la puerta el hermano Pecador, a quien, después de hechas las acostumbradas monerías, Felipa abraçó; y le dio a besar la cruz, y preguntándola:

-Y bien, ¿qué haze agora la sanctita? -le respondió como en aquel punto tomava la pluma para responder a don Gregorio

277

en cumplimiento de lo que él la avía mandado, muy satisfecha de que haría sus partes, pues él mejor que otro sabía quán bien avía vivido siempre; demás desto le enseñó el papel de don Gregorio.

Él la respondió que estava muy enterado de su honestidad y que, en lo que tocava a don Gregorio, estuviesse segura cumpliría todo lo que en aquel papel prometía, porque, como él en otra ocasión avía dicho, era un cavallero de muy buen alma y que le avía conocido de muchos años atrás siempre con muy buena opinión; que se echasse de ver quien era, pues, por huyr el trato de los cavalleros moços en quien tan de ordinario reynan vicios, vivía tres quartos de legua del lugar; que la bolvía a assegurar cumpliría todo lo que avía prometido y que quedava él por fiador dello. Exortándola tan de veras y para efetuar el negocio la dixo:

-Alma de Dios, no porque don Gregorio la dé essa palabra y haga la cédula que dize, ha de hazer cosa alguna que no diga con ser muger honrada y, temerosa del Señor, cuydadosa de su honor, porque, aunque aya lo que he dicho, sería pecado mortal hasta que conforme al santo Concilio estén desposados.

Ella agradeció mucho el aviso y prometió ponerle por execución, y le pidió dixesse a don Gregorio la diesse licencia para dar parte a su madre de lo que passava. Él dixo que por ningún camino como por aquél se perdería el negocio y que sabía de don Gregorio no lo querría hazer,

278

porque se casava enamorado, y que, siendo tantas sus partes, aunque ella era muy virtuosa, no querría fuesse su madre con ellos en casa del vicario, porque se sabría y él se correría mucho dello; que tomasse su parecer y no hiziesse al contrario de su gusto. Ella le obedeció, pidiéndole orden cómo ello fuesse sin escrivir más a don Gregorio. Él dixo que era fuerça embiar por su madre dentro de dos o tres días para la muger de un cavallero que estava en los de parir y que se estaría allá tres o quatro: que en esse tiempo se podría hazer muy bien. Ella concedió, y antes del tiempo del parto, la embiaron a llamar; y el hermano Pedro Pecador dixo no la dexassen bolver hasta que huviesse parido.

Hízose ansí, y, en este ínterin, fue don Gregorío en casa de Beatriz y, diziendo a Felipa la aguardava en casa del vicario, se comprometieron y le hizo la cédula como el hermano avía mandado. Bueltos a casa, aunque Felipa estava muy avisada, no tuvo ardides contra los muchos de don Gregorio y, medio por fuerça o de grado, hizo lo que el hermano Pedro Pecador le avía aconsejado no hiziesse.

Parece ser que, aunque Felipa quedó amiga con su prima, no por esso se trataron con la llaneza que solían, antes quedó una amistad reconciliada; causa de que don Gregorio pudiesse acudir a las dos casas sin que la una supiesse de la otra, y, cuando se vino a entender cursava las dos, aunque cada una se mostrava celosa, estavan fiadas en que sus cédulas serían cumplidas.

279

Los dos hermanos eran muy fecundos y hizieron preñadas

don Gregorio a las dos primas y Loçano a la madre. Llegó el tiempo de parir la prima y, tomando consejo con la tía en cuya casa estava qué se haría de semejante negocio, determinó llamassen a Beatriz, pues no avía otra comadre en el lugar. Don Gregorio se puso en el trage de Pedro Pecador y fue en casa de Beatriz a contarla lo que passava y a pedirla fuesse allá luego y hiziesse como tía: de suerte que, quando vinieron a llamarla, ya ella estava enterada del negocio. Fue en casa de su sobrina y, tratándola como merecía y riñendo juntamente a su prima, les dio un muchacho, a quien el hermano Pedro Pecador bendixo y abraçó. Beatriz no pudo sacar a su sobrina quién era el padre, porque sabía que, si lo dixesse, no le vería más en su vida, por averselo dicho ansí don Gregorio, de manera que Beatriz se fue en ayunas dello.

A esta sazón ya las barrigas de Beatriz y su hija andavan en buenos términos. Y se avían dissimulado desta manera: luego que Felipa se sintió preñada, lo dixo a don Gregorio y él la mandó escondiesse unos barros de suerte que su madre pudiesse dar con ellos, que auduviesse muy a menudo con agua, aunque no la beviesse. La madre estava muy satisfecha, que su hija tenía grande opilación; la suya se avía dissimulado diziendo que, de averse lavado las piernas con la costumbre, se le alçó, y que aquella sangre detenida la dava cruda guerra, para lo qual se hazía traer las piernas y tomava jarave de culantrillo. Como las dos tomas destas

280

ciudades fueron en una semana, y aun dentro de tres días, no fue mucho pariessen en uno.

Era concierto entre don Gregorio y Felipa que, luego que se sintiesse con dolores, le avisasse, para que, sacándola de

allí, la llevasse a parir a su casa, que tres quartos de legua tenía; y que, por si se determinava desposarse luego, que no estava poco en ello, sacasse todas las joyas que él la avía dado y las que ella antes tenía.

Ansí se hizo, y, en trage del hermano Pedro Pecador, fue por ella, ausente de casa su madre, y poniéndola en una jumentilla, él y su compañero dieron de noche con ella en la casería; donde fue fuerça, por apretarla tanto los dolores, yr por la comadre Beatriz, aunque se le dixo a ella yvan una legua de allí por una pastora, aviendo dado primero parte a don Gregorio, que fingieron averse quedado acaso aquella vez en el lugar, en la posada que él muy bien sabía.

Viniéronse los dos hermanos y llamaron a Beatriz, que también estava con algunos dolorzillos. Ella respondió que a aquella hora y estando tan mala como al presente estava, que si la importasse mil ducados no saldría de su casa. El hermano Pedro Pecador dixo con un donoso tono:

-¡Abra, nuestra hermana!

Luego que conoció quien era, hizo abrir las puertas de par en par. Subidos que fueron, la hallaron acostada, pero

281

perdiendo el juyzio por su hija, no haziendo caso de la falta de la hazienda. Consoláronla y pidiéronla se vistiesse y se fuesse con ellos, que importava ansí al servicio de nuestro Señor por estar una hermana muy necessitada della, assegurándola que parecería su hija antes de las nueve del otro día; que no tuviesse cuydado de su honor, que bolvería aún más senzilla de lo que fue.

Vistióse Beatriz sin causarla admiración, porque entendió ser alguna obra pía, necessitada del secreto que de tan santos hombres se esperava, pues andavan a tal hora en ella; ni a la gente que en la casería huvo la causó tampoco, porque no solamente allí y en Jaén tenían opinión de santos, mas por treynta leguas alrededor la tenían. Por el camino la dixeron cómo avían de entrar el, un aposento sin luz y que avía de partear una señora muy principal que en él estava: que no la preguntasse cosa alguna, porque no respondería. Luego que llegaron con ella, la entraron en el aposento donde la señora estava con dolores, y tan grandes, que no conoció a su madre.

Los dos vellacones, antes que en el puesto se pusiesse, la llamaron aparte y la advirtieron no hablasse, porque importava mucho, y, pues que quedava allí todo lo necessario y no eran menester, se yvan a socorrer una necessidad tan grande como aquella; que se espantavan como don Gregorio y su pariente no huviessen llegado, que tenían por sin duda hallarlos en el camino y le darían las llaves. A esto se llevavan los hermanos todo lo que la pobre

de la Felipa avía sacado. Llegados a la cueva, donde tenían dos muy gentiles mulas y todo el dinero, que era en cantidad, trocado en escudos, se partieron muy galanes para Barcelona, aunque pudieran estar allí todo el tiempo que les diera gusto, continuando el camino empeçado.

En el que esto se hazía, parió una muchacha Felipa y su madre dio un grito y dixo:

-¡Ay! desventurada de mí, señora, que, por veniros a servir

y obedecer aquellos santos hermanos, no hize caso de que estava con dolores de parto, y ansí es fuerça aver de parir en vuestra posada.

-No os dé pena -le respondió Felipa- que yo habito en un lugarzillo que aquí cerca está, y como no tengo entretenimiento en él, me salgo al campo donde veo como los pastores partean las ovejas. Poneos en el puesto donde yo estuve: seré vuestra comadre, que ya vendrá quien nos socorra a las dos.

Hízolo ansí y parió otra muchacha, a quien pusieron en las embolturas, de que avía harta sobra; después de lo qual, se acostaron las dos en una mesma cama, mas don Gregorio ni Loçano no vinieron. Lamentándose de su tardança y viendo entrava por el resquicio de la ventana claridad, dieron gritos. Acudió la gente de casa y, echando la puerta en el suelo, entraron dentro, donde hallaron dos mugeres, cada una con su hija al lado. Luego que las dos se conocieron,

283

cubiertos los rostros, sin hablarse palabra, pidieron las llevassen a la posada que ellas dirían. La que buscava una hija se halló con dos hijas y una nieta, y sin las joyas; y más senzilla de lo que fue, pues entonces fue preñada y bolvió parida.

Luego boló la vellaquería, y conocieron ser unos mismos hombres don Gregorio y el hermano Pedro Pecador, Loçano y Juan Miserable. A esto ya la sobrina que llevó fruta más temprana estava sabidora del sucesso. Vino en casa de su tía, hiriéndola por el mismo camino que ella fue herida; a lo qual respondió Beatriz que, fiada en una cédula que Loçano

la hizo, se cegó y que perdía marido y dos mil ducados. La sobrina dixo:

-Más perdí yo y en más me fié, pues perdí a don Gregorio y quatro mil ducados.

La hija se levantó y dixo:

-Pues, yo he perdido con mejor punto que las dos, pues pierdo con dos cédulas: la una que me hizo don Rodrigo y otra el embaucador de don Gregorio. Demás desso pierdo diez mil ducados, si la una dos y la otra quatro.

Desengañáronse de todo y entendieron sabían lo que passava como hermanos que davan a entender que eran santos y luego hazían como cavalleros, satisfechos de lo íntimo que ellas tenían por aver negociado de suerte que,

sin que se entendiesse y muy a su salvo, lo pudiessen hazer. Determinóse fuessen a recebir a don Rodrigo, porque no podrían vivir allí, teniendo por mentira todo quanto dél avía dicho el enredador. De manera que a que peor libró fue Isabel, porque no la quisieron llevar a Sevilla: quedó pobre, con una boca más y sugeta al dezir de los moços de aquella ciudad.

Todo lo qual sucedió a Felipa por querer ser más de lo que su calidad pedía. Pudiera contentarse la hija de la partera con un oficial, como a ella y a su madre muchas vezes se le aconsejó y algunas estuvo casi hecho. Acuérdome agora que el perro de Ysopo tenía en la boca un pedaço de carne cierto y seguro. Vio que la sombra que hazía era mayor que él, soltóle y fue a asir della: no tuvo qué, y quando quiso bolver

a tomarla, no pudo, porque se cayó en un río a cuya orilla estava. Ansí les sucedió a estas damas (aunque no vale el símil, porque el perro no halló nada y ellas hallaron dos hijas.)

UN HOMBRE MUY MISERABLE LLAMADO GONÇALO

Nació Gonçalo en la ciudad de los Camaleones. Fue hijo de otro Gonçalo, presidente en este género de animales, y de doña Aldonça, a quien su marido convirtió en camaleona. Cuyo padre de nuestro Gonçalo meritíssimamente ocupó el primer lugar de miserable, tanto que hizo verdad la opinión de Aristóteles cerca de los que son avisados, afirmando no engendrar éstos hijos que lo sean, porque, divertidos en sus negocios o en cosas de ingenio, están en aquel acto tan ocupada la imaginativa que no tiene la materia de que se forman suficiente capacidad para que el hijo sea otro ellos, porque estuvo tan en sí como del efecto se puede entender, pues sacó a luz el inventor de la hambre, que, si en algo no le pareció, fue en ser más miserable que él.

Murió este tal padre de ahíto como los estreñidos de cámaras, haziéndose para ello del ojo la muerte y el tiempo, cansados los dos de un hombre para nada bueno, muy flemático y de aquéllos que aun no responden, encargándoles algún negocio, «harélo, que es camino de mi casa»; cuyo instrumento, en solos quatro días, fue un hartazgo en un combite que un amigo, rezién venido de las Indias, le hizo, porque era cínico en su casa y Epicuro en la agena. Por cuyo medio quedó huérfano Gonçalo de padre y madre, viudo y con quatro hijos que al presente tenía;

porque la madre vivió tassadamente el tiempo que en el mundo estuvo. Un criado que sus padres tuvieron, del qual se pudo dezir que si él avía comido su pan que también ella comió el suyo, pues sirviendo en otra parte de escudero la traía la mitad de su ración, con que hazía llevaderos tantos trabajos como de la casa de un avariento se puede entender. La pobre moça se vio en religión tan estrecha, que ni la calçavan ni davan de comer: rindióse haziendo lugar a una María, muger segunda de nuestro Gonçalo, a quien yo conocí.

Fue tan avariento que pudo gozar la preeminencia de la ley ad bestias, porque, determinándose por ella que los hombres excelentes en sus oficios no puedan padecer pena de muerte salvo en ciertos casos, siendo el más aventajado de todos, era fuerça hablar en su favor. ¿Quién duda sino que avrá quien diga: está bien esso, pero la miseria no es oficio? Sí, es, respondo yo, pues della comía, vestía y calçava él y su casa. Éste fue el inventor de atar el açafrán en un pañito y ponerlo un momento en la olla, el que galopeava el tozino en el hervor della, el que ató los gatos a la hora del comer.

Y porque el retrato de hombre tan insigne es muy justo esté estendido por el mundo, digo que era alto, blanco, muy flaco, los ojos açules y hundidos, y hundidas las sienes, la frente preñada, las narizes grandes con un poyo en medio para los antojos, calvo y macilento, çaço: hombre que no es menester para provocar los desganados de comer más que ponérsele delante, con lo qual se ahorravan vinos de agenjos y otras cosas que a tales enfermedades se aplican, porque Gonçalo era hambre, sed y, por su mucha imprudencia, cansancio, no aprovechándose de muchas cosas que sabía acompañadas de buenas letras.

Esto es lo que toca a la persona, y si el vestido del criado dize quien es el señor, el propio que el señor trae encima mejor dirá quien es, particularmente sabiendo no es pobre. ¡O, si acertasse a pintarle! Usava más ordinariamente de una sotanilla por mitad como tierras de pan llevar, los quartos delanteros de vayeta, traseros autem de bocací, cuyo herreruelo jamás tuvo conformidad con su esposa la sotanilla por ser ocho dedos más larga que él, de que no poco corrida estuvo viéndose los pies de fuera, porque era una vieja honesta. Vestido pareció echo en la dotrina. No se quexó el herreruelo que no se le trató con justicia, pues una semana anduvo el un lado sobre el un hombro y otra sobre el otro, pareciendo yzquierdo todo aquel tiempo. Los cuellos destas dos buenas pieças no permitieron gozassen del ayre las abrigadas orejas. El que a la garganta traía, que era o de ruán o de olanda de aroca, dava otros nudos a este enredo: tenía poquitos anchos abiertos con los dedos, que parecía cuello de figura de piedra.

El sombrero era alto, dos o tres dedos de falda, tan ancho de arriba como de abaxo y quebrado de esquinas. Los calçones fueron agora sesenta años de paño de mezcla: ya por su mucha antigüedad no se rompían, como gregüescos de bien, antes, como hebras de bien cozida cezina, se dexavan caer. El jubón fue de tafetán en tiempo de los Reyes Católicos: éste no tenía de jubón más que el fomes peccati, con unos pedazitos de tafetán, que, visto de lexos, por descubrirse los forros blancos, parecía de chicha y navo. De los estremos de çapato y media pondere el piadoso letor: como en razón de la liberalidad de su dueño, considere estremo.

Éste fue el trage de los días de trabajo. El de los de fiesta era mucho más apetitoso para olvidar una melancolía. Gozava

entonces de la claridad del día la de terciopelo con quatro dedos de faldilla, más raýda que una muger deshonesta, a quien acompañavan unas calças atacadas que el conde don Perançules hizo para cierto desposorio. Éstas estavan empapeladas todo el tiempo que no se usava dellas. Tenían delante siete o ocho fajas y, en lugar de las que detrás avía de aver, cosida una faldriquera que parecía luna en creciente; largas además, tan sentidas de la sinrazón de tenerlas tanto tiempo en tan trabajoso mundillo que a qualquier ocasionzita se despedían. Como moças gallegas dexávanse caer, que digamos, y tan como moças gallegas se despedían que, ansí como ellas no se van con las manos en el seno, ansí éstas se llevavan parte de las entretelas. Bien pudieran los muslos, a tener con que dezir «loro» y otras cosas que los papagayos dizen, pues estavan enxaulados y se podían ver sin que los pocos o a trechos aforros lo tuviessen por mal. El herreruelo, en tiempo que los traemos tan largos que más parecen manteos, aun no los cubría. Las mangas eran de tafetán que doze años antes le vendieron de lance: éstas se ponía con calçador.

El que en casa usava aún era más gracioso que éstos, porque una ropa cachera açul que le sacavan se compró quando la pérdida de España; ésta tenía tantos remiendos echados de cosa vieja de la misma color (porque dezía sí fuessen de nuevo se llevarían tras sí lo restante de la ropa, y ansí, en lugar de tapar uno, descubrirían muchos) que, si pusiessen en un corral al dueño y a ella, era certíssimo llegar en breve tiempo gran cantidad de dinero.

El vestido de los muchachos bien se podrá entender qual fuesse. Sólo diré que, como les comprava calçones y ropillas de lance, y les venían grandes, por no gastar se lo

ponía como lo huvo, de manera que parecían muchachos de ciegos, que siempre van con unas ropillas que pueden servirles de herreruelos. La pobre de la muger tenía una ropa ceñida casi como la de su marido: fue muger de gran memoria, pues se acordó por donde se avía de poner la basquiña. No he visto yo chapines como los suyos, pues por su gran antigüedad, tenían dentro del mismo corcho cascabeles, cuyo color era el de unos guadamecíes ranciosíssimos. En entrando en casa, ansí él como los demás, se ponían unos bonetes colorados que les cubrían las orejas: todo lo qual, y lo demás que refiriere, vi por un agujerillo que en un desván hize.

Puestos en esta forma salían luego hijos y muger: ellos davan cuenta de lo estudiado y ella allí delante hazía labor. No pecava Gonçalo más que en el modo de disponer las cosas, llevando siempre delante la miseria, cosa que tanto daño le hizo, que lo demás, ansí se huviessen en otras partes, por su persona. Enseñava y dotrinava sus hijos, y el más traviesso con mayor cuydado. Reíase mucho de los padres que, no pudiéndolo sufrir ellos que los engendraron, querían que los sufriesse otro: de aý dezía muchas vezes nacer la perdición de tantos.

Ellos sacavan sus libros y él o unas ciruelas o otra qualquier cosa, con lo qual eran premiados si davan buena cuenta o en la nueva leción repetían bien. Dezía ser el premio el ançuelo de la virtud y que tenía por sin duda no passar adelante en ella si él faltasse. ¡Dezía muy bien, pecador de mí! Si, después de cansados, los muchachos no veían algún galardón, otro día se descuydarían: es menester que al trabajo se siga el premio. Muy bueno fuera que, cansados los rapacejos en madrugar y trasnochar, les metiera luego a

pleyto el tan devido almuerço. No señor, con justicia procedió en esso Gonçalo: el que sabía bien llevava almuerço y de presente alguna cosilla de lo que allí estava, y el que no, aunque todos eran sus hijos, no por favor se le dava lo que no merecía.

Bien pudiera escusar su persona del bonete, mas dezía que lo propio que enseñava avía de obrar; y, ansí él como los demás, si avía de mudar un vidro o un plato de una parte a otra, yvan diziendo, en alta voz: «No se me cayga, no se me cayga.» Dezía padecer pocas vezes el daño el temeroso dél y que, cubiertas las orejas de los muchachos porque no se divirtiessen, era sin duda no quebrar lo que en las manos llevassen. Está esso muy bien, pero vuestra muger, ¿por qué ha de ser comprehendida debaxo de esse precepto? Porque, señor, yo os lo diré: ¿qué nos faltava a los maridos si nos cupiessen en suerte mugeres sin necessidad de ser enseñadas? Antes tenemos mayor trabajo, porque hemos de trabajar en que olviden lo que saben y luego enseñarlas de nuevo.

Leýales gramática, y yo también la oía desde mi agujero, que pocas vezes salía de casa, porque en ella tenía entremés con lo que en el quarto de Gonçalo passava, y comedia con su música con otras dos vezinas que dentro de casa vivían, de quien también brevemente he de hablar. ¡O, qué tales preceptos les dava de camino! Tal vez sucedió tratar de la amistad, sobre aquello que Cicerón dize: «Mi amigo es otro yo», que les dixo:

-Pues, ¿cómo haremos, hijos, que mi amigo otro yo sea? Mirando primero quien es este amigo o quien ha de ser, advirtiendo que no sea mucho más que vosotros, porque

entonces os pondréys una carga a cuestas; seréys feudatarios y nunca cobraréys, serán vuestros amigos estando solos o mientras os ayan menester, y, después, conocidos. De manera que, para que mi amigo sea otro yo, es menester aya ygualdad, que crece entre ellos el amor. Y aunque esto se haga, no luego les avéys de descubrir el pecho, porque el amigo y el vino han de ser anejos.

Otra vez le vino a la mano aquello que Cicerón respondió a un hombre que le traía a la memoria la humildad de su linage, que fue dezir: Yo con mi virtud he dado honra a mis mayores, mas tú la que adquirieron cubriste con tinieblas.

-¡O, qué bien dixo! -repitió algunas vezes-. Mucho mayor es la honra que una persona adquiere por sus partes, que la que por sus padres le dan. Acuérdome que, siendo moço, estuve presente a ciertas pesadumbres que un hombre a otro dezía, entre las quales una dellas fue: «Que aya sabido este hombrezillo de nada averse hecho algo.» Respondióle él con mucha flema: «Que aya sabido este príncipe de algo averse echo nada.» ¡O, qué bien le dixo! Bueno es que los padres dexen a sus hijos todo lo que ellos honestamente pudieren, pero gran gloria es averlo ganado con su virtud y diligencia, sabiendo después guardarlo, que es más que adquirirlo.

Mientras esto se dezía uno de los muchachos llamado Gilillo, el más traviesso y el más necessitado de comer, por tener mayor calor hizo del ojo a una de las ciruelas de tomo y lomo que junto a su padre estavan. Dezíala con los ojos tantas ternezas que, condolida y obligada, por su propia virtud, sin ayuda alguna, se fue llegando a Gil; y, como no pudiesse echarla la mano, la miró con tal efecto y tanta fuerça hizo en meter la respiración adentro que la traxo a sí.

Apenas la tuvo en sagrado, quando se le mandó repitiesse los dos lugares que dicho les avía. Gil quiso dissimular su golosina fingiendo un desmayo, mas el cauteloso padre,antes de tomarle el pulso, contó las ciruelas, porque dezía que, para acertar, se avían de echar las cosas a la peor parte, particularmente las de semejante gente: y, como lo averiguasse, fue açotado crudamente Gil.

Preguntava Gonçalo a su muger:

-¿Qué os parece, señora, del traviesso diablillo? No le condenava ella de voluntad, porque era tal su hambre que, a trueco de comerse otra, llevara otros tantos açotes. Gil no los sintió, porque el suavíssimo almívar de la ciruela le olvidava del dolor dellos. Ésta fue consumida sin poner de su parte las muelas el acostumbrado trabajo, que el calor que del estómago subía era suficiente a ello, aun en cosas de mayor consideración; ni el hueso quiso escupir, por tragar algo más.

En esto se hizo hora de comer y pusieron la mesa, acudiendo cada uno al oficio que se le avía encargado. Sentáronse a ella y parecía la tabla de monos que de Flandes viene: todos con sus bonetes y el padre dellos con antojos. No fue oýda ni vista la comida. Él sacó un jarro en que tenía un poco de vino tapado con un paño a manera de bola, que, por averlo tenido algunas vezes tinto y participado dél, parecía bola de jaspe. Ponía nuestro Gonçalo la mano debaxo de la barba para que las migajitas no se le escapassen (no hablavan quando comían), destapava su jarro y bevía lamiendo después la gotilla que en la boca dél havía quedado.

Ya yo estava cayéndome de hambre de ver lo que allí

passava. Baxéme a mi quarto, a cuyo pie de escalera estavan dos vezinas que otros ocupavan, la una baylando sin son, sólo con su sombra y la otra hablando con la que baylava sin que la oyesse nada de lo que la dezía. Luego que dellas fuy visto, me cogieron del braço: la una me pidió la ayudasse y la otra me contó un sucesso de una su amiga. Por cortesía estuve un poco con ellas, mas, como la necessidad que yo llevava fuesse inclinada no a baylar ni a oýr qüentos, las pedí licencia. Fuyme y ellas tras mí, baylando la una y hablando la otra.

Yo era recién entrado en aquella casa y, como tal, me admiré de lo que en ella avía, porque, si dixe era comedia y entremés, dixe bien, conocida la casa de Gonçalo y la de mis vezinas. La una traía feria de hablar, hablando en unas partes y llevando de aquéllas que hablar en otra: relatava todo quanto en el mundo avía sucedido desde el principio dél, sabiendo quantos platos comía el gran Turco y como es servido el Preste Juan; la otra tañía y baylava con una harpa. Entréme en mi aposento, mas no por esso me dexaron, ni me dexaran sí sus maridos no vinieran.

Fuéronse con ellos y yo, acabada la comida, me salí a la puerta de la calle, donde fuy acompañado de un buen viejo, escudero de la que baylava. Éste me preguntó cómo me yva en la casa, ofreciéndoseme en todo lo que le quisiesse mandar, y, con poco pie que le di, me contó quien eran sus amos, el exercicio de su señor y toda la descendencia de su ama; y, llegando a lo del bayle, me dixo cómo su señora la mayor, que santa gloria huviesse, puso su felicidad en enseñar a su hija el harpa, que dançasse, y también a cantar. Luego dixe entre mí: «Bien dize esto con la pesadumbre que ayer avía entre su marido y ella, motejándola de no saber

tomar la aguja en la mano.»

-Fue mi señora -me dixo-, y al presente lo es, la muger que mejor bayló, tañó y cantó en España.

(¡Ansí dixe yo!) En efeto conocí la casa y hallé que gastava su hazienda en combites sólo por baylar, y aun que por baylar se casó luego. ¡Considere quán bien empleado estava qualquier castigo en la loca madre! Ara yo no sé para qué es bueno que hulanica sepa tañer y cantar si hulanica no ha de ser monja. ¿No basta los enemigos que consigo trae cada una en su condición y terribles costumbres, sin comprarnos otros? Pues ¡quiçá era moça nuestra bayladora! Por su mucha vejez ya no avía en el lugar quien se acordasse averla conocido con dientes. El rostro estava arado con multitud de arrugas, de manera que, para averse de afeytar, considero yo que se pondría el solimán con alfiler, como quien se alcohola. Era fuerça, porque, a no ser ansí, estuviera el fondo dellas de diferente color, de manera que devía de tener echa minuta de las arrugas menores y mayores con alfileres para las unas y para las otras, y, untando el necessario, diría: «Éste vaya a arrugas siete», como los que llevan la comida a los enfermos de los hospitales, que les dizen: «Vuessa merced vaya a camas onze.» Yo me hallé bien con ella, porque, como de la niñez me quedasse noticia de algunas mudanzillas, me las pagava a oro no porque se las enseñasse, sino porque las baylasse con ella.

El marido desta atarantada muger era un muy buen hombre, tanto, que de qualquier cosa próspera o adversa que de otro oyesse dezía: «Alabado sea el Santíssimo Sacramento. Dios lo ha de remediar todo. Él lo dio, Él lo pudo quitar. Sea su nombre bendito.» Exercitava al presente un oficio que, al

cabo de algunos días, injustamente le quitó el mismo que se le avía dado. Antes le juzgué por lo que he dicho. Dieron a otro lo que él tenía: dixo tantas cosas de muy gran consideración del que se le quitó y de quien desde entonces le tuvo, que quedé absorto. Preguntéme si era aquél el mismo hombre que pocos días antes fue y halló que no, porque entonces era rico y al presente se yva haziendo pobre. Está muy bien, quando se camina con próspero viento, dar a Dios muchas gracias, y quando con adverso, no acordarse dél; pues, ven acá hombre, aquello de «Dios lo dio, Dios lo quitó, suyo es todo, sea su nombre bendito», ¿qué se ha hecho? ¡Qué mucho hiziste tú en dar una pechuga a quien te dava la gallina! ¡O, qué bien dixo Terencio: Fácilmente, quando estamos con salud, damos a otros útiles consejos!

También consideré quán mal hazen los hombres poderosos, que, usando bien de los oficios aquéllos a quien los han dado, se los quitan: no ay razón, porque ningún hombre por este ni otro sucesso se olvide de lo principal, mas fuera bien no le huvieran dado causa. Ya me parece escucho algún curioso que me pregunta si dexó el exercicio la baylarina. Respóndole que no, porque se puede dezir lo que de los ojos de la melancólica, que llorando nacieron y ansí han de acabar, que baylando nació y ansí ha de acabar.

No me fue tan dañosa ésta como la otra su compañera. Cansóme en breve tiempo, porque, si el hablar huviera de contraer matrimonio con la miseria, la pudieran aver casado con el insigne Gonçalo. Ésta era muger que, con hablar tanto, jamás la impidió al comer: tanto hablava, que se yva secando como los éticos, tanto habló, que se confessava a menudo por hablar, y tanto, que yo no lo sé significar. Era

tan flaca que la llamaron la dama buýda, y con tanto extremo que se pudiera dar un ñudo en su cuerpo como con vara de mimbre, y tanto lo era que, si la pusieran por mano de relox, no impidiera la vista ni aun del uno. Era tanta su flaqueza que, hallando la aldava de su quarto echada por dentro, para saber qué hazía la criada, metió la mano para quitarla por la tronera de la llave; y yo oí a un hombre, que por la calle passava, preguntarla, por estar ella a la puerta, si era casa de tesoro.

-¿Por qué lo dize? Respondió:
-Porque ay lançón a la puerta.

¡Pobre de mí!, que si le hizo a ella el agravio, a mí se me aumentó el tormento.

Digo, demás desto, que esta dama, o esta geringa, tenía otras quatro amigas de la misma data, muy pesadas aunque muy flacas. Juntávanse, como otras a merendar, a hablar. El concierto era entre ellas no averse de enojar la una porque la otra no la escuchasse, que, como se juntavan a hablar más que a ser oídas, como quiera que hablassen no les dava cuydado; ansí que entrava una y tras aquélla otra y luego otra, como los que cantan en fuga, que no porque entre uno sale otro, antes todos se quedan cantando. Vi al marido désta desesperado, porque hablava entre sueños y se le yvan las criadas porque las quebrava la cabeça.

Esto es lo que toca a mis vezinas. Bolvamos a nuestro Gonçalo. Hallaremos que tanto apretó a Gilillo y tanto le fatigó, que se le fue, no como hijo pródigo, antes como hijo podrido: ¡imprudencia grande de hombre que a tal le forçó! Gil no quería casas ni viñas, sino comer, para lo qual buscó una frutera con quien hizo assiento. Allí fue señor de

cantidad de ciruelas el que por una tan crudamente fue castigado, rodavan las peras y las camuessas sujetas a su voluntad: hiziera allí de muy buena gana un tabernáculo. Mas dezidme vos, señor Gonçalo, os ruego, ¿por ventura eran compatibles los pequeños premios que a vuestros hijos dávades con los crueles castigos por tan leves causas? Pues, tomaos lo que os vino.

No han de ser los padres verdugos de sus hijos, ni tampoco dexar de castigarlos; ni el amor les ha de vencer de suerte que, por él, los han de poner en estado que no han de permanecer, que es fuerça caer dél o no dar buena cuenta, o perderse el uno y el otro. Lindamente respondió Febo a su hijo Phaetón si perseverara en ello: «Hijo, aunque el amor de padre con tantas veras me incita a hazer vuestro gusto, no es para vos lo que me pedís, ni a vos ni a mí nos está bien.» ¿Y qué resultó de no llevar adelante lo començado? Darle el carro del sol, que era lo que le pedía, y dar con él y consigo en las aguas. En verdad, hombre medio humilde, que te ha de acontecer lo mismo. Si quieres tu hijo cavallero, linda cosa es que le pongas unas alas de cera y que le subas junto al sol: quemárselas ha, te prometo.

Al fin, Gonçalo halló su hijo pregonando con muy lindos passos de garganta la fruta de su nuevo dueño; bolvióle a casa, donde el contento le sacó de madre. Púsose, para que esto se conociesse, el terno rico, salieron las empapeladas. Y para más festejar el hallado perdido, le llevó al rastro, donde se traxo un vientre de carnero mandándole se diesse buena diligencia en llevarle a casa con brevedad, para que se adereçasse para comer. Junto con esso le dio dineros para que comprasse poco más pan que lo acostumbrado, y él, para que el excesso fuesse cumplido, se llevó una cabeça de

carnero embuelta en una vieja servilleta, que para esse efecto sacó de casa.

Viniendo con ella debaxo de la capa, vio en una tienda no muy lejos del rastro unas ciruelas, de las que se dize satisfacen el desseo del más goloso bellaco. Puso la servilleta sobre una mesa que a la puerta avía para sacar un lienço de la faldriquera y, cayéndose un lado della, quedó como tapada de medio ojo. Cierto alano que de aquellos barrios era cosario, enamorado de la partícula que vio del ojo, se llegó a ver si dezía el paño con lo poco que de la muestra avía visto. Quando Gonçalo diziéndole:

-¡Sal aquí! -le tiró un puntapié, el alano, que era valiente a las derechas, le hizo menos dos faxas de las que se aforravan en papel, con las quales se fue passo a passo.

Luego que Gonçalo vio tan mal heridas las calças de su vida, eligiendo a trueco de bolverlas a cobrar de los dos daños de perderlas o darle la cabela el menor, fue tras él mostrándosela y rogándole con ella. A la fe, no era perro de burlas ni menos gran ballestero que valiente. Él estava enfadado de que tras él huviesse ydo tanto tiempo; soltó las faxas a sus mismos pies y tiróles segundo bocado. Echó el cuerpo atrás Gonçalo, medroso mas no encogido, que, antes, le estiró más de lo acostumbrado, causa de que una sola cinta que las calças tenían a cargo, por su mucha flaqueça, diesse libertad a las que la fiesta avían de honrar.

Viéndose Gonçalo con grillos, que no podía huyr y que avía soltado las faxas, quiso meter la cabeça dentro dellas y, cogiéndolas en la mano, yrse al portal de enfrente. Fuera ansí a no ser el perro tan buen tirador que, en la distancia que huvo desde la mano a dexarla caer de ella en ellas, no la

cogiesse, y, tan passo a passo como antes avía venido, se bolviesse con una cabeça que llevava quatro ojos: dos que sacó del rastro y los dos de Gonçalo que con ella yvan. Comiósela y no fue poco afortunado en que se la llevasse, porque, como las calças tuviessen en lugar de aforros de lienço aforros de cuero de ante (que su bisabuelo o abuelo puso en ellas porque fuessen eternas), si el perro se quedara allí, tuviera por cierto estavan aforradas en callos.

En fin, que ya no avía cabeça, ciruelas, ni vientre, porque, yendo con él Gilillo a casa, como del breve tiempo que con la frutera estuvo conociesse algunos de aquellos muchachos que el mismo menester que el suyo exercitavan y uno dellos le diesse un pescoçón diziéndole:

-Pícaro, ¿qué hazes por acá? ¿Estás con algún bodegonero? -y Gilillo le respondiesse a todo y, para mejor poderlo hazer, pusiesse detrás de una puerta el esportillo en que llevava el vientre junto a unas espuertas de basura que aguardavan el carretón que por ellas viene, parece ser que, ocupados los dos muchachos en la lid, llegó el ministro del nuevo oficio pregonando basura a la casa donde las espuertas estavan, entró en ella como tenía de costumbre, por cierto interés que para bever se le señaló, y, cargando con ellas, las vertió en el carro, bolviéndolas a poner vazías en la misma parte que las sacó llenas. Con esto se fue, y llegando Gonçalo al puesto donde se dava la batalla entre los dos campos, que el uno más era desierto y el otro gozava fertilidad de fruta según el tiempo la concedía, los puso en paz sin ofender al contrario de su hijo, porque no supo quien tuviesse la culpa y, como no fuesse en cosa que tocasse a comer, era Gonçalo muy allegado a la razón.

Le preguntó por el vientre, y diziendo:

-Aquí está, señor-, fue a buscarle a donde le avía puesto. No pareció, causa de que los trabajos passados se le renovassen y empeçassen de nuevo. Afligióse Gilillo y, saliéndole su padre al camino, en atajarle el que quería tomar según los ojos puestos a lo de fuga davan a entender, le contó, para assegurarle, el sucesso de la cabeça y ciruelas. Llevóle a casa.

La pobre de la muger, en quien hazían más labor semejantes trabajos y avía cantado, gorgeándose con su vientre por la ya cercana possessión del que con tan deleytables ansias desseava, hymnos de comer y oyó los dos sucessos, quiso morirse a poder la muerte llegar a quien ya estava con ella. Gonçalo pidió recaudo para adereçar las mal heridas honradoras de la fiesta del perdido recuperado, quando de todo punto perdió la hambrienta muger la esperança de comer. ¡Desafortunada persona, pues, aun aquello que es lícito no se le da y con tantas veras huye della!

Al fin Gonçalo acabó su obra y salió solo de casa, adonde bolvió luego con algunos pedaços de carnero, parte de hígado y parte de baca y la mayor destas dos de macho. Llamó a la que a un rincón llorava muerte tan larga, cuya vida fue en ella como día de Noruega por aver sido lo más un rabioso morir, sin creer se avía de comer aquel día aun lo limitado que se acostumbrava en los de atrás, y entonces la vino más y mejor, que es muy de cosas de la tierra perder la esperança dellas y venir luego mejores y más (bien se conoce esto, pero mal se pone por execución, que es muy de los enamorados del mundo seguirle desfavoreciéndoles él que amar favorecido qualquiera lo haze). Cogió la que el

alma tenía en los dientes todo lo que el marido traxo y, lavándolo, le preguntó qué se avía de hazer dello. Mandó se metiesse en una caçuela con arroz y que le llevassen al horno. ¡Sabe Dios si quisiera yrse con ella o dar una escopeta que en casa avía a Gilillo para que la guardasse! Al fin fue y vino con bien, y entonces se levantó del suelo donde tuvo las rodillas hasta que sus ojos la viessen.

Luego que en casa se habló del excesso en la comida, me acogí a mi agujero para verles comer. Púsose la mesa. Vilos a todos con mejor color, alegres los rostros, tan negociados como los que esperavan mejor ración que la acostumbrada. No me maravillo a fee que los árboles y las demás plantas por faltarles el agua, que es su comida, están tan tristes que, en lugar de desmelancoliçarnos, nos hazen partícipes de su tristeza. Acabóse la festividad en una caxa, que yo tuve por de alaxú por ser de su color y porque sacaron un cuchillo, y la mano de almirez para partir della era de mermelada y tan antigua que sonava en los dientes como turrón de Alicante: désta se dio aún menos que de pan bendito.

Levantaron los manteles después de dadas gracias y empeçóles a hazer un sermón. Baxárame luego, a no querer enterarme si hablava tan bien de lo divino como de lo humano habló, quando le oygo dezir:

-Hijos, no se vive más que un instante.

El sermón, dixe yo, es sobre la comida de los demás días. Prosiguió diziendo:

-Porque lo que ha passado ya no es de lo que vendrá, no sabéys nada; de suerte que de un instante bien vivido se compone una honesta muerte.

Las comidas de atrás, bolví a dezir, les ha predicado, porque, desde el principio al fin, casi no huvo medio y el sermón a dos palabras dio consigo en la muerte. Con esto me fuy.

No sé si pudo dañar a Gonçalo la fiesta que al perdido se hizo, porque, a trueco de comer, se fuera cada día el suyo. La causa de esta huyda, demás de la necessidad de comer, fue porque unos pobres, que su padre recogía so color de caridad, le davan algunas cosillas y aun casi todo el pan que se gastava; a quien devía dineros que les pidió prestados, a que no podían huyr el rostro, obligados de la buena acogida en un aposentillo que para el efecto tenía, que les costava mucho más caro que si le alquilaran. A éstos devía la hambrienta esposa más que a sus padres, porque, si aquéllos la sacaron a luz, estotros la tenían en ella. Fuéronse, cansados de sustentar una casa como si fueran casados, y Gil tras ellos.

La huérfana María consolava sus necessitadas tripas, prometiéndolas mejor tiempo, exortándolas a que llevassen lo mejor que pudiessen vida tan parecida a la muerte, diziéndolas que ¿quién más que ella quisiera tenerlas contentas y alegres y a quién le estava mejor?

-Tripas mías -saltándosele las lágrimas dezía-, ya yo veo que fuysteys desgraciadas entre todas las tripas y que ningunas tienen más razón de quexarse en aver caýdo en cuerpo que, si os tiene llenas, es de ayre. Mas consolaos, tripas de mis ojos, que tiempo tras tiempo viene y yo os asseguro grandes ventajas, y, porque conozcáys las veras con que desseo vuestro aumento, comeos este razimito de uvas que en la manga tengo.

Metióle todo en la boca y, tirando del palillo, dexó en ella los granos, tan ocupada con ellos que avía levantado los carrillos. Gonçalo tenía un hierreçuelo con que abría la puerta sin llamar, porque estuviessen siempre con cuydado, con el qual dava sobre ellos quando más seguros estavan; mas esta vez antes que entrasse en la sala le sintió y, descolgando un cruzifixo que de una cinta estava pendiente en un clavo, se le puso entre las manos, buelto el rostro a la pared como que estava rezando, hasta que las echó abajo, con lo qual dissimuló el no hablarle: que, a conocerla el juego, la abriera a açotes, como muchas vezes hizo sin qué ni para qué, cosa que a toda la gente de casa espantava, mas no a mí, porque, si esta muger hazía penitencia, era cierto que con los ayunos avían de andar las diciplinas.

Quédese esto en este estado y lleguemos hasta en casa de un médico, hermano de Gonçalo, que nació como sueño, tomando de muchas cosas un poquito, porque ansí como el que sueña de muchas nadas haze un algo, ansí el médico de padre miserable, de abuelo liberal, de un tío que fue un santo, salió más tratable tomando de cada uno un poquito; salvo que era astrólogo y dava en que no se avía de casar, porque hizo un juyzio de su nacimiento y supo las cosas que le avían de suceder, y una dellas era que sería su muger fácil, de cuyo engaño salió muy a su costa.

Passó assí, que cierta dama vino a él para que por su arte la supiesse quien la hurtó una sortija de un diamante. Hízolo. Salióle tan bien que fue hallado el ladrón en la parte que dixo: pusiéronle en la cárcel y diéronle dozientos açotes de contado, aunque después le quitaron las galeras a que también fue sentenciado. Salió della y, en el tiempo que le dieron para poner bien sus cosas para cumplir el destierro

que en lugar dellas entró, dio una muy gentil cuchillada al médico. Otro hermano frayle que éstos tenían, que desseava verlo casado, le dixo:

-Hermano, ¿quándo hizo juyzio de lo que en el discurso de su vida le avía de suceder, halló que le avían de dar essa cuchillada?

Respondióle: -No hallé tal.

-Pues, ríome de todo lo que sabe, porque no vale un quarto. De aý conocerá cómo es mentira lo demás y verdad que será muy bien casado.

-¡Ea, ea, disponga de su persona! -él dixo (miren las cosas malas que trae consigo una cuchillada), y determinó hazer lo que se le pedía, porque no muy lexos de su casa avía una botica donde él receptava, cuyo boticario tenía una hija más que bonita y muy bien inclinada, a quien el dotor echó el ojo, con quien se huviera casado si el miedo de la facilidad se lo huviera permitido.

Tratóse el negocio por mano del frayle y hízose. De que Gonçalo estuvo disgustadíssimo, porque, muriendo sin hijos, tenía por sin duda ser los suyos sus herederos, mas, como no aya bien sin daño ageno y al contrario, si Gonçalo quedó disgustado, a la muger y a los hijos les estuvo bien, porque los vistió a todos de pies a cabeça. Con lo qual se hallaron en la boda, de donde se traxo, sin que lo supiesse, para comer un mes. Bueltos a casa, los despojó de los vestidos y los guardó como si él los huviera dado, sin ser bastantes los dos hermanos a que se los bolviesse: de que la madrastra pensó morir, particularmente viéndose en boca de invierno, y de invierno que amenazava gran frío. Tuvo

entonces que consolar, demás de a las vazías tripas, al desabrigado cuerpo.

¿Qué diré de mis vezinas que también fueron combidadas? Diré que por baylar la una no se sentó, mas que, aunque la otra hizo platos, murmurando digo para dentro y fuera del lugar para amigas y enemigas, no por esso dexó de comer al passo que habló ella y bayló la otra. Passaron algunos días, en los quales el rezién casado conoció la facilidad de su muger y cómo en aquello, aun acertando, erró, porque, si fue fácil, consistió su facilidad en que por qualquier cosa a gusto o a disgusto suyo llorava.

Llamó a su hermano el frayle, a quien dio parte de la facilidad de su esposa, diziéndole cómo se avía casado con un Jeremías. Conoció el frayle quán bueno era su hermano, pues tan buena muger le avía dado Dios, prometióle curársela en breves días, para lo qual la llevó en casa de mi vezina la que baylava, de donde vino riéndose si fue llorando, porque el bayle de la una y el hablar de la otra la desvanecieron la cabeça. De manera fue que, para preguntar a su marido dónde yva, era tan grande la risa que no podía acabar de dezirlo. Passó tan adelante el negocio que conoció el dotor avérsele secado el cerebro, y, aunque se le aplicaron medicinas, no tuvieron buen efecto, de suerte que, al cabo de algunos meses, murió la frenética.

Bueno era el marido, pues gozó de muger cuyo defecto fue sólo llorar, y quando pudo venir, para no ser como hasta allí, vino riendo, y, para poner el negocio en mejor estado, confirmó después este bien con bolvérsele el juyzio y de allí morirse. En lo qual anduvo mejor que hasta entonces, pues, desde que se casó hasta que esto fue, no passaron seys

meses: de lo qual todo se conocerá su bondad, pues aquello que a otras da vida se la quitó a ella. No era cosa que avía usado, que de comer carnero o gallina lo necessario ¿quién ha muerto? Nadie. Y si comiesse alguno solimán ¿moriría? Sí, señor. Luego buena muger, pues fue para ella solimán lo que para otras jacintos, buenos fueron los boticarios, pues criaron bien su hija, y buena fue la muerte, pues se llevó buena a quien quiçá viviendo pudiera mala.

Él bolvió la dote y se hizo clérigo, confessándose por uno de los mejores casados del mundo. Día pareció su casamiento de por el mes de deziembre, pues, desde amanecer hasta ser de noche, apenas vemos el medio. Acabada muger se dize para significar gran hermosura, mas yo considero la muger linda porque es honesta y agradable, y acabada porque se murió para no dexar de serlo.

A todas estas cosas la sin ventura María consolava una y muchas vezes a quien no podía remediar, bolviendo a hazerlas nuevos ofrecimientos si su avara suerte lograsse sus esperanças; era no madrastra sino madre de sus andados, queríalos bien y sentía sus trabajos, porque quando muchos padecen un mismo mal, no ay ninguno ¡soverbio ni embidioso. ¡Libre nos Dios de que la fortuna se señale en hazer bien a alguno, que allí es ello! Si hasta entonces era christiano viejo, de allí adelante es judío y huvo quien le viesse su sanbenito; si era agradable y bien acondicionado, luego es enfadoso y sobervio, sin más razón para ello que la que Tácito da, que dize: Tenemos los mortales una inclinación heredada de naturaleza que nos enseña a mirar con ojos embidiosos a quien antes estava en lugar baxo.

No estava aún entonces lleno el número de los tormentos de

la ayunada señora, que aún le faltava el mayor dellos. Passó ansí que, como Gonçalo guardasse todas las cosas que por la calle hallava y para ello llevasse una servilleta en la cinta, alçó, que non deviera, un peyne que le llenó de tiña barba y cabeça. Éste causó la muerte a María, porque, no saliendo de casa, la pudrió más y más que lo acostumbrado: y tanto la pudrió y tanto la mató de hambre, dándola, en lugar de comida, con que paladeasse las tripas, y tan desnuda la traxo, que, saliendo al patio de la casa, se quedó, si no entonces muerta, de tal manera para ello que dentro de quatro días la enterramos.

Razón fuera que la misma muerte, si no con los mismos accidentes, se llevara después de algunos infortunios este Caýn que de hambre mató al inocente Abel. Hízolo y, para tan gran fiesta, celebró primero estas vísperas, empeçándolas, Gil, que ya sabía donde estava la puerta de la calle. ¡Dios nos defienda que una vez se empiece cosa que buena no sea, particularmente en muchachos y incitados de la necessidad de comer y demasía de castigo, que ella echará raýzes! Él se fue la primera vez por comer, y reincidió la segunda, no para hazer casas ni comprar heredades, sino para el mismo efecto.

Acordóse como, de averse puesto tan en público, le vino el daño de hallarle con brevedad. Llegóse hasta en casa de un cavallero, Grande de España, y, como en semejantes casas aunque muchos vengan todos son admitidos porque no les dan salario y no les falta de comer, recibió el cozinero el nuevo oficial, que ya avía trocado el nombre de Gil en Sebastianillo. Fueles bien a los dos: a él, porque comió, y a su amo, porque, por gozar de lo que tanto necessitava, lo halló oficial quando apenas pudiera ser razonable aprendiz.

Luego que los demás hermanos conocieron quán a la larga yva su mal, cada uno tomó las de Villadiego, que una muger en una casa, sea qual fuere, mientras no es fácil de su persona, de mucho momento es: a su sombra se acierta todo y en lo que ellas ponen la mano parece tiene diferente sabor. Conoce al fin esto el que más suelto vive y el que más atado está a sus terribilidades.

Hallóse Gonçalo solo, triste, enfermo, lleno de tiña, con necessidad de curarse y sin tener a quien bolver los ojos, por cuya causa pidió a uno de los vezinos de casa que, de qualquier madre de moças, le embiasse una o vieja o moça. Hízolo ansí, aunque sabía no aver de durar con él por su miseria. Embióle una a medio andar en los años, no mal encarada ni con desaliños, de quien se pudiera temer se bolviera visto el talle y la cara de Gonçalo; mas, hallando lo que días atrás buscava, para lo qual hazía exercicios en la casa de donde fue embiada, aviendo venido de la pública de Toledo y teniendo aquí casi el mismo exercicio en una piedra del río, donde a menudo yva a labar mientras sanava de cierta enfermedad anexa a mugeres de su vivir, que la yva a la mano por no dexarla mandar bien los pies, aceptó la casa y, sirviendo algunos días diligentíssimamente le fue cevando: demás de que, le traxo una muger que le puso unos pegotes.

Estrema medicina a la enfermedad de Gonçalo, el qual estava con ellos y con la ropa donoso, a quien la dañada Medea yva traçando un juego que se le acordasse. Y salió con ello, pues le dio palabra de ser su marido delante del Christo que dissimuló las uvas de la difunta, diziéndole que no por averla hallado en casa de la madre de las moças creyesse della cosa que no fuesse de muy muger honrada,

que escriviesse a Arévalo, de donde era natural, y conocería de la respuesta quien fuesse, que la avían traýdo a la Corte la muerte de sus padres y la áspera condición y mucha miseria de un tío suyo.

Creyólo él, porque, acordándose de lo que con sus mugeres y hijos cerca della avía passado, se persuadió a que sería verdad. Y, pidiéndole licencia para yr a la iglesia a confessarse si pudiesse y dándosela él, se fue con las mismas lágrimas en casa de un alcalde, a quien se querelló, ofreciéndole bastante información. Depositáronla con esto y fueron por él, y, como no pudiesse venir por estar tan cargado de tiña, le dieron la casa por cárcel, preguntándole al tenor de la querellante; el qual confessó todo lo que passava y como la dio palabra delante de un Christo que a la cabecera de la cama tenía y que él era christiano y se la avía de cumplir, atento lo qual, no avía para que gastar tiempo que él se quería casar.

¡Tanto puede una miseria como esto, que, por no gastar, haze se case este pobre hombre, y tanto puede la ociosidad el ponerse en la ocasión, cosa que tan mal se huye!

En el tiempo que passó mientras se hizieron las municiones, le tuvo para acabarse de curar, de manera que, quando vino a poder de su marido, ya vino buena: y quando no lo estuviera, dissimulara su falta con la sobra del esposo, porque le halló con la enfermedad della, y tal que no le permitía se mudasse de un lado. De manera que ya nuestro Gonçalo tenía, para principio de paga de las inocentes difuntas, cabeça y barba con tiña, dos postemas y, lo peor, una muger de la calidad que he dicho.

Dexémosle, pues, aquí y vámonos a Sebastianillo. Y hallarle

hemos page de cámara y muy privado de su amo, porque, como huviesse determinado yrse con sus vassallos y allí tuviesse tiempo sobrado para hablar con los criados de casa, aun hasta con los pícaros de cozina, y el cozinero le huviesse dado parte de la buena inclinación de su oficial, mandando se le subiessen arriba, le preguntó quién eran sus padres y la razón por qué se aplicó a cosa tan baxa. Él le respondió a todo, diziéndole lo que passava y cómo la importuna necessidad le forçó a ello, y que no se espantasse su excelencia se rindiesse un pobre muchacho, pues una ciudad se rendía por hambre.

Parecióle suficiente disculpa, y, conociendo dél ser hijo de padres honrados, aviéndole informado el cozinero de su mucha virtud (que esto de aver tenido buenos principios con no mal natural importa mucho, porque si tal vez se divierte su dueño, raras le haze consumadamente malo), le hizo su page, y, de allí a poco, de la cámara, y luego empeçó a privar con él, de manera que no se hazía en casa cosa que por su mano no passasse; que no es malo mudarse la persona tal vez, quando en lo que entre manos tiene le va muy mal.

Sucedido ha a más de un tahur levantarse de la mesa donde está jugando, cansado de que le diga tan mal, y salirse a la calle y dezirle bien quando buelve. Bien es verdad que yo he visto passearse un rato un hombre que estava perdiendo para ver si aquella mala suerte se acabaría, y bolver al juego y alçar veynte pintas contra sí: todo lo tiene el naype y en la fortuna está encerrado lo uno y lo otro. Bueno fue el natural de Sebastianillo pero mucho le importó aportar en buena casa, de manera que fue acierto nacido de yerro. Tanto caudal halló su amo en él y tanta noticia tuvo de letras

humanas y tan bien sabía latín, que le fiava lo íntimo de su pecho.

¡O, qué bueno es saber! Pregunto yo: ¿si don Sebastián (que assí se llamava ya) saliera de en casa de su padre sin más que con su rota persona, viniera, aunque muy noble sangre le acompañara, al estado que al presente tiene? No por cierto. Luego, ¡saber!, créanme los padres; y, aunque trabajen en ello muchíssimo, hagan científicos sus hijos, que el que dixo «más vale saber que aver» bien dixo, porque lo uno se suele acabar con el tiempo y lo otro con el mismo se perficiona.

Bolvamos agora a Gonçalo y a Ysabel de la Puebla su muger, que en otro tiempo se llamó la Raposa por lo mucho que del arte entendió. Hallarle hemos aún en peor estado del que le dexamos y a ella hecha ama de hospital, porque, si le puso en aquellos términos, vino a curarle, a cuya obligación avía de acudir de veras si huviera sido mala de burlas, no tan de pensado digo: mas raras vezes, como dize Tácito, el ánimo corrompido por liviandades aprovecha para más que para aquello en que tantas vezes se ha ensayado.

Gonçalo metió en casa una muger tan valiente que contrastó una hambre no aprovechándole su miseria, porque era de las de «ha de ser lo que yo quisiere y no más». ¡Dios nos libre de la yra de una muger y más de ira de muger como ésta! Passó solía, Gonçalo; trocáronse las suertes. ¿Acabásteys las humildes? Cayóos en suerte la misma sobervia. No tuvo valor con vos la honestidad y caysteys en un poço de descaramientos. ¿No conocisteys las muchas mercedes que Dios os hizo? Conoceréys su castigo. Poco os aprovecha atar los gatos ni galopear el tozino, que la nueva muger sabe

como degeneréys de lo que soys. ¿Açotávades sin qué ni para qué a la sufridíssima difunta? Pues, ved agora que, si no soys açotado, os tratan de suerte que excede a ello. Por cierto justo castigo, digno de las demasías passadas. Sin duda vuestras mugeres os han citado. ¿Qué es de vuestros hijos? ¿Cómo no han parecido ni vos los avéys buscado? ¿Ésse era el cuydado que con ellos teníades y los buenos documentos que les dávades? ¡Ved quál estáys! La tiña, no obedeciendo la censura de los pegotes, va en aumento; de los dos lados que tan mal heridos tenéys, el uno ha empeçado a criar cáncer. Pues, poned los ojos en vuestra muger: el día que peor os sentís, ésse sale con mayores galas. ¿No os acordáys de la ropa con que a la passada traxistes ceñida? Acometelde con ella a la que presente tenéys. Duero, peña y peñas por muchas partes os cercan.

Estando en este tan miserable estado, entró don Sebastián, que antiguamente era Gilillo, muy galán, con dos criados, que avía muy pocos días que con su amo bolvió de assiento a la Corte, en los quales se informó del estado de su casa. Supo la desventura de su padre y cómo los demás hermanos también se avían ydo. Bien quisiera, en lugar de darle la mano que para besarle pidió, echarse a sus pies, mas él con el tan devido respecto se la besó y fue luego a su madrastra mostrando querer hazer lo propio, aunque ella no lo consintió antes, en lugar de dársela, le dio por los ojos el coraçón.

Tuvo lugar Gonçalo de llorar con él sus desventuras, y no avía para que exagerarlas, pues el estado en que le tenían podían ser suficientes testigos, mas no le dixo del baxo lugar de la casa de madre de moças donde su muger avía estado, aunque él lo supo, antes le consoló, con las más vivas

razones que pudo, contándole, para divertirle de las tristezas y enfado de tan pesados males, la mucha merced que su amo le hazía y cómo esperava en Dios verle con mucha salud y contento, y verse en el estado que fuesse amparo de sus hermanos, que no avía mejor traça, para que viniessen, que saber podía hazer algo por ellos.

Con esto se despidió por no hazer falta a su amo. La madrastra le avía acechado todo el tiempo que con su padre estuvo. Quando le vio salir fue a él y le dixo que le esperava en cierta parte, porque tenía mucho que hablarle. Aceptó él, creyendo ser cosa tocante a las de su padre, y señaló el lugar. El padre quedó llorando de contento y la madre de amor.

Comieron sin bonetes ni ropas ceñidas, sin la avaricia que en tiempos atrás se acostumbró; y, aunque él tenía en el alma el carácter de la miseria, no se atrevía a usar della más de en las cosas que a su persona tocavan. El dinero era mucho y dentro de casa, la señora ancha de conciencia y muy pródiga, de manera que, lo que en él faltava sobrava en ella. Y aunque el cofre era de hierro y las llaves hechas con gran arte, para todo tuvo industria, y, quando le faltara, era muger que a coces hiziera se le diesse lo que ella pidiera.

Levantada que fue la mesa, hizo llamar un escudero y se fue diziendo quería empeçar una novena por su salud. No se devieron nada en esto los dos, porque, si fingido lo dixo ella, fingido lo entendió él. Caminó a donde su hijastro y su amado la esperava, a quien habló con la desemboltura que della se puede entender, diziéndole cómo la avía parecido bien y que avía de ser suyo a pesar de todo el mundo.

No quiso disgustarla don Sebastián con lo que otro, que tan

cuerdo no fuera, pudiera responder: «Pues, señora, ¿estáys en vuestro juyzio? ¿Al hijo de vuestro marido requestáys? Bolved, bolved en vuestro acuerdo.» No la dixo tal, antes, respondiéndola con la misma desemboltura, la dixo como, por una grave enfermedad de que Dios le dexó con vida, le hizo promessa de no ofenderle carnalmente en un año, que, passado aquél, trataría de su gusto. Ni ella quisiera que lo prometido pusiesse por execución, ni hiziera menos que yrse con ella, tan lascivo fue el amor que, desde que vino a su presencia, engendró en su pecho; mas, como por quien mucho se ama mucho se ha de conceder, se conformó con su voluntad, pidiéndole fuesse en casa de su padre muy a menudo, que con esso por entonces quedaría contenta. Con este mal cessó otro de cierto bellaconaço con quien estava enredada.

Prosiguiendo, pues, Ysabel en sus amores y él en el voto que fingió aver hecho, tanto lo quería que no excedió un minuto de su gusto, dándole todo el dinero que hurtava del cofre de hierro, el qual él guardava sin tocarle. Hazía en esto dos cosas: la una, tenía enfrenada a aquella lasciva muger, y la otra, guardar su hazienda, escusándola con aquello de que no la diesse a otro.

Parece ser que, de los hermanos que se ausentaron, uno dellos se inclinó a las armas, y como hallasse caudal en él el capitán, le hizo oficial en la compañía que en cierto puerto estava. Luego que se vio tan galán y con plumas, quiso dar una pavonada por su tierra, informándose primero de las cosas de su casa. No faltó un amigo que le satisficiesse este desseo, porque le dio parte de todo lo que en ella passava. El nuevo soldado perdía unas vezes la color y otras, resuelto a la vengança, le cobrava. Informóle juntamente de las

liviandades de su madrastra y de quán públicas eran, no en la calle, que no es poco en la Corte, mas aun en todo el lugar, y cómo la noche que no estava a la puerta della concertando nuevas ofensas para otro día, estava su criada, y que era una grandíssima alcahueta.

Aquí fue donde halló el soldado lo que por trabajo de ingenio pudiera descubrir, porque, estando a la puerta tan a menudo, podía llegar una noche y poner por execución su intento. No se descuydó, antes, para desmentir lo que después dél su mismo amigo pudiera sospechar, se despidió, diziendo no estava bien en parte donde tan grande desventura le sucedió a su padre, que se quería bolver a su compañía. Con esto, estuvo escondido unos quantos días hasta que una noche se determinó yr, muy galán y con muchas plumas aunque emboçado, a la casa que él bien sabía a preguntar por la señora doña Ysabel, pidiendo a una muger que a la puerta estava se la llamasse.

Ésta era la criada, que hablava con don Sebastián, pidiéndole no se fuesse sin hablar a su señora. Ella respondió ser quien buscava, que es muy de semejante gente tener los negocios de sus amas por propios; demás de que, entendió ser algún galán que avía concertado por allá, y no le causó novedad preguntassen a tal hora, aunque se espantó de que huviesse dicho verdad en la casa. Para que don Sebastián no se enojasse de que, estando con él, hiziesse cara a otro, le apartó y le dixo cómo aquel mancebo era cosa suya, que tuviesse por bien le hablasse.

El soldado no venía para muchas largas: bolvió segunda vez a preguntarla si era ella la señora doña Ysabel. Respondió que sí. Puso mano al acero y diola una muy gentil estocada.

Cayó en el suelo diziendo:
-¡Ay, que me ha muerto el bellaco de hulano!

-(el nombre del rufián que pocos días atrás su señora avía dado de mano).

Creyólo ansí según le vio de enojado por ello, atribuyendo la causa a su mal tercio. Una muchacha, que estava detrás desta buena lança haziendo los exercicios para entrar en licencias, dixo que le conoció muy bien y que era el mismo que la criada dixo.

Viendo don Sebastián el atrevimiento que delante dél se avía usado, puso mano al suyo y corrió tras el homicida. El rufián, que estava a la esquina, viéndolos venir el uno tras el otro, no sabiendo lo que avía acontecido, sacó la hoja y quiso ponerse en medio.

Valiérale más no la desnudara, porque, a los muchos gritos de las vezinas, llegó la justicia y, viendo la muger en el suelo y llena de sangre, informándole de que por la calle abaxo yva y no poder aún llegar al esquina, corrieron a buscarle. Hallaron el pobre del rufián desembaynada la espada. Todos dixeron:

-¡Éste es!

Él respondió lo que avía passado. Lleváronle a la casa, donde la criada herida y la pupila que con ella estava dixeron ser él. Pues, por el alguazil y escrivano no se perdió la buena obra, que sangre le hallaron en ella sin averla tenido desde la primera que en la cinta se puso. Lleváronle a la cárcel, donde lo pusieron en un calaboço.

No passó muchas horas que no le diessen tormento, porque

el caso y los indicios lo pidieron ansí, a que ayudó mucho la mala opinión, el aver estado muchas vezes preso y traerle entre ojos la justicia: y como este género de valientes sean como los nublados en año que viene torzido, que todo es demonstraciones y nunca llueve, confessó. Tuviéronle unos días sin sentenciarle, hasta que la herida murió y ahorcáronle después.

Quando los dos hermanos fueron corriendo el uno tras el otro, parece ser que un demandador que venía pidiendo, como es costumbre, de noche, se puso en medio dellos para que no riñessen. Con la luz de la linterna se conocieron, abraçáronse y tomaron el camino de en casa del amo de don Sebastián, en cuya casa se dio parte el uno al otro de todo lo sucedido. Allí supo el soldado cómo quedava vivo el enemigo y sin herida, como avía dado a la criada por dar a la ama.

Doña Ysabel, que con la muerte de la criada estava algo compungida, acabó de abrir los ojos, considerando como si a la puerta estuviera, como era tan ordinario, fuera ella la difunta y en quan mal estado la cogía: determinó con todas veras apartar de sí la nueva voluntad y ser otra de lo que hasta entonces.

Por manera que, desta muerte, nació nueva vida en doña Ysabel y quedaron castigados unos y premiados otros: castigada la criada, que pudiera averse contentado con veynte años que avia usava la negociación, que, a no estar ella a la puerta, no estuviera fuera del mundo; castigado el rufián, que también se los pudiera aver abierto la poca medra y muchos trabajos de otros tantos que anduvo en el trato, y no estar atalayando la casa de donde le avían

echado, y tampoco le sucediera mal premiado don Sebastián, que, tanto por su mucha virtud y prudencia quanto por sus traças, entretenía su madrastra, escusándole de buscar las nuevas passado el año en que avía de guardar el voto.

Gonçalo fue servido de su esposa unos días con la mayor diligencia y entrañable amor del mundo. Mas duróle poco, porque los males le apretavan demasiado, y tanto, que se le arrimó una calenturilla que le yva secando, con la mayor gana de comer que hombre ha tenido; mas, quando llegava la vianda a la boca, no la podía passar, aunque ponía de su parte toda diligencia tal sabor tenía en ella, de manera que si oy tragava un poquito para no morirse, mañana era menos.

Bien quisiera él comer, mas no podía: ¡justo castigo que muera de hambre el que a dos mugeres mató con ella! Compravan los capones de leche, las perdices, las pollas; pedíanle que comiesse, que se perdía, y que para ello se hiziesse fuerça. Respondía:

-No puedo.

-Pues, ¿qué se ha de hazer desto? -Echarlo por la ventana abaxo.

Pues, Gonçalo, ¿essa es respuesta de un hombre tan miserable? Por una hastilla saliérades vos a ella ¿y dezís que arrojen un capón que costó un escudo? Al fin, señor, vos soys castigado y medido con la medida que medistes a otros.

Ya les pareció a todos que no podía vivir quinze días.

Hiziéronle hazer testamento.

Quando don Sebastián supo en los términos que su padre andava, fue a él con su hermano el soldado y le dixo cómo avía vivido muy engañado cerca de las cosas que de su madrastra avía presumido, y que, para que entendiesse la verdad del negocio, le dava dos mil escudos, que era el dinero que le faltava, porque, sabiendo que sus hermanos estavan ausentes y que él avía de llevar adelante el andar galán porque el oficio de camarero en casa de un príncipe lo requería, hurtó, ansí para lo uno como para lo otro, el dinero que él le restituýa, y que por su causa estava su hermano en Madrid. A lo qual, si Gonçalo no se persuadió, fue por lo menos suficiente su hijo para hazer la dexasse parte del quinto de sus bienes con que pudiesse vivir honestamente, como lo hizo.

Puestas las cosas en este estado, murió, quedando todos con su muerte acomodados, porque el lechón y el avariento tienen essa propiedad, que en vida no sirven de nada y causan con su muerte mucha utilidad. ¿Quién no ha conocido el enfado deste animal gruñiendo y ensuciando todo el lugar? Pues, en muriendo llena toda la casa el que antes era enfado en ella.

Cada uno llevó a la suya su herencia y don Sebastián mejorada, que, aunque no avía menester dineros, no vienen nunca a mal tiempo, porque, si ay necessidad, se remedia con ellos, si no la ay, perseverase en que no la aya.

EL LICENCIADO PERIQUÍN

Índice

Prólogo

Nació Pedro de la Oliva en Segovia. Fue hijo de Pedro de la Oliva y de María de Oceta, vizcaýnos, gente pobre, mas muy bien nacida. Fue el exercicio de su padre acudir a las cobranças de los mercaderes, assí dentro de la ciudad como fuera della. Nació de pies, en los verdes años de sus padres y en los primeros de su matrimonio, y luziósele bien, porque sacó compuestos los quatro humores, y muy alegre, tanto que como otros nacen llorando, él nació riendo. Tomar luego el pecho le hizo partícipe de la no regalada comida de su madre: mamó con moderación, y tanta, que parecía conocer la necessidad de su casa. Baptizaron a Pedro, cuyos vizcaýnos padrinos hizieron juyzio sobre su nacimiento, teniéndole por afortunado. La comadre, que de casos tales más que los judiciarios alcança, dixo:

-¿Por qué pensáys que se les atribuye fortuna a los que de

pies nacieron?

-Porque lo hemos oýdo a muchos -respondieron ellos.

Propia definición de legos que estudiantes se pretenden mostrar.

-Lo cierto es -dixo ella- que partos en que viene la criatura los pies abaxo son contra naturaleza del parir. Las más vezes suelen nacer muertos o morirse entonces, y dízese de los que escaparon que son afortunados: y es ansí, aunque yerran en su inteligencia.

Al fin, Pedro fue creciendo ni delicado ni llorón, essento de las cosas que a los niños suelen hazer enfadosos. Era agradable y hazíase querer bien en sus tiernos días, descubriendo en ellos mucho donayre para los futuros. Y ya Pedro estava en términos de yr a la escuela, donde fue tan diabólico que le tomó el maestro unos pliegues al nombre, llamándole Periquín, en el qual le confirmaron los demás muchachos sus condicípulos, a quien junto con él hazía notables burlas. A cuyo tiempo se llevó Dios a su padre.

La viuda no pudo acabar de enseñárselo, por cuya causa le acomodó con un mercader, que le ofreció hazerlo él y después tenerle en la tienda, para que se habilitasse y por aquel camino hazelle hombre. La madre se lo agradeció mucho y llevó su hijo, el qual estuvo en su casa hasta que supo bien leer, escrivir y contar.

Luego que Pedro se vio en este estado, como no viniesse en el desinio de su amo, se fue a Madrid para poner el suyo por obra, que era guiar por el camino de las letras. Para lo qual se acomodó con un clérigo que cerca de un mesón vivía, que le ofreció dar estudio, en cuya casa entró con mal pie; y

aunque por entonces no tuvo efecto el de la mula de su dueño, que le quiso dar a entender que no estava manca de los pies, túvole al fin el de un vizcaýno que en el mesón estava, adonde Pedro de quando en quando se yva a entretener. Éste respondió a Periquín, a no sé qué chufeta que en su lengua le dixo, con una tan buena coz que, después de aver rodado las escaleras de un sótano, se abrió la cabeça en una de las piedras de su cimiento, de que quedó sin habla y aun como sin vida.

Lleváronsele a su amo y, llamando un barbero que le tomasse la sangre, dixo que era negocio de mucha consideración, que para el día siguiente llamassen a un cirujano: en lugar de lo qual le llevaron al hospital, donde, aunque llegó muy al cabo, al fin tuvo salud, y, luego que le pusieron parche, le embiaron con Dios.

Hallóse desamparado, solo y en tierra agena, causa de que pidiesse de en puerta en puerta, porque, como los males pocas vezes vengan sin criado (que suele ser mejor que el amo, como a este pobre moço le sucedió), tuvo nuevas de que su madre era muerta. Entendió muy bien el juego de los pobres, y como no todos lo eran del Señor y quan poca justicia avía para ellos, importando tanto que huviesse mucha para que les buscasse las vidas y aliviasse el lugar de los que no estuviessen muy impedidos; porque en breve tiempo, si se advirtiesse, de cien pobres ay veynte más que piden o persiguen no con la causa que éste de presente lo haze, porque a la gran herida y al poco tiempo que avía que salió del hospital, le era permitido buscar para lo tan necessario como es la comida.

Yva con su palo en la mano y, al bolver de una esquina, vio

un hombre que él conocía muy bien, muy enamorado de sus manos, que hablava con unas damas que a una ventana estavan. Luego que columbró al pobre, empeçó a sacar el guante de suerte que, quando llegó a él, avía ya buen rato que la estava dando, muy adornadas de sortijas de diamantes. Pidióle limosna, y él sacó un real y se le dio. Vistas que fueron de Periquín, y tan lindas, le dixo con voz enferma y cansada:

-Suplico a vuessa merced me haga la caridad cumplida y me ponga la mano sobre esta cabeça, que me ha quedado con mucho dolor de una herida que en ella he tenido, de que del todo no estoy sano; y no puede cosa tan linda dexar de tener grandes virtudes. Y dígame qué he de rezar mientras en ella me la tuviere puesta.

-¡Jesús, Jesús, qué linda cosa! -el galán dixo-. A fee de cavallero, que has andado tan bueno que te quiero dar quatro reales.

Parece ser que una de las damas se avía aficionado más a las sortijas que a las manos, y mostrando aver gustado de lo que Periquín le dixo, enfadada de que un hombre tuviesse tanto cuydado con ellas, le dixo:

-¡Sube acá arriba!

Él lo hizo. Preguntáronle su nombre, de dónde era y qué desgracia avía sido aquélla, y él dio respuesta a todo. La dama que con las manos del galán, si le hemos de dar su propio nombre, estava mal, le dixo que si fuera reyna le hiziera, por lo que le avía dicho, mercedes. Él respondió ser aquél cabe de apaleta, que qualquiera, por mal jugador que fuesse, le podía acertar:

-Sacó -dixo- una mano con un puño en metad del braço tan sin ajar y tan llena de sortijas que creý las sacava del aparador de algún platero.

-¡O, qué donoso moço! -respondió ella-. ¿Quieres estar en casa? Aquí convalecerás y te regalaremos.

A lo qual la enamorada compañera respondió: -¡Sí, por cierto! A un moço que sale del hospital entraremos en ella para que nos pegue algo.

Periquín dixo:

-Quedito, quedito, que si yo estuve en él, vine por esso sano, mas vuessa merced de dolencia padece que será milagro si della escapa, o sino vea lo que va de tener enfermo el cuerpo a estar enferma la razón. Dígolo, enójese o no se enoje, porque quien haze cara a este galán de alfeñique tiene contra sí la presunción de que hará cosas que procedan de tan buen gusto como la presente.

La otra, que favorable se mostró a Periquín, se bañava en agua rosada, y se enfadava ésta.

Él dixo:

-Sea Dios con vuessas mercedes, que es hora de comer y me voy a mi posada, que no soy pobre criminal ni executivo. Demás de que, llevo de aquí cinco reales.

-Y otros cinco que te daré yo -dixo su apassionada.

A esto tenía ya la mano en la faldriquera para sacar una bolsilla en que guadarlos. Tras ella salió un papelillo que la dama hizo alçar del suelo diziendo:

-¿Son versos, Pedro? ¡Que te tengo por persona de buen

gusto!

Él respondió:

-¡Para versos está el tiempo! ¡Démelo acá y leérselo he!-; y antes de empeçar, la dixo:

-Sepa vuessa merced que yo anduve ciertos días en compañía del hermano Francisco y que todas las mañanas nos juntávamos en un salón, donde dávamos gracias a un crucifixo, que en él avía, por las mercedes recebidas de que nos sacó de las tinieblas de la noche y por otros beneficios. Yva diziendo el hermano y repitiendo nosotros: halléme un día con pluma y tinta, y quise escrivir lo que nos enseñava.

Empeçó Pedro a leer y, a la postre de lo escrito, dezía entre otras cosas: «Gracias te doy, Señor, porque no me hiziste texa, ni piedra, ni árbol; gracias te doy, porque no me hiziste duque, marqués, ni conde.»

-¡Ten, ten, Pedro! -dixo la que dél gustava-. Pues, ¿qué tiene que ver dar gracias a nuestro Señor porque no te hizo piedra con dárselas porque no te hizo persona de momento?

Él respondió:

-Ha preguntado vuessa merced como pudiera un letrado, y digo ansí: el hermano no dixo «gracias te doy por lo de no ser conde», sino «porque no me hiziste piedra»; mas yo lo he puesto, pareciéndome que está bien entre essas cosas que no sienten cómo o por qué. Ha de saber que como dicho tengo que no soy pobre que quiero hazer oficio el pedir, y que antes lo dexo en teniendo lo que para aquel día he menester. Oygo un sermón quando puedo entrar, y si ay una buena comedia también voy a oýrla. Supe que los días atrás

predicava un famoso: púseme debaxo del púlpito, que es aquél el lugar de los pobres, y oí un alto sermón. Ofreciósele tratar del bien. ¡O, quánto me holgara de acordarme del autor que allí citó! Sólo me acuerdo que tirava su nombre a tuerto. Éste, dixo, dezía que todo bien o nace con nosotros, o nos le enseñan, o por fuerça de justicia hazen le aprendamos. Buelve luego y dize: «No nace, porque la simiente no llevava valor por aver ydo sin él la de su padre, ansí que ya no nace el bien con nosotros.» No lo huve oýdo quando, saliendo de allí, puse en mi papel lo que vuessa merced me preguntó por qué razón lo tenía; porque, si generalmente la materia de que nuestro padre nos haze va sin substancia para que nazca un hijo virtuoso, ¿la del señor cómo yrá? Luego, gracias a Dios por ello, que un hombre que nace pobre, medio enseñada la caridad nace, y si después se vee en lugar alto, se duele del necessitado, porque sabe que cosa es. ¿Quiere que le diga lo que siento? Yo no he oýdo en mi vida dezir: san Duque, san Conde, ni san Marqués, y he oýdo san Francisco pobre, san Diego pobre y san Buenaventura más pobre que éstos. ¡Y si fueron ricos y lo dexaron, más a mi propósito haze! Ansí que de aquí sabréys porque puse lo uno entre lo otro, y, con tanto, nuestro Señor, etc.

En fin, que Pedro llevó diez reales de aquella casa; y al cabo de algunos días, enfadado de la mendiguez, se fue a convalecer a un lugar ocho leguas de allí, de donde bolvió a Madrid bueno y gordo, y donde quiso acabar de enseñarse la latinidad. Para lo qual assentó con un abogado, cuyos negocios si corrieran parejas con lo que tenía en que entender con los celos que dél su muger tenía, fuera uno de los letrados de mayor opinión, tanto por esto, quanto

porque, [si] su casa era falta de algunas cosas, sobravan pesadumbres en ella. A la primera vista que Pedro dio en Palacio fue conocido de unos pleyteantes de Segovia, y le llamaron Periquín. Oyólo su amo y dixo en casa el nombre, y huvo entretenimiento con él sin que por ello se corriesse. Su ama le quería bien porque, las horas que su amo gastava en el estudio, las contava mil donayres, con que entretenía a ella y a las criadas de casa.

Parece ser que, luego que entró en ella, dixo su razón a una donzella de lavor por aver entendido que no pisava derecho. Nació de no admitir su ruego pudiéndolo hazer a poca costa, que como su ama le llamasse para que como solía las entretuviesse, contarla debaxo de capa de tercera persona la mucha virtud de la donzella, como antes se lo avía prometido; y, poniéndolo por execución, dixo ansí:

-Avrá de saber vuessa merced que, en una casa principal donde unos meses serví, huvo una donzella muy parecida a Juana, que presente está (a quien el vellaco de Periquín endereçava el cuento). Esta tal donzella de labor estava muy opilada sin aver comido barro ni yesso. Luego que yo conocí el buen estado de la señora, la pedí me hiziesse favor y merced, pues la costava poco y yo quedava con mucha obligación, echándome a su salvo una S y un clavo, y que ella quedaría tan libre que pudiesse hazer lo que fuesse su gusto. Echóme unos ojos como Juana me los echa aora, llamándome atrevido, pícaro y otras cosas de mayor quantía. Dexéme tomar de la irascible, y poniendo el sombrero a lo de pesadumbre, la dixe: «Hijo soy de Pedro de la Oliva y de María de Oceta, gente de bien. Juro a Dios, yo he pedido como hombre cortés y de delgados humores: bastara echarme un no en las barvas, sin dezirme otras libertades.

Pero yo me vengaré y no se me da un quarto, vengan enxambres de pages que, teniendo yo la razón de mi parte, ella me ayudará.» No quité ni puse, sino voyme a mi ama y, estando de la manera que vuessa merced está y Juana en su presencia, la dixe: «Señora, yo soy hombre de bien y tengo una fidelidad eroyca. Juana dexa abierta todas o las más noches la ventana que en su aposento tiene, por donde entra tanto ayre que la ha hinchado de la suerte que vuessa merced ve.»

Y llegóse Pedro y señaló la barriga de Juana, la qual, en bolviendo su ama los ojos a otra parte, ponía las manos haziéndole con los suyos una lamentación; y lo vio más de una su señora, aunque no quiso darlo entonces a entender. Dezía: «No ay llorarme ni ponerme las manos en bolviendo mi señora la cabeça, que no se me ha de quedar nada por dezir.»

-Esto todo -dixo Pedro- dezía yo a la otra mi señora. La que presente estuvo le dixo:

-Has contado un cuento de suerte que estoy por preguntar si estás borracho.

Él respondió:

-No, señora, mas de aquí a un breve espacio de tiempo no será menester preguntármelo.

-Y bien, ¿en qué paró?

-En que los cogió mi señora y le hizo se casasse con ella, aunque no quiso, por redimir la vexación de yr a galeras.

-¿Y a ti no te sucedió nada?

-¡O, pesia tal! -respondió-. Cogiéronme entre él y un amigo suyo y aporreáronme muy bien, mas no se la pagué mejor a el otro, que él me la pagó a mí.

-Y bien, ¿qué le hiziste? -¿Qué? ¡Que se casasse!

-¿No digo yo que estás borracho? Ésse fue el pecado que pagaste quando los dos te cogieron. A este averte sacudido ¿qué fue la satisfación hazerle casar? ¡Tira de aý, borracho!

-No muy borracho, que si lo que digo hize, adelantado me vengué, porque para mí bastóme saber que hazía cosa que después avía de pagar; y bien digo en la respuesta que siempre doy, si también conocí del hecho que ninguna satisfación suya echava el pie adelante a la vengança adelantada mía.

Digo, Pedro, que lo respondes tú mejor que te lo pregunto yo.

Parece ser que Periquín avía dicho todo esto de picado de Juana la donzella, la qual, aunque temerosa, entonces no quiso persuadirse a que concibió mal su señora: pudiera, en verdad, y escusara lo que después le aconteció, porque, levantándose de allí a dos noches y haziendo lo que Periquín dixo, los cogió sin poderse escapar. Ella se llevó una muy gentil buelta de palos y él fue a la cárcel, de donde salió para entrar en otra mayor.

Ya Pedro tenía un enemigo o dos enemigos, tan grandes como gente que tiene tan poco que perder. El ama no estava muy corriente con él, porque, hallando verdad lo uno, creyó serlo también lo otro y que perdió el respecto a su casa solicitando su donzella. Llegóse a esto, que, riñendo una noche sus dueños, diziendo a su marido que la tenía

acabada, dixo Pedro:

-¡Pues, es, mi señor, el tiempo!

¡Nunca tal huviera dicho!, porque, después de tirarle los chapines, dixo que el criado o ella en casa; a quien, por lo mucho que él devía, rogó no se fuesse, procurando desenojarle, de donde nació meterse ella más en cólera. Al fin, se puso silencio en la riña y se fueron a cenar, quedando el señor muy amigo del siervo y la señora muy enemiga, porque, aunque por entonces se desenojó, no es cosa que tiene perdón en mugeres ofensa tocante a la edad.

Hallóse no sé con qué dinerillos y hizo un ferreruelo y sotanilla y dio consigo en Ciudad Real, donde assentó con una señora viuda para llevar sus hijos al estudio y repassarles las liciones. Y al cabo de algunos meses, que se vio con dos o tres vestidos y algunos dineros, puso los ojos en la hija del boticario del lugar, que era moça y hermosa y tenía no mal dote. Ganada, pues, la voluntad a la criada, negoció con ella diesse un papel a su señora. Ella lo hizo como se lo avía pedido, y luego que doña Francisca leyó lo del casamiento, quisiera yrse con la criada sin reparar en la calidad y cantidad del pretendiente, que en semejantes negocios de donzellas para este efecto el primero que acomete vence.

Y es cosa donosa oýrlas, antes, hablar del que ha de ser su marido, porque dizen que no tiene que cansarse el que no fuere Guzmán o Mendoça, y aún que ha de tener hábito y ha de ser de Santiago; y caen después con un page, hijo de algún sastre o de otro oficio mecánico, y no es lo peor esto, quiçá baxamente nacido. Luego tiene el diablo la culpa, y cuenta a sus amigas cómo un don Fabianico, hecho un pino

de oro, la solicitava y pedía sin un quarto, tanto que dixo muchas vezes que aun la camisa no avía de llevar de en casa de sus padres: «¿Qué os diré yo, amigas mías? -repite con lágrimas-. Con la esquivez que traté aquel cavallero, nunca me vio a la ventana. Si salía de casa y le hallava en la calle, me bolvía a entrar dentro; si yva a la iglesia, me echava el manto hasta la cintura; si me traían papel suyo, le rasgava y despedía a la criada porque le recibió.» «Pues, ¡quiçá era quienquiera!» «Pues, hago os saber que tenía deudo con los mayores señores de España.» Y si alguna de las circunstantes replicava en cómo perseveró tanto en despreciarle y no bolvió sobre sí siquiera por lo bien que la estava, respondía que quando quiso no huyo lugar, porque, de desesperado, se hizo religioso de la orden descalça de san Francisco, y que ella se quiso entrar monja, sino que por ciertos dolores de estómago mudó de intento: como si para esta dolencia no fuera mejor estado el que dio de mano y huviera entonces amantes a lo divino como los de Teruel a lo humano.

Es el caso que todo esto es mentira, y verdad que el primero que la passeó fue su dueño, y que lo dize ansí a las circunstantes para disculpar una ropa de vayeta forrada en tafetán y una vasquiña y jubón de gorguerán, tan limitadamente guarnecida que parece vasquiña de imagen de aldea, lo qual vive por el puntual sufragio del doblado como los dolientes por el de los regalos. A cuya gala de las fiestas acompañan unos chapines con unas virillas de estaño, tan anchas que, si alguna lechuza las viera, cerrara con ellas teniéndolas por azeyteras, con cantidad de cintas, ansí en los braçaletes como en los guantes, apretador y gargantilla: tantas que parece entre atambor y muger. De que su marido

está no poco sentido, diziendo que en ellas le consume quanto adquiere y por tenerla pobre para comprarlas; supuesto que ha de ayudarle a sustentar la casa no levanta los ojos de la almohadilla y se quexa de que se le abren las caderas, y es verdad.

Al fin, respondió le dixesse, por lo que a ella tocava, que podía pedirla a su padre, que desde luego dava el sí. Sabida, pues, esta respuesta, se informó, de quien se la traxo, de las cosas de en casa de su amo y halló que, ansí las de poco como de mucho momento, passavan por mano del mancebo; por cuya causa se hizo muy su amigo, regalándole y trayéndole a su lado todo el tiempo que desocupado le podía aver. Junto con esto hizo otra diligencia, que fue a hablar a su señora para que le favoreciesse. Ella lo hizo, y embiando por él, le dixo cómo tenía en casa un hombre muy de bien y muy bien nacido, a quien ella quería mucho por sus muchas partes y gran virtud, que le parecía era a propósito para su yerno, que se mirasse en ello y la respondiesse; y él se despidió prometiendo la brevedad.

Quando Pedro de la Oliva vino de fuera, cuydadoso de saber si su señora avía llamado a quien prometió, le dixo lo avía hecho. Se echó a sus pies, agradeciéndole el favor y cuydado. Ella estimó en mucho la humildad y dixo que de allí adelante corría por su cuenta cuydar de su augmento, que la parecía informasse a un deudo suyo, que su casa habitava, de la calidad de su persona, linage y patria, para que él más de espacio informasse al boticario.

Hízolo ansí, y, en realidad, de verdad le dixo dónde nació y cómo fue hijo de Pedro de la Oliva y de María de Oceta, que escriviessen a Segovia y sabrían si avía mentido en algo. Lo

qual escusó el letrado que en Madrid fue su dueño, porque, como en aquella ciudad pocos días antes huviesse sucedido una muerte entre gente principal cuyos parientes del difunto pedían juez en el Consejo, acertó a llevar la comissión el letrado con quien en Madrid estuvo.

Vino a ella, y hallando a Pedro en la plaça con su suegro y otra mucha gente, se llegó y le dixo:

-¿Periquín por estas tierras? ¡Válgate Dios, qué hombre estás!

Él dissimuló, mas, con todo, no quisiera aver nacido, aunque respondió, riéndose y sin turbarse ni colorear:

-Muchos dizen me parezco a esse hombre.
El letrado se rio y dixo:
-Bueno, bueno está, Pedro, ¿ya no conoces a tu amo? Él dixo:
-Harto mejor está vuessa merced teniéndome por otro.

Con esto se deshizo el corro, y le embió el boticario a comer a su casa, que no solía, donde fue tan melancólico como el que vio quebrados los ojos al buen sucesso de una muger rica, moça y hermosa.

Luego cayó en lo que su suegra no lo hizo, que fue yr en casa del juez a informarse, encargándole la conciencia, porque quería casar con él una sola hija que tenía. Él le dixo cómo avía sido su criado y que le recibió un moçuelo, con quien jugavan y tenían passatiempo, deshaziéndole todo lo que pudo: lo qual de suerte dessazonó al boticario que puso en olvido el negocio. Por cuya causa determinó bolallas de allí corrido y dando al diablo al letrado y a quien le traxo, mas no vengarse, porque, como el tan entendido, consideró

que no le estava bien, pues por aquel camino lo apartó Dios, aunque lo sintió mucho. Y esso ha de aver en los trabajos que a faltar él no lo serían, mas procurar con prudencia templarle, y puestos los ojos en su pobre si no mal nacido nacimiento, causa principal de que sus fortunas se abochornassen, recogió los sentidos para las obsequias de la perdida ocasión.

-¿Qué culpa tuve -dixo- yo en nacer de padres tan humildes? ¿Pude hazer que aquello no fuesse? ¡Desgraciado, desafortunado salí al mundo! ¿Qué linage ay en él donde un Pariente no esté en lugar alto? ¿Quál estudio? ¿Quál fue a las Indias y, gozando de prosperidad, es lo que quiere? Navega con próspero viento, la fortuna le obedece; arrimado a uno destos nada se haze mal, aunque lo demás sea baxo, como es el oficio de los padres. Lleváronme mis desdichas al hospital: ¿fue por ventura entonces quando entró en él? No, que nacer de mis padres, morírseme dexándome tan niño, solo y sin hazienda ya me tenían dentro, que del sucesso de la caýda no nació más que yrme a curar a mi posada: triste cosa tenerla por propia y mucho más triste no tenerla, que ya yo sé de hombre tan desafortunado que aun en él no cabe por aver muchos dentro. Letrado que tanto mal me hiziste, si no mal letrado, descortés letrado, pues, sabiendo que te han dicho las leyes que lo que a ti no te está mal y a otros está bien que no se lo deves negar, ¿por qué lo entregaste al olvido, y si no lo olvidaste, por qué no lo pusiste por execución? Quitásteme en un instante muger, honra, gusto y hazienda: paga legítima a las obligaciones que me tienes. ¿Quántos días sustenté tu casa? ¿Quántas vezes reñí tus pendencias? Por ventura ¿fuy yo causa de que se murmurassen las miserias della ni tuyas? ¿Puédeseme

negar que, ansí como dixo cierto ingenioso, en unos gallos en Salamanca, a otro que, al passo que tú eres necessitado, él miserable era, que si algún criado tuyo tomara ábito en religión que no le admitieran en ella por yr de otra más estrecha que era tu casa a común engaño? Respóndeme, te ruego, ¿no me conociste antes Periquín que los beneficios te hiziesse? Pues, ¿cómo echaste mano de lo peor estando más lexos? Dixe que a ti no te estava mal y a mí me estava bien, pues a ti también te importava, porque, quando dixeras fuy tu criado, te honravas con un hombre de mi talle y bien puesto: tratásteme como si yo huviera esperado en ti.

Puesto fin a este discurso, entregó su cofre al ordinario de Salamanca, adonde fue a estudiar leyes. Llegó a aquella universidad, recibiéndole todos de buena gana y haziéndose su amigo, porque acomodava pendencias y era causa de que a otros no se les hiziessen molestias. Luego, aunque nuevo, presidió en muchos corros, dio en músico y casi se salió con ello, y no fue de los peores estudiantes, ansí en su facultad como curioso en las letras humanas. Hazíase querer de todos y no se enojó porque con él se burlassen. Arrimarse a la hoja fue polilla de la primavera que en él reverdecía, que al que desgraciado ha de ser los infortunios se van haziendo del ojo, que, aunque no nació en martes, todos los días lo son para el que suerte no tiene. No diré dél que anduvo entre la cruz y el agua bendita, frasis por donde se significa tropeçar a menudo hasta caer en el hoyo, porque anduvo entre los pies de la mula o de dos machos: hizo el gallego la presa y tuvo él de Vizcaya la pinta.

Pararon todas estas desdichas en hallarse, por defensa de un amigo, cómplice en una muerte, cuyo infortunio le forçó a poner en cobro su hatillo y salir de la ciudad un mes después

de como le sucedió; en el qual se contava quarto año de sus estudios.

-¡Al letrado -bolvió a repetir-, ¡si supiesses quánta parte tienes en esta desventura!

Esto dixo puestos los pies en los humbrales de la puerta de la ciudad, contento con yr donde su suerte le quisiesse llevar, sin determinación suya a lugar señalado.

Paró en Orense, uno de los de Galicia, donde llegó con algunos dineros. Púsose su manteo y sotana, y ganó la voluntad a muchas de las personas de aquel lugar, siendo dellos recíprocamente querido, que naturalmente se le inclinaron, porque su agrado lo mereció y sus partes no lo desmerecían. Reía con el alegre, llorava con el triste, jugava con el taur, seguía la inclinación al que se yva tras Marte: era finalmente camaleón que tomaría la color del paño que le ponían.

Mas el diablo, que poco sossiega y tanto a este pobre moço persigue, le pone en la cabeça que haga un libro y éntrale por el camino de la virtud, cargándole la mano en lo mal que parecía ocioso y como los que se mostravan sus amigos serían los primeros que lo murmurassen, y que, viéndole ocupado, pondrían silencio en su vida; fuera desso, que ganaría honra y opinión, y le podría ser de algún interés. Parecióle bien al pobre Pedro, y no fue más que engarçar otra desgracia en el hilo que estavan las demás. En fin, se recogió a hazerle, cuyo título, aunque no le acabó por la causa que adelante se dirá, es éste:

Propiedades moraliçadas de los animales compuestas por el

licenciado Pedro de la Oliva

Capítulo I - Del perro

Perro es un animal que tiene quatro pies, dos ojos, dos orejas y detrás un nervio lanudo que se llama cola. Hase de advertir que no todos son perros, que ay también perras entre ellos. En este género de animales ay muchos perros, porque ay galgos, lebreles, alanos, bracos, perdigueros, mastines, perros de falda que entretienen las damas, podencos y sabuessos. No sé qué intento tuviesse naturaleza para criar un género de los demás animales y criar sólo tantos déste, porque si diéssemos, como es sin duda, que son diferentes muchos animales de los de España con los de otras partes, diferéncianse sólo en mayores, más mostruosos, más espantables, o en mayor hermosura, como se prueva en las gallinas de las Indias; mas en qualquier parte no ay más de un género de gallinas, sea como aquí o sea como allí, y de perros ay el que hemos dicho y todos conocemos.

Destos animales, unos nacen con inclinación a la caça por el agua, otros por la tierra, otros a reñir pendencias, no huyendo el rostro a uno o a muchos aceros; otros boltean haziendo salva al vino puro, torziendo el rostro al aguado; otros, con su buen talle y cara, deleytan a sus dueños y viven de aposento en las faldas de sus amas.

Es el perro naturalmente agradecido y amigo del hombre, lo qual procede de tener mucha memoria. Y con ser tan buena su inclinación, ay perros que en todo el día entienden en otra cosa que hazer mal no sea: esto, se entiende, a otros perros, como sean pobres o forasteros. Que si pobres son, no lo son poco; y por ellos se devió dezir «El peregrino en su patria»,

lo qual más agrava la mala inclinación, a que es causa gozar mucha ociosidad con satisfación de comida. ¡Ricos ellos y necessitados los otros!

Están tendidos en essas calles, particularmente en las convezinas a las carnicerías o rastros, entre alanos y mastines, que, en viendo a otro perro que se llega adonde ellos tienen su pasto, aunque no le coman, le hazen pedaços. Huye este pobre perro hasta entrarse en una casa y pónese detrás de la puerta. Allí le dexan, mas otros perrillos, que son valientes a sombra destos, sus criados que digamos, no quieren que aya pobre en casa, que, aunque ay tanto que comer en ella, más quieren que se pierda que no que lo coma otro: dan en ladrar a este retraýdo perro, que, aunque no ofende a nadie y por esta causa no tiene para qué temer, es pobre que basta, y tanto le ladra y tanto le aflige que le echa de casa.

Haze el pobre perro con los ojos a sus pies una plática, manifestándoles el peligro presente si al viento no imitassen; mas júntanse una manada de perrillos que convocan los grandes, salen y alcánçanle, porque, quando le yerren unos, le darán mate otros, que, como ay por allí qué comer, están repartidos de manera que, por qualquier parte aya soldados, acósanle: mira por todas partes, velo todo cerrado, tiéndese en el suelo.

¡Válaos la mala ventura por perros! Ya no quiere comer: ¡dexalde yr en paz! ¿Es possible que le ayáys de castigar porque quiso comer, como si huviera comido? Retíranse quando ven que ha tiempo que está en el suelo, mas los perrillos ni por pienso le dexan, hasta que le echan de la calle, de donde se buelven luego, porque si della saliessen,

como quiera que el perro tenga mucha memoria y los ofendidos sean tantos, por qualquier parte hallarían enemigos. Mala inclinación de perros, pero no la peor comparada con la de otros animales, pues por lo menos dexan el caýdo: que aya otros que a éstos hagan ventajas nos lo mostrará el capítulo procedente.

Capítulo II - De los lobos

Lobo es un animal como un perro destos feos que andan por las calles, casi de su tamaño, aunque ay algunos como borriquillos. Tiene también los quatro pies y lo restante que del perro diximos. Y no son todos lobos, que ay lobas entre ellos. Es su abitación en el campo, donde se apacienta el ganado, y pocas vezes se hallarán dos o tres solos, antes una manada dellos.

Y acercándome a su inclinación, digo que, quando tienen necessidad de comer, hazen un corro en el qual andan alrededor, y si alguno cae, luego que le ven en tierra, en vez de levantarle, dan en él y, despedaçándole, se le comen. O malos animales, ¿quién cayó? El más flaco, el más enfermo y el que menos fuerça tuvo. Pues, esso claro estava, avía de caer el robusto, el que se puede estar tiempo sin comer, si a costa de dos libras menos de carne ¿qué importan donde ay tantas? Pues, ¿por qué le tratáys mal? ¿Este lobo no fue vuestro compañero? ¿No anduvistes juntos en una misma caça? Ha sido trato doble hazer la rueda, pues era fuerça caer él. No avéys tenido razón. ¿Qué respondéys a esto, lobos?

Por ellos respondo yo que o son lobos o no. Si lo son, es fuerça ser comedores, y siéndolo, que de su demasía se esperava comerse uno dellos quando en otra parte faltasse

qué.

¿Y destos mismos animales quáles son peores, ellos o ellas? Ellos sé yo que huyen de la espada, y por lo menos ya ay con qué defenderse el passajero; pero ellas negocian quedándose en sus cuevas, no se ponen en peligro que les fuerce a esso y, a vezes, suelen tener más caga que la que ellos traxeron. ¡Válgaos el diablo, lobas avían de ser ellas! No me espantara si fueran çorras. Vengo a pensar que çorras y lobas, leones y ovejas es una misma cosa. Como todos tiren a un mismo fin, concedo; pero no matarían sólo aquello que han de comer. ¡Buena va la cuenta! Las langostas comen una espiga y destruyen treynta.

Aora, en fin, ya sabemos algo cerca destos lobos y de sus hembras. Las lobitas, hijas destos lobos que se van y de las lobas que se quedan, ¿de qué comen? ¿Esso ha de dudar? De andarse tras sus madres. Y otros lobos que no anduvieron con éstos y están gruessos ¿de dónde lo han sacado? O ¿quién se lo dio? El oso sabemos come el humor de sus manos; a ésse no ay que pedirle razón. Pero tú, lobo, que no trabajas y comes, ¿de dónde te viene? De derecho te toca casarte con alguna destas lobas, porque a lobo que no trabaja le está a propósito loba que se anda tras su madre. ¡Malos animales! ¿No se podría hazer de suerte que no los huviesse? Pues, ¿cómo pueden faltar lobos? No puede esso ser.

Quien no sabe su fábula, por si acaso. Dessollavan unos pastores una oveja y advertía uno dellos no perdiessen la piel, porque llevándosela al amo no les parasse perjuyzio en el salario, porque lo hizo el lobo. Estavan a la puerta una manada dellos y dixo uno:

-Si esso hiziéramos nosotros, he aquí lobos pastores, quando aquéllos faltassen, supuesto que avría siempre animales a quien echar las cabras.

Con todo, si me preguntassen qué remedio, daría éste: ¿no huyen ellos de la espada? ¿No se quedan ellas y sus hijas en las cuevas? Pues, aguardar que estén juntos y venir con el fuego, que si escapare alguno, como lleve quemadas las manos, importara poco.

Capítulo III - De la comadreja

Comadreja es un animal como ardilla o urón. Dízese della que tiene una propiedad terrible, que es concebir por el oýdo y parir por la boca: no sé yo aya otro animal en el mundo que tal parto tenga. De la vívora se dize que concibe por la boca; si no pare por ella, es porque la ferozidad de los vivoreznos no aguarda a salir uno tras otro y hazen en el vientre de su madre por donde salir todos juntos: fuera de que, paga el aver muerto a su padre vencida del demasiado deleyte. En fin, concibe este animal por el oýdo. ¿Quién duda sino que parirá más de lo que ha concebido? De estos partos los hermanos que juntos nacen son tan parecidos que se puede tener el uno por el otro, y todos los que de allí adelante nacieren lo serán como hijos concebidos por oýdo y que nacieron por la boca. Fuera de que, paren muy a menudo, que es el diablo aver concebido una vez.

Salen todos estos hijos con sus figuras, abiertos los ojos, sin ningún miembro menos. No se parece en esto al oso, que ha menester la madre lamelle para formarle las figuras y darle gritos para que despierte, como avisándole que está en el mundo; pero estos otros hijos de tal manera nacen que ya pueden ser padres. Parece que les llegó naturaleza el nombre

a la propiedad del animal: concibe por el oýdo, pare por la boca, pues llámese comadreja.

Tiene, demás desto, otra propiedad, y es que está muy poco preñada. Harto bueno es esso, para parir dos de una vez, sobre parir muy a menudo, es fuerça que sea grande el número de tan dañosos animales. Y ay quien diga que machos y hembras todos conciben. De derecho les viene ser fiscales de la nobleza de los demás animales, oficio ni útil ni provechoso. No sé yo, a lo menos, que se pueda medrar cosa buena del estudio de linages agenos, propio exercicio deste animal. Pues, yo os asseguro, señora comadreja, que no falte quien estudie el vuestro, y quiçá será el mismo hijo que vos paristes, enfermedad que no tiene declinación, antes va en aumento.

Baxa cosa, y aun por serlo tanto, no se le puso nombre de varón sino de hembra, y désse la sisó algo, pues no dixo la comadre, antes la comadreja. Grande lástima es que aya comadrejas machos, terrible animal. ¿Qué remedio contra él? Ninguno, porque concibe y pare. ¿Y los demás no hazen esso? Sí, mas no por el oýdo y boca. Harto necessario era, porque los animales ponçoñosos pican, y el que más se adelanta en ella mata con la vista, mas por lo menos mata lo que ve; pero la comadreja lo que no ha visto y quiçá no verá en su vida, y lo puede matar estando mil o dos mil leguas dello.

Yo no sé por qué no avían de yr a caça de animales tan dañosos, que ésse solo es el remedio que ay, y, cogiéndolos, matarlos, que, quando todos no se cacen, será menos el daño no siendo el número. Mas una cuchillada el tiempo y el arte la curan, pero herida que deste parto nace siempre está

corriendo sangre y pocas vezes se satisfaze como deve; y quando bien se satisfaga, ¿quién sabe si dexará de parir el que concibió? Tengo para mí que muy raras vezes, pues, mueran animales en quien la medicina no es cura: y díganos el capítulo siguiente la propiedad de unas parientes muy cercanas a éstos.

Capítulo IV - De las ranas

La rana es un animal muy frío, tan pariente de la comadreja que se le parece aún hasta en no hazer mención del nombre del macho. Este tal animal es todo ojos y no tiene cabeça, y habita las lagunas o cenegales. Dízese della que se cubre del sapo, opinión que no la tengo por verdadera, mas basta para mi propósito que se diga propiedades no agenas del deudo del que antes diximos; y le viene bien al que concibe por oýdo y pare por boca, parienta sin cabeça que toda sea ojos. Es muy bueno que los tengáys para ver lo que otros hazen, y os falte cabeça para discurrir en quién vos seáys. No los ponéys en que es vuestro palacio el cieno, que os cubrís de los sapos y sóbranos para lo que no devieran. Pues, tened por sin duda para que en todo seáys una con vuestra parienta, que no faltará quien diga de vos, y es vuestra la culpa, porque si conociéssedes vuestro estado, el mal dueño a quien os sujetastes, y mucho peor quán contenta estáys con él, nadie cuydara dello, que quando una vasija está llena no se trabaja por echar algo encima, que ya se vee que no ay donde quepa: dexáysla vazía, llega otro y echa lo que falta.

Linda cosa es tener muchos ojos para ver motas en los agenos, y que os falten para conocer las vigas que en los vuestros están. Por ventura, ¿háseos olvidado que decendéys de unos villanos deshonestos y habladores? No tan sólo

quisieron dar de bever a la diosa Latona, que sus dos hijos llevava a los pechos, sino que, para que perdiesse de todo punto la esperança, saltando en el lago, enturbiaron las aguas; con lo qual, aun no contentos, la dixeron palabras torpes, de que, enojada y ofendida la diosa, pidió a los dioses que en el lago en que aquellos villanos avían saltado siempre estuviessen. Oyéronla ellos y convirtiéronlos en ranas. Juráralo yo que de hombres villanos no se podía hazer otra cosa menos que convertirlos en ranas, animal con muchos ojos y sin cabeça, que todo el día nos enfada.

Pedro no era mal entendido ni menos ingenioso. Parecióle no passar adelante en dar parte al letrado del lugar, que más amigo que otros se le avía mostrado, para que, si el assumpto no le parecía a propósito, le desengañasse y él diesse de mano cosa de tanto enfado, en que se suele perder quando menos la reputación y ganar muy de en quando en quando. Llamóle para ello, y, después de averle propuesto las causas que a hazer el libro le movieron, se le empeçó a leer. El licenciado a callar, cuyas figuras señalavan ingenio. Mas no todas las vezes que el cielo promete agua llueve, porque, en acabando Pedro, dixo el abogado quién era y quán poco alcançava. Cuya censura es ésta:

-Si vos, señor Pedro de la Oliva, acabárades essos capítulos como empeçastes el primero y segundo, insigne libro hiziérades, porque está aquello de la difinición del perro, de la diferencia que entre ellos mismos ay, cosa superior y muy ingeniosa. Dixiste lindamente aquello de que, aunque sean diferentes muchos animales en España o en las Indias, aquí o allí de aquel género no ay más de uno: dispusísteslo lindamente. Fuera de esso, anduvistes agudo en advertir que ay hembras entre ellos. Pero metístesos luego en los perros

bien o mal intencionados que muerden a otros que quieren comer; dixistes también que le procuran echar de la calle y convocan a otros. De los lobos y lobas dezís qué sé yo, que ni aun vos tampoco lo sabréys: echásteslo de tal manera a perder que, si a luz lo sacárades y parte no me diérades, huviera fiesta con vuestro libro y parara en qualque especiero o confitero.

-No tenéys vos la culpa -respondió Pedro- sino yo, que, para pediros parecer, os he llamado, pudiendo al teniente cura, que es bien entendido y estudiante. Engañóme esse rostro de hombre discreto y el callar tanto me tuvo con desseo de ver si érades mudo o no; y ansí os quiero desengañar que más os llamé para que hablássedes, que para la censura deste trabajo. En mis treze me estoy, licenciando hermano, que el que sabe habla y calla el ignorante. Linda cosa es hazer virtud lo que es propia necessidad. A la prudencia, de buena voluntad le doy; que no sea mucho, que ya ay quien diga que es como tocar una calabaça que suena a hueca, pero algo, quando ay ocasión, ¿por qué no? Saber, dize Oracio, no es nada si lo que tú sabes no sabe otro que lo sabes. ¿No se da muestra dello? Luego callar no es virtud, antes la pobreza que he dicho.

-Sabéys lo que dezís -dixo el consulto-. El teniente cura aún no sabe construyr una oración muy clara. Yo he sido abogado en la Corte.

-¿Vos?

-Yo.

-¿En qué tiempo?

-Avrá ocho años.

-Pues, en ésse estuve yo en Madrid con otro abogado deudo mio, mas no os conocí en él.

-¿Acudía esse letrado a los consejos? -Sí.

-Pues, ¿cómo me avíades de conocer si acudía yo a la cárcel?

¿Y en fin abogastes? -¡Y cómo que abogué!

-Pues, no me he de persuadir a ello si no veo os hazer un acto de abogado. Hazed cuenta que yo estoy preso por unos indicios de una cuchillada y que me salgo a visitar y vos soys mi letrado. ¿Qué dezís a esto?

-Suplico a vuessa señoría me oyga dos palabras. Pedro de la Oliva es hijo de muy buenos padres y él muy honrado por su persona. No ha estado preso otra vez en su vida y los indicios que aora ay no son de ningún momento, y essos hombres con quien dizen los testigos se acompañó para dar la cuchillada no es gente con quien él avía de andar, ni jamás cursó su lado, como consta de su descargo. Fuera desto, él no lo hará otra vez.

-¿Avéys dicho?
-Ya he dicho. ¿Qué os parece?

-Que no os acordáys de Bártulo ni de Baldo más que si no los huviera parido madre.

-No son menester aquí. ¡Qué sabéys vos!

-Sé, señor licenciado, que aquí ni allí no serán menester como vos seáis el que abogáredes, porque vuestra abogacía es como corte de mal sastre, que por un mismo patrón van muchos pares de calçones. Dezidme, os ruego, ya que yo me

persuado a que abogastes donde dezís ¿qué os movió veniros de la Corte?

-Movióme venirme a mi tierra, adonde nací y adonde tengo un poco de hazienda, donde se vive de espacio y tiene el día las horas cavales y se sabe quando lo es de comer y quando de cenar.

-Avéys hablado de suerte que no parecéys, vos. 361

Hincháronsele las narizes al gallego abogado y, remitiendo a las manos hiziessen bien lo que la lengua diría mal, dio a Pedro en lo más levantado del rostro un moxicón, con su circunstancia o con su eco por darse otro en la pared. Respondió al brindis como buen tudesco, y aguardando ocasión de castigarle por donde avía pecado, le dio otro franco con dos circunstancias, la una abriéndoselas por medio, y la otra, dexándoselas en vida como a la amiga de Leandro. Le quedó el cuerpo en muerte.

No fue milagro que, donde unas narizes se perdían y otras no quedavan para menos, se perdiesse la voluntad de proseguir en el empeçado trabajo. Concertólo assí consigo, y para huyr el que tan de cerca le amenazava, temiendo la avenida de gallegos, se acogió a una vandera que al presente allí avía; donde le vino al pensamiento la consideración que pocos días antes hizo del camino de las armas y dél de las letras:

-Al uno -dixo- ya me entregué; no deve fortuna averme librado mi remedio en él. Quiero aora guiar por el de las armas: acaso será en éste.

Sentóse por soldado. Agradó la persona y buen talle al capitán, hízole favor, y dentro de pocos días oficial, y, antes

de llegar a Italia, alférez, porque el que entonces lo era murió en el camino. Fue tal su agrado y tan liberal anduvo con todos que, contra su voluntad, le arrimaron un don. Entró con él en la ciudad de Palermo, cabeça del reyno de Sicilia, donde su capitán le dio a conocer a la gente más noble de aquella ciudad, informándolos de sus partes y mucha valentía, causa que quedasse amigo con ellos, y mucho más quando el valor de su persona confirmó lo que dél se les avía dicho. Por lo qual se llevó la voz de todo el lugar, y tan gran soldado fue que con su nombre espantavan los niños para que callassen.

Yvasele haziendo todo bien por los mismos passos que antes se le hizo todo mal. Cura de fuego fue aplicada a la llaga que no obedece la de navaja o tixera: para remediarla, el venirse a la guerra, pues por este camino se ennobleció el que por otros no pudo, poniendo fin a los malos sucessos que antes le seguían. Fue don Pedro valiente de todos quatro costados, porque entró por la puerta de vencerse a sí mismo, cosa tan dura, pero que se puede si se quiere. Las estrellas no fuerçan, sino inclinan: éstas venció como sabio.

Era suyo todo lo que quería y aun lo que no quería. Y tanto es esto verdad que fue solicitado de una señora de aquella ciudad, llamada doña Clementa, con las veras que en tiempo atrás él solicitó la hija del boticario. Mereciólo bien su talle, la agudeza de su ingenio y la excelencia de los dones naturales y adquisitos. Al fin, esta enamorada señora le llevó a su casa, donde, sin entrarle a don Pedro de la ropilla adentro, gozó de sus muchas partes, quedándose con el efeto que de semejantes juntas suele suceder, de donde se bolvió a la suya aún más libre que salió della, viviendo en esta tranquilidad algunos meses. Al cabo de los quales le

hizieron capitán.

Acordávase a menudo de los amores de la hija del boticario, no más que para reýrse de ellos, de sí propio y de los demás enamorados del futuro y del presente tiempo. No le dava nada cuydado: vivía con paz en la guerra, porque se ganó a sí mismo. Cuya sossegada vida inquietó un soplón de los dioses que al de amor dio parte de hombre que burlava de su poder. Jurósela Cupido, y, poniéndose en los ojos de la hija de otro capitán, grande amigo de don Pedro, llamado don Melchor, le tiró un flechazo que si le dexó para hombre, fue para hombre en sentir más.

Cayó enfermo de muerte, porque se le quitó la gana de comer y, mucho peor, que a un mismo tiempo entraron amor y celos, sin que para ellos causa se le diesse: efecto propio de una valiente voluntad. Hiriéronle en sagrado y válele al agressor la iglesia, cosa, si contra derecho, no contra la nobleza de don Pedro, que quiere antes cegaran llorando que ser causa que quien adora reciba ningún pesar; llegando a pedir la limosna en parte tan pública secávale la perseverancia de una lenta calentura, porque nunca le salió a los labios.

Mas como los amores mal se pueden encubrir, se tomó licencia un soldado, grande apassionado suyo, para darle consejo, no diré en lo que no pedía, porque, en viéndole, se conocería lo contrario. Difícil era la enfermedad, y que procedía de amor, un suspirar continuo, un arrepentimiento tras él, el semblante como quien andava a cala de duelos, no aviendo precedido agravio haziéndosele todo bien. ¿Qué podía ser si no lo que fue?

Díxole:

-Señor capitán, vos tenéys amor o el amor os tiene a vos y, a mi parecer, tan atado que procede de la ligadura todo vuestro daño. Jamás se enojaron las mugeres porque se les diga las aman. Escrivilda un papel, sea quien fuere, que a cargo del diablo queda acordar veynte vezes lo que vos escriviéredes una.

-No es, por Dios, lo que avéys pensado -dixo don Pedro-, que, a serlo, os huviera dado parte y pedido consejo. Fuera de que, quando acertárades en ello, no hiziera nada el diablo en el negocio, porque no he de solicitar a muger que para propia no sea ella y lo que recibió fue para sí. Esta obligación y el perseverar en dezir a su dueño del capitán y como ya no se podía librar dél, la hizieron dar licencia para recebir el villete.

Parece ser que doña Clementa, como aquella que tanto amava a don Pedro y tanto desseava fuesse su marido y tanta acción tenía para ello por tener en sus entrañas conocidas prendas de su dueño, traía una o más espías con él para que lo que a todas horas hiziesse la dixessen. Supo muy bien los nuevos amores y con quien los tratava, y cómo dio a la donzella el papel dentro de un breve espacio de como en su poder le tuvo. Hiziera diligencia para cogérsele antes que a su señora le diera, a no impedírselo dos cosas: la una estar enterada no ser de ningún momento, porque él no fingió nada, antes claro dezía la verdad, y por aquel camino perderle mejor dándole causa para que se enojasse; la otra, sentirse con dolores de parto, que era ya tiempo, y no atreverse por ellos a salir de casa. Permitió gozasse su buena fortuna doña Leonor, la qual recibió el papel, que dezía ansí:

Papel del capitán don Pedro de la Oliva a doña Leonor

Señora doña Leonor, dizen los filósofos que el amor que a dos enlaza tiene principio de aver nacido debaxo de una misma estrella. Si es ansí, para que yo ame la de lo que amo me ha de incitar, aunque no aya mucho tiempo que amo. Pues mienten los filósofos, que a ser como dizen, vos os huviérades sugetado a la mía, porque, si una propia es, contra ella no hazíades si al dueño que señalava os entregávades. Si la filosofía lo concede, la experiencia lo contradize. Pruévase en lo que conmigo passa al cabo de nueve meses, estando en el mismo estado la dolencia que essos ojos me han causado. ¿Dónde se vio enfermedad sin principio, aumento ni declinación? Que sean mal quistos se conocerá en que he oýdo dezir a muchos «mal ayan sus ojos» y a ninguno «bien ayan». ¿Quién me metió con ellos? Que si su verdadero nombre les he de dar, diré enojos.

366

Los valientes, señora, no son traydores, y si como digo es, ¿si valientes para qué traydores y si traydores para qué valientes? Yo los considero de peor condición que la muerte, porque ella a nadie llevó de repente, que primero avisa; y mucho más poderosos que ella, pues al que una vez quita la vida no se la puede bolver otra. Mi amor, señora, es honesto, tal qual se puede entender de un hombre de mis partes y del respeto que a las vuestras se deve. Siendo esto ansí, desvíos lleven aquellos que el torpe pretenden, que el mío merecedor es del consentimiento para pretensor a marido.

Vos me responded, os suplico, que juro la demanda a ley de cavallero y soldado, y a Dios de embiaros tantas cabeças quantos renglones traxere el papel.

Tanto contento recibió doña Leonor con el papel que, a no guardar el tan devido respeto a su padre, diera luego la mano a don Pedro. La demanda fue tan justa, el demandador tan cortés que la obligó a responder a él, cuya respuesta es la que se sigue:

Papel de doña Leonor a don Pedro

Señor capitán, muy bueno es hazer combite a hija de soldado con cosa que tan bien le está a Su Magestad: esso es forçarme cortésmente. Vos soys tan cuerdo quanto gran soldado, y si fuere breve, será porque si bien quiero cumpláys lo que prometéys, no quiero meteros en mayor cuydado, que lo uno os será fácil y puede ser sea muy difícil lo otro. La promessa del noble es dinero de contado, y la dél que no lo es, aún cumplida, parece no lo está, sino es que prometa cosa que no pueda o que aya duda si satisfará a ella, o esté enamorado y entonces será noble, mas no será prudente. Yo, señor don Pedro, me he de casar con el gusto de mi padre; con su sí se negocia el mío, que esto devo a lo mucho que me ama, porque estoy satisfecha que no me dará dueño con quien viva sin él.

Esta respuesta y un recaudo de doña Clementa llegaron a un mismo punto, pidiéndole, con el encarecimiento que del amor della y de los desvíos dél se puede entender, se llegasse aquella sola vez a su casa. Hízolo él como quien ha ganado y da barato. Quan grande fue la ganancia del papel de doña Leonor se podrá entender en la cantidad del barato, que, para como don Pedro estava, para el desamor que mostró siempre, no fue pequeño yr adonde se le pedía. Entró en la desconsolada casa con el desabrimiento que las tres solas vezes acostumbró, a cuyo encuentro le vino una ama

con un niño en los braços, diziéndole:

-¡Veys aquí, señor, vuestro hijo! ¡Ved a su madre que está en la cama!

Ni el niño tomó en los suyos, ni a la madre mostró mejor semblante. Estuvo allí cosa de un quarto de hora, de donde, luego que entró se huviera buelto a no tenerle ella de la capa. ¡Terrible rigor, desamor validíssimo, desengaño confirmado! Porque a quien un hijo no mueve, no dexa esperança para el futuro tiempo.

Quedó ella qual se puede entender de terribilidad tan conocida, y, bolviéndose él a su casa, halló en el camino a la donzella de doña Leonor, de quien supo cómo don Melchor era natural de Segovia y conocía a todos los vezinos della de muchos años a aquella parte y la causa por que se ausentó de su patria. Junto con esto le dixo:

-Hase hablado en casa muy largo de vuessa merced y todo se sabe.

Bien fue menester aprovecharse don Pedro de todo su valor para no morirse de repente, porque le passó por el pensamiento, y aun hizo assiento en él, si don Melchor avía hablado en quién fuesse y cómo en lugar tan corto conoció a su padre, y quando esto no, si avía venido a Sicilia quien lo dixesse, que, aunque no era mal nacido, temió no huviesse dicho algún enemigo encubierto que sí: negocio difícil de averiguar por la larga distancia de aquel lugar al suyo, donde se avía de hazer la información. Fuera de que, el día que se dudó, en ello murió su pretensión, aunque lo contrario se conociesse, por ser ellos tan principales, cosa en que semejantes señores no dispensan; o si don Melchor avía

reparado en el no aventajado exercicio de su padre, que, si no infama, desdora por lo menos: y si a esto se oponía ser él capitán, y tan valeroso, podíase responder a ello que no faltavan en la ciudad hombres beneméritos de doña Leonor. Creyólo ansí, y aunque el averle respondido le dio una sofrenada a lo contrario, tuvo por sin duda que fue después de averle escrito.

¡Passad esse agraçón agora, señor don Pedro, por los que en otra parte soys causa se passen por vos! Yo no os motejo de necio, mas de descortés sí. ¿Quién no se deleyta con un hijo? Holgaos en buena hora con él y hazed vuestro negocio por otra parte, que vos no hazéys contra las leyes de hombre de bien en no casaros con esa señora, porque no la prometistes hazerlo, que si todas las vezes que a un hombre le suceden semejantes encuentros se huviesse de casar, caros encuentros serían.

Al fin don Pedro pensó que se sabía quién era, y si pensar no es saber, esso se entiende quando se piensa buen sucesso o mejor fortuna, que, quando lo contrario, pensar saber es. Acordáronsele entonces los infortunios padecidos y tuvo por sin duda querer la fortuna bolverlos a repassar y que empeçava por allí. Unas vezes se quexava della y otras de su poca prudencia en emprender cosa tan difícil y en que era fuerça salir a luz quién él era. No le alentó nada el favor tan al descuydo diziendo «bien quiero», que, aunque conoció de la respuesta voluntad en ella si en el padre no faltasse, determinó no passar adelante en la desavisada pretensión.

El padre de doña Leonor desseava mucho casarla, y mucho más con don Pedro. No le acovardava más que no saber quién fuesse este hombre, que, si por el valor se huviera de

guiar, yerno aventajadíssimo tuviera; mas ya se han visto hombres baxos valerosos. Él tenía tres mil ducados de renta y la virtud de su hija treinta mil, y no otro heredero ni esperança de tenerle, porque no se quería casar. Desseava un yerno hombre en los años y muy hombre en las costumbres, y hallávalo todo en don Pedro, si luz de quien fuesse conociera.

¿No dixe que caminava ya con próspero viento y que la fortuna era otra? Pues, sucedió que dentro de solos dos días (que ha de ser ansí para que sea fortuna: buena y presto) combidó cierto cavallero vezino de aquella ciudad todos los capitanes que en ella avía: entre los quales se halló el capitán don Lorenço Hurtado de la Oliva, cavallero principalíssimo, que el día antes avía venido a ella, muy informado de las partes de don Pedro, el qual estava con la melancolía que de su entendimiento se puede entender. Quando don Lorenço dixo:

-¡Brindis a todos, vuessas mercedes, a la alegría que a mi pariente don Pedro de la Oliva le falta y todos le desseamos! -algún tanto mostró mejor semblante don Pedro, y mucho se holgó el padre de doña Leonor, porque le passó por el pensamiento si era su deudo, y al melancólico enamorado poner por execución por donde la muerta esperança bolviesse a resucitar.

Acabada, pues, que fue la comida, se llegó a don Lorenço y le dio parte del estado de sus negocios, y como, si se dilatassen en embiar a España a saber quién fuesse, no se prometía tan buena fortuna que en el interín no mudasse su dama de intento o alguna cosa se pusiesse de por medio que lo estorvasse, que, aunque doña Leonor era muy cuerda, al

fin era muger. Fuera de que, él estava convaleciente de ciertas enfermedades de poca fortuna, que tenía por cierto le acabaría bolver a enfermar el no salir con su pretensión; que sería para ello válido atajo dezir de veras lo que avía dicho de burlas, que le dava su fee que en ello no aventurava su reputación, porque...

-Teneos, señor capitán, que yo soy el que gano en esso, y, si en mi mano está, daldo por acabado.

Menester fue no se descuydara don Pedro, porque el padre de doña Leonor desseava le dexasse para llegar él a hazer información en cosa que tanto desseava hallarla buena. Y diole lugar un festín que entre ellos se traçó, y, mientras don Pedro dançava, supo muy de raýz todo lo que quiso, de que quedó en estremo contento y determinado de hazerle su yerno, aunque no se lo dixo. Fue ésta una muy gran diligencia, porque don Lorenço era tan rezién venido como sabemos, causa de que no se hablasse en cómo, si era su pariente, no se avía sabido.

Viendo doña Clementa quan adelante yva la pretensión de don Pedro y que en casa tan calificada no podía ser menos que para casarse, hizo se armassen sus criados y, cogiendo ella el niño en los braços, le aguardó a la puerta de la suya y le dixo:

-Señor capitán, éste es mi hijo, que no vuestro. Si ciega de amor hize lo que de una muger de mis partes jamás se esperó, no supe entonces quién érades. Gracias a Dios que ha venido a la ciudad quien lo sabe bien. Si yo fuy necia y sin consideración, despicarme ha, os prometo, no consentir que engañéis a otra, porque en esta ciudad no os avéis de casar. ¡Bueno es ausentaros de vuestra patria para engañar

mugeres nobles en la agena!

Don Pedro respondió:

-Señora, ¿quándo os prometí ser vuestro marido? ¿De quién os quexáys o por qué os quexáys?

Ella no respondió cosa alguna, antes, cogiendo el camino para su casa, desesperada, llena de amor y abrasándola los celos, se fue para ella. De cuya resolución confirmó don Pedro de todo punto que se sabía en el lugar su humilde nacimiento y la ocupación de su padre; y si esto no hazía el caso entre personas cuerdas, tanto por no ser mal nacido quanto porque al presente era capitán, esso es como antes queda dicho quando falten hombres a quien acompañe.

Esso y essotro sintió muchíssimo, aver empeñado a un cavallero tan principal como don Lorenço en cosa de que avía de salir tan mal. Y para remedio de todo, principalmente para huyr de quien aborrecía, pidió a su general que le diesse licencia para trocar su plaça a la ciudad de Nápoles con otro capitán amigo suyo, porque allí le yva muy mal de salud. Diósela él, y, dexando los negocios en el estado presente, se ausentó de dos mugeres que más que a sí propias le amavan, en tiempo que el padre de doña Leonor estava por mandado del mismo general en Zaragoça de Sicilia, camino de donde don Pedro yva: el qual se fue por lo que pensó se sabía, mas no por lo que se supo, que en la ciudad no se hablava en más que en su valor, gala, gran ingenio y mucha bizarría. Finalmente se embarcó con un criado y lo necessario para el viaje, dexando a otro en la ciudad para que negociasse ciertas cosillas, y, acabadas, se fuesse.

Súpolo doña Clementa a otro día y no fue poco no morir luego según cavó en ella que don Pedro estava ausente de sus ojos, que, aunque él se abscondía dellos, no por eso dexava ella de verle cada día; mas consolóse con que yría tras él y podría tener mejor sucesso su cuydado, pues serían sus contrarios menos. Para execución de lo qual, satisfecha de que, si huviesse galeras, quién podrá ser capitán dellas que diziéndole una muger principal, fiada en su protección, tenía necessidad de passar a la ciudad de Nápoles, de la manera que yva no lo hiziesse, fue tan afortunada, o por dezir como la sucedió, tan desafortunada, que las huvo. Cogió a su hijo en braços, metióse unas sortijas de consideración en los dedos y, tapada de medio ojo, le dixo lo que antes avía propuesto. A quien el capitán respondió que cosas de aquella data tocavan a hombres que professavan las armas, que entrasse segura de que, como se lo avía mandado, lo haría.

Entróla en la galera y dixo a todos los que en ella yvan cómo aquella señora corría por su cuenta, con lo qual se salió a tierra, donde apenas puso los pies en ella, quando se llegó otra, tapada como la primera, que le dixo lo propio, causa de que él preguntasse a los circunstantes si era aquella galera enigma.

-Entrad, señora, que no soys sola vos la que ansí vays.

Ésta era doña Leonor, que, como supiesse por salir la donzella más a menudo por la ausencia de su señor lo que passava, se salió diziéndola yva tapada y sola para hazer la deshecha a hazer cierta diligencia, que se estuviesse ella en casa porque no quedasse sin guarda, que en viniendo la daría parte della. Dávala el cuydado de don Pedro tal prisa

que no se pudo detener a tratarlo con la donzella, ni ella fuera suficiente a impedillo. Con esto se vino azia el muelle, donde halló lo que buscava.

Acomodólas en la misma galera, y el capitán entre ellas, y empeçaron a navegar poco más que a las dos de la tarde.

El día siguiente vieron la mar no como la avían menester. Fuera de que, un grumete que subió a la gavia dixo que más adelante se empeçava tormenta, por cuya causa se recogieron al puerto de Mecina, ciudad del mismo reyno. Donde se estuvieron muy contentos de aver entrado en él, embiando las dos unos suspiros al mar y al ayre, suficientes a provocar a llanto al coraçón más de roble. Y tanto lo fueron que, no sé si diga que condolidos dellos estos dos elementos o movidos de amistad porque eran mugeres las que pedían y ellos agua y ayre, las traxeron una galera que encaminava la proa a él, tan maltratada como la que algunas leguas antes avía padecido no pequeña tormenta. Entróse con las demás que en él estavan, y la gente que en ella venía en otras para que adereçassen aquélla.

Acertó a entrar don Pedro en la que doña Leonor y doña Clementa estavan. Luego que della fue visto, se llegó a él y, refiriéndole con las más vivas y más enamoradas razones la obligación que la tenía, no en lo que hasta allí entre los dos passó sino en aver salido a buscarle, se yva a prostrar a sus pies. Mas él se lo escusó, pidiendo al capitán de la galera le diesse un esquife para llegarse a Sicilia, de donde todos partieron. Esto por engañarle para que se le diesse, no porque pensava yr allá; antes, a meterse en unas galeras que en el puerto primero avía visto, que yvan a donde él y no pudo tomar por correr la suya tormenta.

Él le respondió si avía perdido el juyzio, porque querer meterse en el mar sin que de todo punto se huviesse sossegado lo dava a entender.

Díxole:

-Señor capitán, ya sabéys mi determinación y si no me le dáys me arrojaré en ella-, porque ývase a enojar. Y satisfecho el capitán de que mucho mejor que lo dezía lo pondría por obra, se le dio con dos remeros.

Don Pedro huyó de doña Clementa, y aora huye de donde está seguro y se mete en la borrasca de su voluntad, sin tener qué hazer más que no estar donde ella estava.

Doña Leonor, que, saliéndosele el coraçón del pecho, veía lo que passava, celosa por una parte y temerosa por otra, sin descubrirse, por ver si podía estorvarlo, se llegó a él quando se yva a embarcar y le dixo quien era. A lo qual él respondió bolviendo la cabeça a doña Clementa:

-Bien está, encantadora Medea, echáysme de Sicilia y, no contenta con esto, me traéys otra muger con vos que diga es aquel ángel que vive en paz sin obedecer las censuras de amor.

Al fin se entregó a las aguas, lo qual me parece a la temeridad de Eneas por huyr de Dido, y después nos parecerá a todos que hizo tanto como la misma Dido: tanto como Dido se conocerá en que, si ella celosa o de la burla desesperada se mató, lo mismo hizo esta otra y en poco desconcertó el porqué, que fue mucho mayor su temeridad que la de Leandro con Ero y que la de los amantes de Teruel: della digo, que de la dél agora no hablo, está muy llano.

Don Pedro se vio bien poco adentro en la mar, quando unas y otras y muchas olas acosaron el pobre esquife tanto que le bolcaron, y como no pudiesse quitar tabla dél, cogiendo un remo, riñó valerosamente con las aguas. Doña Clementa, que con su compañera doña Leonor estava a la mira sin averse visto las caras, luego que vio a su dueño en peligro tan patente, bolvió a ella y, sacando las sortijas de los dedos y poniéndolas en los del niño, la dixo:

-Señora, si en algún tiempo padecistes el regalo y tormento de amor, particularmente si vuestras entrañas no han sido estériles, doleos deste pobre huérfano de padre y madre. El padre ya veys muere, pues mucho antes lo veréys de la madre. Hazed que le críen, que para esse efecto lleva essas sortijas en los dedos.

Con esto, se dexó caer al agua, donde las olas, por ser muchas y a menudo, parece que de en mano en mano la desaparecieron. Era fuerça averse de ahogar, tanto por esto, quanto porque, quando las aguas no humedecieran las vasquiñas y la echaran a fondo, las que de sus ojos salían eran suficientes, y quando no, las abrasaran y aun la misma mar ardiera con ellas porque salía de sus ojos. Que hizo tanto como Dido, ya lo hemos dicho atrás; y si Leandro passava la mar las vezes que avía de ver a Ero, por lo menos sabía nadar. Si aquella muger de Teruel murió sobre el cuerpo difunto que antes despreció, no lo pensó ansí al principio; pensó sentirlo, mas no morirse por ello: si el sentimiento se entró a donde no le hizieron lugar, la palma a él, pues se tomó lo que no le dieron. Pero esta muger por todos los caminos hizo mucho, porque, si se le pusieron los peligros por delante, no se puede negar, y menos si no se le pusieron. Una muerte y muchos infortunios a algunos les ha

seguido, pero a esta muger los infortunios todos se trocaron en muerte, porque la de don Pedro muerte era que ella padecía, y lo era también la de su hijo que ya por tal la contava; de la suya no hazía caso, antes, si se puede dezir, la perdía contenta por ver que don Pedro la veía morir, ya que no por restaurar su vida, que era impossible porque la trocava de buena gana, por salir a un mismo tiempo désta con él.

Al fin murió la enamorada señora, y por entonces no fue hallada. Hablemos aora de doña Leonor, que ha quedado con un niño en braços, hijo del que espera ha de ser su marido, que ha perdido de vista a don Pedro y que ha visto ahogar a doña Clementa. ¡Quál estará esta muger! Porque si pudo causarla la muerte el dezirla «amparad este huérfano» y la de la madre se la pudo restaurar, ya no veía a don Pedro y era lo más cierto que se ahogó, y el tormento se quedava en pie. Si se arrojava al mar, ¿qué medra hallava en ello si se perdía la vida?

Determinóse dezir al capitán saliessen con todas las galeras a buscarle, sucediesse bien o mal, quando, antes que lo pusiesse por execución, uno de aquellos grumetes descubrió una galera que a toda priessa, como la que corría borrasca, se acercava al puerto, que, aunque salió sin ella dél adonde yva, repentina le vino entre el uno y el otro. Ésta llegó en muy breve espacio, en la qual venía el padre de doña Leonor y don Pedro, porque, como acertasse a venir por donde él estava peleando con el mar, perdida ya la esperança de vivir, le recogió en ella. A cuyo tiempo la mar restituyó a doña Clementa en la misma parte que la avía recebido. Sacáronla para enterrarla; y tomó puerto la rezién venida galera, que antes avía padecido, de buelta de Nápoles, la misma

tormenta que las de don Pedro a la yda.

Luego que doña Leonor vio a su padre quisiera no aver nacido, mas, quando supo que don Pedro venía en ella, se le olvidaron todos los trabajos, y muchos más que huvieran sido. Y queriéndose aprovechar de la ocasión, tapada, con el niño en braços, mordiendo la toca que en el rostro llevava, porque no la conociesse en el habla, le dixo:

-Señor capitán, si vos tuviérades una hija y se huviera salido tras un hombre principal y los dos estuvieran en una misma parte, ¿qué hiziérades?

Cierto sobresalto le dio al padre, mas bolvió luego y dixo:

-De doña Leonor dudo yo, pues ya se me ha olvidado su virtud y discreción. Digo, señora, que lo sintiera mucho, pero que los casara luego luego, antes que la tierra lo entendiesse.

¡Cárguese el pensamiento en lo que sentiría doña Leonor en descubrir el rostro a su padre! Era fuerça hazerlo, fiada en su mucho saber y en su grande valor.

Y luego que la vio, la dixo:

-¡Cubrid, cubrid, hija! -sin dezirla «¿por qué o para qué hizistes tal?», porque es acrisolada necedad, a lo que ya ha sucedido, ocuparse en esso y no en buscar el remedio; y, llegándola a lo más secreto de la galera, supo quién fue tras quien se avía salido y cuyo era el hijo.

Determinóse a hablar a don Pedro, y, si de no dixesse, venirse a España, donde pensava acabar su pobre vida. ¡Qué de cosas se le pusieron por delante para que no acetasse! Rogarle él ofrecerle una muger que se salió en su busca, ser

él valerosíssimo hombre y no de burlas, proprias todas ellas de un afligido, porque sin mucho discurrir hallara que lo avía él de abraçar con todas las veras por averle su hija contado lo que con doña Clementa passó, cómo le avía hecho saber, quando se fue en el esquife, que era ella, y no lo quiso creer, antes dixo ser enredo de doña Clementa, y no se sintiera se huviesse ausentado de su casa, pues avía sido por él. Y, junto con esso, averle también dicho cómo, en el tiempo que estuvo en la borrasca, el criado que en la galera quedó, por cierto interés la hizo saber el discurso del hijo y cómo huyó de Sicilia por la persecución de doña Clementa y por qué no se casava con una señora llamada doña Leonor.

Nada desto se le puso por delante al capitán y ocupó la imaginativa con lo peor. Y estando determinado a hablarle, se le ofreció mejor pensamiento, que fue discurrir en que, pues él sabía la voluntad de don Pedro y la causa de ausentarse de Sicilia, sería más útil no dezille nada, llevarse su hija a su casa, tapada de la suerte que vino, y casarlos en llegando a ella. Hízose ansí y súpose entonces muy por mayor el cuento de doña Clementa y cómo el niño era de los dos. No disgustó a don Melchor esto, que entrara a don Pedro en su casa con ocho.

Tratóse de enterrar la difunta, encima de cuyo sepulcro un poeta, si vizcaýno en los versos de substancia en la obra, puso este epitafio: «Aquí yaze el amor.» Justamente, por cierto, que de allí adelante no se diría bien veras de amor, sino burlas de amor, que las veras allí quedaron, de suerte que amor y amadora a un mismo tiempo murieron. Con esto se dio a criar el niño en la misma ciudad de Mecina.

Con lo qual se embarcaron en la galera que don Melchor

traxo y se bolvieron a Sicilia, y, diziendo a doña Leonor se fuesse a su casa sola de la misma suerte que salió della, se llegaron los dos mano a mano hasta en casa de don Pedro; de donde, antes de entrar don Melchor en la suya, fue a verse con don Lorenço de la Oliva y le dixo cómo, por estimar su persona y aver entendido que era su gusto casasse a don Pedro con su hija, le bolvió a Sicilia de una isleta donde estava sólo con esse intento. Ofreciósele de nuevo don Lorenço, el qual fue luego a pedir albricias a don Pedro, y él se las dio en un abraço en que jurava una constante amistad. Con esto se hizieron las municiones sin que en la ciudad se entendiesse cosa de lo sucedido.

Parece ser que, como en la casa del tamborilero hasta los niños sepan hazer mudanças, y la donzella saliesse a menudo de casa y se mostrasse agradecida a los ofrecimientos del criado que don Pedro dexó en la ciudad, se desposaron en haz y en paz de la Iglesia, de que estava temerosa por saber la condición terrible de sus dueños. Mas quando su señora la dio parte de lo sucedido, se le abrieron los ojos y le dixo lo que passava, y ella a su padre y su padre a su yerno: traxéronlos a casa y casáronse todos juntos con universal alegría de los ciudadanos. Don Melchor llamó a su hija y a su criada, y les preguntó si en el tiempo que ausente estuvo le casaron también a él. Riéronse ellas, mas no don Melchor, que si sentimiento les pareció no avía mostrado, la operación hazía el caso por de dentro. Buscó el remedio como sabio y llorólo como discreto, considerando que si la mejor de las mugeres por solos 15 días de ausencia se fue tras un hombre, la que no fuesse tan buena, ¿qué haría?

Para que açares no huviesse, vino luego nueva de como el niño avía muerto. Mostró sentirlo doña Leonor y aun su

padre della también lo mostró. Dios os tenga de su mano, señor don Pedro: con muerte empeçó vuestro casamiento y con muerte vays caminando en él. A no ser vos tan cuerdo, hiziérades caso desso. Mas no se compadecen supersticiones y gran soldado; demás de que, a no dessearlo vos tanto, la cuenta avía venido con pago, porque oy enterrastes a doña Clementa y os casastes mañana, que pudiera ser efeto de los sucedidos açares.

Al fin, don Pedro vivió contento y gozó de suegro solo seys meses, y no fue poca vida para aquél a quien un dolor de la honra aflixe. Fue señor de tres mil ducados de renta, tuvo cinco hijos y dos hijas, hermosos y buenos christianos. Vivió en Sicilia, después de la muerte de su suegro, ocho años, al cabo de los quales vino a la Corte a pretender para ellos, que, fuera del mayorazgo, los demás no eran ricos. Hízosele en ella el favor que a tan gran soldado se le devía, honrósele mucho, diéronle los señores su mesa y su lado, y hízose mucho caso dél. Y no duró esto quatro ni seys años, que llegó a los doze, al cabo de los quales aún vivía colmado de días y no vazío de merecimientos.

EL NACIMIENTO DE LA VERDAD

Nació la Verdad en un lugar grande, pero poco poblado. Fueron sus padres la Razón y el Desengaño. Salió embuelta en un capillo, no por afortunada sino por pobre. Por la calidad de sus padres no le estuvo mal el don: éste fue de sabiduría. Fue su rostro blanco y sus faciones hermosíssimas; fue creciendo siempre tan delicada como se suele dezir della. Procuró arrimarse a buenos y huyeron su compañía, que, aunque era muy hermosa, tenía mal olor en

la boca. Ya era de razonable edad quando se le pegaron muchos, que dixeron ser sus amigos: parecieron antes sus deudos en lo poco que hizieron por ella.

En ésta empeçó a exercitar su oficio. Passó ansí que, al desembocar de una calle, oyó que en una casa davan grandes gritos, a cuya puerta dixo:

-Dezid que está aquí la Verdad.

Un pobre hombre, a quien su muger dava tormento de toca, basquiña, ropa, jubón y otros adereços, dixo:

-Entre y sea muy bien venida. Veamos si tengo para dar todo esso junto.

Entró, y apenas la huvo visto la muger quando, con grandes gritos, llamó a su madre. Salió la vieja con unos colmillos de javalí y, vista de la Verdad, con apresurados passos se bolvió por donde avía entrado, que ni un gigante tan grande se atreve con una suegra. A quien siguió el desconsolado marido, diziéndola:

-No acabo de entender esta muger: dize me quiere mucho y dame pesadumbres de muerte. Dezidme, pues todo lo sabéys, qué quiere dezir esto o a dónde está el remedio.

A quien la Verdad dió por respuesta:

-En quanto a la suegra, ¡Dios se duela de vos! A que no la acabáys de entender, digo que no tan malo, pues otros aún no han empeçado con las suyas o no quieren empeçar. Creedme que esto de entender estas damas es como relación de balbucientes, que siempre están los que los oyen en los principios. A que dónde está el remedio, digo que según lo que he oýdo, que en la puerta de Guadalajara.

-¡Teneos! -respondió el marido-. Esso fuera quando, por bever el hidrópico, se le quitara la sed, mas queda dentro el humor que daña.

-Dezís muy bien. La respondió:

-Y donde más se fragua es en los corros que hazen las damas, particularmente en las iglesias. Ara yo no sé qué sea la razón por que no se trate del remedio desto. ¡Válgame Dios! ¿La iglesia no es para encomendarse a Él? Pues, ¿cómo puede ansí ser si en semejantes corros se trata de Guadix y de las puntas de Flandes? Y no tan malo esto que haze la de fulano mucho más sin rienda que el hombre más mordaz, porque ay menos prudencia. Luego nace de aý que una oveja sarnosa pega a las demás la lepra, porque se pegó a tratar de las desventuras que la de hulano passa. Tráela un año ha con un vestido y trátala como una negra, ella las demás la lepra, porque se pegó a tratar de las demás: harto os he dicho, miraldo.

El marido se despidió y ella quedó diziendo: -¿No digo yo que esto de maridos es tropelía?

Anduvo todo aquel día echando lances al ayre, sin aver quien la diesse cosa alguna, aunque muchos la huvieron compassión: y fue cosa muy de notar que, estando con tanta necessidad de comer, no lo quiso de uno que se lo ofreció que parecía santo, antes huyó dél, cierta señal que devía serlo de mentira. Dezía que era muy más seguro oficio aun que el del médico, pues, demás de la comida segura, lo estava también el vestido si por lo menos, al cabo del año, avía santa que llevava quatro o seys ropas.

-¡O, insigne oficio! -repitió algunas vezes-, porque si el

ladrón come, ha trabajado con el ingenio y con las manos. Si el mercader es rico, ha empleado su hazienda y ha guardado ocasión para ganar en ella. Si el escrivano se trae galán y sustenta su casa y a vezes la agena, bien lo ha tarsnochado. Si el alguazil tiene baxilla, su negociación se la dio. Pero tú, beata, que dormirte te da de comer y te haze santa, ¡quánta ventaja hazes a todo este género de gente!

Oy es combidada en casa de un título nuestra madre tal de Jesús. Llega la hora de comer, come nuestra santa al passo que muchos santos ayunaron. Vase a dar gracias al oratorio y siéntase nuestra beata, porque esto de la oración ha de ser como mejor se halla cada qual: súbenla los humos al cerebro, dormita la bendita madre y tiene los ojos como quien está en éstasis. ¡O, miralda cómo está! Está para su negocio muy bien, porque tal vez es mucho mejor dormitar que dormir, porque quando duermo no sé lo que hago, y quando dormito, duermo y sélo. Está diziendo entre sí, de suerte que se pueda entender:

-¡O, qué plato de buñuelos! ¡No comí en mi vida mejor cosa!

Sale a mi señora la condesa la niña que su señoría trae con tocas de dueña y dízela:

-¡O, si oyesse vuessa señoría lo que dize nuestra madre del fruto que da la planta de los buenos, no la huviera passado más por el pensamiento el plato que tanto gusto le dio!

Benditíssima madre, que traer unos çapatos de quatro suelas, que te defienden de las piedras, te hazen santa, y más santa el saco que te defiende del sol en verano y abriga en invierno, por ti se dirá agora, o tú lo deves de dezir: «por

esto me llaman beata»: y dizes y dizen muy bien, según lo que tú professas. Pues, madre nuestra, mucho mejor es obedecer que sacrificar: hartos monasterios ay donde puedes serlo viviendo debaxo de campanilla sujeta a otra voluntad.

No te espantes diga de ti esto, pues en los púlpitos se dize mucho más largo, y los hombres más doctos de España. Y es cierto, que ellos ni yo no hablaremos de aquéllas cuyas obras dizen con lo que éstas fingen, sino de aquéllas que hazen lo contrario; ni yo pudiera dezirlo, ni fuera yo si lo dixera. Para una cosa dixo ser muy buenas: para espantar niños, pues, andavan siempre haziendo gestos como lo anduvo cierta beata en cuya casa viví, de quien sucintamente contaré vida y milagros.

Digo, pues, que esta tal gestera beata ocupava en la casa que he dicho, si no el mejor quarto, no los peores aposentos. Y como hasta que se hiziesse hora de comer se estuviesse en un patinillo della con las demás vezinas, entrando yo cierto día me dixo:

-¡Santo, mortifíquese y péleme este pollo!

Quíteme yo mi manteo, que era el ábito que entonces traía, y, llegándome al pozo para ponerle sobre su brocal, vi que en el hueco de una escalera se estava mortificando con otro pollo la compañera de nuestra beata. Enfaldéme mi sotana y veo que entra otro mortificado con media azumbre de lo bueno y, tras éste, un mortificado menor con una libra de nieve. «Ello va de mortificados», dixe yo entre mí. Empecé a pelar mi pollo, de cuyas plumas no le estuviera mal al dueño un vestido fondo en miel, porque la tal beata hazía lo que algunas mugeres que suelen vender pastillas, que, como vayan por las casas preguntando si las quieren, en entrando

en ellas, suelen dezir: «Señora, también traygo riquíssimo solimán.» Mi buena beata pastillas vendía con el ábito de sayal, pero lo que debaxo dél se encerrava solimán era. También me reí, hasta que la huve conocido, de los que dezían avía zaoríes, gente que vee lo que está debaxo de tierra: y desde entonces burlo de los que no lo creen, porque esta beata veía un talego aunque estuviesse doze estados debaxo della.

Passando una y otra calle vino a dar consigo en la cárcel, donde era atormentado un hombre, achacándole avía dado una cuchillada a un maldiciente. La Verdad dixo no era ansí, que el otro se la avía tomado, pues nació de su mala lengua la causa dello; cosa que no poco la provocava a reýr, considerando que se gozavan otros los plazeres y éste una cuchillada por dezir lo que no le yva ni venía, como si huviera de dar cuenta dello.

Luego boló la fama de la mucha discreción de la Verdad, muy desseada pero mal recebida. Preguntáronla que quándo hablavan della las mugeres. Respondió que quando dezían mal de sí. Otro la preguntó que cómo sabía tanto. Respondió que antes amargava.

Viose la triste sola, desamparada y muerta de hambre. Quiso aprender oficio, y no halló otro de que echar mano, para quien ella era, sino del de sacamuelas, que las sacan sin dolor como prometen. Estando en éste, vinieron unos hombres muy ásperos, cargados de vigotes, con unas dagas muy anchas. Éstos combidaron con el suyo, diziendo no eran valientes a fuer de aquellos que no se honran con su oficio y le exercitan. Dixo dezían de sí mesmos lo que ella dixera de quien, luego que los vio, dixo que suspiravan por

lo que les faltava, y esso quería dezir la temeridad que traían.

-Pues, ¿por qué razón? -se le preguntó. Y ella respondió desta manera:

-Mayor valentía es no reñir nunca que reñir a menudo, porque aquéllos tiénenles miedo y riñen con la opinión sin aver menester más.

Suelen las más vezes semejantes hijos de Marte yr como éstos vienen, no más de porque el músico se desvela en tener un buen instrumento, y curiosos vestidos el que es inclinado a galas; ansí éstos traen grandes dagas y bien templadas, que los vigotes altos con ellos nacieron. ¿Qué hazen essotros? Aprovéchanse de lo criminal déstos; pero lo verdadero en ellos es muy civil.

Por muchos achaques, que a ello la forçaron, determinó mudar de lugar. Entrando por las puertas dél, la combidó un hidalgo a comer. Fue, aunque de mala gana. Regaláronla y pidiéronla bolviesse a la noche; y, cumpliendo lo que avía prometido, llamó a la puerta, a cuya ventana se assomó el mismo que la avía combidado.

Éste la dixo:

-Hermana Verdad, perdonadme y bolveos con Dios, que, aunque mi voluntad es buena, no quiero en mi casa gente que anda a sombra de tejados.

Passó aquella noche bien trabajosamente. A la mañana, al atravessar una calle, vio que por la una puerta de la iglesia entravan unos novios y por la otra un difunto. Allí se dixo avía acabado el uno y que empeçavan los otros. Ella

respondió que antes al contrario. Vio un tahur en la misma calle de muy mal talle y de peor rostro. Llegóse a él y díxole:

-Consolaos, señor, con que los hombres no han de ser hermosos y con que, si no tenéys buena cara, tenéys muy buenas manos.

Tal ligereza tenía en ellas que, aunque sobrasse día, para los que con él jugavan siempre era de noche. El qual hombre estava graduado en el uno y otro derecho, porque era de los que podían dezir que estavan muy ricos con sus mugeres, aunque se huviessen casado muy pobres.

Tanta fue la batería que la dieron, que determinó yrse a Portugal, donde se puso a servir, aunque estuvo poco, porque su amo la quiso presentar por testigo de que era christiano viejo.

Vínose a Granada. Estuvo en una posada algunos días, donde los passajeros la preguntavan cosas a que con acuerdo respondía. Uno la preguntó por qué escogían las mugeres lo peor. Respondió que se dezía ansí, mas que era engaño si escogían siempre el dinero.

-Dezidnos, pues, ¿Por qué rezan tanto?

Dixo que por no dexar de hablar. Ya tenían a la huéspeda mohina palabras que a su entender eran preñadas. Acabaron las presentes de llevar el humo a la chiminea, porque el día antes avía faltado cierto dinero de donde pusieron unas caxas de conserva; demás desso, no se le caía el rosario de la mano. Llegóse a la pobre de la Verdad y, quitándola el capillo que su madre naturaleza la avía dado condolida de lo mal que lo avía de passar, la puso en carnes en la calle hasta

que traxesse el dinero que devía. No faltó quien lo dixesse a los passajeros, gente noble mucha parte y parte plebeya, mas respondieron:

-¡Nunca otro mal nos venga! 393

Viose vestida, haziendo este milagro un necessitado (cosa común a ellos), y dio consigo en Guinea. Mas tan poco estuvo, que, si en otras partes no la pudieron sufrir, allí no la pudieron ver: tanta era su blancura, que se tapavan los ojos porque los deslumbrava. Y, desesperada, tomó la derrota para México, donde cobró opinión de bachillera: como a tal la preguntavan cosas a que dava presta y avisada solución.

Dezía que engendrar hijas era trabajar para la vejez. Subió luego a una casa, enfrente de donde se avía apeado. En ella avía un enfermo, a quien la monstruosa fuerça de una melancolía aprisionó en la cama y tenía sin gana de comer, cansado de sucessos del tiempo, pariéndole siempre, al cabo de largas esperanças de ya se va, hija o hijas: sentimiento que poco o nada me maravilla, que una muger enferma, no rica y enfadosa para todos, consigo se trae los testigos y la disculpa del sentido doliente. Éste, como he dicho, avía jurado al penúltimo sucesso, ya que de la causa no se pudiesse eximir, tenderse en la cama; vino el postrero como los demás avían venido.

Dolióse la Verdad de un pobre moço que avía ocho días no atravessava bocado y dixo:

-Yo le haré que coma.

Baxó a la calle y subió un viudo, que por ella acaso passava. Luego que el doliente (diré mejor el dolor, que a enfermo de lo que aquél lo estava mejor le viene esto que el otro) le vio,

dixo:

-Comería yo alguna cosa.

Mandaron asar una ave; pusiéronsela delante y comióse la media como si gozara entera salud. Pareció a la gente de casa sería necessaria alguna salsa o una naranja para lo que faltava. Ofreciéronsela, mas él dixo:

-No ay para que, que tengo de comer ésta mejor que comí la otra.

Tal la tenía delante, y, como para comer lo que no se puede se usa della, él mirava al viudo, a quien preguntó:

-Señor, ¿qué tanto tiempo ha que es viudo?
Él respondió llorando:
-Por mis pecados, ha que soy viudo quatro meses.

-¡O quién tuviera sus pecados! Dígame, le ruego, y perdóneme, que como tan enfermo estoy enfadoso, ¿queríala mucho?

-Tanto que doze años que juntos vivimos no se me hizieron doze meses.

-¿Y merecíalo ella?

-Bien me pareció a mí y contento estuve todo este tiempo y lo estuviera, si Dios no se la huviera llevado.

-Y dígame, ¿qué pecados tiene?

-La señora Verdad me mandó subiesse aquí arriba, porque era menester no sé para qué. No me dixo era para confessarme, que me huviera prevenido.

-Ansí, dígame más. ¿Casaríase otra vez?

-Antes he encargado me busquen una cosa tal. ¿Qué ha de hazer un hombre solo? Y si ha de ser de aquí a un año, ¿no es mejor sea luego?

-Ara, ¿no digo yo que nacen muchos hombres para maridos como algunos cavallos para sólo ser padres?

A esto ya tenía, demás de la gallina, una caxa de perada en buenos términos, quando entró su muger a visitarle. Luego que el doliente la vio, llamó al viudo y se asió dél: mano de Juan tuvo entonces para el enfermo, pues, si no le sanó, fue por lo menos causa de que comiesse.

-¿Qué quiere este hombre aquí? preguntó. Dixéronla era saludador.
-Ansí, pues, sea muy bien venido.

Hincóse de rodillas delante dél, pidiéle la santiguasse el vientre, porque le tenía hinchado y con muchos dolores, de que no estava con poca pena. Llegóse a él un criado y díxole la bendixesse como hazen los que saludan y pusiesse las manos como que rezava. Hízolo ansí y, como aún le durassen las lágrimas por su muger, creyó la que de rodillas tenía que llorava de devoción de lo que yva rezando: engendróla esto tan grande en ella y tantas salieron de sus ojos y tanto la apretó las tripas, que, después de aver tañido a nublado, imitó la parte enferma con mucho más que con su acostumbrada la de las dos fuentes. Quedó con esto la causa de la enfermedad del marido muy buena y él muy malo.

Cuyo sucesso tiene algún símil con el de un hombre que, enfadado porque su muger le pariesse tan a menudo y siempre hijas, la previno que si aquella vez la paría hija, la

avía de llevar a la pila. No le parió hija, mas parióle hijas. Luego que él vio dos en casa, dixo, el que tenía determinación de echar una en la piedra, de quánta mejor voluntad lo hará con dos, y llevólas para el efecto. Parece ser que otro madrugó antes y, sin que la guarda le viesse, echó una. Llegó el pobre hombre con las dos a tiempo que, el que no supo del agressor del delito de aver echado la primera, cogió del braço al que dellas se quería descargar y hízole llevar tres. Si este marido no metió en casa más de las que tenía, quedó tal que pudo valer por quatro.

Salieron todos juntos, y poco más abajo vio que de otra casa salía un muchacho a todo correr y tras él una moja y luego un escudero. Llegó a preguntar la causa de tan gran alboroto, aunque ya lo sabía, y dixéronle estava allí una señora casi acabando de una repentina enfermedad. Subió arriba. Vinieron los médicos: uno dixo moría de un cirro en las tripas, otro de enfermedad en los pulmones. Ella sabía muy bien quien era la moça y las liviandades de su madre, que casi corrían parejas con las de Faustina o Mesalina, y como ellas la tenían en aquel estado.

Dixo:
-No, no traten de curarla desso, que muere de mal de madre.

Era, a la fe, donzella no como las deste tiempo: sabía bien por donde avía de caminar, jamás dio ocasión para que nadie se riesse della. ¡O, qué buena hija era! Cantava y tañía muy devotas coplitas a una harpa. Esta virtud alabava la gente de casa, que de la boca de la Verdad estava pendiente.

Ella respondió:

-¿En qué piensan se diferencian las mugeres de quien, para

exagerar su virtud, se ponen las cejas en arco en señal de lo mucho que se quiere dezir? En que hazen sus cosas con más secreto.

Bonitamente se salió, porque la madre de la enferma era muy maliciosa y no la sonó bien lo del «mal de madre», diziendo que si las mugeres huvieran nacido de la tierra como hongos sin conocer madres ni tías, que fueran menos las desventuras.

Cuatro cosas sirven de comedia general al mundo: beatas, madres, tías y maridos. ¿Quién dize cosas que los necios creen y los avisados ríen? La bendita beata. ¿Quién lo enredó? Aquella vieja de su madre. ¿Quién dio otros ñudos a esse enredo? La buena de la tía. ¿Sobre quién viene a parar todo o lo más? Sobre el pobre del marido, que sufre impertinencias; que por allá medró su muger, ya del mejor vestido de la otra, ya del mejor trato, ya del consejo de su madre o tía que se las tenga tiessas, que son grandes personas de ensayar un soldado visoño para hazerle de Satanás. Y desta manera o por esta causa son comedia general, porque si en ellas tal vez se ríe y tal vez se llora, en ésta también, según a lo que la causa provoca: que, como antes he dicho, no se habla aquí de la beata que vive como deve, ni de la santa madre, ni tía que aconseja lo que está bien, sino de las que al contrario hazen.

-¡O! -dixo- ¿y dónde hallara yo quien hablasse, como acá dentro lo siento, de lo que parecen las madres que llevan el guión delante de las niñas cargadas de dixes? Dos vezes, si mal no me acuerdo, ha de salir con su madre la hija, quando la casa o quando la entierra. Salir tan a menudo ¡ello se lo dize!

-¡O, tened, tened! ¡Por vida mía, que es costumbre! -dixo uno de los hombres.

-Y esso lloro yo. Antiguamente dava a entender que no era donzella, y si en el tiempo presente esto no es, quiere dezir por lo menos que dessean dexen de serlo. De manera que verlas tan aliñaditas con su madre y tan costosamente, para mí no es más que yr mostrando el privilegio por donde les pertenece.

Esto dixo, quando un hombre de aquéllos, medio mohino, la asió del braço diziendo:

-Dexe ya las madres. Quando se dize «es o será báculo de mi vejez» ¿por qué se ha de aplicar más a ellas que a sus maridos?

-No avéys dicho muy mal -le respondió- si huviérades dicho «aplíquese tal vez a ellos».

Con esto se despidieron y ella se fue por la calle abajo, al cabo de la qual se detuvo por ver un entierro que de una de aquellas casas salía. Era la difunta una donzella muy bien compuesta, con una palma que la cogía de alto a baxo y su guirnalda en la cabeça, cuya madre se assomó a la ventana llorando y diziendo:

-¡Los Patriarcas y Profetas vayan contigo!

La Verdad subió arriba y le dixo:

-Bolved en vos, señora, no hagáys essos estremos y encomendalda a las onze mil vírgines, pues a ellas toca su amparo.

La madre dixo:

-Pues, ¿no avían de yr con ella? Y desde que cayó en la cama lo están.

Passa lo que diré, que quando su madre la encomendava a aquellos Santos no hablava ella sino el alma, que en negocios tan de lo íntimo ella negocia, y entonces no se finge nada ni se dize uno por otro, y dávala a cuya era, que muy pocos dellos fueron vírgines; mas quando, por aver buelto en sí, fue ella la que habló, diola a quien no tenía que ver con su hija, pues se supo donde se criavan niño y niña creciditos, ya fuera de otros que un año antes se llevó el Señor. Palma llevava la donzella que parece se hizo a posta, pues, en su vida dixo averla visto mayor, y, aunque la llevava ella, no se le devía a la persona, sino al ingenio, por saber aquello que no tenía obligación, pues no era casta y la sabía hazer. Como si dixéssemos «es tan grande el ingenio de hulano que, sin avérselo enseñado, haze una joya». Ansí, pues, la palma al ingenio no a la difunta, que, por la persona, de escobas de palma harta de servir avía de yr guarnecido el ataúd.

La madre fue buena persona, columna en quien lo principal desde edificio estribó, fuera de otras dos que apretadamente me piden no las olvide. De aquéllas que dizen: «Dios lo mejore para su santo servicio»; de las que, al bolver el sacerdote, dizen: «La buelta y gracia del Espíritu Santo»; de las que tienen en el rosario un monte Calvario, cuyas cruzes y imágines van haziendo son por la calle; de las que están en la iglesia desde las siete hasta las doze, con un libro en que ay oración para cada Santo, y, quando rezan, pregonan y a una menean todas las figuras; de las que juran en buenas tres y despiden la criada porque dixo: «¡Válgate el diablo la escoba!»; y de las que van cada año a hazer santos.

«Buena madre, ¿no me haríades amistad de ahorrar de cruzes y, pues que hazéys santos, no consentir se hagan en vuestra casa pecadores, que vos no estáys en la iglesia por estar en ella, sino por no estar en vuestra posada? ¿No sabéys vos que no se me esconde a mí? Que si entrasse el saco de Roma en ella, que, como aquel filósofo se salió en camisa y dixo llevava consigo sus bienes por llevar el entendimiento, vos sacárades en braços las hijas que os quedan para llevar los vuestros.» No la dixo esto a ella, que, como tan cuerda, sabe que no tan sólo los afligidos no se han de afligir, mas aun aquéllos que no lo están, pero discurrió entre sí sobre ello. «Irrimediable caso, dixo, porque la viuda que enterró un hombre muy honrado y sus parientes lo son, de quien se haze mucho caso en la republica, ¿cómo se han de deshonrar, y ya que deshonrar no, deslustrar su honor? Por otra parte el mal exemplo, lo que otras aprenden. Remedie Dios cosa que a los hombres les está tan difícil.»

Tuvo el otro lado del edificio que dicho he una muger entre parienta y amiga a quien la viene bien el tú y el ella, cuyo marido, dexándola en casa honrada, se partió para las Indias. A ésta no se le da más que la comida y sus labores, y no se le da poco. Ay unos oficios que por si solos no son suficientes a sustentar a su dueño, pero sonlo con los aderentes. Con ser escudero sin otra cosa alguna no comerá un hombre, quanto y más su casa: pues, sea, junto con esso, sastre o carpintero y comerán todos. No puede essa muger medrar sólo con la comida: pues, dénsele sus labores. Ésta es el oráculo que responde a todas las dificultades de los que la posada cursan, graduada por Celestina, muger que, si sus amas muriessen de repente y fuesse permitido, se podría

confessar por ellas.

El otro lado estrivó en un hombre, acompañador y despensero, persona de delgados pensamientos, tanto que meterá un papel por la boca de un león. De cuyos dos Atlantes, que eternamente riñeron, remaneció una sobrina, tan hija de tíos que, desde los nominativos de deme un tres, descubrió su gran natural, por quien el arte se gozara sin tanto cansancio por no tener que enmendar en ella. Ésta quita mil canas a sus tíos, que, si los años son verdes, el saber es muy maduro; sanguijuela que, desde el coche en que sus señoras la llevan, se pega en la faldriquera más enferma, cosa agena destos animales.

El uno y otro sucesso la tuvieron muy melancólica, a no salirla al encuentro dos hombres. El uno era médico y venía puesto en la mula como si fuera en algún alaçán de la casta de Valençuela, de quien dixo saber más que Galeno, pues sabía traer toda la medicina en la uña. O, ¿quién la preguntará si dixo en la uña por saberla bien o porque en ella no puede caber mucho? El otro era un pleyteante que avía quarenta años que seguía un pleyto. Dezía que si la vida de los hombres fuera la que muy atrás fue, que no se maravillara de quarenta años de pretender o de seguir; pero, que siendo ochenta la más larga, que ¿cómo se gastavan tantos, aviendo de gozar el sucesso por tan pocos?

Al fin, no avía quien estuviesse bien con ella y, por huyr del mal que tan de cerca le amenazava, se fue a Lima, ciudad del Pirú, que esso solo la quedava ya en el mundo, por ver si tendría algún remedio. Adonde pereciera a no dolerse della una pobre muger, que la amparó con la mitad del aposentillo que por amor de Dios una señora le dava, con cuya licencia

llevó a la compañera. Y ganada después la voluntad, una noche subió arriba, donde, puesta a un rincón, oyó preguntar a la hija, moça y hermosa, si avía venido el gato, y a ella su madre:

-¿Qué gato es, hija, por el que preguntáys?

-Uno el más hermoso -respondió- que mis ojos han visto. Dame tanto gusto que he dicho a la gente le regale.

Passó ansí que este gato fue un muy gentil moço, que como tal procedió: letra entre ellas para entenderse.

La Verdad, arrinconada, dixo:
-No aya miedo que buelva si se ha llevado la carne.

¡Nunca tal dixera!, que dezirlo y salir fuera de casa corrieron parejas.

Al despedirse de su hospedadora amiga la dixo:

-Paréceme que yo soy el gato, pues me dan con lo el palo. Pues, adviertan que este gato más es perro. En otras partes lloran ser muerto, mas en esto no lo será, pues ay criados de por medio, a cuya cuenta está ladrar lo que en casa passa quando el gato, o el perro que aquí dezimos, se descuydasse en ladrarlo, y tener, demás desto, cuydado de que no entre nadie debalde; y también os digo que, quando no se viviesse bien, más de por no hazerse las amas esclavas de las criadas, no era pequeño interés. Yo entendí que solo el hablar de años delante de mugeres, dicho de qualquier manera, tiene fuerça para enojarlas, pues es el hazerlo sin especificar nada más que dezir en general dellos: como yr con un palo en la mano por la calle donde ay perros, que, aunque no los ofenden, le ladran. Mas entenderé de aquí adelante que ay

cosa que le acompañe: fuera de que, las que a mí tocan jamás fueron bien recebidas.

Passó aquella noche con la desventura que otras solía, determinada de quedarse donde fuesse siquiera razonablemente recebida. No halló comodidad mejor que la de unos indios. Allí la hizieron juez. El primer pleyto que decidió fue de un estupro. Llegaron los litigantes. Ella empeçó a demandar y, a querer el reo responder, le dixo:

-No os canséys, que si no os piden otra cosa no os piden nada, y también lo sabe ella como yo. Digo que está el mundo necessitadíssimo de un remedio eficaz a daño tan grande.

Al bolver la donzella las espaldas, la dixo:

-Bolved acá, yd a vuestra madre que os dé otro y no le pidáys a esse pobre hombre. ¿Dónde le tiene él?

La moça se enojó y con desemboltura dixo:

-Mi madre, señora, no da virgos.

-Dezís muy bien, que los vende. ¿Qué nos admiramos -dixo buelta a los circunstantes- de los tratos ilícitos de las usuras y de los logros si, por lo menos, el que buelve dozientos ducados ha recebido ciento? Y en la bellaquería presente por lo que puede llegar a ocho o diez reales, que no será más, y esso en especie, o por mejor dezir, en especias, se llevan dozientos, trezientos y más ducados. Digo pues, por postrero, que mientras por inviolable ley no se determinare que semejantes demandas no se pongan, han de yr cada día los daños, que de no hazerlo nacen en mayor augmento. «O, señor juez, me dirá alguno, ¿no advertiréys que la donzella

que debaxo de palabra entrega su honor, da lo que no es suyo? ¿Y pueden los padres pedir esta restitución, como si el hijo les hurtasse alguna cosa, que no la pudo comprar el que la compró ni él venderla? Fuera de que, se les pone a los hombres esse freno por la poca prudencia de las mugeres.» Respondo yo que ya lo sé, y digo que son tales madres como las pobres que entran sus hijas a que pidan limosna, que después entran ellas y las dan también, aviendo entrado de consejo suyo. Quítese essa ladronera y quintaessencia de bellaquería. ¿Quién como yo sabe que estos pleytos jamás se pusieron por verse en la possessión del hombre, a quien se dize tan de veras se ama, sino por sus dineros? Digo otra vez que si esta ley se hiziesse, sería el mundo otro, las desventuras menos y las donzellas más, porque, si se acude al remedio, ¿qué mayor que el dicho? Fuera de que, muy de quando en quando lo paga el que lo pecó, porque aún estava el difunto en casa, como se suele dezir de negocio que entonces se empieça, aún no se avía perdido de todo punto la vergüença, antes avía un empacho muy grande. Mal hize, no lo sepa la tierra, passó tiempo, acabóse aquella amistad, vino otra y otra hizo su efeto; este mismo tiempo crió callos en lo que antes se entregó al olvido, pues páguelo éste.

El segundo fue del alcalde y del sacristán, de su vezino y del barbero. El alcalde dezía avía de ser suyo un muchacho que en una casera tenía, porque era su retrato, tenía muchas de sus acciones y, sobre todo, porque le llamava padre. El sacristán dixo que en quanto a la semejança no se metiesse, pues, puesta el moçuelo una sobrepelliz, le podían hablarle por él; que si le llamava padre era porque lo veía tan viejo que él lo avía de alegar pues, sin serlo, se lo dezía. El barvero pidió se le oyessen dos palabras. Éste dixo ser suyo,

porque la madre se lo avía dicho ansí y, en el tiempo que se vio con ella, tuvo un amigo astrólogo que le dixo lo que entonces passó y aun lo que agora passa; demás de que, el muchacho nació con estrella flomotomiana imitando en todo a su padre, tan inclinado a él y a su oficio que eternamente está en su casa, tan aprovechado que sangra mejor que él si yerra la vena: dígalo la hija de Antona.

-¡Tenga voazé! -dixo el vezino, que era un valiente y maestro de armas, y tenía una muy gentil cuchillada por el rostro-. ¿No saben que es mío por essa misma razón? Herida penetrante, que éssa no es sangría, y quiérenle voacedes. Dénmele, que, demás desto, es mi cara cortada.

-Vos tenéys mucha razón en quanto a esso, mas el hijo no es vuestro ni de los demás.

-Pues, ¿cuyo? -dixeron todos. -Del marido ausente.
-Pues, ¿por qué?

-Yo os lo diré. Porque quando se dize «es muy padre de sus hijos», tal vez se haze relación de su muger, como si dixéssemos «es muy padre de los hijos de su muger». Siendo ansí, aunque el marido esté ausente, los hijos han de ser suyos. Y dígoos que esso ganan los hombres malmirados que por mucho tiempo se ausentan de sus mugeres. No puede aver causa que a ella obligue: si la ay precisa, vayan ellas delante, si la ausencia, como digo, ha de ser por tiempo; si no lo es, no sé qué me diga. ¿No diré, por lo menos, que se tome lo que se halló? Que no ay razón para que en ningún acontecimiento la muger que lo es de bien venga a serlo de mal, supuesto que, si es vengança, como suelen algunas dezir, dellas mismas la tomaron primero, y no lo es mientras el ofensor no lo sabe; si es necessidad, yo

seguro ser más bellaquería. Digo finalmente que la ocasión y el porfiar con dádivas hazen lo que al principio no se pensó. «O señora, responderá alguno, que una muger fuerte segura está de qualquier manera.» ¡Bien está! Mas fuerte es una piedra y por la continuación de una sola gota de agua viene a hazer un agujero en sus entrañas.

Luego que esto se acabó, vino una muger a pedir cumplimiento de una palabra. Preguntado él si se quería casar, dixo que sí.

-¿Qué hazienda tenéys? -Yo, señora, ninguna. -¿Y vos? -Tampoco la tengo. -Pues, no os caséys.

Dixo que no sabía qué razón huviesse para no ordenar un clérigo si no tiene alguna renta, no aviendo de sustentar más que su persona, y casar a quien sin ella avían de sustentar casa y más gente. De aquí afirmó nacer muchas desventuras, como son: casóse doña Ynés con don Grabiel, a quien tiernamente amava. Si averiguássemos la hazienda destos dos amantes, halláramos que él dança con lindo ayre y ella tiene gran garavato. Dentro de pocos días ni él sabe lo que se dança, ni ella lo que se habla.

Pássasse lo que de cosa tan bien acordada se puede entender: aparécese luego una amigota a quien tantos trabajos han llegado a lo íntimo. Ya no es tan malo el vestido y es mejor la comida. Dentro de pocos días remanece una buena alma que gasta su hazienda en obras pías. Engendran un hijo entre él y la amigota: éste es una comissión. Va a ella el que no avía ocho meses si faltara de casa una hora se bolviera loca la que es agora su muger, despáchanle por la mañana y para darle recado tiene la maestra de ceremonias enfaldadas las basquiñas, acudiendo

a todo con gran puntualidad; ha ensayado ya a su muger el papel y de en quando en quando descabeça unas lágrimas colgándose de su cuello. Passa ella de la cozina a la sala y, bolviendo la cabeça a media rienda, dize: «¡Ay, qué dolor!», y con esto se entra. Pónese a cavallo y pregúntale la maestra: «Amigo, ¿ha oýdo missa?» Responde que sí, que a esso fue poco ha. Dízele su muger: «Hermano, llévete Dios con bien, que yo te ayudaré con mi labor.» Pártese, y queda diziendo la buena amiga a la que desmaridada queda: «No aya más, aunque quien te puede yr a la mano en que no llores la ausencia de tu marido no ay cosa que a su sentimiento llegue.»

No se finge aquí nada, que no ay trabajo como no ver de contino lo que bien se quiere; y ella le ayudará con su labor como promete. Buelve nuestro comissario y halla la casa que dexó colgada a lo gorrón, de ábito largo y con algunas o muchas joyas a su muger. ¿Será mucho no nos persuadiéssemos a que aquello no se ha hecho con baynicas? No por cierto. Pues, no se persuade él, aunque lo calla. Los ensalmos que en pocos días curan una puñalada no se estienden a más, ni tienen fuerça para sacar de adverso a próspero; lo uno hazen palabras, lo otro han hecho obras. Yo no querría a nadie malicioso, ni tampoco que fuesse bovo, claro está, que no es bueno: la buena alma da con que cubrir las carnes, no diamantes ni manteos de telas. ¡No es bueno, no!

Si viéssemos entrar un religioso por una ventana con su daga y espada y un broquel en la cinta ¿diríamos que yva a predicar? No señor. ¿Por ventura es él algún santo Paris que quiere rescatar a alguna devota y oprimida Elena? Si esto quiere, mejor lo hará con sus armas, pues han de ser

lagrimas y suspiros. Digo, fuera desto, que no dan diamantes los Santos. Del hermano Francisco se qüenta que le dixo una muger que por falta de un manto no oía missa. Prometiósele para otro día, y, como se le tuviesse de anascote, que es lo que dan las buenas almas, le dixo: «Ay, hermano, queríale yo de soplillo.» «Ansí, pues, buelva mañana por él.» Buelta, le dixo: «Hermanita, aquí tuve el manto, mas, como era de soplillo, llevósele el ayre.»

Sáquese de lo moralizado, que si uno destos que por amor se casaron llevaran hazienda, que no padecieran detrimento tan de llorar. Santíssima cosa es el matrimonio, sacramento que Dios nos instituyó: claro es, que esté celebrado como manda el Concilio. Debaxo del sí de los dos viene a ser una conjunción de varón y hembra; mas si falta el contracto, que es la hazienda, trabajosa cosa es. No él, que siempre tiene su santa fuerça, sino querer que reverdezcan árboles tan secos mientras no ay una buena alma que ayude. Para remedio de lo qual se avía de establecer ley de que todos aprendiéssemos oficio. Serviría de dos cosas: la una, de estímulo contra la ociosidad, la otra, de remedio eficaz contra la muerte de un casamiento repentino por amores; que es cierto que el que pudiesse con el trabajo de sus manos sustentar su casa, que no haría ausencia della.

De cuya voluntad desos dos por amor casados dixo ser voluntad enferma, pues les llevó al hospital adonde, quando pensaron que estavan fuera, estavan más dentro: lo que va de vivir en él la persona, a vivirlo la honra.

A este casamiento dixo aver sido, en la partida, compañero otro, aunque después se diferenció en el paradero, que es: ¡casemonos, qué Dios nos hará merced! Cómese poco,

vístese mal y vívese en peor casa, pero, en fin, está en ésta en pie lo que en otros tan caýdo. Y dixo:

-Dezían muy bien, porque a tan gran penitencia se sigue muy bien la merced que de Dios esperan.

Entre estas cosas que tan molestas le eran no dava el peor lugar a la que se sigue, que es: hay en casa de hulano o tres hijos y quatro hijas, o al contrario. Disponen los padres sus estados no conforme a la voluntad dellos, sino conforme a la possibilidad de su casa: cásese la hermosa, porque un deudo la dio un poquito y le negoció una prebenda; la fea sea monja, porque por ciertos respectos se la reciben debalde; y el hijo tercero sea clérigo, porque no se pierda una memoria que un tío suyo dexó. La que determinaron sea monja se quiere casar y se lo conocen ellos vive en el monasterio muriendo; la que se avía de casar ama el estado que la otra aborrece y, aunque ésta no será la peor, porque quien es buena para Dios no ha de ser mala para su marido, por lo menos no será tan buena; el que tienen para clérigo embía los ojos tras las plumas y no querría le nombrassen el bonete. Y éste es destos daños el mayor: hazer sacerdote por comodidad a quien no le sale de voluntad. Lo primero bastava para no yr bien: ¿qué será acompañándole lo segundo?

Fuéronse y, como quiera que fue, bolvieron, antes que la Verdad acabasse su judicatura, a descasarse. Apurado el negocio, vino a parar, además del mal trato, en que no la dava lo que avía menester. La Verdad dixo:

-No os quiero descasar, porque mi intento no es hazer mal a nadie. ¿Vos no sabíades lo que agora passáys? ¡Venid acá! ¿En qué pusistes vuestras esperanças?

-Señora, pensé que se aplicara y fuera a algunos negocios.

-¡A! ¿No digo yo que se casan muchos a título de comissiones? Pues, no os quiero descasar, que estáys mejor con vuestro marido pobre que sin él rica.

Con esto cessó por entonces la audiencia.

A la noche vinieron madre y hija a informarla en su negocio, que también era querer dissolver el matrimonio in totum. Llamaron a la puerta, y dixo a un criado:

-Dezidlas que se buelvan, que no vengan aquí. Otra vez que embíen su procurador o letrado. Donosa hora de informar, y, quando lo fuera, ¿por qué han de venir ellas? No sé - dixo-, señores (a unos personages que con ella estavan), que respuesta tienen lágrimas de muger, cosa en que a las más se les libró su hazienda.

Tanto enojó a estas dos negociantas no hallar franca la entrada, que dieron parte a gran número de descasadas, que a pedradas la echaron del lugar.

Vínose, admirada de ver tantas juntas que podían competir en número con las de España. Llegó con toda priessa a Toledo, donde fue recebida de un personage llamado Amor. Éste dixo ser su primo hermano: venía ricamente adereçado y cargado de oro. Respondió que era ansí, tener un pariente, y muy cercano, del nombre que él dezía, mas que ésse, aunque era hidalgo de quatro costados, tenía muy limitadamente para vestirse, porque a un amor otro en correspondencia:

-Siendo ansí, no puede estar rico. Luego no soys mi pariente.

Estando en esto, bolvió acaso la cabeça y vio a dos hombres arrimados a una esquina, que parece ser eran çapateros. Lamentávase el uno de una cosa a su parecer terrible: era, pues, de que llevasse un hombre a su casa una muger y la vistiesse, calçasse, engalanasse y la diesse de comer, sufriéndola tantas impertinencias, y después bolviesse la dote y, más, la mitad de los bienes gananciales. Esto dixo por tener la suya en términos de que le sucediesse ansí.

La Verdad despidió el no pariente y se arrimó a oírlos. A lo qual respondió el otro:

-Mire, compadre, no puedo pensar sino que el que hizo la ley era nigromántico y que puso los ojos en que si era útil en algún tiempo, lo avía de ser mucho más, tanto para ellos quanto para ellas. Es el porqué que ni todos buelven las dotes, ni todos dexan de yr sin oficio, porque, aunque se dize son ellas las que le llevan, también nosotros le llevamos, que, si traen dineros, ¿nosotros en qué nos ocupamos? Ansí que se diferencian sólo en el nombre.

-Y los que no llevaron esso ni essotro, ¿por qué llevan la mitad de los bienes gananciales?

-¡Qué sé yo! Digo, en mi fe, que algo llevaron.

-Dígole -respondió- que soys diablo. ¿De quándo acá os avéys hecho letrado?

-Nunca estudié, mas yo digo lo que he oído a otros muchos. Hermano, bolviendo a nuestra qüestión, digo que podéys bolver la dote muy contento quando no la deviérades en albricias do su muerte, tal se me provara.

-Pues dezidme, ¿quándo vistes vos dar en albricias de un

buen sucesso todo lo que importa la negociación?

-¿No sabéys más que esso? -replicó-. Toda la negociación days quedándoos con la libertad.

-Vive Dios, buelvo a dezir que diera dos borricos encima: uno más del que se suele ofrecer, porque, demás de salir de con un monstruo de condición, salía también de un trabajo tan grande como es ver siempre un propio rostro, estar sujeto cada mes a sus suzias costumbres. Si mudara siquiera de tres en tres la cara como la luna en uno, no tan malo.

-Esso avéys dicho, pues advertid cada día la mudan treynta vezes: no salgáys fuera, ya tiene una diferente; ved qué os traygo, ya está con otra. Ora, compadre, dad muchas gracias a Dios, porque os saca de con muger tan terrible como la mía y porque lo que os queda será bien ganado. Después dezýs soy yo teólogo, y sabéys más latín que quatro. Que le supiera yo no era milagro, pues empeçaron a enseñármele mis padres, y, aunque no acabaron, con todo aprendí algo que me sirve de consuelo a las terribilidades de mi muger, a quien digo: mirad, es mi alivio saber que mulierem fortem quis non inueniet? Que quiere dezir: ¿quién no hallara muger fuerte?

-Válgaos la landre, ¿quién os ha dicho todo esso? -le dixo. Quando la Verdad, muerta de risa, se llegó y les dixo:

-Hermanos, yo soy la Verdad y de quanto avéys dicho no hallo cosa que corregiros más desso que dezís en latín, que avéys de dezir: mulierem fortem quis inueniet? ¿Quién hallara muger fuerte?

-Tenga, suplicamos a su merced -dixo el que tenía su muger en lo postrero- mi compadre y yo, que no podemos

averiguarnos con ellas, que no se dize por éssas, sino por aquélla que estava hilando tan alabada en el libro de los Proverbios. ¡Cuerpo de Dios, en todo y por todo tenemos mugeres fuertes, pues no sueltan el uso en todo el día! Que no es esso -dixo-, sino aquélla que tenía cuenta con su casa y no se metía en la agena. Agora digo, señora Verdad, que no se le parece más que en hilar.

Y, queriendo despedirse, el çapatero medio latino la pidió con encarecimiento les dixesse por qué los hombres muy discretos son tan pobres. Esto la preguntó, porque un don hulano le devía muchos ducados de obra que sobre una cédula le avía dado y no le pagava nada, antes, quando yva a su tienda, le quebrava la cabeça con Séneca y Aristóteles, y él no entendía nada de aquello y quisiera más su dinero.

La Verdad le respondió que harto les avía dado naturaleza si les avía hecho avisados. Ellos se rieron, diziendo que no darían un quarto por quanta discreción ay en el mundo sin dineros:

-¿Sabe qué me parece, señora Verdad? Que aver hecho naturaleza hijos avisados sin hazienda ha sido como engendrar un hombre que poco puede hijos que ha de echar a puertas de otros. Dígolo, porque los fuerça a que pidan siempre.

Para provar de todo, dio buelta a algunos lugarzillos, mas no se puede comparar el mal trato de los tiempos atrás con el que allí se le hizo, porque siquiera la admitían donde peor por un día, mas, desde que entró en los lugares del villanage, siempre durmió al sereno, porque olían su venida como perros de muestra y todos juntos salían a defenderla la entrada, y aun a ofenderla.

Pareciόla bolverse a donde avía nacido, pues, por fuerça sería mejor lugar, supuesto que nació en él la Verdad. Vínose en compañía de unos passajeros, los quales, después de conocida, la preguntavan muchas cosas. La postrera dellas fue que les dixesse por qué se dixo que «buen coraçón quebrantava mala ventura».

La Verdad la respondió desta manera:

-Aunque se dize que las penalidades y trabajos llevados con valor, si no son menos, tienen algún desaguadero, es falso, porque el coraçón más valiente si no tiene que comer morirá de hambre, si tiene y quiere más y aquello que a su parecer le haze falta, lo lleva con buen coraçón. Llevar una necedad, llevar es, mas no avrá quebrantado mala ventura, porque este rigor de fortuna no se estiende a quiero más, sino a fáltame lo necessario. Lo cierto es que ay dos maneras de necessidades: unas, tras que se va, como fáltame para jugar, para mis gustos y para mis galas superfluas. Désta no ay que quexarse, supuesto que necessario quiere dezir cosa precisa; mas la necia costumbre haze que lo sea. Otra ay que va ella tras mí, como no tengo de que sustentarme ni tengo quien me lo dé. Ésta, pues, yva tras una dueña que en la casa de cierto señor servía; junto a cuya casa estava un pastelero llamado Juan, de buen coraçón, a cuyo corral caían las ventanas del señor. A una dellas se assomava muy a menudo una que tenía particular amistad con él y, de ordinario, en diziéndoselo, socorría su necessidad: y le dezía: «Buen coraçón quebranta mala ventura»; él la embiava luego un pastel o otra cosa. Y por esto se dixo lo que me preguntáys.

El personage se despidió y ella començó a tratar de

acomodarse. Lleváronla en casa de cierta señora, donde fue adornada con tocas de dueña; y, saliendo con ellas, la preguntó el nombre. Dixo llamarse la Verdad. Juró que no avía de quedar en su casa, porque era muy amiga de mentir: mandó la quitassen el vestido y la echassen fuera. Sintió muchíssimo verse desnudar y que una señora tan principal lo mandasse, y mucho más la causa por que no era admitida, y que los criados la maltratassen diziéndola:

-¡Vaya la Verdad mucho en hora mala, que hasta oy vimos casa donde viviesse que todos no muriessen de hambre y anduviessen desnudos!

Salióse determinada a acogerse a la iglesia. Y hechos sus ojos fuentes, o por mejor dezir, casi ciegos de llorar, se entró por una puerta que lo parecía, donde se halló cercada de monjas. Obligóla ser tan tarde a estar allí aquella noche, mas tales cosas vio que no pudo sufrir: entre ellas, las devociones, de que fuera bien estuvieran olvidadas. Y, antes de amanecer, buscando parte cómoda por donde salir de entre algunas vírgines locas al olio, porque en ningún tiempo se dixesse aver salido Verdad de semejante casa ni por torno ni por puerta ni por reja ni por otra parte alguna donde con monjas se comunicasse, se subió al tejado, de donde se dexó caer en la calle con intento de elegir por perpetua morada la iglesia, con tal que en ella no huviesse monjas: donde tenía por cierto, aunque pesasse a la embidia, vivir segura de pesados infortunios.

Sobre esta edición electrónica

Este libro electrónico proviene de la versión en español de

la biblioteca digital Wikisource[1]. Esta biblioteca digital multilingüe, realizada por voluntarios, tiene el objetivo de poner a disposición de todo el mundo el mayor número posible de documentos públicos de todo tipo (novelas, poesías, revistas, cartas, etc.).

Wikisource está constantemente buscando nuevos colaboradores. No dude en colaborar con nosotros. A pesar de nuestro cuidado puede ser que se escape algún error en la transcripción del texto a partir del facsímil. Puede avisar de errores en esta dirección[4].

Los siguientes contribuidores han permitido la realización de este libro:

Shooke LadyBots LadyInGrey Freddy eduardo

1. ↑ https://es.wikisource.org

2. ↑ https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es

3. ↑ https://www.gnu.org/copyleft/fdl.html 4. ↑

https://es.wikisource.org/wiki/Ayuda:Informar_de_un_error

